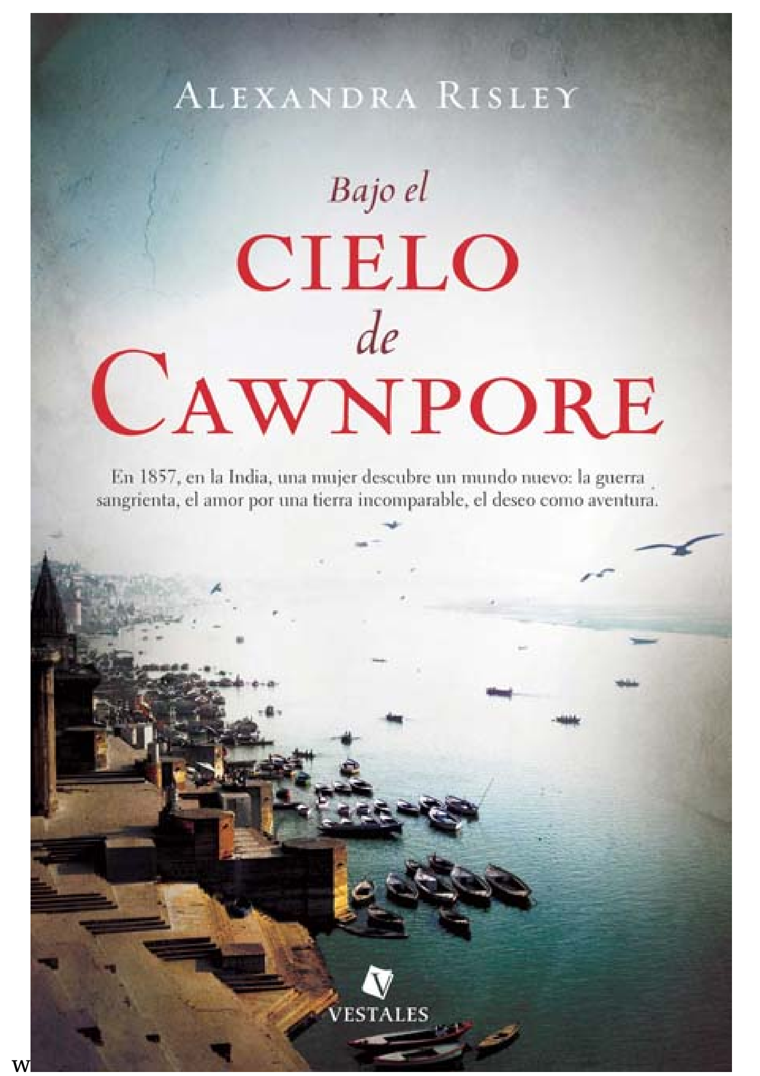


Bajo el CIELO de CAWNPORE

En 1857, en la India, una mujer descubre un mundo nuevo: la guerra sangrienta, el amor por una tierra incomparable, el deseo como aventura.

VESTALES



Bajo el cielo de Cawnpore

Alexandra Risley


VESTALES

Risley, Alexandra
Bajo el cielo de Cawnpore. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2014.
E-Book.

ISBN 978-987-1405-80-0

1. Narrativa. 2. Novela Romántica . I. Título
CDD 863

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-1405-80-0

La India dice “ven” a través de cien bocas,
utilizando objetos ridículos y augustos.
Pero, ¿ven a qué? Nunca lo ha definido.
La India no es una promesa,
tan solo una llamada.

E. M. Forster, *Pasaje a la India.*

Capítulo 1

Cawnpore, India, 1857.

Las aguas del Ganges reflejaban los insólitos colores del amanecer. Un rojo impetuoso, vívido como los ojos de un animal exótico, se permutaba en la lejanía hasta reducirse a un pálido dorado con algunos destellos púrpuras. El sol pujaba por salir entre los cerros grises; posaba incipientes rayos sobre los árboles de higueras que entrañaban la magnitud de la selva, las plácidas aguas dulces que lamían los *ghats* y los techos cupulares de los templos que se alzaban en la orilla. Aquella visión habría hecho madrugar a cualquier artista entusiasta, aunque nadie podría avalar que existiesen paletas de óleos o acuarelas capaces de emular semejantes tintes.

Agolpados en la ribera del afluente y desde las copas de los banianos, los pájaros graznaban, ansiosos de mirar a los forasteros que el río traía consigo desde algún lugar del vasto Indostán. Una fragata encontraba un lugar donde atracar en medio de una fila de sencillas barcazas. En el muelle, los marineros maniobraban como autómatas para subir y bajar mercancías. Luego, decenas de ciudadanos británicos, en su mayoría hombres de negocios y sus familias, descendían prestos, seguidos por sus *culis*, como se denominaba a los criados nativos, cargados de valijas y baúles de viaje.

Abigail Fortescue estiró el cuello cuando divisó el enjambre de tripulantes, se abrió paso entre ellos con toda la cortesía que la impaciencia podía permitirle. Las damas con las que había hecho amistad en Calcuta intentaron distraerla, se despidieron con abrazos y buenos deseos para su boda. No faltó alguna anciana que le besara las mejillas recordándole algún tedioso consejo para asegurarse un matrimonio exitoso. Abby prestó poca atención a los parloteos, sus ojos marrones escrutaban el muelle; ansiaba ver un solo rostro en medio de la multitud: el del hombre que debía de estar esperando por ella.

Ataviada en un caluroso vestido de viaje, la muchacha de pálido semblante y cabellos de un tono dorado oscuro, constreñidos en un rancio moño, miró a todas partes con el corazón en vilo, a la expectativa. Se ajustó más las cintas del sombrero mientras escudriñaba los alrededores del muelle. Las mujeres apelaban a sus abanicos de bambú o de marfil para ofrecerse algo de alivio en medio del penetrante calor; los hombres se quitaban los sombreros e, irritados, gritaban órdenes en hindi a los lacayos de piel oscura. Muy pronto presenció cómo el torrente de viajeros se dispersaba y abandonaba el andén junto a quienes habían ido a recogerlos. Ella, en cambio, se quedó sola. Nadie había estado esperando su llegada.

No era en absoluto como había imaginado que sería, pensó, volviendo a ajustar las atadoras del bonete con las manos sudorosas dentro de los inapropiados guantes.

—Cariño, si sigues apretujando esas cintas, vas a sofocarte y hace mucho calor como para cargarte. —La voz de Teresa Hobart, amiga y acompañante de travesía de Abby, la sacó de sus lamentaciones. La belleza morena descendía por la plataforma con la gracilidad de un antílope, inmune al despiadado clima.

Abby puso los ojos en blanco, pero dejó de jugar compulsivamente con el sombrero, consciente del calor que comenzaba a agobiarla, pese a que aún era temprano y el sol apenas había hecho aparición. Por desgracia, no había tenido cabeza para elegir un atuendo más adecuado. La única preocupación en su mente desde que había dejado Calcuta… no, desde que había cumplido quince años, era el esperado encuentro que, ahora entendía, seguiría posponiéndose.

—Henry no vino por nosotras —reconoció con tristeza.

Tess desplegó el abanico para agitárselo en la cara.

—Te dije que no se suponía que lo hiciera. Debe de estar trabajando con su padre. Por el amor de Dios, Abby, no te creas el centro del universo —la incordió en tono jocoso—. Lo más probable es que haya enviado a un criado para…

Tess se interrumpió cuando un joven sudoroso y regordete, evidentemente británico, se aproximó a ellas.

—Queridas damas, mis respetos —les saludó con una cordial reverencia—. ¿Serían tan amables en decirme si alguna de ustedes es

la señorita Abigail Fortescue de Londres?

Abby miró al muchacho con patente desconfianza. Tardó demasiado en responder a la pregunta, de modo que Tess la señaló con la cabeza.

—Señorita Fortescue, bienvenida a Cawnpore —la saludó el hombre, aunque desprovisto de entusiasmo—. Mi nombre es Rupert Archer, trabajo para el señor Wilcotts. Su prometido me ha enviado a recogerlas a usted y a su amiga. ¿Qué dicen? ¿Nos vamos?

—Señor Archer, es usted muy oportuno. —Fue Tess quien contestó con una sonrisa indulgente—. Y el señor Wilcotts muy considerado al enviarlo. Supongo que ha traído a un ejército de criados para que nos ayuden con el equipaje.

La sonrisa de Archer se convirtió en una mueca de estupor al ver la montaña de baúles a espaldas de las damas. Tess se las había arreglado para que los marineros hicieran el trabajo de bajar las valijas a cambio de unas pocas monedas.

—En realidad a nadie, además del cochero. —Se limpió el sudor de la frente con la manga. Tess dejó escapar una risita de burla—. Mi señor me ha encomendado la tarea de ayudarlas en su traslado y establecimiento en Cawnpore, usted sabe, para que no tengan oportunidad de extrañar la hospitalidad británica. No creí que hubieran traído tantas pertenencias con ustedes.

—Señor Archer, venimos del otro lado del mundo, y le aseguro que cada alfiler y frasco de perfume en esos baúles es tan imprescindible para una dama como lo es un caballo para un hombre. —Tess sacó a relucir esa sutileza conminatoria tan suya. Le sonreía cuando, de seguro, quería gritarle—. Haga el favor de conseguir la forma de subir todo al carruaje antes de que el equipaje de la señorita Fortescue se derrita con este calor infernal.

Abby soltó un bufido. La mayor parte de lo que allí se guardaba eran las fruslerías de su amiga, los vestidos, joyas y miriñaques que necesitaría, según ella misma, para atrapar a un marido rico que le ofreciera la buena vida que Abby pronto disfrutaría al lado de Henry Wilcotts.

—¡Claro! ¡No hay cuidado! —exclamó el caballero, ligeramente enervado—. Le pagaré a un par de muchachos para que me ayuden a

subir todo al carruaje. No tienen nada de qué preocuparse, mis distinguidas damas. Por favor, esperen aquí.

—¡Por supuesto! ¡No planeamos ir a ningún otro lado!

Tess hizo una mueca de exasperación cuando el empleado de Henry se marchó.

—¿Cómo sabes que es de fiar? —gruñó Abby, desconfiada por naturaleza.

—Cariño, si vas a temer a alguien, que sea a los nativos. ¿No te parece que Henry fue muy dulce al enviar a un criado británico en lugar de un palanquín cualquiera?

—Supongo que sí.

—De seguro quiso evitarnos la mala experiencia. —Discreta, Tess se cubrió la boca con el abanico—. No sé tú, pero a mí me daría terror ser llevada por alguno de esos nativos. ¿Te imaginas? ¿Qué tal si se trata de un depravado ansioso de practicar con nosotras las posturas de ese libro indecente? —Y estalló en un ataque de risas nerviosas.

Abby, que ignoraba de qué estaba hablando, frunció el ceño. Con toda seguridad se trataba de una calaverada más de su dama de compañía.

—¡Ay, no importa! —suspiró la morena—. ¡Solo estaba tratando de animarte! ¿No estabas ansiosa por pisar Cawnpore? Aquí lo tienes, Abigail Fortescue, próxima señora Wilcotts. ¡Es toda tuya!

—Tienes razón —convino dejando caer los hombros—, confío en que lo veré mañana.

¿Qué importaba un día más, cuando había esperado por él toda una vida? El matrimonio entre Abby y Henry había sido el acontecimiento más esperado en el seno de las dos familias, o al menos en el seno de la familia Fortescue. Que la hija de un sastre de Londres se convirtiera en la esposa de un funcionario del Servicio Civil Británico para la Compañía de Indias Orientales era visto por muchos como un certero acto de ascenso social, pero nada estaba más lejos de las verdaderas aspiraciones de Abby. Los actos que la habían impulsado hasta aquellas tierras indómitas estaban siendo guiados por sentimientos genuinos en vez de por el deseo de ganarse un lugar

entre las damas de la burguesía, como a menudo murmuraban los desconocidos.

—¿Por qué no vino el señor Wilcotts? —inquirió cuando se hubieron instalado en el suntuoso carruaje, que desentonaba en medio del caos del muelle, una vez que todo el equipaje fue colocado en su sitio.

—Me temo que el señor Wilcotts está atendiendo algunos asuntos de última hora, señorita —explicó Archer cuando los caballos se pusieron en movimiento.

—¿De trabajo?

—Bueno, sí; es decir, no —vaciló el hombre, a lo que ella respondió con una mirada encogida—. Se trata de un asunto muy delicado, señorita. No sé si se habrá enterado de lo que sucedió en Barrackpore hace un par de días.

La joven recordó una conversación que había escuchado sin querer el día anterior, en la mesa del desayuno. Según comentaba un caballero a otro, un cipayo del 34º Regimiento de Bengala había atacado con su bayoneta, sin ninguna explicación, a dos superiores británicos, por lo que las autoridades ordenaron su captura. El otro caballero había aventurado que aquella arremetida no era un hecho aislado, sino una seria advertencia que el ejército de la Compañía no podía soslayar. Ella no había entendido a qué se refería entonces.

—¿Está hablando del ataque del soldado indio?

—En efecto.

—Pero el hombre fue puesto bajo custodia, ¿no?

—No solamente eso, señorita. Fue condenado a la horca junto a otro soldado que se negó a apresarlo. La sentencia se cumplió hoy al amanecer.

—Oh. ¡Qué horror!

—¿Horror por qué? —intervino Tess con sobrado desdén, como si se estuviera discutiendo el menú del almuerzo y no el destino de dos pobres desdichados—. ¡Lo merecían por traidores!

Abby la miró con profundo recelo. Podía tolerar que Tess fuera una

coqueta y una descarada, pero jamás que insultara a la gente oriunda de la tierra donde ella habría de vivir el resto de su vida. Su tierra, por ende. El pueblo indio merecía el mayor respeto y consideración por ser el forzoso patrocinador de una buena parte de las riquezas de Gran Bretaña.

—Tess, ¿tienes veinte minutos aquí y ya osas insultar a la gente autóctona?

La dama de compañía le respondió con una mirada afilada.

—Con todo respeto, señorita Fortescue —Archer intercedió solemnemente—, esos cipayos eran un par de traidores despreciables. La Compañía les paga una remuneración suficiente, les otorga una posición privilegiada entre su gente y, a cambio, se les da un arma para que defiendan los dominios del imperio, pero ellos han escogido responder en contra de quienes los armaron. ¡Es inconcebible!

—Me pregunto qué razones tendrían para hacer eso, señor Archer.

—Ninguna lo suficientemente válida, me atrevo a decir.

Abby se cruzó de brazos, exasperada.

—¡Oh, vamos! Empecemos por el hecho de que estas tierras tienen cien años en poder de los británicos y que todos los recursos son explotados sin ningún límite por un imperio que se enriquece groseramente, pero que no devuelve nada a la gente de la India.

Después de las atropelladas palabras de Abby, un largo silencio reinó en el interior del carruaje. Apenas se percibía el trajinar de las ruedas sobre el suelo de arena y las piedras del camino zarandeando el landó a través de las estrechas avenidas.

—Si me permite, señorita Fortescue, no le aconsejo llevar ese discurso delante de la familia Wilcotts. —Archer la miraba con seriedad.

Ella lo observó atónita, dolorosamente consciente de que aquel hombre tenía razón. Su futura familia política tenía más de cincuenta años en la India; su suegro era dignatario de la Corona en la Compañía Británica de Indias Orientales, al igual que su prometido. Los Wilcotts habían cenado en la misma mesa que la reina Victoria y gozaban de una impoluta reputación tanto en Londres como en India.

—¿Y qué tiene que ver Henry, es decir, el señor Wilcotts en todo este asunto de los soldados de Barrackpore? —quiso saber para soslayar el tema.

—El comisionado ha convocado a una reunión extraordinaria para discutir esos sucesos violentos, señorita. Los señores Wilcotts, es decir, padre e hijo, como representantes de la Corona para la Compañía Británica de Indias Orientales fueron llamados a participar. Las autoridades creen que lo que provocó esa reacción violenta es la negativa de los cipayos a usar unos cartuchos de fusiles que parecen haber sido embarrados con grasa de cerdos y vacas. Antes de cargar las armas, los cartuchos han de ser mordidos…

—Y, como la religión hinduista y la musulmana les prohíben consumir derivados de esos animales, lo consideran una ofensa a sus creencias, por lo que se han negado a utilizarlos —conjeturó Abby sacudiendo la cabeza con pesar.

—Así es, señorita. Las autoridades están tratando de hallar una solución para este problema. Esperamos que lleguen a un acuerdo pronto. No queremos que las supersticiones locales terminen causando un caos en las filas del ejército.

—No es superstición, señor Archer —retrucó Abby—. Es fe.

Archer pareció dispuesto a replicar, sin embargo cerró la boca, como si creyera que discutir con una mujer sobre ciertos asuntos era un caso perdido.

Ella lo ignoró. No le sorprendía que los cipayos se hubieran negado a morder unos cartuchos untados en grasa de animales sagrados e impuros. Era un ultraje imperdonable que la Compañía hubiera traído semejantes armas a un ejército que abrigaba tan sólidas creencias religiosas, pero confiaba en que Henry pudiera ayudar al mando militar a dar con una solución pacífica a ese lamentable conflicto.

Contrariada, Abby replegó la persiana del carruaje, fijó la vista en el variopinto paisaje que la diáfana ventanilla le revelaba. Las estrechas callejuelas, bordeadas de edificaciones pintadas en colores llamativos o en inmaculado blanco, rebosaban de transeúntes, *rickshaws* y carromatos tirados por bestias. Una caterva de voces, visiones y olores confusos la agobiaron hasta el punto de no saber adónde girar la cabeza. Por un lado, una bandada de palomas se abalanzaba al cielo, atemorizadas por el estrépito de los carruajes, por

otro, escuálidas vacas se paseaban lánguidamente sin reparar en la conmoción de la ciudad. En las calzadas dormían mendigos, ajenos al bullicio; en las ventanas de las viviendas asomaban pequeños rostros oscuros. Hombres y mujeres caminaban con prisa; ellos, ataviados en turbantes y *lunguis* amarillentos; ellas, en saris que emulaban los colores del amanecer, repletas de adornos de oro en el cuello, las muñecas, los lóbulos de las orejas y la nariz. Los vendedores ambulantes de comida apedreaban a los perros callejeros para mantenerlos a raya.

Un enjambre de niños esqueléticos, vestidos apenas con taparrabos, perseguía el vehículo por ambos costados, enseñando las palmas de las manos. Abby sacudió la cabeza, consciente de por qué no debía ceder a la tentación de regalarles dinero, pero vaciló al mirar aquellos varios pares de ojos, negros como el carbón, brillantes e insondables, que hacían plegarias más urgentes incluso que sus voces melifluas. Alguna vez, alguien le había hablado de los niños indios y las miradas fúlgidas que a primera vista arrancaban sonrisas a los forasteros, ignorantes de que aquella belleza no era más que una paradójica secuela de la avanzada desnutrición. Los ojos se quedaban vacíos con la falta de nutrientes y resplandecían como último recurso para implorar auxilio en un grito silencioso. Afligida, echó un vistazo a Archer, buscando licencia, pero el hombre, enérgico, negó con la cabeza. La muchacha apartó la vista de los niños, descansando las manos sobre el regazo, obligándose a no ceder.

Sortearon un grupillo de vacas que merodeaban por las calles y a una fila de monjes que se dirigían en silencio a un templo cercano, antes de adentrarse en un camino bordeado por delgadas palmeras, higueras y banianos que los llevaría a su destino final: el acantonamiento civil de Cawnpore.

Con ojos cargados de renovado interés, Abby divisó el vasto paisaje natural. Bajo el crudo sol, hervía una carretera polvorienta, de arenas color dulce de leche, con unas cuantas acacias, rododendros y plantas silvestres de algodón aquí y allá, repartidos sin ninguna ponderación. Vio pasar una nube de polvo, escuchó un estridente canto de loros desde las ramas. Un movimiento raudo entre los árboles llamó su atención; una manada de monos de caras negras trepaba de una rama a otra con sigilo. Se les quedó viendo anonadada mientras ellos le devolvían la mirada con intriga. Suspiró frustrada y encantada a la vez.

Debía reconocerlo. Habría querido contemplar todo aquel deslumbrante cúmulo de nuevas imágenes en compañía de Henry, que fuera él quien le mostrara los exóticos parajes de la India y la guiara en el reconocimiento de su nuevo hogar. Habría querido escuchar su voz, que no recordaba en absoluto, mientras arribaba a aquella tierra prometida donde compartirían la vida de allí en adelante. Un predicador de noventa años que leyera pasajes del Apocalipsis podría sonar mucho más entusiasta que el tedioso señor Archer, pensó apartando la vista de él.

Fue entonces cuando divisó una silueta que se movía a trompicones por el anchuroso paraje. Aguzó la vista y sacó la cabeza por la ventanilla para mirar mejor. Una figura desgarbada corría en contra del viento cargado de polvo; un nativo, concluyó al estudiar sus ropas andrajosas en la lejanía. El hombre se sostenía el turbante sobre la cabeza con una mano y, con la otra, frenaba las caídas que un viento enloquecido le propinaba en la carrera. De vez en cuando giraba para mirar con horror sobre su hombro, como si estuviera huyendo del mismísimo demonio.

—Señor Archer, ¿ve a aquel hombre?

El empleado de los Wilcotts se asomó a la ventana. En el acto se alejó.

—Sí, los indios son un tanto teatrales por naturaleza. Debe acostumbrarse a sus maneras, señorita Fortescue. No creo que sea nada malo.

—A mí me parece que tiene algún apuro. Detenga el carruaje.

Archer abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—¡Por supuesto!

—No puedo hacer eso, tengo órdenes llevarla sana y salva.

Ignorando las protestas de Archer, Abby golpeó la trampilla del coche con un movimiento raudo. El color pareció abandonar el rostro sudoroso y prominente del inglés, pero no hizo nada para detenerla.

—Abigail Fortescue, ¿te has vuelto loca? —la increpó Tess con los ojos brotados—. No vas a subir a ese hombre aquí, ¿verdad?

Estuvo tentada a hacerlo, solo para fastidiar a su amiga. El cochero se detuvo en medio de la polvareda. Una vez que dejó atrás los reclamos de Tess y las frenéticas advertencias del señor Archer, Abby descendió del coche de un salto. El nativo en apuros emergió de la cortina de polvo, para caer de rodillas ante ella entre sollozos y soflamas incomprensibles, como si ella fuera una deidad a la que implorara clemencia. No era más que un anciano harapiento con la piel morena sudorosa, el rostro marchito, cuarteado por los años y los ojos bañados de un velo de espanto. Cubierto de mugre hasta las pestañas, el hombre bajó la cabeza, se inclinó al nivel de los pies de la joven en medio de una retahíla de palabras. Abby se conmovió ante aquella angustiosa muestra de indefensión, de pura humildad. Se llevó la mano al corazón para contrarrestar los latidos de pena por aquel anciano que claramente buscaba su ayuda.

—*¿Kya baat hai?* —le preguntó la joven.

El semblante de Archer se contrajo con la sorpresa.

Hacía un par de años, Abby había tomado algunas clases de hindi con un profesor particular, consciente de que el dominio de la lengua de su futuro hogar debía ser una habilidad imprescindible. Por desgracia, el señor Fortescue solo alcanzó a costear una parte de la instrucción, y ella tuvo que continuar aprendiendo a solas, con la ayuda de los manuales de idiomas y sin la más mínima oportunidad de practicar sus habilidades de conversación. Ella lo disfrutaba, aunque a menudo debía tolerar las burlas de su grupo de amigas ante lo que ellas consideraban una lengua ridícula y repugnante al oído.

Por desgracia, lo que hablaba el anciano que ahora tenía delante no era hindi sino una mezcla confusa de dialectos que ella no había alcanzado a estudiar.

—*¡Maim samajhi nahin!* —mascculló acuclillándose frente a él, frustrada por no entender una sola palabra—. *¡Kripaya zara dhire boliye!*

—Tenga cuidado, señorita Fortescue —le advirtió Archer, que se había apeado del carruaje junto a la conmocionada Tess.

—¿Sabe usted qué está tratando de decirme?

Archer le hizo una pregunta al anciano, pero no pareció comprenderlo. Soltó una exclamación confusa. Luego, el criado de los

Wilcotts preguntó algo al cochero, que respondió sacudiendo la cabeza en negativa.

—Lo siento, señorita. Tampoco entendemos lo que dice. Es un forastero.

Abby volvió a mirar al anciano. ¿Sería alguna dolencia lo que lo aquejaba? ¿Estaría algún familiar suyo en problemas? ¿Estaba huyendo de algo o de alguien?

—Por favor, trate de explicarse —gesticuló de forma torpe, interrumpiendo el alud de palabras agudas—. Quiero ayudarlo.

De pronto, un golpeteo de cascos de caballos en la lejanía robó su atención. El anciano soltó unos jadeos exaltados, un temblor incesante comenzó a recorrerle el enjuto cuerpo. Abby notó con ligero escozor que tres jinetes se aproximaban al galope en medio de la polvareda. Se puso de pie al tiempo que el indio corría detrás de ella para resguardarse, como un animal acosado por una cuadrilla de cazadores. Comprendió que aquellos jinetes eran la razón de su turbación.

—Señorita Fortescue, creo que esto se está saliendo de control —balbució Archer—. Creo que deberíamos marcharnos ahora mismo.

—El señor Archer tiene razón, Abigail —arremetió Tess con la voz quebrada de pavor—. Ya deja de hacer de buena samaritana y larguémonos de aquí.

Abby hizo oídos sordos a las protestas. Aunque tenía miedo, al igual que ellos, no se permitiría abandonar a aquel pobre abuelo a su suerte.

Se obligó a mantenerse firme, aunque las rodillas le temblaban. Fijó la vista en los tres jinetes, que, al cabo de unos segundos, traspasaron la cortina de polvo para dejarse ver. Eran militares de la Compañía, concluyó al ver los uniformes de reglamento. Dos de ellos, morenos y con la típica fisonomía de los hombres nativos, vestían casacas rojas con franjas blancas, pantalones y gorros azules. Los rostros oscuros y adustos de los cipayos reflejaban tanta emoción como la de dos curtidos jugadores de póquer.

Un tercer hombre, de rasgos caucásicos y severa apostura, apareció entre los primeros dos. Fue el que más llamó la atención de Abby: no hacía falta notar los galones de capitán y el elevado chacó negro con

la insignia dorada donde brillaba un número “2”; tampoco era necesario saber que, a diferencia de los indios, los oficiales británicos podían escalar posiciones en el ejército. Cualquiera habría podido notar el aura de poder que aquel hombre exudaba. Pero eso no era todo. Como si lo anterior no fuera suficiente, también poseía una gloriosa belleza masculina, un ligero aire aristocrático más apropiado a un caballero de Londres que a un militar de algo rango en un territorio salvaje. Sus ojos eran dos cuarzos coronando un rostro anguloso, de altos pómulos y mejillas esculpidas, además de una nariz recta y arrogante. El sol de la India le había atezado la piel con un permanente dorado, confiriéndole un curioso aspecto de dios romano que Abby no pasó por alto. El color de su cabello bajo el chacó era un incómodo misterio que le hizo arrugar el ceño. A sus espaldas, le pareció escuchar que a Tess se le escapaba un gemido.

Abby sintió un estremecimiento al notar que aquellos ojos verdes se posaban en ella desde la altura del caballo. El hombre ladeó la cabeza con ligerísima inquisición al notar que el anciano se refugiaba detrás de ella. Le dirigió una cruda mirada de reprobación, a pesar de los cual sus palabras sonaron extrañamente gentiles:

—Buenos días, *memsahib*. Si fuera tan amable de apartarse…

Tenía una voz profunda, un tanto ronca, sin llegar a ser molesta, sino más bien íntima. En cualquier otra ocasión, aquella voz le habría erizado la piel. Abby dejó de respirar por un instante. Por primera vez desde que pisó la India, se descubrió sofocada, mareada, quizás. Las manos dentro de los guantes comenzaban a sudarle, al igual que las sienes, que parecían derretirse bajo el apretado sombrero.

El anciano soltó un jadeo que la devolvió a la tierra. Fue entonces cuando la realidad la abofeteó de improviso. Miró fugazmente al harapiento indio, que continuaba tembloroso tras ella, y luego regresó al oficial, que parecía impacientarse ante su falta de respuesta.

—Buenos días —vaciló, esperando escuchar una presentación que no llegó—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Sí. Apártese.

Abby entrecerró los ojos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero a ese hombre —ordenó mirando a anciano.

—¿Qué es lo que ha hecho?

El oficial exhaló un suspiro amargo, de irritación e impaciencia.

—No tengo tiempo para esto —masculló, más para sí. Giró una instrucción en hindi a uno de sus subordinados, algo que le sonó como "acabemos con esto".

El cipayo se apeó para cumplir la orden. Caminó con arrojo hacia el anciano, provocando que se encogiera a los pies de Abby en una búsqueda desesperada por protección.

—¡No! —exclamó ella, dando un paso al frente para evitar que se acercara más. Con el mentón en alto, miró al líder—. ¡Exijo saber qué ha hecho este hombre!

El oficial la examinó con lenta insolencia. Aquella mirada flamígera viajó por su cuerpo con mayor rapidez hasta encontrar de nuevo sus ojos. Antes de que Abby tuviera tiempo de sonrojarse ante semejante osadía, antes de que él pudiera pronunciar palabra, Archer carraspeó para intervenir en la disputa.

—Capitán Ballard —dijo solemnemente, lo que molestó a Abby—, lamento mucho esta confusión. La señorita Abigail Fortescue es la prometida del señor Henry Wilcotts. Acaba de llegar a la India. No está habituada a las prácticas de nuestro ejército.

El militar la miró diferente, con ambigua convicción, como si recién hubiera comprendido algo que antes no había podido.

—No necesito que hable por mí, Archer —replicó ella con una mirada beligerante. Esperaba que la mención del nombre de Henry surtiera algún efecto en el militar, pero no se inmutó. De seguro era demasiado arrogante para reconocer la autoridad de un civil—. Y no sé a qué prácticas se refiere, pero están locos si creen que voy a poner a un pobre anciano en manos de tres militares que, estoy segura, no tienen buenas intenciones.

El oficial, que ahora sabía, respondía al nombre de Ballard, tensó la mandíbula. Algo muy parecido a una sonrisa diabólica viajó por sus labios, o eso creyó ver.

—Su valor es admirable, *memsahib* —sentenció—, pero no eximirá

a este hombre del castigo que está por recibir.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que llevárselo? ¡Es solo un anciano!

Ballard le dirigió una mirada sombría, pesada, como una nube monzónica.

—Retírese —le advirtió—. No está bien charlar bajo el sol a cuarenta grados de temperatura. Le saldrán pecas en su bonito rostro.

Los dientes de Abby chirriaron de furia. Aquel odioso hombre pensaba que ella estaba jugando a ser buena samaritana, como había dicho Tess, y que, apelando a su vanidad, le haría desistir de la idea de proteger al indefenso indio. Estaba ansiosa de demostrarle cuán equivocado estaba.

—Capitán, no me moveré de aquí hasta que me diga qué ha hecho este hombre —insistió—. ¿Robó a alguien acaso? ¿Cometió alguna injuria contra usted o algunos de sus colaboradores? ¿Incumplió el pago de impuestos?

—¿Le parezco un maldito recaudador? —reaccionó él erguido.

—Tampoco parece alguien muy decente.

Ballard se quedó mudo de indignación; Abby se sintió orgullosa de haberlo picoteado en su orgullo. Estuvo a punto de sonreír.

—Es usted muy perceptiva —se burló con amargura—, tanto como yo ingenuo.

—¡Qué sorpresa! —continuó ella, dejándose arrastrar por ese juego sarcástico—. Me cuesta creer que alguna vez lo haya sido. El privilegio de ser un inglés en suelo indio lo ha envalentonado demasiado, ¿no le parece? Me gustaría verlo en una situación fuera de su control, donde sea usted quien esté en desventaja.

Una mueca de negra diversión afloró en el rostro atractivo.

—¿Cree que mi trabajo consiste en aprovecharme de los débiles?

—Así es —dijo desafiante—; eso es lo que me demuestra cuando veo a este inofensivo viejo intentando escapar de usted y de sus hombres. Cuánta maldad habrán visto estos pobres ojos en toda una vida. ¿Qué ha hecho para ganarse ese temor, capitán? ¿Qué es lo que

hay en su conciencia?

La pregunta pareció calar muy dentro del capitán Ballard, que echó una mirada punzante al anciano y luego volvió a ella.

—Sus acusaciones no me ofenden, *memsahib* —dijo con voz templada—. Más bien me intrigan. Me pregunto si tanto ímpetu no mermará una vez que se haya casado con el señor Wilcotts, quien por cierto es un inglés en suelo indio, como yo.

—¿Cómo se atreve a compararse con él? —gruñó.

—Ha sido usted quien ha sacado a relucir nuestras semejanzas.

Abby tenía ganas de abofetearlo por tanta insolencia, pero, al mismo tiempo, quería acabar con aquel asunto y librar al pobre abuelo de aquellos miserables.

—¿Qué ha hecho el anciano, capitán? —exigió una vez más.

—No tengo por qué darle explicaciones, *memsahib*. —Se inclinó hacia adelante, pronunció cada sílaba con excesiva claridad, como si ella fuera incapaz de comprenderlo—. ¡Apártese!

Abby tenía la corazonada de que algo muy tenebroso estaba sucediendo, pero no tenía idea de lo que era. De pronto, se vio a sí misma en ese pedazo de suelo, dejado de la mano de Dios, bajo un férvido sol que le exprimía el sudor del cuerpo y recordó que ya no se hallaba en Londres. Era ridículo que siempre hubiera criticado las tasas de criminalidad de la ciudad, cuando nunca había conocido el peligro como ahora, cuando nunca había mirado a la cara a la barbarie, la injusticia y la arbitrariedad. Después de lo que estaba presenciando, Londres iba a parecerle un parque infantil en adelante.

—Esto no es legal, ¿cierto? —susurró mirando al capitán con escozor.

—Señorita Fortescue, ¡por favor! ¡Marchémonos! —intervino Archer ansioso.

Abby volvió a ignorarlo. Fijó los ojos con incredulidad en el adusto e inexpresivo militar que tenía de frente. ¡Cuán engañosa podría ser la maldad! ¡Cuánta belleza prodigada en un gélido corazón!

—Obedezca, *memsahib* —le instó con voz grave y sombría.

—¡Es usted un sucio criminal! —le gritó—. Pretende ejecutarlo, ¿no es así? ¿Acaso no tiene familia? ¿No tiene temor de Dios? ¿Qué clase de bestias son todos ustedes? —continuó mientras paseaba la mirada entre los soldados e, incluso, por Archer, ese otro canalla inhumano que pretendía hacer la vista gorda con lo que estaba sucediendo—. ¿Dónde diablos he venido a parar? —sollozó aquello último en voz muy baja, de modo que solamente ella pudo escucharse.

En ese instante, oyó un parloteo agitado a sus espaldas. El anciano dirigió unas palabras conminatorias a Ballard, que pareció captar muy bien el mensaje. Ballard respondió de la misma manera, con la fluidez de un hombre que se hubiera criado hablando aquella extraña lengua. Resuelto, tomó la pistola y apuntó hacia el fugitivo, que usaba a Abby como escudo humano. El cipayo retrocedió, Archer y Tess emitieron a la par un respingo de alarma y se alejaron de la trayectoria imaginaria de la bala. La visión del arma hizo palpitar las sienes de Abby.

—Le aconsejo que se aparte o me veré obligado a…

—¿Qué va a hacer? ¿Matarnos? ¿Disparará a la prometida de Henry Wilcotts? —quiso saber, con la voz reducida a un débil resuello y el corazón galopante. Nunca en su vida había estado más quieta, o más asustada.

—Trataré de no darle a usted si se mueve a tiempo —murmuró Ballard con el cañón apuntando al anciano, que estaba tan cerca de Abby que un disparo fácilmente podría encontrarla por error—. No puede entendernos. Haga lo que yo le diga y se lo quitaré de encima.

¿Trataré de no darle a usted?

—¡No! ¡Baje el arma en este instante! —exigió ella con sus escasas fuerzas.

—¡Señorita Fortescue, apártese!

Súbitamente, unas manos calientes y ásperas, como la corteza de un árbol de carrasca, la abrazaban desde atrás. Una mezcolanza de gritos alrededor y la falta repentina de oxígeno la desconcertaron. De pronto, los ojos le escocían por el sol. El cielo y el suelo se confundían en una amalgama de tierra, calor, sombra y nubes. Apretó los párpados, las pupilas heridas por la luz. Sintió la mente revuelta entre el miedo y la confusión. Algo la pinchaba en la nuca, pero Abby apenas sintió aquella ligera invasión. ¿Cómo podía estar sucediendo

todo aquello?

Una detonación perforó el aire, seguida de un chillido atronador. En las palmas de las manos y en las rodillas, Abby sintió la arena, que estaba caliente como los adoquines del infierno, traspasando la tela de los guantes y las medias.

Sofocada y aturdida se quedó allí, hasta que la voz de Tess a su lado le llegó. Abrió los ojos con lentitud. Vio que su amiga, hecha un manojo de nervios, le abanicaba el rostro compulsivamente. La joven miró aletargada a su alrededor, con los párpados pesados, intentando comprender lo que acababa de sucederle. Cuando vio al anciano tumbado en el suelo, inmóvil, con un hoyo humeante entre las cejas y los ojos abiertos de par en par, el alma pareció abandonarle cuerpo con violencia, para luego volver a caer en picada y producirle un dolor físico. Apartó la vista, liberando un alarido de horror que pronto se convirtió en llanto. Las lágrimas aparecieron, mientras Tess la abrazaba para consolarla.

¡Lo había hecho! Ese maldito había cumplido su amenaza. Había disparado a quemarropa a un indefenso individuo, viejo, andrajoso y asustado frente a los ojos de dos damas. ¿Qué clase de miserables poblaban aquellas tierras?

En un movimiento airado, Abby se desembarazó de la protección de Tess. Se puso de pie trastabillando para encarar al asesino. Ballard, que había desmontado, la miraba con seriedad y un brillo ininteligible en los ojos.

—¡Cerdo miserable! ¡Deberían ahorcarlo por esto!

Se le fue encima, pero él la tomó por las muñecas para detenerla, como si hubiera adivinado esa intención de darle golpes hasta el cansancio. Forcejearon por un momento hasta que Abby vio su propia fuerza disminuida por la severidad de las manos de él, grandes y poderosas, atenazadas contra los antebrazos. Su imponente estatura era superior a lo que había osado imaginar. Luego de someterla con firmeza, la obligó a mirarlo. Asqueada hasta lo indecible, ella accedió a hacerlo. Aquellos ojos verdes inescrutables se posaron sobre Abby, cargados de una firmeza implacable. Ella asumió que estaba orgulloso de ser un bandido y un criminal.

Sentía el impulso de escupirle la cara, pero tenía la garganta seca y la lengua pegajosa. Ni siquiera los insultos más agravantes que

conocía lograron brotar de sus labios en medio de aquella sensación de repugnancia y letargo que la subyugaba.

Abby se juró odiarlo mientras viviera.

Entonces, su visión y sus pensamientos se vieron opacados por una sensación de vértigo. El mundo comenzó a ennegrecerse hasta que su conciencia se apagó por completo.

Capítulo 2

Abby despertó en la habitación de huéspedes de los Callthorpe, viejos conocidos de su padre y sus protectores en la India. Al menos eso pensó cuando se vio en la comodidad de una cama de madera labrada, con una mosquitera alzada sobre su cabeza. Una bandada de papagayos entonaba cantos estrepitosos al otro lado de las celosías, al tiempo que varios pasos iban y venían a lo largo del corredor.

Había soñado con su primera impresión de Cawnpore; los animales y las palmeras que había visto desde el carruaje, los niños morenos bañándose a la orilla del Ganges, los colores inexplicables del amanecer, el exotismo y el caos de la ciudad. Unos ojos verdes y agresivos que la observaban. Hizo un esfuerzo para recordar cómo había logrado entrar a la casa y ponerse la ropa de dormir. Su mente era apenas un lienzo en blanco con algunos vagos trazos de color, como el rojo del amanecer y el verde de aquellos ojos que remachaban en su mente, como una de esas imágenes sagradas y mil veces repetidas que representaban las deidades de la India.

Pero entonces sintió la garganta dolorida por los gritos, los recuerdos de la espantosa experiencia en el camino acudieron a su mente con feroz claridad. La imagen del anciano, inerte y con un hilillo de sangre brotando de la herida entre las cejas, fue como un puñado de sal en los ojos. Afligida, se llevó las manos al rostro. Un velo de humedad le empañó las pupilas. No era posible que hubiera ocurrido todo aquello. No era posible que sus primeras horas en Cawnpore hubieran estado teñidas de la sangre de un inocente individuo. No era posible que hubiera sido testigo de la perversidad de los ingleses contra los nativos apenas ponía un pie en la ciudad. Ahora sabía que aquellos ojos pertenecían a un cobarde asesino que no había reparado en ajusticiar a un hombre a plena luz del día, delante de ella.

Cuánta maldad, cuánta miseria la de esos que gobernaban la India; esa tierra que había sido conquistada con brutalidad, saqueada por siglos. Sus amistades en Londres le habían advertido sobre la poca conveniencia de mudarse al subcontinente indostaní. Para ellos, la India era una tierra impía, plagada de peligro, pecado y barbarie; desde los monzones que cada año repartían inundaciones,

enfermedades y hambrunas, hasta la cultura pagana de su población, que adoraba a deidades de múltiples brazos y prendía fuego a sus viudas. La India era una fuente de riquezas que hacían de Gran Bretaña un paladín de progreso mundial, pero no un lugar donde criar hijos y esperar que se convirtieran gente decente. Sin embargo, Abby siempre supo en lo que se estaba metiendo. Se había dejado embriagar de la India, en parte por su fascinación natural –y a menudo secreta– por lo prohibido; pero eso era muy poco en comparación con la promesa de compartir aquel caos y exotismo con Henry Wilcotts, su gran amor. Se había preparado por años para vivir en la India, consciente de todo lo que ello implicaba. Porque todo padecimiento, toda penuria dejaría de serlo al lado de Henry.

El recuerdo de su amado la animó a levantarse de la cama. Se sentía como si hubiese dormido por días, aunque el reloj de pared al fondo de la habitación le confirmaba que habían transcurrido escasas horas desde su llegada. El calor era agobiante, la cabeza le latía al ritmo de un pulso descontrolado. Tomó la bata de algodón de uno de los extremos del biombo, se la enfundó con sopor, al igual que las sandalias de cuero, y se aventuró a salir de la habitación.

Detrás de la puerta, una criada morena que sostenía una cesta de mimbre la saludó con una recatada reverencia. Tenía el cabello negro más brillante que había visto, recogido en una trenza que le llegaba más abajo de la cintura. Vestía un sencillo sari verde musgo y numerosos adornos de oro. Abby recordó haber leído en uno de sus volúmenes sobre la India que hasta las muchachas nativas más pobres contaban al menos con un par de joyas para lucir. Ella había dado poco crédito a aquel dato entonces. Abby le respondió con una sonrisa adormitada.

—*Subh prabhat*.

Las palabras diáfanas sorprendieron a la muchacha, que al igual que Archer, no estaba esperando que la rubia *memsahib* recién llegada de Inglaterra tuviera algunas nociones de hindi. Con una sonrisa, le señaló el final del pasillo con la mano.

—El comedor está por aquí. Venga conmigo.

—Gracias. —Encontró su propia voz viscosa mientras caminaban en la dirección indicada—. ¿Cuál es tu nombre?

—Sharmila, *mem* —respondió ella con una pequeña sonrisa—. Si lo

desea le prepararé un baño y le lavaré el cabello con aceites. La *memsahib* Laura dice que le hace sentir muy bien.

Abby examinó sus propios mechones, sudorosos y pegajosos, con una mueca de disgusto. Necesitaba asearse, pero no antes de saludar a sus anfitriones al menos.

Sharmila la condujo escaleras abajo, a un comedor amplio y luminoso que se alimentaba de la profusa luz que penetraba por las celosías. A la mesa se encontraba Tess charlando animadamente con los anfitriones, los señores Callthorpe.

—Buenas tardes, dormilona —la saludó.

La pareja se puso de pie para recibirla.

—Querida Abigail, bienvenida a Cawnpore, cielo —exclamó una menuda y risueña dama de cabello negro como el ónix, piel inmaculada y amables ojos azules.

—Muchas gracias, señora Callthorpe.

—Oh, pequeña, llámame Laura. Espero que tengas hambre.

—¿Has dormido bien, querida? —preguntó el señor Callthorpe mientras le retiraba una silla, invitándola a sentarse.

Pese a su edad y a una profesión que lo mantenía por largas horas a la intemperie, el marido de Laura se conservaba en muy buena forma. Geoffrey Callthorpe había llegado a la India hacía menos de cinco años junto a un grupo de ingenieros, topógrafos y técnicos llamados por el Ferrocarril de la Gran Península India, una compañía recién constituida para trazar las vías del primer sistema ferroviario indio para el comercio. La creciente actividad de la Compañía de Indias Orientales motivó la búsqueda de medios de transporte más rápidos y eficaces para la movilización de mercancías desde los lugares menos accesibles del territorio. Las autoridades vieron en el ferrocarril una opción bastante apropiada. Después de años de arduo trabajo en las zonas más inhóspitas del subcontinente, atravesando *ghats*, llanuras y junglas repletas de peligros inestimables, la Compañía había registrado grandes progresos. En apenas cuatro años de haber iniciado labores, el primer tren había recorrido suelo indostánico desde la estación de Buri Bunder en Bombay hasta los algodonales de Thana, ubicados a treinta y cinco kilómetros al norte.

Cawnpore, con su prometedora industria textil y de cueros, muy apetecibles en ultramar, estaba en proceso de construcción de su propia línea, razón por la cual Geoffrey y su esposa se habían establecido temporalmente en la ciudad.

—Oh, Dios, sí. Qué vergüenza —se lamentó Abby con las mejillas arreboladas al recordar sus horas de sueño. Sus anfitriones parecieron eludir el hecho de que había llegado directo a la cama en lugar de presentarles sus respetos antes, como lo haría cualquier dama con un mínimo de educación—. Me habría gustado estar consciente al llegar para poder saludarlos como es debido. Estoy verdaderamente apenada. Les pido disculpas por mis modales.

—Descuida, querida, tu adorable amiga nos contó lo que sucedió —murmuró Laura después de hacerle una seña a Sharmila para que se retirara—. No es para menos. Lamento que tuvieras que presenciar semejante atrocidad. Y espero que ello no incida en tu percepción sobre Cawnpore.

—Sí, te aseguro que no es común ver ese tipo de monstruosidades en esta provincia —añadió el señor Callthorpe con una mueca cautelosa—. Por lo general, esta parte de la India es bastante pacífica; es decir, en comparación con otras donde las ejecuciones públicas son tan comunes.

—¡Geoffrey, por Cristo! —lo amonestó Laura—. Vas a asustar más a la pobre. No le hagas caso, Abby —se dirigió a ella con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora—. Puedes sentirte segura en Cawnpore, cielo. Te lo prometo.

Abby suspiró, consciente de que todos estarían seguros en Cawnpore, salvo los propios nativos, mientras asesinos miserables integraran las filas del ejército.

—¿Estás bien? —quiso saber Tess—. Come algo. Todo está muy sabroso. Ahora me doy cuenta de que había minimizado la comida de la India.

—Espero que los manjares autóctonos no te desagraden —dijo el señor Callthorpe con una sonrisa—. La señorita Hobart nos contó que eres vegetariana desde los quince años.

Ella afirmó con la cabeza.

Generosas raciones de arroz con frutos secos, empanadillas de vegetales, *roti*, chutney de tomates y curry llenaban la mesa. Por años, Abby se había instruido en el arte de la cocina de la India, renunciando a la carne de res y de cerdo; por ello el potente sabor de las especias no le era ajeno. Había aprendido a disfrutarlo. En ese momento, sin embargo, tenía muy poco apetito para degustar las delicias que sus anfitriones le ofrecían.

—El militar que disparó, el capitán Ballard —susurró mirando su plato aún vacío— tiene que pagar por lo que hizo.

Tess y los Callthorpe se miraron compungidos.

—Abby, no sabemos con exactitud lo que sucedió —musitó el caballero.

—Ese hombre disparó a un anciano desvalido delante de nosotras, señor Callthorpe —resopló—. Tenían que haberlo visto. ¡Es un salvaje!

—Pero Abby, estamos en India —dijo Laura con una risa superficial—; ningún hombre es completamente civilizado.

El señor Callthorpe se encogió de hombros de forma burlona. La joven los miró atónita, incrédula, dispuesta a replicar, pero su amiga le propinó un ligero puntapié por debajo del níveo mantel. Cuando se volteó para increparla, Tess la miraba de forma reprobatoria; por alguna razón, supo que debía hacerle caso.

—Deben disculparla. Tal vez no ha descansado lo suficiente. El viaje desde Calcuta fue bastante agotador, y ni les cuento sobre el viaje desde Londres. ¿Cómo se las arreglan para viajar una vez al año? Es una verdadera tortura.

Tess siguió parloteando con los alegres Callthorpe, mientras Abby intentaba con desespero salir del letargo. Sacudió la cabeza, obligándose a olvidar sus prejuicios, que eran totalmente inapropiados delante de sus generosos anfitriones. En su fuero interno, se preguntaba si, con los años, ella se adaptaría a la India con tanta facilidad como lo habían hecho Laura y Geoffrey, al punto de dejar pasar hechos tan perturbadores. ¿Se habituaría ella también a la injusticia y a la violencia regente?

Con los ojos entornados, notó que la señora Callthorpe vestía un vistoso *chaniya choli*, un vestido tradicional de dos piezas

confeccionado en *tussar* de colores azul turquesa y naranja. Era una muestra inequívoca de cuán adaptada estaba Laura a la cultura local y un detalle muy llamativo que antes no había notado.

—Oh, solo uso estos trapos para estar en casa —aclaró con una sonrisa relajada cuando notó que la observaba—. Son increíblemente cómodos. Pero, para salir a la calle, opto por mis vestidos occidentales. No quiero que nuestros vecinos piensen que me convertido en una nativa —aseguró antes de tomar un sorbo de té.

—Creo que es hermoso —afirmó.

Después se obligó a servirse algo de comida para no tener que molestarlos luego, cuando el hambre apareciera.

—¿Y cómo está tu padre, Abigail? —inquirió el anfitrión.

La mención del señor Fortescue le provocó un brote de nostalgia. Lo extrañaba mucho, aunque solo habían pasado un par de meses lejos. Volvió a lamentarse porque el estado de salud paterna no le había permitido afrontar el largo viaje. Ya tendría tiempo de escribirle y hacerle saber que había llegado a la India en una pieza.

—Con las mismas dolencias en las articulaciones, al menos hasta el día en que nos despedimos —admitió con tristeza—. Aun así, sigue metido de cabeza en la sastrería y toma tan pocos descansos del trabajo que a veces debo regañarlo —suspiró—. Espero que su nuevo ayudante y la señora Goodwin sepan hacerlo seguir las indicaciones del médico.

—Oliver es un hombre con un admirable amor por el trabajo, pero no es tonto. Estoy seguro de que se repondrá y lo tendrás aquí en poco tiempo —le sonrió con afecto—. Bueno, Abigail, solamente nos queda felicitarte por tu boda con el joven Henry Wilcotts. Si se me permite saber, ¿existe ya alguna fecha en concreto?

Abby volvió a sentir un cálido rubor en las mejillas.

—Muchas gracias, señor Callthorpe. Aún no hay una fecha: el señor Wilcotts y yo no hemos tenido oportunidad de hablarlo en persona. Confío en que decidiremos eso en los próximos días, cuando nos reunamos.

—Oh, por supuesto, ¡qué torpe soy! —Geoffrey se dio un golpecito

en la frente—. Lo había olvidado por completo. Antes de marcharse, el señor Archer dejó la tarjeta de tu prometido. Wilcotts espera verte mañana para darte la bienvenida a la India en persona; por supuesto, le dije que lo esperábamos.

—Oh, ¡qué gran noticia! —exclamó—. ¡Muchísimas gracias, señor Callthorpe!

El rostro de Abby se iluminó como si le hubiesen encendido una antorcha desde adentro. ¿Por qué el latoso Archer no había mencionado una palabra al respecto? La sola posibilidad de volver a ver a Henry al día siguiente alejó de su mente los sinsabores de las últimas horas.

Finalmente sucedería; finalmente lo vería después de tanto tiempo.

—Ay… El amor juvenil —suspiró Laura posando una mirada entrañable en su marido.

En sus breves encuentros con los Callthorpe en el pasado, Abby no había pasado por alto el trato afectuoso y las miradas íntimas de refilón que la pareja se dedicaba mutuamente como si, en lugar de décadas de matrimonio, llevaran juntos tan solo meses. En Londres, semejante despliegue de afecto era poco habitual y con frecuencia se consideraba de mal gusto, pero aquel trato le permitió a Abby sentirse a gusto entre ellos. Anhelaba poder construir un matrimonio tan sólido, donde la magia siguiera latente, tal como aquel.

—¿Existe algo más bonito? —concluyó la señora Callthorpe.

—Tú sabes que sí, mi amor —le respondió Geoffrey—. De lo contrario, yo no sé dónde estaríamos.

Abby relajó los hombros, cortó con las manos un trozo de pan y comenzó a engullir los alimentos mientras sus anfitriones sacaban una anécdota del último viaje a las montañas de Nilgiri, en el Himalaya.

Saber que pronto estaría con Henry y que juntos tejerían sus propias historias le proporcionaba un placer indescriptible.

* * *

Simon Ballard apartó los ojos de aquel adminículo de muerte, cuya mera visión lo trastornaba.

El sol se hallaba en su cénit y, desde el cielo, incendiaba la austeridad de Jajmau; las empinadas colinas pardas, los raquíticos bosques en la lejanía y la inmensa estepa junto al Ganges que se desdibujaba por efecto de la densidad del aire. Escuchó el borboteo del agua; levantó la vista hacia el río, que corría en toda su longitud al pie del peñón, arrastrando consigo las cenizas de los pobres diablos, los pecados que los creyentes entregaban en los *ghats*. En otra época, él mismo había intentado sin éxito ahogar algunos propios, pero no importaba cuánto ocre fluyera por el caudal, ni cuanta lluvia arrojaran los monzones: el agua nunca lograba lavarlo lo suficiente.

Aquel último pensamiento lo llevó de nuevo a echar un vistazo al cuchillo de hoja ruda que descansaba sobre la mesa del porche del bungaló. La empuñadura era de hueso tallado con refuerzos de latón. El metal, afilado como las garras del diablo, parecía presto a cortar de largo a largo el delicado cuello de una mujer. Alguna vez Simon había empuñado uno igual. Conocía la sensación que sobrevenía al hundirlo en la carne hasta la pulpa del hueso; le era familiar la agonía del desangramiento y, más tarde, la muerte inminente del contrincante. Era una sensación placentera, rayana con lo enfermizo, pero que luego se extinguía como la llama de una vela al final del Diwali, tan pronto notaba que toda su ira no era satisfecha. Incluso ahora no lograba ver nada más que ese pernicioso sentimiento que le había hecho compañía por demasiados años.

Se infundió un poco de valor. Recorrió con el pulgar el arma primitiva, repasando el metal y la cacha; se preguntaba cuántas vidas habrían sido tomadas con él en nombre de Kali. La vida de aquella insolente *memsahib* se habría añadido a la lista de no ser por la legendaria puntería de Simon Ballard. Le había bastado apuntar entre las cejas del hombre y tirar del gatillo antes que él continuara escupiendo blasfemias por esa boca inmunda. Lo demás era una odiosa rutina. Había derribado a otro, pero no bastaba. Sabía que había muchos como él bullendo por el desierto, por la jungla, por los caminos y por las ciudades. Aunque viviera mil años, él solo no podría acabar con todos. Y eso lo hacía sentir enfermo.

Apretó la empuñadura mientras los recuerdos volvían en tropel en forma de voces, gritos, jadeos y visiones horripilantes. El pasado revivía. Solo el sonido de los cascos de un caballo deslizándose por las

arenas del sendero logró arrancarlo del ensimismamiento. Vislumbró a Kumar Prajapati, su colaborador más cercano, que remontaba el camino desolado en un trote ligero. Simon lo saludó con un cabeceo, mientras el otro se apeaba del rocín.

Prajapati era un indio de casta guerrea que había acompañado a Simon en sus misiones más importantes fuera del continente. Hijo de un sacerdote brahmán de Rajputana, el cipayo ejercía un liderazgo extremadamente útil dentro del batallón. Gracias a la mediación que había asumido en la Guerra de Crimea el año anterior, los soldados nativos habían cruzado el Mar Negro hasta Sebastopol sin amotinarse, pese a que las creencias reinantes en el hinduismo establecían que semejante empresa los despojaría de su casta. Prajapati conseguía apaciguar los ánimos de los soldados nativos mejor que el mismo Ballard, razonaba con ellos y manejaba sus dilemas con argumentos irrebatibles. Ello lo había convertido en una pieza inestimable dentro del regimiento.

Prajapati observó a Ballard que todavía sujetaba el cuchillo con los dedos blanquecinos.

—Deberías ir a ver cómo está la *memsahib*. —Lo señaló sonriente, mostrando aquellos dientes rojizos, consecuencia del mastique compulsivo de *paan*—. Se ha llevado un susto de muerte, ¿no?

Un áspero gruñido brotó de la garganta de Simon. Había estado tan enajenado tras el suceso en los caminos que apenas había tenido ocasión de pensar en aquella lenguaraz rubiecita. Difícilmente habría pasado por alto esa belleza alucinante en otras circunstancias; ahora, sin embargo, la mención de la futura mujer de Wilcotts le reactivó los sentidos. La recordó acuclillada en la arena, tras el dosel de polvo, mirándolo con el aspaviento que acostumbraba causar en la gente, pero también con algo más: algo que no alcanzó a dilucidar en ese instante. Deseó poder revivir el momento para salir de dudas, acercarse, desatarle las cintas del sombrero para apreciarla mejor. Deseó saborearla con los ojos y recoger con la lengua esa pequeña gota de sudor que le resbalaba por el cuello.

Hizo un chasquido. Nunca se había permitido desear a una mujer ajena. A menos, por supuesto, que la mujer en cuestión tuviera razones para distanciarse de su dueño y lo buscara para llenar el vacío que la aquejaba.

—No ha sido más que un estúpido desvanecimiento femenino.

Nadie se muere de eso hasta donde sé —gruñó con agrio sarcasmo.

Con la manga de la casaca roja, Prajapati se enjugó el sudor de la frente y ascendió los tres escalones hasta el bungaló. Echó un último vistazo al arma que Simon, receloso, se guardaba en la canana, como si no quisiera que nadie más la viese. Tenía la odiosa costumbre, aprendida sin querer, de coleccionar los cuchillos de los hombres a los que mataba.

—Espero que Henry Wilcotts piense lo mismo. La muchacha le contará lo que pasó. Si es vengativo —se encogió de hombros—, que Brahma nos proteja.

—Me tiene sin cuidado lo que piense Wilcotts.

—Vaya tigresa que se ha buscado por esposa —dijo socarrón—. Debe de ser la primera vez que una mujer te habla así, Ballard.

Simon lo miró con ojos entornados. Solamente un cipayo de confianza como Kumar Prajapati, con quien mantenía una estrecha relación y a quien conocía desde hacía muchos años, osaría a dirigirse a él de ese modo. Además de, por supuesto, una damisela que no alcanzaba a adivinar la fama de mercenario que lo precedía. Las damas inglesas que había visto llegar a Cawnpore no eran ni remotamente como Abigail Fortescue. Había conocido a decenas de mujeres acaloradas, embutidas en desacertados vestidos de viaje, despotricar en contra del clima, los nativos y la ausencia de entretenimientos dignos en la ciudad. Muchas llegaban para pescar un marido conveniente; otras, por simple aventura o curiosidad, seducidas por el exotismo indostánico. Pero todas ellas, a diferencia de la *memsahib* Fortescue, desairaban con el mismo ahínco la realidad del pueblo de la India. Ninguna había desperdiciado saliva para defender a un campesino o a un sirviente como lo había hecho ella. Era gracioso verla asumiendo la defensa del anciano, cuando era ella quien necesitaba ponerse a salvo. Algo parecido a una sonrisa maliciosa le torció fugazmente los labios.

—Ya veremos cuánto le dura ese ímpetu. —Miró a Prajapati alzando una ceja—. No has venido hasta acá a hablarme de la *memsahib*, ¿o me equivoco?

—No —jadeó el soldado—. Wheeler *sahib* me ha mandado a buscarte. El comisionado acaba de marcharse.

Simon era muy consciente del asunto que lo requería en la guarnición. Sin más dilación se despojó de la canana, se ajustó los tirantes de los pantalones azules, tomó la chaqueta y el sombrero del mesón y fue en busca de Jadar, su caballo.

Desde su investidura como Capitán del 2° Regimiento de Caballería Nativa de Bengala, el comandante de la guarnición le había ofrecido ocupar un lujoso bungaló en el interior del emplazamiento militar. El lugar estaba equipado con las mejores comodidades disponibles, sirvientes, cochera y amplios jardines como los que ostentaban otros oficiales británicos de alto rango. Él lo había rechazado de plano, poco dispuesto a encerrarse dentro de las murallas de un acantonamiento. Había vivido en espacios abiertos, junto al Ganges, desde que tenía memoria. De niño se había bañado en sus aguas e incluso había dormido sin más techo que las estrellas. Aquella nueva posición en el ejército estaba muy lejos de cambiar sus hábitos.

En las afueras de Jajmau, un tranquilo poblado cerca de Cawnpore, se había mandado a construir una vivienda, no tan refinada como la de sus pares del ejército, pero que, al menos, contaba con las comodidades esenciales de las que un hombre podía disponer. De esta manera, se encontraba cerca de las tropas británicas, que habitaban en barracas de ladrillo, y de las tropas nativas, como el caso de Prajapati y Kaul, su otro ayudante, que moraban en chozas de paja que ellos mismos se habían construido.

Mientras recorrían los páramos de Jajmau, rumbo al acantonamiento militar de Cawnpore, Simon se interesó por la salud de Meenakshi, la hija más pequeña de Prajapati, que se estaba recuperando de una fiebre tifoidea. Hacía unas dos semanas, la niña había presentado los síntomas característicos de la enfermedad. Kumar y su esposa se hallaban desesperados. En Cawnpore era habitual la muerte infantil por diversas enfermedades, pero no tanto como por el desdén de los médicos. Simon se encargó de que un galeno inglés visitara a la niña y le aplicara un tratamiento como el que recibiría la hija de un oficial de alto rango. Por fortuna, después de la visita del doctor, la pequeña había empezado a mostrar gran mejoría, según le comentó el cipayo, con los ojos aun luminosos de gratitud. Simon rio internamente al recordar el rostro alarmado del médico cuando fue a buscarlo a un prostíbulo refinado, donde se hallaba gozando de las atenciones de cariñosas nativas y lo sacó a punta de pistola, con los pantalones hasta las rodillas, para obligarlo a ir a la choza a examinar a Meenakshi.

El contraste entre el agreste páramo de Jajmau y la fecundidad de Cawnpore se hizo evidente en cuanto cruzaron las elevadas compuertas del acantonamiento militar. Al final de una avenida, cuyos rebordes estaban plantados de higueras y acacias, se encontraba la sede del poder militar, desde donde Wheeler y los oficiales dirigían las tropas del 1.er, 53° y 56° Regimiento de Bengala y el 2° Regimiento de Caballería Nativa, unidades que hacían vida en el destacamento de Cawnpore.

Ballard y Prajapati desmontaron frente al edificio principal, una imponente estructura acabada en estuco blanco que daba fe de la influencia colonial británica en suelo indio. El capitán se dirigió presto al despacho del general, ubicado en la segunda planta. Sin llamar a la puerta, se introdujo en la gran habitación panelada de roble y rodeada de estanterías repletas de tomos. Desde la pared frontal, una entronada y juvenil Reina Victoria pintada en óleo, con la vista alzada al horizonte, lo recibió silenciosa. Los cuatro hombres allí reunidos, ataviados con uniformes de reglamento, interrumpieron una conversación cuando lo vieron entrar.

—Caballeros —musitó de un modo burlonamente cordial que desentonaba con la solemnidad del saludo militar ejecutado.

—Vaya, ¿qué es esto? —rezongó sarcástico uno de ellos. Se trataba del capitán Fitzralph, su par del 56° Regimiento, un pelirrojo de imponente estatura, mirada de águila y reputación sanguinaria—. El señor “gatillo ligero” se ha dignado a aparecer.

—Cierra la puerta —ordenó el general, sir Hugh Wheeler, desde la silla que presidía la estancia.

Ballard obedeció, consciente del tono cortante. Miró uno a uno los rostros de los presentes, todos alterados por la preocupación y no exentos de reprobación.

—¿Estoy en problemas?

—¿Qué diablos te pasa? —le espetó el líder—. Has disparado a un hombre y en presencia de la prometida de Henry Wilcotts, que apenas está poniendo un pie en Cawnpore. ¿Has perdido el juicio?

Simon dejó escapar un suspiro cansino.

—No le toqué un solo cabello.

—De lo contrario ahora mismo estarías colgando de un árbol.

—¿Tienes idea de lo que hará Wilcotts cuando se entere, si es que no ya lo sabe? —inquirió ceñudo el coronel Radcliff, quien tenía a su cargo el 1.er Regimiento.

Lo miró, parco y despreocupado. Sabía que Wilcotts no tenía el poder para castigarlo, ni el carácter enfrentarlo.

—Oh, claro. Me sentaré aquí a esperar el castigo del honorable señor Wilcotts.

—¿Qué sucedió? —quiso saber sir Hugh con los dientes apretados.

—Señor, la *memsahib* estaba en el lugar y el momento equivocado.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Quién era el bastardo?

Ballard lo miró un tenso instante antes de responder.

—Un *thug*.

El silencio cayó sobre el despacho como una pesada losa. Los hombres, inmóviles, contemplaron a Ballard con rostros de conmoción.

—No es posible. —Fue Wheeler el primero en pronunciar palabra. Despegó la espalda del respaldo de la silla—. Los *thugs* están extintos. No se ha visto uno en décadas.

—Usted no ha visto uno en años —corrigió.

—¿Cómo sabías que era un *thug*? —inquirió Miller, comandante del 53° Regimiento—. No son nada comunes, mucho menos en esta zona.

Si Miller lo conociera tan bien como el general, no habría formulado aquella estúpida pregunta. Ballard le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Confíe en mí, coronel. Simplemente lo sé.

—¿Pero ella está bien? —insistió el jefe del 53º.

—Por supuesto que está bien. Ha sido un susto, nada más.

Eso espero, pensó.

Un suspiro de alivio colectivo resonó en el despacho.

—En ese caso, me alegra saber que le metiste una bala entre los ojos a ese hijo de puta —confesó Radcliff.

—Maldición, Ballard —rezongó Fitzralph, exasperado—, el raj británico se desmorona y tú estás persiguiendo *thugs*. Esto es inaceptable.

Simon frunció el entrecejo. Wheeler hizo un gesto con la mano, satisfecho de pasar a la materia que les concernía. Fitzralph colocó sobre el escritorio una hogaza de chapatis, una pieza de pan sin levadura que junto con el arroz constituía una de las pocas comidas que los indios más pobres podían permitirse. Junto a esta, dejó un par de panfletos subversivos que llamaban a la independencia de la India. Simon sabía de qué iba todo, así lo reveló su mirada reflexiva. Los indios repartían hogazas de chapatis para participar a sus coterráneos que venían tiempos difíciles.

—Han estado circulando por Lucknow —dijo Fitzralph—. Uno de nuestros infantes se los quitó a un muchacho junto con algunas cartas dirigidas a mercaderes nativos de gran influencia. Por desgracia no venían firmadas.

—Se nos viene algo muy feo, Ballard —soltó Wheeler sin eufemismos ni medias tintas, como era su estilo—. Me temo que lo de Barrackpore ha desatado un sentimiento de venganza. Hay rumores de que algunos cipayos están planeando una revuelta para tomar represalias. Los más alarmistas dicen que distintos regimientos en el país están siendo invitados a unírseles.

Simon se rascó la mandíbula.

—No pareces sorprendido —apuntó Fitzralph, que lo observaba atento.

—Sería un imbécil si lo estuviera —respondió con sequedad.

El descontento del pueblo indio crecía a medida que la Compañía ideaba nuevos ardides para ensanchar sus dominios, por lo tanto, cualquier intento de rebelión no lo asombraba particularmente. Los soldados nativos sufrían su propia cuota con las anexiones de

territorios, como la más reciente de Oudh, tras la que miles de cipayos habían tenido que movilizarse a otras provincias junto a sus familias. Eso sin contar la mísera paga de un chelín al día; los azotes con látigo en el patio; las misiones en Birmania, en Crimea, en China; la locura colectiva que se apoderaba de las tropas cuando eran forzadas a cruzar el mar, porque eso los convertía en seres impuros, sin casta, de acuerdo a lo que dictaban sus creencias; y las muertes de miles por inanición en los desiertos de Afganistán. A todo eso, se sumaba la más espantosa afrenta de todas: la introducción del nuevo rifle Enfield.

El capitán se tomó el tiempo para recordarles todas las razones por la que una revuelta no le sorprendía.

—No nos tomes por zopencos, Ballard. Sabemos todo eso —dijo Miller.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —Fitzralph se encogió de hombros—. La grasa de esos animales es más barata. Si se te ocurre una mejor idea para disciplinarlos, soy todo oídos.

—Silencio —los increpó Wheeler. Al cabo de algunos tensos segundos añadió sombrío—: Es muy tarde para corregir nuestros desaciertos, y me refiero a los que hemos cometido en cien años. Me agrada saber que conoces las preocupaciones, las quejas y los temores de tus soldados. —Se puso de pie y, llevándose las manos a la espalda, fijó la vista en la llanura que se desplegaba más allá de las murallas del cuartel—. No llamamos a la India “la joya de la corona” en vano. Sin los tesoros con los que han sido bendecidas estas tierras, los franceses nos habrían puesto de rodillas hace mucho tiempo, tal como Bonaparte lo ansiaba. Los nativos no sabrían sacar provecho de tanta riqueza ni en veinte vidas. Si no, mira a esos maharajás obesos y holgazanes en sus palacios con bóvedas y columnatas de oro macizo, coleccionando animales raros y bañándose en leche mientras sus raquíticos súbditos piden limosna en los mercados. La vida es injusta, Ballard, pero afortunadamente los bienes materiales son de quienes los conquistan y de quienes saben hacer buen uso de ellos.

Indispuesto a caer en una disputa filosófica sobre la conquista de la India, Simon sacudió la cabeza, exasperado.

—¿Cuál es su lectura, señor?

Wheeler se apartó del ventanal.

—Barrackpore no ha sido más que el detonante de algo mucho peor que la sentencia de muerte de dos soldados; eso está claro. Como puedes ver en los panfletos, los nativos están alentados por esa profecía que asegura que el dominio británico en el Indostán cederá en el centenario de la Batalla de Plassey. —Paseó los dedos por los trozos de papel dispuestos en el escritorio—. Me atrevería a decir que creen ciegamente en ello. Y sospecho que la nobleza nativa podría estar presta a facilitarles las cosas.

—¿La nobleza nativa?

—Tu buena amiga, la *rani* de Jhansi —completó Fitzralph con una odiosa sonrisa.

¿Lakshmi Bai?

Simon parpadeó.

—Tiene razones para querer sacarnos de aquí a patadas —convino Wheeler—. Puede que ella esté detrás de la repartición de las hogazas de chapatis.

—La *rani* de Jhansi es una mujer sensata —argumentó Ballard.

—Sabemos que la conoces de sobra.

El capitán ignoró las pullas de Fitzralph.

—¿Para qué iba a ponerse en contra de los británicos cuando se le paga una pensión anual de sesenta mil libras?

—El gobierno de Jhansi fue desmantelado a la muerte del maharajá. El odio de la *rani* podría haber estado fermentando.

Lakshmi Bai era la viuda soberana de Jhansi, un apreciado reino maratha situado al norte de la India, no muy distante de Cawnpore. Hacía cuatro años que Jhansi había caído a manos británicas como consecuencia de las disposiciones contenidas en la Doctrina de Caducidad. El decreto, ideado por el entonces gobernador lord Dalhousie, establecía que, si el gobernante de algún estado o territorio fallecía sin dejar un heredero directo, dicho territorio automáticamente pasaba a manos de la Compañía. A todas luces, una nueva estratagema para anexionar nuevos territorios al poderío colonial.

El único hijo de Lakshmi Bai y el rajá Rao Gangadhar no había vivido más de cuatro meses de edad, por lo que, en su lecho de muerte, el jefe maratha dispuso adoptar a su sobrino huérfano para que fungiera como heredero al trono. Con la puesta en marcha del nuevo estatuto, la legitimidad del pequeño carecía de validez ante los ojos de las autoridades británicas. En consecuencia, Jhansi pasó a manos del poderío británico. Los principados de Satara, Jaipur, Sambalpur, Nagpur y Oudh habían terminado desmantelados, toda vez que la doctrina también se reservaba el derecho de señalar a un gobernante como incompetente y, por lo tanto, adjudicar a la Compañía la dirección del estado o territorio en cuestión.

—¿No es esa la misma condición de Nana Sahib? —inquirió Simon haciendo alusión al regente maratha de Pune, cuyo padre adoptivo, Baji Rao, le había legado un reino que también se había visto comprometido con la Doctrina de Caducidad.

—También lo hemos considerado —señaló sir Hugh sin mucha convicción—. Pero yo no lo creo. Nana Sahib no tiene un ápice de malicia.

—No le conviene hacerse enemigo nuestro, ya que está convencido de que conseguirá revertir la suspensión de su renta anual —apuntó Miller—. Tengo entendido que un emisario suyo se encuentra en Londres negociando con el Parlamento.

—No lo conseguirá —sentenció Fitzralph con una risa torva.

—¿Por qué me ha mandado a llamar, general? —quiso saber Ballard.

—Te necesitamos —soltó sir Hugh sin más efugios—. Tu estrecha relación con los cipayos y con la *rani* pueden ser determinantes para prevenir un desastre.

El capitán elevó una ceja sin dar crédito a lo que oía.

—¿Quiere que vaya a ver a la *rani* de Jhansi y le pregunte si piensa atentar contra los británicos?

—No. Quiero que descubras dónde se encuentra el foco de sedición en nuestras tropas, si es que lo hay. Tengo la esperanza de que nuestros cipayos permanezcan leales pase lo que pase, pero, si hay instigadores, espero que tú los descubras antes de que nos traicionen,

Ballard.

—¿Yo?

—Tú puedes entrar donde muchos de nosotros no. Conoces mejor que nadie este ejército, a cada *sowar* y a cada infante. Tienes su confianza. ¡Maldita sea, vives entre ellos la mayoría del tiempo!

Eres prácticamente un nativo, esperaba que sir Hugh pronunciara aquellas palabras, pero nunca llegaron a salir de su boca. Aun así, el hecho era harto conocido por todos en Cawnpore. Simon Ballard había escalado posiciones en el ejército debido a su inequívoca habilidad táctica, a sus dotes de guerrero, a que sir Hugh Wheeler confiaba en él ciegamente y al color de su piel. No lo había logrado porque fuera precisamente un patriota.

Estaba muy consciente de que algunos de sus compañeros no podían verlo sin sentir desconfianza, especialmente Miller y Fitzralph, quienes se habían opuesto tenazmente a su ascenso. Para ellos, la amistad más allá de lo profesional que había mantenido Simon con algunos cipayos era peligrosa, pero no tanto como la que había cultivado con Lakshmi Bai, la *rani* de Jhansi. A decir verdad, en varias alas del ejército de la Compañía latían serias dudas acerca de dónde residía la verdadera lealtad del enigmático capitán. Algunos decían que el hecho de haberse criado con nativos lo convertía tácitamente en uno de ellos; otros desechaban cualquier identificación de su parte con la cultura local. La sangre pesa, había dicho alguien en alguna oportunidad para defenderlo.

A él, en realidad, lo que la gente pensara lo tenía sin cuidado.

—Así que planea endilgarme la tarea de espía —gruñó.

—Tómalo como quieras. Eres nuestra única opción.

—General, si tiene intenciones de evitar una revuelta le aconsejo cancelar el uso de los fusiles y las municiones. Eso apaciguará en gran medida a las tropas. Tal vez, proponer algunas mejoras en la vida de los cipayos.

—¡No hay tiempo! —rugió—. ¿Tienes idea de cuánto han costado a la corona esos fusiles? La carga llegará en un par de semanas. Es momento de reaccionar, no de enmendar.

—¡No! —respondió tajante.

El general y los demás hombres lo miraron furiosos.

—¿Te niegas? —masculló sir Hugh—. ¿Por qué?

—¿Qué clase de líder sería si me dedicara a espiar a mis tropas, arrastrándome entre ellos como una serpiente en busca de sus secretos? Pondría en peligro su confianza.

—Es un trabajo de inteligencia. Muchos oficiales respetables lo hacen.

Ballard chasqueó la lengua.

—Sería más inteligente atender un par de demandas.

—¿Qué es lo que te pasa, Ballard? —intervino Miller—. Tienes que ayudar. ¿Quieres que los nativos nos echen de la India a punta de rifle?

—Es bastante improbable que muerdan los cartuchos, así que no creo que lo hagan.

—¡Maldición! ¡Esto es el ejército, compórtate por una vez! —Sir Hugh golpeó la mesa con el puño, poco dispuesto a tolerar más pullas de un subordinado, aunque fuera el capaz Simon Ballard—. Quería de tu parte un compromiso voluntario, pero me temo que voy a tener que forzarte a hacer esto. ¡Tienes una orden! ¡Me dirás quién demonios está promoviendo la rebelión en nuestro regimiento y me lo dirás incluso antes de que se escuche el primer disparo!

Simon reprimió la sarta de palabrotas que tenía agolpada en la garganta. En cambio, dejó que un silencio incómodo se prolongara en la sala, reverberando la indignación que lo embargaba, mientras varios pares de ojos furibundos se posaban en él, empecinados en aquella estúpida petición que no evitaría lo inevitable.

Debía enfrentar un reto que odiaba, que no habría esperado jamás y que lo obligaba a asumir una posición, cuando toda su vida había evitado hacerlo.

—Vaya, siendo así no tengo nada más que decir —masculló con los dientes apretados.



Salió de la habitación tras ejecutar otro rancio saludo militar.

Capítulo 3

Henry Wilcotts besó sus manos apenas cruzaron juntos el umbral de la puerta. Abby sintió que la sangre se le concentraba en el cuello y en las mejillas. Y que una felicidad demencial abrasaba cada palmo de su cuerpo. Había esperado aquel reencuentro con tal frenesí que apenas podía respirar, apenas podía pronunciar palabra.

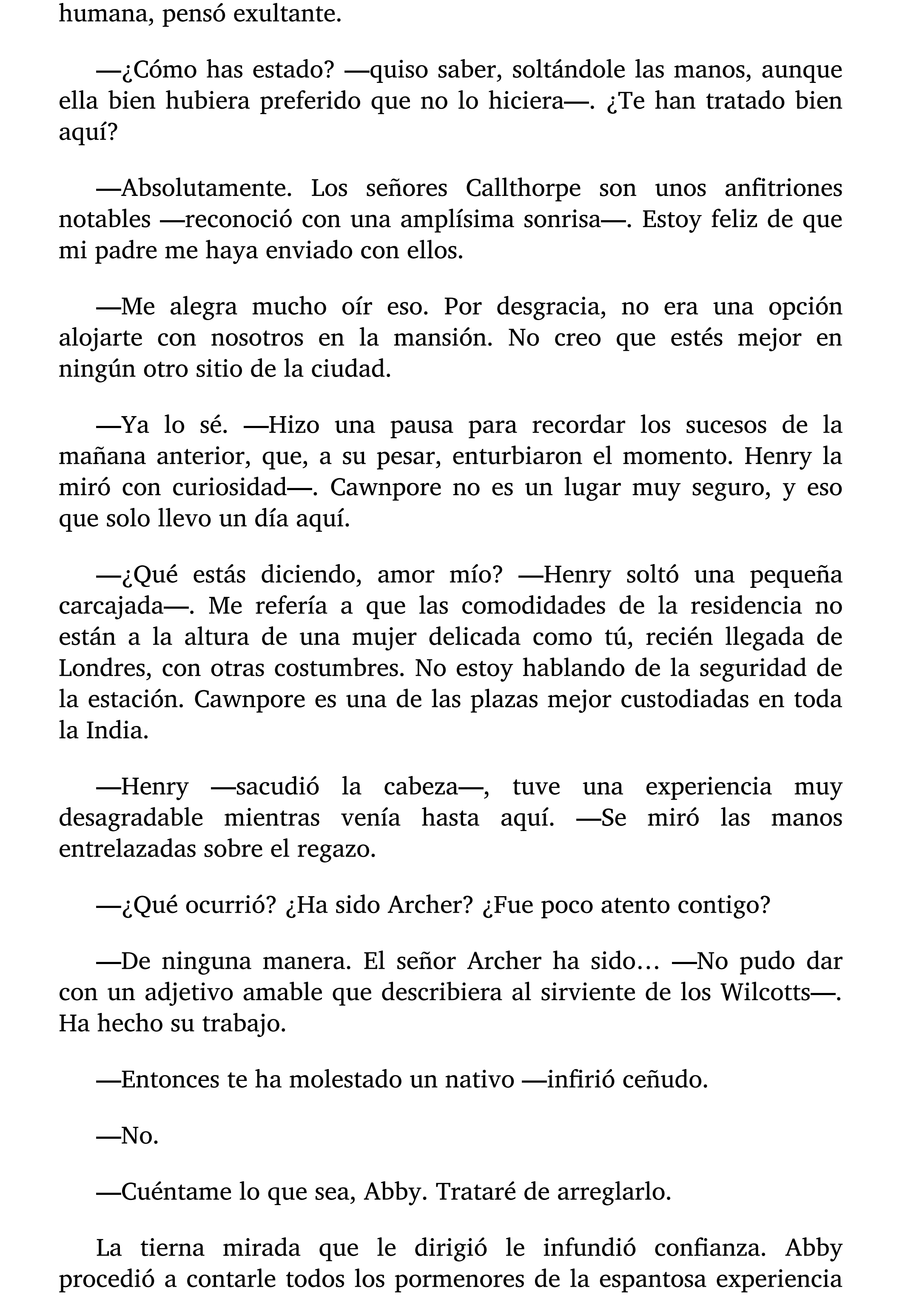
Después de desayunar, los señores Callthorpe habían accedido a concederles unos minutos a solas, en contra de las buenas costumbres que tanto defendían sus coterráneos ingleses. No era un pecado, tratándose de una adorable pareja que se había visto en escasas ocasiones, como había dicho Laura con un dejo de complicidad.

Se sentaron en el mullido sofá de estilo Luis XV del salón principal, frente a la chimenea que los dueños de la casa encendían bien entrado el invierno, cuando la temperatura de Cawnpore descendía hasta los cero grados.

—Mi adorable Abby, debo admitir que mi memoria no te ha hecho justicia en todo este tiempo —dijo Henry sonriente.

Como respuesta al cumplido, la joven apenas alcanzó a sonreír, embobada por los detalles del bello rostro masculino que tanto había extrañado. Habría querido alabar también su belleza, pero le daba demasiada vergüenza.

La piel de Henry seguía siendo traslúcida y pulcra como la de un niño, lo que hizo suponer a Abby que pasaba demasiado tiempo en el despacho atendiendo los asuntos administrativos de la Compañía y que difícilmente tenía oportunidad de salir. Sus ojos eran de un diáfano azul, francos y amables, sitiados por pestañas tan claras que desde ciertos ángulos parecían transparentes, pero que atrapaban la luz cuando los párpados se agitaban. El cabello, ondulado y cobrizo, lucía muy disciplinado a pesar del volumen, al igual que sus impecables patillas, que llevaba arregladas a la última moda. Las líneas de su rostro eran suaves y firmes. Los pliegues de las mejillas, tan adorables que la invitaban a tocarlos. Una sonrisa exuberante, de dientes blanquísimos, completaba el semblante que Abby contemplaba



embebida. Así debían de ser los ángeles cuando tomaban forma humana, pensó exultante.

—¿Cómo has estado? —quiso saber, soltándole las manos, aunque ella bien hubiera preferido que no lo hiciera—. ¿Te han tratado bien aquí?

—Absolutamente. Los señores Callthorpe son unos anfitriones notables —reconoció con una amplísima sonrisa—. Estoy feliz de que mi padre me haya enviado con ellos.

—Me alegra mucho oír eso. Por desgracia, no era una opción alojarte con nosotros en la mansión. No creo que estés mejor en ningún otro sitio de la ciudad.

—Ya lo sé. —Hizo una pausa para recordar los sucesos de la mañana anterior, que, a su pesar, enturbiaron el momento. Henry la miró con curiosidad—. Cawnpore no es un lugar muy seguro, y eso que solo llevo un día aquí.

—¿Qué estás diciendo, amor mío? —Henry soltó una pequeña carcajada—. Me refería a que las comodidades de la residencia no están a la altura de una mujer delicada como tú, recién llegada de Londres, con otras costumbres. No estoy hablando de la seguridad de la estación. Cawnpore es una de las plazas mejor custodiadas en toda la India.

—Henry —sacudió la cabeza—, tuve una experiencia muy desagradable mientras venía hasta aquí. —Se miró las manos entrelazadas sobre el regazo.

—¿Qué ocurrió? ¿Ha sido Archer? ¿Fue poco atento contigo?

—De ninguna manera. El señor Archer ha sido… —No pudo dar con un adjetivo amable que describiera al sirviente de los Wilcotts—. Ha hecho su trabajo.

—Entonces te ha molestado un nativo —infirió ceñudo.

—No.

—Cuéntame lo que sea, Abby. Trataré de arreglarlo.

La tierna mirada que le dirigió le infundió confianza. Abby procedió a contarle todos los pormenores de la espantosa experiencia

vivida en los caminos.

—Ya —susurró él después de escucharla en silencio.

Le enjugó dos pequeñas lágrimas con un pañuelo, antes de tomarla de las manos de nuevo.

—¿Por qué lo hizo, Henry? —inquirió ella, como si él pudiese brindarle la respuesta coherente que aún no tenía—. ¿Qué crimen amerita un ajusticiamiento tan vil? Ni siquiera fue juzgado. Ni siquiera supimos qué había hecho. ¿Robó una cabra? ¿Ofendió a un inglés?

Él soltó un gruñido.

—Hablaré con mi padre de esto. —Disgustado, sacudió la cabeza —. Es vergonzoso. No puedo imaginarme qué le ha sucedido a ese bruto de Ballard.

—¡Es un criminal! Debería estar en la cárcel —sollozó—. ¿Cómo es posible que gente como él esté encomendada en la tarea de protegernos?

Henry se puso de pie con brusquedad.

—Entiendo cómo te sientes, Abby. Me disculpo por lo que has tenido que presenciar. Ninguna mujer debería ver cómo un hombre dispara a otro; no importa lo que haya hecho.

—¿Son todos así?

—¿A qué te refieres?

—¿Los oficiales son tan arrogantes y brutos como él?

—Querida, los militares no son conocidos precisamente por su tacto social, aunque algunos de ellos deberían ser capaces de comportarse frente a una dama. ¿Te ha faltado al respeto Ballard o uno de sus cipayos?

—No exactamente.

—Bien, eso es bueno —suspiró—. Aunque, por supuesto, te ha asustado a ti y a tu amiga disparando a ese hombre. Es un alivio que ninguna de las dos esté herida.

Abby lo miró sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Henry, no es solo que me haya asustado. Cometió un asesinato.

Él asintió solemnemente, llevándose las manos a los bolsillos del elegante pantalón color crema, que hacía juego con la chaqueta y el chaleco.

—Ya te lo he dicho. Hablaré con mi padre; él pedirá cuentas a Wheeler y a Ballard. No te preocupes. —Se acercó a ella de nuevo; a Abby le pareció escuchar una pequeña risa sarcástica, pero no estaba muy segura—. Vaya recibimiento. Esto no habría ocurrido si yo mismo hubiera ido por ti al muelle. —Tenía la sensación de que Henry deseaba zanjar el tema, así que no le quedó otra alternativa que cesar en su parloteo, aunque solo por un brevísimo instante—. Por desgracia, tuve una reunión de último momento con mi padre, el jefe de la guarnición y el comisionado. —Desdeñó el hecho con un movimiento manual.

—He oído de eso —asintió afanosamente—. Sé lo que sucedió en Barrackpore. Los demás pasajeros que abordaron en Calcuta venían comentándolo. Es una pena.

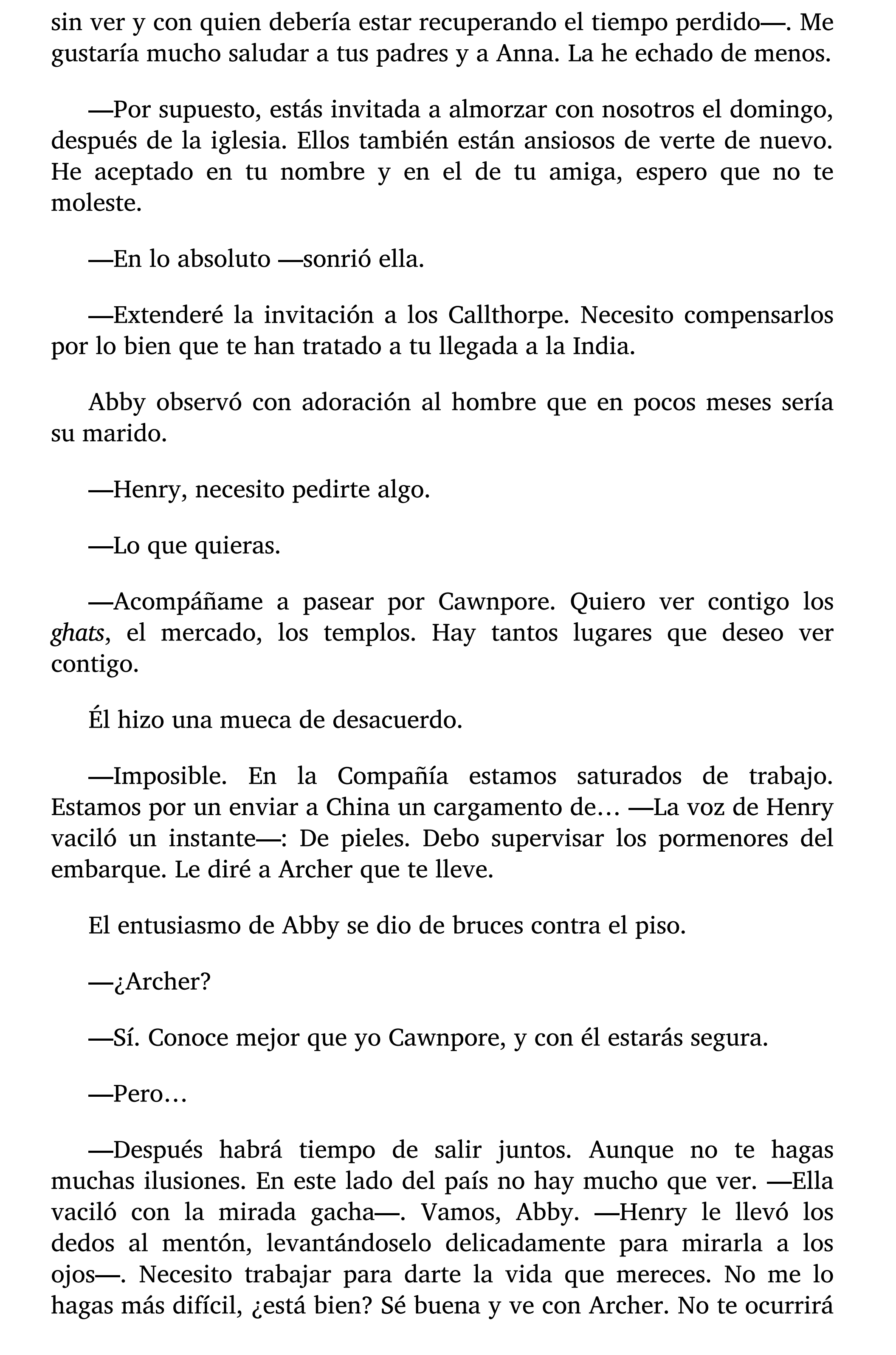
—Un par de cipayos no son un ejército —masculló—. Nadie puede amenazar nuestra autoridad. Cualquier intento por desestabilizarnos solo encontrará un ataque enérgico de nuestra parte. —La joven se lo quedó mirando, curiosa y alarmada—. Lo siento. No he querido asustarte.

—No me has asustado, pero, al parecer, están molestos por esos cartuchos. ¿No se puede hacer algo? ¿No se puede sustituir ese armamento?

Henry volvió a reír, como si Abby hubiera dicho un chiste brillante. De nuevo ocupó el asiento junto a ella mientras le obsequiaba una mirada condescendiente.

—Abigail, tienes un día en la India y mira con todo lo que has tenido que lidiar. Ya no hablemos de esto, te lo pido. No es una conversación para tener con mi prometida. ¿Está bien?

—Tienes razón. Discúlpame. —Sacudió la cabeza para despejarla. Henry estaba en lo cierto; no podía opinar sobre una situación que no conocía del todo y mucho menos con su prometido, a quien tenía años


sin ver y con quien debería estar recuperando el tiempo perdido—. Me gustaría mucho saludar a tus padres y a Anna. La he echado de menos.

—Por supuesto, estás invitada a almorzar con nosotros el domingo, después de la iglesia. Ellos también están ansiosos de verte de nuevo. He aceptado en tu nombre y en el de tu amiga, espero que no te moleste.

—En lo absoluto —sonrió ella.

—Extenderé la invitación a los Callthorpe. Necesito compensarlos por lo bien que te han tratado a tu llegada a la India.

Abby observó con adoración al hombre que en pocos meses sería su marido.

—Henry, necesito pedirte algo.

—Lo que quieras.

—Acompáñame a pasear por Cawnpore. Quiero ver contigo los *ghats*, el mercado, los templos. Hay tantos lugares que deseo ver contigo.

Él hizo una mueca de desacuerdo.

—Imposible. En la Compañía estamos saturados de trabajo. Estamos por un enviar a China un cargamento de… —La voz de Henry vaciló un instante—: De pieles. Debo supervisar los pormenores del embarque. Le diré a Archer que te lleve.

El entusiasmo de Abby se dio de bruces contra el piso.

—¿Archer?

—Sí. Conoce mejor que yo Cawnpore, y con él estarás segura.

—Pero…

—Después habrá tiempo de salir juntos. Aunque no te hagas muchas ilusiones. En este lado del país no hay mucho que ver. —Ella vaciló con la mirada gacha—. Vamos, Abby. —Henry le llevó los dedos al mentón, levantándoselo delicadamente para mirarla a los ojos—. Necesito trabajar para darte la vida que mereces. No me lo hagas más difícil, ¿está bien? Sé buena y ve con Archer. No te ocurrirá

nada malo en su compañía.

No tenía ánimos para discutir. Asintió con una sonrisa forzada. Se aferró a la idea de que luego tendrían tiempo para pasear juntos por Cawnpore.

Tendrían todo el tiempo del mundo, en realidad.

—De acuerdo.

* * *

Cawnpore, o Kanpur, como también era conocido el caótico e imponente poblado erigido a la orilla del Ganges, bullía de actividad esa mañana. Como sucedía con muchas localidades de la India, el origen de aquel nombre era impreciso. Se decía que derivaba de Kanhiyapur, que en hindi significa "ciudad de Kanhaiya" y que fue fundada por miembros de la dinastía Chandela del estado de Sachendi. Otros afirmaban que provenía de Karnapur o "ciudad de Karna", que era una de las figuras centrales de la epopeya Mahábharata, uno de los textos mitológicos más trascendentales del hinduismo.

Fuera como fuera, Cawnpore había ganado idiosincrasia con los siglos. La influencia británica era palpable, en la misma medida en que lo era la cultura local: una amalgama difícil de soslayar. En las calles confluían las sastrerías y sombrererías que recibían a los *sahibs* y más allá los talleres donde se confeccionaban los *dhotis* y *kurtas*, piezas de la vestimenta tradicional del hombre indio, para las que se empleaban algodones, paño o seda bordada con hilos de oro y plata para los más pudientes. Los caballeros ingleses paseaban en calesas o a caballo y los nativos en *rickshaws* o elefantes. A veces, estos se cruzaban y se saludaban con gentileza, igual que sus mujeres: unas ataviadas en pomposos vestidos occidentales y otras en saris no menos impresionantes. Más allá, hacia el río, los santones se sumían en sus trances religiosos adoptando la posición del loto, ajenos a las menudencias del mundo terrenal y al bullicio que los niños que chapoteaban en el agua. Familias enteras hacían plegarias a la orilla del río, se bañaban, se alimentaban juntas en completa paz. Los monjes budistas, de túnicas color azafrán y cabezas rapadas, circulaban en grandes grupos por los *ghats*, sorteando las cabras que

un muchacho descalzo arreaba con pericia. Varias mujeres avanzaban balanceando cestas cargadas de especias de camino al bazar, donde se pondrían a la venta entre otros cientos de efectos. Sacos de harina, arroz, pimienta negra, mostaza en grano, azafrán, nueces, asafétida, sémola, tamarindo, *paneer*, pimienta de cayena y otros productos atiborraban los mostradores del mercado y el olfato de quienes no estaban habituados a él. No muy lejos de allí se exponían bolsitas con plantas pulverizadas que vendedores persistentes ofrecían como la cura a todos los males. En otro punto estaban los puestos textiles, las mercancías más codiciadas por las damas sin importar su casta u origen. Fardos de muselina de Daca, de seda de Kanchipur, géneros de variados tonos, motivos y entramados colgaban del techo del mercadillo ofreciendo un espectáculo visual. Los gemidos de emoción de las mujeres al acariciar las telas eran audibles hasta bastante más allá, donde se hallaban las alfombras y tapices de brillantes cuentas con meticulosos diseños, relegadas a un segundo plano. Vasijas, cacharros y pequeños objetos de madera se hallaban dispuestos en el suelo; un hombre reía mostrando una dentadura cariada mientras ofrecía un par de sandalias brocadas a una mujer indostánica; una niña morena se hallaba acuclillada en el suelo, junto a una columna de canastas de bambú, su madre las tejía a mano a una velocidad inverosímil; objetos de oro que dos tenderos vigilaban celosamente, se exhibían en un maltrecho mostrador. Se oían conversaciones en hindi, en urdu, en inglés mal articulado, en una mezcla de todos los anteriores. Rupias que pasaban de una mano a otra. Imágenes de dioses que vigilaban desde pequeños altares al fondo de los establecimientos.

Tess interrumpió con un chillido el ligero trance en el que Abby se había sumido en su paseo por Cawnpore.

—¿Estás segura de que no vas a llevar más telas? Archer dice que Henry pagará todo cuanto llevemos.

Abby miró por encima del hombro de su amiga para divisar al empleado de los Wilcotts, que caminaba detrás de ellas, abanicándose con el sombrero. Archer parecía torturado por el recorrido que equivalía a un par de manzanas; se sacó un pañuelo para secarse los ríos de sudor que corrían por su frente. El nudo de la corbata parecía a punto de ceder ante el resuello de la garganta rolliza. Abby pensó que debía de ser un pecado estar tan obeso en la India, donde había tantos niños famélicos. Un poco de ejercicio no le vendría mal al voluminoso Archer.

Detrás del hombre se hallaban los palanquines que Henry había enviado para cargar la mercancía: dos muchachos enclenques en apariencia, pero que estaban más que cómodos con el paseo y las cajas con las compras. Ambos miraban espantados al encorsetado y jadeante Archer, quizás esperando que en cualquier momento se desvaneciera sobre los costales de mercancía.

—Ya habrá tiempo para telas, Tess. No hay prisa —respondió Abby divertida—. Ahora quisiera comprar un regalo para mi padre.

—Señorita Fortescue. Si no le molesta, me quedaré un momento para recobrar el aliento —masculló Archer mientras se sentaba en un banquito de madera sin dejar de agitar el sombrero sobre su cara, a modo de abanico.

Ella puso los ojos en blanco, no obstante asintió.

—Está bien. Iré sola. Tess, tú puedes quedarte a elegir las telas.

La muchacha dio un saltito de entusiasmo. Sin más pérdida de tiempo, giró para continuar hurgando entre los fardos de tejidos. Abby ordenó a los palanquines que se quedaran con Tess para ayudarle a cargar lo que comprara.

—Espere —la llamó el inglés con la voz estrangulada—. Le ruego que tenga cuidado, señorita Fortescue. En estos mercados abundan ladrones y timadores. No se fíe de nadie.

—Muchas gracias, Archer —dijo con gesto de suficiencia—. Ya entiendo más o menos cómo funcionan las cosas aquí. Voy a estar bien.

Sin más intercambio de palabras siguió su avance por el variopinto bazar de Cawnpore, atravesando las estrechas callejuelas.

Al toparse con los puestos de flores, sonrió ampliamente. Largas guirnaldas de jazmín, buganvillas, caléndulas, rosas y crisantemos pendían de un tarugo en lo más alto del local. Absorbió el perfume de las flores con fruición bajo la mirada sonriente de una mujer menuda, que lucía un *bindi* color vino pintado en la mitad de la frente. Abby le sonrió mientras le tendía algunos chelines. Tomó una guirnalda y llevándosela alrededor del cuello valoró su aspecto. Por alguna razón que desconocía, la tendera la miró con desconcierto, pero luego agradeció la compra con una inclinación de cabeza. Los demás

vendedores giraron las cabezas para ver pasar a la rubia *memsahib*. Más adelante divisó pirámides de frutas, montañas de polvos de colores y costales de semillas abiertos para tentar a los compradores.

Finalmente, llegó a una sección del bazar donde se exhibían objetos que estaba segura encantarían a su padre. Entró en una tiendita colmada de piezas artísticas de gran belleza. Máscaras pintadas a mano con la forma de un elefante, una hermosa caja de madera chapada en oro de latón con la imagen de un dios mono, un pequeño buda de bronce y un par de faroles colgantes de plata relievada fueron los objetos que más llamaron su atención. Después de mucho meditar, se decantó por la caja con la figura del dios mono. Regateó un poco con el vendedor, que finalmente cedió a ofrecérsela por un precio razonable. Según el hombre, de turbante naranja y espeso bigote, el mono personificaba a Hánuman, una de las múltiples encarnaciones de Shivá. Para los hindúes, Hánuman era un dios infinitamente compasivo; por mucho, el más inteligente y capaz de todos, para quien ningún reto parecía demasiado difícil. Hánuman era conocido como un devoto servidor de Rama y Sita, su esposa, a quienes siempre mostró amor y lealtad. También se lo consideraba una inspiración para aquellas personas que sirven a otras con alegría y dignidad. Abby sonrió ante lo que parecía una descripción entrañable de su amado padre, el sastre más capaz, inteligente y servicial de todo Londres. El tendero envolvió la caja en papel de seda y se lo entregó con una reverencia.

Abby se distrajo con los objetos de los puestos circundantes. Sorteó a una fila de mujeres que la miraron con curiosidad. Se dispuso a entrar a un área repleta de piezas religiosas. Atrás habían quedado el colorido y la vivacidad del mercado. Los tenderos eran mucho más solemnes allí que en los lugares que había visitado anteriormente. Ninguno la llamaba para que se acercara, ni le ofrecía las mercancías en tono zalamero. Todos hacían silencio; algunos incluso permanecían sentados o recostados con los ojos cerrados, dormitando. En los mesones reconoció las imágenes de Ganesha, Visnú y otras deidades cuyos nombres no lograba recordar. Portavelas, polvos de colores, collares de cuentas oscuras, un becerro de porcelana lleno de adornos de oro en la cabeza y otros adminículos acompañaban un cúmulo de ilustraciones dispuestas sobre un raído mantel. En un rincón alejado, un hombre fumaba narguile y pasaba la pipa a un niño pequeño. Abby se quedó lívida ante aquella visión. Su ensimismamiento no le permitió notar al hombre que caminaba en dirección contraria a ella. Chocaron de frente y, al verlo, soltó un grito de espanto. El muchacho

tenía los labios cruzados por una filosa aguja de metal, al parecer con fines decorativos, pero que lo hacía ver aterrador. Nada podía compararse, sin embargo, con lo que vio en el puesto más próximo.

Abby sacudió la cabeza cuando el muchacho se marchó con una sonrisa siniestra en esos labios mutilados por la aguja. Apretó contra el pecho el paquete que contenía el regalo para su padre en tanto se acercaba al quiosco que ofrecía más figuras de deidades. Era momento de marcharse, pero algo en ese lugar, mucho más siniestro que el resto, le llamó poderosamente la atención. Una mujer con la piel oscura como el ébano la llamó moviendo un dedo huesudo como patas de araña. Abby la estudió; avanzó hacia ella con extrema cautela. Era muy vieja y estaba calva bajo el capuz del sari blanco, desprovista de joyas y adornos. Le habló despacio, con una voz que sonaba como el graznido de un cuervo, en una lengua que nada tenía que ver con el hindi que a medias conocía, una lengua que le recordaba al anciano muerto en el desierto. La remembranza le produjo un leve mareo que se superpuso al cotorreo de la mujer. Con una floritura manual y una sonrisa lenta, la anciana le señaló la mercancía. Abby tomó algo que le ofrecía sin meditarlo. Por alguna razón la mano le temblaba, a pesar de lo cual se quedó muy quieta. Sorprendentemente, dejó que la mujer le acariciara un mechón de cabello que se le había escapado del tocado. Ajena a todo lo demás, pestañeó ante la figura que le había sido entregada: la pintura de una mujer espantosa, de piel azul y múltiples brazos que mostraba la lengua en abierta señal de anarquía. En dos de los brazos sujetaba lo que parecían armas punzocortantes; en los otros, una cabeza humana recién arrancada y un plato dorado que atrapaba la sangre que manaba a chorros. La mujer llevaba un largo collar hecho de cabezas sangrantes que ostentaba orgullosa y celebraba con un diabólico rictus.

La boca se le secó repentinamente; un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se quedó anidado en su garganta. Cuando la mujer giró para buscar otro objeto de su terrorífica colección, descorrió sin querer un deslucido tapiz, lo que develó un pequeño altar dispuesto en un rincón. Había nada menos que un cráneo humano, probablemente muy viejo, dado su color marrón oscuro, con una pequeña vela que refulgía en el interior hueco. Abby sintió palidecer y la cabeza comenzó a darle vueltas como en un carrusel, a pesar de lo cual no pudo apartar la mirada. La anciana la descubrió con la vista clavada en el horrible sagrario y volvió a colocar el tapiz en su lugar. Le dirigió un grito colérico en aquella lengua que no comprendía; ella vio en sus ojos chispas de odio. De pronto, soltó la

estampa de la diosa criminal, se recogió las faldas con la única mano libre y huyó despavorida de aquella siniestra sección del bazar de Cawnpore.

Mientras avanzaba por los estrechos pasillos, llevándose por delante a los demás compradores, Abby sollozaba compulsivamente. Un dolor le atronó en el pecho, pero no a causa del cansancio. Estaba aterrorizada, no solo por lo que había visto, sino por lo que había sentido al estar allí. La mujer de la estampa no podía ser una diosa, no como Hánuman, que personificaba la generosidad y el amor. No. No podía haber gente que adorara a una deidad tan retorcida.

Bajo la mirada indiscreta de los comerciantes y compradores, Abby corrió por las laberínticas calles del mercadillo, hasta que logró salir por un resquicio. Se sintió ahogada por la carrera, por la pavorosa experiencia en aquel puesto y por el aroma dulzón de las flores que tenía enroscadas en el cuello, pero el aire fresco logró despejarla. Se detuvo un momento para serenarse, hasta que su corazón comenzó a latir a un ritmo normal. Cerró los ojos un momento y se peinó con los dedos los mechones que saltaron de su tocado.

—Buenos días, *memsahib*. —Una voz inesperada la sobresaltó. Giró para ver de dónde provenía; cuando finalmente lo hizo, sus nervios se crisparon todavía más, si es que eso era posible. No. No podía ser. No de nuevo—. La noto un poco conmocionada, ¿se encuentra bien? —continuó él, como si la repulsión que provocaba en ella no fuera evidente.

Abby apretó los puños, con el mentón levantado en gesto desafiante.

—¡Usted no me hable! ¡No se me acerque! —le espetó furiosa.

El capitán Ballard le mostró las palmas de las manos en señal de rendición.

—Perdóneme, pero la he visto alterada cuando salía del mercado y he venido a ver qué le sucedía. Solo quiero ayudarla. —Dio un paso hacia ella, de modo que la joven retrocedió.

—¿Ayudarme? ¿Usted? ¿Un asesino consumado con permiso para matar?

El hombre la observó con incredulidad.

—¿Así es como me ve?

—¿De qué otro modo espera que lo vea? ¡Debería estar encarcelado! ¡Deberían…! —Frenó la lengua antes de decir la atrocidad que cruzó por su mente. Sacudió la cabeza para deshacer la dantesca imagen que se dibujó en su mente.

—Está bien, dígalo —musitó él—. Deberían colgarme.

—No —vaciló—, eso no era lo que iba a decir.

El oficial se llevó las manos a la cadera, embutidas en los pantalones militares, y alzó una ceja, expectante. Al cabo de unos segundos, dejó crecer en su boca una sonrisa burlona.

—Me parece que hemos empezado con el pie izquierdo.

—¡No tengo intención de empezar ni terminar nada con usted! —escupió ella en respuesta.

La mirada de Ballard volvió a viajar por su cuerpo, como lo había hecho en el camino hacia el acantonamiento. Se detuvo en el cuello.

—¿Cuándo piensan cremarla?

Abby abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Disculpe?

—¿Cuándo la cremarán?

Señaló con el dedo la guirnalda de flores que todavía llevaba encima. Se sintió una completa imbécil. Por supuesto que era una ridiculez llevar dicho arreglo que había sido concebido originalmente para una ceremonia de cremación. Por ello la habían visto de ese modo en el mercado. El capitán Ballard hacía un esfuerzo sobrehumano para contener las carcajadas; los dientes de Abby chirriaron de forma audible. Se zafó a toda prisa la guirnalda y se la lanzó a la cara, lo que, por desgracia terminó de desbordar las risas. Ballard se encogió para protegerse del ataque de ira. El florón cayó al piso convertido en un reguero de ramas y pétalos.

Jamás había estado tan enojada, jamás la habían humillado de ese modo, pero eso no impidió que un cálido burbujeo, una sensación inexplicable, le brotara en las entrañas de manera inesperada al

escuchar aquella risa varonil, suave y carrasposa a la vez. Se condenó por dejar que algo tan íntimo despertara en ese preciso momento, cuando se hallaba frente al hombre más infame que había conocido. En un abrir y cerrar de ojos, estaba más roja que la casaca que él llevaba puesta. Atribuyó la reacción a la rabia y la indignación que la poseían.

—La compadezco —continuó burlón, con un brillo travieso en los ojos—. Creo que prefiero la soga a la pira funeraria. Ha de ser menos doloroso.

—¡Grosero! ¡Infeliz! ¡No sabe a quién le está hablando!

—Por supuesto que lo sé. —Asintió con la cabeza, todo el humor de su rostro se disipó—. A la prometida del señor Henry Wilcotts. Quedó muy claro la primera vez.

—No me recuerde ese momento nefasto —gruñó—. Le he hablado al señor Wilcotts de la atrocidad que usted cometió y, de seguro, le espera un castigo ejemplar de sus superiores.

—Ya veo que está ansiosa por verme castigado.

—No puede andar por ahí tomando la vida de otros, aprovechando su posición. —Hizo una mueca de profundo desprecio—. Usted es un criminal sin alma. ¿Acaso no tiene padres, hermanos, abuelos? ¿No le teme a Dios? Sus pecados se le pueden devolver tarde o temprano. Es el karma. Usted debe saber de eso mejor que yo.

Ballard escuchó la soflama de Abby con la mirada entornada en gesto reflexivo y las manos en las caderas, que simulaban la forma de una jarra. Las palabras de la joven debían de haberlo afectado. Con un movimiento brusco se retiró el chacó; se peinó el cabello con los dedos; las hebras de su pelo eran castañas y radiantes, de apariencia sedosa bajo los rayos del sol. El corte era muy favorecedor: bajo en los lados y más largo en el centro, donde se formaba un tupé al natural, como la cresta de un gallo; un gallo altivo y presuntuoso.

Curiosidad satisfecha, le susurró una vocecilla impertinente en la cabeza a Abby.

—Le temo más a los hombres que a Dios —murmuró él en voz muy baja, de modo que ella no estuvo segura de haberlo escuchado bien—. Écheme a los perros si lo desea, señorita Fortescue. No tengo interés

en ser santo de su devoción. Que tenga buen día. Y tenga cuidado.

Hizo amargo de marcharse, pero Abby lo retuvo con una pregunta disparada a mansalva.

—¿Por qué demonios no puede decirme algo tan simple como qué fue lo que hizo ese hombre para que le disparara?

Se encogió de hombros.

—¿Qué sentido tiene? Usted ya se ha tomado el rol de juez y verdugo.

—¿Entonces tengo razón? ¿Era un inocente?

Él le dirigió una mirada encolerizada. Abby supo que ya no intentaba burlarse de ella.

—La inocencia es una casa segura, *memsahib*. Quédese en la suya, por su bien.

No supo qué contestar al respecto. En silencio meditó aquellas palabras, fieras y crípticas, con los ojos posados en el rostro duro que tenía delante. El capitán también la miraba fijamente; ella vio en sus ojos, verdes como lagunas recónditas, un atisbo de extenuación, y no de la del tipo física.

—Oh, ¡ahí estás! —La voz sofocada de Tess a sus espaldas la devolvió a la realidad—. Creímos que te habían raptado los nativos—. La muchacha se detuvo al notar la presencia de Ballard. Una risa nerviosa brotó de su garganta; los ojos castaños adquirieron un brillo templado, con las pupilas dilatadas a un extremo inverosímil. Abby jamás había visto a Teresa Hobart tan sobresaltada por la presencia de un hombre. Hasta le pareció que se sonrojaba ligeramente, y ello era algo que definitivamente nunca creyó posible—. El capitán Ballard, ¿cierto? —Él asintió con un rudo movimiento—. Es una pena que no nos hayan presentado formalmente, pero eso poco importa ahora. Teresa Hobart.

Con abierta coquetería, Tess le tendió el dorso de la mano, que él contempló como si le hubiera ofrecido una planta picapica. Después, no obstante, pareció recordar sus escasas maneras; tomó la mano depositando un beso tosco en los nudillos. Tess estaba encantada, como si en lugar de ante ese rudo criminal estuviera en presencia de

un dios griego. Se abanicaba con una fuerza rayana en la ansiedad. Intercambiaron un saludo y algunas palabras que Abby no captó, porque la cabeza le hervía, quizá porque el calor estaba comenzando a hacer mella en su cuerpo, que aún no terminaba de aclimatarse a la India.

Casi de inmediato, aparecieron los palanquines y detrás de ellos el martirizado Archer, que se agitaba el sombrero en la cara para deshacerse del calor. El semblante sudoroso y sofocado del sirviente inglés le produjo, por primera vez, un sentimiento de compasión.

Al cabo de un momento, Abby decidió que había tenido suficiente del bazar de Cawnpore. Se marchó de allí, no sin antes dirigirle a Ballard una mirada desconcertada, interrogante. ¿Qué había querido decir con aquello de que, por su bien debía quedarse en la casa segura que era su inocencia? ¿Qué era lo que su inocencia no podía tolerar? ¿Qué oscura verdad se le estaba negando?

Pensó en ello todo el camino de vuelta, ignorando las protestas resentidas de Tess, que habría preferido quedarse charlando más tiempo con él.

Abby no fue capaz –o quizás no se atrevió– a tejer teorías, pese a que su mente se negaba a abandonar aquel enunciado.

La inocencia es una casa segura.

* * *

En el suelo arenoso había quedado el paquete que la *memsahib* había abrazado celosamente tras dejar el mercado. Estaba tan enfadada que había olvidado que lo traía consigo, junto a esa ridícula guirnalda colgada al cuello. Simon se rio mientras recogía el paquete, con toda la intención de abrirlo y ver el contenido, por supuesto.

Dentro había una caja para puros fabricada en madera latonada, con una pequeña imagen del dios Hánuman repujada en oro. Dejó escapar un silbido de admiración mientras le daba vueltas al objeto para valorarlo. De seguro lo había comprado para su prometido, Henry Wilcotts. No quiso responderse por qué esa idea le molestaba

tanto.

¿Por qué había estado tan alterada?

—¡Capitán *sahib*!

Bin Rao salió veloz de entre los árboles. Simon abandonó la contemplación del objeto y miró al chico de catorce años, de piel atezada y ojos negros como el carbón, dotados de una agudeza poco frecuente a una edad tan temprana. Iba descalzo y vestía nada más que un turbante ajado y unos calzones que alguna vez habían sido blancos. Bin Rao era el muchacho más espabilado y capaz de Cawnpore, el mismo que por unas pocas monedas podía arrastrar un *rickshaw* con dos personas a bordo y llevarlo por toda la ciudad como si pensara menos que plumas. También era uno de los mejores amigos de Simon.

—Qué honor que haya decidido venir, alteza. —Lo recibió con una reverencia sarcástica. Para no levantar sospechas, Simon había acordado encontrarse con él en aquella zona tranquila y poco transitada del mercado de Cawnpore—. ¿Vuestra agenda no le ha permitido ser puntual?

—Lo siento, capitán *sahib* —se disculpó ahogando la risa infantil que todavía lo acompañaba—. Lo vi hablando con la *memsahib* y me escondí para que no me viera. Las *memsahibs* siempre me gritan para que me vaya.

Simon le devolvió la sonrisa con sorna. Si Abigail Fortescue conociera a Bin Rao la última cosa que haría sería gritarle. Quizás lo alimentaría, le regalaría ropa y se lo llevaría a casa para enseñarle inglés.

—¿Cómo no van a hacerlo si las miras como si fueran monstruos?

Al igual que los demás muchachos indios, Bin Rao tendía a especular sobre lo que había bajo las elegantes y acampanadas faldas de las *memsahibs*. Algunos decían que las mujeres inglesas no tenían piernas y que flotaban como pétalos de dientes de león, por eso se movían de ese modo tan pomposo al caminar, como si el suelo no fuera lo suficientemente bueno para sostenerlas.

Bin Rao bajó la cabeza.

—Olvídalo —le dijo Ballard antes de ponerse serio y mirar a un lado y otro, con cuidado de que no hubiera curiosos alrededor—. ¿Hiciste lo que te pedí?

—Sí, capitán. Seguí a los soldados más allá de la carretera.

—¿Adónde fueron?

—A las ruinas. Allá los estaban esperando otros soldados, como cinco o seis —continuó—. Creo que no eran de aquí porque nunca los había visto.

Ballard repasó la información en silencio, haciendo un esfuerzo para disimular su inquietud, sus peores temores. Era bastante probable que los cipayos de otros regimientos hubieran llegado a Cawnpore para alentar a los locales a adherirse a sus propósitos, o que por el contrario, todos ellos estuvieran cocinando juntos algún plan en concreto.

—¿A quiénes reconociste de los nuestros?

El muchacho mencionó a Gurjar, uno de los soldados del 1.er Regimiento. Fitzralph había desconfiado de él por su carácter oscuro y enigmático, pero nadie le había hecho caso, dado que el pelirrojo escocés desconfiaba hasta de su propia sombra. Gurjar jamás había dado señas de rebeldía o descontento en ninguna de las misiones. Radcliff, el comandante del 1.er Regimiento, lo describía como reservado y disciplinado. Bin Rao describió a los otros tres cipayos que iban con él. Ante la mención de algunos compañeros, Ballard dejó escapar un suspiro de preocupación.

—¿Escuchaste la conversación?

Sacudió la cabeza en negativa.

—También había un hombre viejo y de barba —añadió—. Vestía un *kurta* muy lujoso con joyas. Tampoco lo había visto nunca.

Ballard frunció el ceño. Apretó con fuerza la caja que tenía entre las manos y por poco la hizo pedazos. No podía ser. ¿Acaso las especulaciones de sir Hugh tenían sentido? ¿Estaban los maharajás metidos en esto? ¿Quién era ese anciano? ¿Un emisario de Nana Sahib o de otro de los numerosos soberanos despojados de sus derechos por la Compañía? Debía averiguarlo.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—Mucho. Hasta el crepúsculo. Quería escuchar lo que estaban diciendo, pero no podía acercarme sin que me vieran.

—¿Qué pasó después?

—Nada, capitán. Se fueron. Los soldados regresaron al puesto. —El chico se lo quedó mirando con los ojos encogidos, como si hubiera captado la inquietud del otro—. ¿Qué sucede, capitán?

Ballard ignoró la pregunta.

—¿Estás seguro de que no te vieron?

—Apostaría la luna —asintió.

Simon no pudo evitar sonreír ante aquella frase tan característica de Bin Rao, que declaraba que la luna le pertenecía.

—Bien, porque quiero que te mantengas alejado de ellos, ¿entendiste? —El muchacho no dijo nada—. Ya no volveré a pedirte vigilarlos. Ven esta noche a casa. Comeremos juntos, como te lo prometí.

—Pero ¡yo quiero ayudarlo! La próxima vez me acercaré más. Me esconderé para que no me vean y escucharé todo lo que digan. Le juro que no me verán.

—¡No!

—¿Qué sucede, capitán? —insistió el chico con más seriedad de la que había mostrado nunca ese rostro infantil—. ¿Por qué me envió a vigilar a esos hombres?

Ballard lo miró inquieto, debatiéndose entre mentirle o soltarle la verdad sobre lo que estaba a punto de pasar. Al fin y al cabo era su culpa, debería haber intuido que Bin Rao no se limitaría a cumplir una simple misión de espionaje. Era mucho más listo de lo que pensaba y no descansaría hasta sonsacarle la verdad. Pero, ¿qué diría si supiese que le había encomendado vigilar a quienes estaban planeando una rebelión para desbaratar el poder británico en la India?

Suspiró, sabedor de la respuesta a esa pregunta.

—Bin Rao, me temo que los cipayos quieren echar a los *angrezi* de estas tierras.

Un relámpago de asombro cruzó por el rostro del muchacho; un relámpago que luego se convirtió en júbilo y después en confusión.

—Pero, ¿eso significa que también lo echarán a usted? —musitó tristemente.

Se encogió de hombros, pleno de incertidumbre.

—Supongo que sí. ¿No es eso lo que soy? Un *angrezi*.

—¡No! —lo confrontó el muchacho con los ojos brillantes de convicción—. Usted no es como ellos, capitán *sahib*. Usted no es como ellos. No lo echarán de estas tierras porque usted es uno de los nuestros.

Capítulo 4

El domingo por la mañana, Abby se reencontró con Henry y su familia en la iglesia de St. John en el acantonamiento civil de Cawnpore.

Los Wilcotts eran personas amables y refinadas que la recibieron con brazos abiertos. Beatrice, la madre de Henry, había sido compañera de la madre de Abby en el instituto para señoritas en Newport. A partir de allí habían iniciado una amistad imperecedera; una amistad que había sido sellada poco antes de que Eloise Fortescue falleciera, con la promesa de procurar el matrimonio entre Abby y Henry. La señora Wilcotts se había convertido para Abby en una especie de protectora en la distancia. Se había asegurado de que su futura nuera tuviera una institutriz competente, que asistiera a una buena escuela, que aprendiera todo lo que la futura esposa de un Wilcotts precisaba saber, que no le faltasen vestidos bonitos, joyas e invitaciones a los eventos de la alta sociedad en Londres.

A Oliver Fortescue nunca le hizo gracia que alguien más asumiera los deberes que, como padre, le correspondían, pero todos esos años había aceptado la ayuda económica de los Wilcotts, a sabiendas de que él mismo, con sus ganancias como sastre, no sería capaz de proveerle a su hija una educación de altura. Abby se lo agradecía de corazón y había permitido a su padre que le pagase las clases de hindi, hasta que se dio cuenta del gasto mensual que suponían. Le mintió diciéndole que ya no necesitaba estudiar la lengua para que no se sintiera obligado a sacar más dinero de su ya de por sí maltratado bolsillo.

Abby saludó con inmenso afecto a Anna, la preciosa hermana pequeña de Henry, que, aunque se hallaba en silla de ruedas como consecuencia de un accidente ecuestre en la niñez, rezumaba alegría y vivacidad como ninguna otra persona que hubiera conocido. Anna tenía el cutis níveo, como la leche fresca, salpicado de pecas doradas que se le agolpaban en el puente de la nariz como una diminuta galaxia. El cabello castaño rojizo formaba un moño laxo en lo alto de su cabeza, de donde escapaban finos mechones que enmarcaban un rostro oval, de altos pómulos. Pero el rasgo más característico de Anna eran sus ojos enormes, de un azul mediterráneo que a menudo robaba

la atención de su interlocutor. Los ojos de Anna no se parecían a los de su madre, su hermano o su padre, lo que la hacía verdaderamente especial. Abby le estampó dos besos en las mejillas y observó con orgullo lo crecida que estaba. Debía rondar ya los diecinueve.

A diferencia de su esposa e hija menor, Marcus Wilcotts era distante, pero lo suficientemente cortés en el trato como para no llegar al desdén. Era un hombre mucho mayor que Beatrice, de complexión gruesa y cabellos rojizos con matices de gris que se extendían por su cara en forma de patillas, barba y bigotes. Tras sus diminutas gafas de cristal enmarcadas en oro, unos ojos azules pálidos, increíblemente parecidos a los de Henry, la observaban con algo que, en otras circunstancias, le habría parecido desconfianza. Abby siempre lo recordaba hablando de su distinguido puesto en la Compañía cuando visitaba Londres, de cómo se había multiplicado la producción de té, sedas y opio desde que lord Dalhousie había asumido como gobernador general de la India, lo que le había otorgado un progreso infinito a la madre Inglaterra. Le gustaba hacerle saber a todos que él había hecho otro tanto desde que Dalhousie lo había nombrado representante de la Corona ante la Compañía para las provincias de las que Cawnpore, Lucknow y Allahabad formaban parte. El señor Wilcotts saludó a Abby con fría caballerosidad. Después se fue a tratar asuntos de dinero con un grupo de comerciantes.

Beatrice hizo a Abby un delicado gesto con la mano para restar importancia a los desplantes de su esposo, se la llevó a un espacio alejado para charlar de tantos temas a la vez que, en menos de tres minutos, la muchacha ya se sentía mareada y aturdida. La invitó a tomar el té y a jugar una partida de dominó chino en los jardines de la mansión Wilcotts. Le informó que había mandado a llamar a una modista francesa que vivía en Lucknow para que le tomase las medidas del vestido de novia y la abrumó con preguntas sobre el banquete, el color de los manteles, el material de la cubertería, las flores y las bebidas. Abby prefirió confiar en el criterio de Beatrice y dejar todo el asunto en sus expertas manos. Tenía miedo de escoger algo que no le gustase o cometer un error de protocolo que abochornase a los Wilcotts. Le agradeció por toda su ayuda –que, por supuesto, no se limitaba a los preparativos de la boda– antes de verse turbada por los saludos y besos de un enjambre de mujeres a las que jamás había visto; damas ataviadas en vestidos que parecían tan incómodos y sofocantes como el de ella misma. Echó un vistazo adonde se hallaban Tess y Laura. Ellas le dedicaron miradas de ánimo en lugar de atender al llamado silencioso y desesperado que

prorrumpía. El señor Callthorpe, que estrechaba las manos de sus compañeros ingenieros del ferrocarril, le prestó poca atención.

Cuando Henry apareció para rescatarla de la interpelación de las amigas de Beatrice, Abby conoció a otros habitantes del acantonamiento. Todos la recibieron con calidez; le hicieron invitaciones formales a sus casas y se interesaron por su familia en Londres. Fue presentada ante la aristocracia de Cawnpore, lord y lady Erdington y sus hijos; al recaudador de impuestos, el señor Charles Hillersdon, a su esposa Lydia y al señor Edward Greenway, uno de los industriales más poderosos de la región. Más tarde tuvo frente a ella al célebre general sir Hugh Wheeler, el jefe de la guarnición y a sus hijos varones, que también eran militares. Una de las amigas de Beatrice Wilcotts le susurró que la esposa de Wheeler era una mujer de enormes ojos color chocolate y la piel acaramelada que pertenecía a la nobleza nativa. Como la mujer profesaba la religión hinduista, no le acompañaba a la iglesia. Sir Hugh llevaba del brazo a su hija mayor, la encantadora señorita Eliza Wheeler.

Luego de una conversación que parecía casual, el jefe de la guarnición se excusó con Abby por la barbarie cometida por uno de sus subordinados. Aunque ella no estaba esperando semejante declaración, recibió las disculpas, reacia a atribuirle la responsabilidad a alguien que no había apretado el gatillo. Hizo intento por averiguar por qué Ballard había disparado contra el anciano, pero el militar desvió la atención del asunto con sutiles evasivas. No descartaba que los militares estuvieran solapando las acciones de ese miserable asesino.

Luego fue presentada a algunos oficiales que iban tomados del brazo de sus esposas, a una numerosa familia cuyo padre era comerciante de té, a un pequeño grupo de viudas que hacían obras de caridad en las aldeas cercanas, al párroco, a su mujer y la larga fila de niños de todos los tamaños que integraban su adorable grupo familiar.

Abby se sintió inquieta ante la posibilidad de toparse allí con el capitán Ballard, pero luego descartó la idea de plano. El edificio sagrado ardería en llamas si ese demonio osara poner un pie allí. Trató de desembarazarse de esa idea prestando atención a los temas de conversación, sonriendo casi todo el tiempo y meditando con cuidado cada intervención. Algunas damas se mostraban gentiles y colaboradoras, mientras que otras no hacían más que observarla con una curiosidad incisiva que empezaba a incomodarle. Quizá fuera el

hecho de que jamás en su vida había sido el centro de atención en ninguna parte. En Londres, su prima Christiana, con aquella rubia cabellera platinada y ojos turquesas como el mar de Grecia, era quien monopolizaba las miradas en los bailes, en los parques y hasta en la iglesia. Abby siempre había considerado su propia belleza bastante corriente en comparación con la de Christiana Blennerhayset, cuyo encanto social también era conocido en los salones de baile y fuera de él. Suspiró mentalmente. La extrañaba mucho. Quizá tendría que haberla observado más para aprender cómo había que desenvolverse socialmente en lugar de haberse escudado detrás de las columnas de los salones, anclada en la idea de que no necesitaba atraer pretendientes. Así sabría cómo reaccionar ahora que le tocaba a ella ser el blanco de todas las miradas.

—¿Vendrá al banquete que ofrecerá el regente maratha en su palacio, Abby? —quiso saber Megan, la esposa del coronel Radcliff, una mujer rubia y menuda que mantenía a su pequeño hijo férreamente tomado del brazo, ignorando los lloriqueos y pataletas—. Será el próximo viernes.

—Oh, no sé nada de eso.

—¡Descuide! Seguro le informarán más adelante —intervino Rose, la guapa y jovencísima mujer del teniente Johnson—. Nana Sahib nos ha invitado a Bithur, y usted no puede faltar. Va a dar un banquete por motivo de… no sé qué festividad india, pero seguro será muy entretenido.

—Sí —dijo la primera después de sonarle los mocos a su hijo—. Las fiestas de Nana Sahib son legendarias en la India. Es un amigo de Inglaterra.

—¡Oh, por favor! Todo el mundo sabe que ese hombre es un adulador de primera. —La señora Garnis irrumpió en la conversación meneando el abanico con aire presuntuoso. Beatrice había mencionado que Ellen Garnis era la esposa del propietario de una importante compañía de clíperes mercantes establecido en la India, pero que viajaba constantemente por los distintos territorios de ultramar—. Solo lo hace para congraciarse con los británicos —añadió mirando a Abby, como si quisiera advertirle de algo— y para que le devuelvan su manutención.

Confundida, Abby abrió la boca para hacer una pregunta, pero una voz autoritaria tras ella se le adelantó.

—De ninguna manera, señora Garnis. El hijo del *peshwa* es un hombre honrado que respeta a los ingleses —sentenció el general Wheeler—. Y sí, es un amigo de Inglaterra.

La mujer continuó agitando el abanico de marfil a la altura de los ojos; miró a Wheeler con resquemor, pero no dijo nada.

El servicio dio comienzo un minuto después. Abby sentía las miradas sobre ella y Henry, que ocupaba lugar a su lado. De vez en cuando, intercambiaban miradas furtivas, sonrisas solapadas y se rozaban las manos aparentemente sin querer. Todo en su vida estaba bien, no podía sino agradecer a Dios por tanta felicidad, por ello se dedicó a dar gracias y a pedir por la salud de su amadísimo padre. Estaba muy cerca de cumplir su gran sueño. Alzó la vista, centrada en la bendición que era esa nueva vida. Satisfecha, escuchó la prédica que desde el púlpito entonaba el reverendo Catesby, que versaba sobre la importancia de agradar a Dios y ser agradecido.

Al finalizar el culto, Abby podía decir que conocía a una buena parte de los británicos de Cawnpore, sus futuros vecinos. Estaba contenta de poder llevarse bien con ellos y se sentía orgullosa de ser una inglesa en la India.

* * *

—Me enteré de lo que te sucedió cuando llegaste. Es decir, lo que viste. —Anna Wilcotts arrugó la pequeña y pecosa nariz y luego soltó un suspiro—. Lo lamento mucho. Escuché cuando Henry se lo contaba a papá.

Era poco más de mediodía en la residencia de los Wilcotts, donde Abby, Tess y Anna, después de almorzar, tomaban el té y comían galletas de almendra bajo la sombra de un nim. El hogar de su futura familia política era una mansión de ladrillo rojo que evocaba toda la opulencia de la Inglaterra industrial trasladada con dignidad a suelo indio para mantener vivo el espíritu de hogar. Con algunas incorporaciones que hacían más tolerable el clima característico, como celosías, la residencia reflejaba la prosperidad familiar y el buen lugar que ocupaban los Wilcotts entre los pobladores de Cawnpore.

Decenas de sirvientes de piel morena iban de aquí para allá a fin de asistir a los *huzoor*, como llamaban al señor Wilcotts y a su hijo, ya fuera para recibirles el sombrero y el bastón o servirles brandy, mientras ellos se desperezaban sobre los muebles de ratán a la espera de la comida. Una vez sentados a la mesa, un torrente de criados trajo consigo sendos platos con *vindaloo* de cordero, vegetales con especias y distintos tipos de chutneys; Abby seleccionó solo los alimentos que no contenían carne. Durante la comida, al menos seis abanicadores trabajaban en silencio, con la mirada clavada en la nada mientras despejaban el calor de la tarde y sus empleadores degustaban junto a los invitados un manjar digno de reyes.

Los amplios y primorosos jardines contaban con el cuidado de al menos seis *malis*. Abby los contemplaba desmalezar los parterres con esmero. Una niña pequeña ayudaba a su madre a arrancar las hojas muertas de un rosal.

—No es tu culpa. —Sacudió la cabeza para tranquilizar a Anna—. Lo que pasó no tiene que ver contigo.

—Debió de haber sido espantoso. Jamás he visto que le disparen a nadie, aunque desde aquí se escuchan muchas detonaciones. Tampoco he visto un cadáver en mi vida. ¿Cómo se veía? —inquirió con tal inocencia que Abby en vez de molestarse por la pregunta dejó escapar una risa amarga.

—Querida, créeme, no quieres saberlo.

Después de dar un sorbo a la taza de *chai*, como llamaban en la India al té con leche, la pelirroja se mordió el labio inferior.

—¿Sabes? No es tan malo —susurró.

—¿Disculpa?

—Simon.

—¿Simon?

—El capitán Ballard. —Abby estaba sorprendida, no por la declaración de Anna Wilcotts sobre la supuesta bondad de aquel rufián, sino por el brillo que vislumbró en aquellos ojos azul mediterráneo al pronunciar el nombre. No podía dar crédito—. Él solo intenta protegernos, como los demás oficiales. De ellos depende

nuestra seguridad. Podré estar en una silla de ruedas, pero estoy consciente de lo que sucede fuera del acantonamiento. Los nativos nos odian. Nos quieren fuera porque los ingleses somos invasores.

—Yo siempre se lo digo —Tess se abanicaba con esmero—, pero jamás me escucha.

—Anna, le disparó a un hombre que no tenía modo de defenderse —argumentó Abby—. Sin un juicio, sin decirnos qué había hecho al menos…

—Estoy segura de que tenía una razón.

—No, el mundo no funciona así, querida —se alteró—. Ni siquiera en la India. El capitán Ballard es un salvaje que claramente está al margen de la ley.

Anna abrió la boca para rebatir las palabras de Abby, pero terminó soltando un suspiro de derrota. Se hizo un silencio momentáneo, solo interrumpido por el crujir de las hojas del nim con el paso del viento y el bullicio de los pájaros.

—Querida, por el modo en que defiendes al capitán Ballard parece que lo conocieras —infirió Tess con un dejo suspicaz, antes de darle una mordida a una galleta de almendra.

—Ah, sí. Bueno, un poco. —La hermana de Henry vaciló—. A veces, durante nuestros viajes a Calcuta para el tratamiento médico, Simon, es decir, el capitán Ballard se encargaba de mi seguridad y de la de mis padres. Ya sabes que en la India hay zonas muy peligrosas. Él era muy protector y competente en su trabajo. Pero eso fue antes de que lo ascendieran y le encargaran tareas mucho más importantes, supongo. —Dio otro sorbo.

Abby estudió el rostro de la chica con un montón de preguntas amontonándose en su mente. ¿Acaso era posible que Anna Wilcotts estuviera prendada de ese hombre?

—¿Y hablabas con él? ¿Tenían trato? —inquirió Tess alzando una ceja e interrumpiendo las cavilaciones de Abby.

En situaciones normales, habría reprendido el molesto fisgoneo de la dama de compañía, pero en esa ocasión se quedó callada. Se llevó la taza de *chai* a los labios y se dio cuenta de que en verdad quería

escuchar la respuesta de Anna.

—Sí, mucho —confesó ella con una sonrisa; los ojos rutilantes de admiración y de algo más. Se inclinó hacia las damas para susurrar algo, riendo con picardía, como una niña a punto de confesar una travesura a sus amigas más íntimas—. La mayoría del tiempo papá y mamá viajaban bajo los efectos del láudano y dormían por horas. A veces, me aburría de estar sola, no podía dormir por culpa de mis nervios y le pedía a Nikhila que me llevara a la cubierta para charlar con él. Hablamos muchas veces. Me contaba historias sobre la India que jamás habría escuchado en el acantonamiento; historias de cada palacio, cada río y cada deidad. Conoce la India mejor que nadie. Además es muy listo, habla muchas lenguas y es un jinete excepcional.

—¿De verdad? —musitó Abby, que había escuchado atenta aquel pequeño discurso.

Anna asintió con la cabeza, orgullosa de él.

—Vaya, hicieron amistad, entonces —intervino Tess.

—De mi parte sí; es decir, eso creo —balbució—. Por eso les digo que el capitán Ballard es amable y considerado, además de piadoso. No el asesino que tú crees, Abby.

La aludida tenía ganas de decirle que él la trataba bien porque era inglesa, y además una Wilcotts, pero se contuvo. Estaba claro que se había dejado deslumbrar por él. Quizá Simon Ballard fuera el único hombre apuesto que había conocido fuera del acantonamiento.

—Aunque en cosas de amor… —musitó, como si le hubiera leído el pensamiento. Las dos muchachas clavaron miradas de asombro en la pelirroja, que se encogió de hombros con frescura—. No puedo sino aconsejarles que se mantengan alejadas de él. Es un picaflor incorregible. No se puede estar enamorada de Simon Ballard y no acabar con el corazón vuelto cenizas.

Un resoplido de asombro brotó de los labios de Tess.

—Anna, ¿estás diciendo que Ballard intentó seducirte? —quiso saber una colérica Abigail, que se inclinó en el mueble de ratán con tanta brusquedad que por poco se echa el té encima.

—¡Claro que no! Pero sé de muchas chicas que darían una pierna

por él —se rio de su propio comentario—. Algunas han intentado comprometerlo sin éxito y han terminado muy deprimidas cuando ven que es inútil atraparlo; si no, pregúntele a la señorita Wheeler.

—¿La señorita Wheeler? —inquirieron las otras dos al unísono.

Abby recordó a la tenaz y agraciada hija del general. Eliza encajaba perfectamente en el ideal masculino, al menos el ideal que ella conocía de voces de sus conocidos. Estaba segura de que los caballeros la considerarían un verdadero ejemplar.

—Simon le enseñó a disparar el verano pasado. Desde entonces está obsesionada con él. Lo ha perseguido sin tregua. Una vez intentó colarse en su dormitorio del cuartel, pero un criado la descubrió. Al final ella se fue, pero el criado se lo contó a la cocinera y la cocinera se lo contó a la aya de Rose Littlebury. Eso, por supuesto, significa que todo el mundo ahora lo sabe. —Anna parecía divertida de lo lindo—. Simon ni siquiera estaba ahí.

—Oh, pero qué arpía la que ha criado sir Hugh —se burló Tess.

—Él no parece el tipo de hombre que se casa y se va a vivir a Inglaterra, ¿no les parece? —Anna hizo una pausa al ver que el señor Archer pasaba muy cerca de ellas de camino al establo. Iba junto a dos *culis* vestidos con *dhotis* blancos y turbantes color azafrán. Cuando se alejó lo suficiente, Anna se inclinó en el sillón. Dijo en tono confidencial—: Todo el mundo cree que es amante de la maharaní de Jhansi.

Aturdida por tanta información indeseada sobre el capitán Ballard, Abby intercambió una mirada con Tess, que tenía los ojos desencajados.

—Pero eso no lo hace un mal hombre, ¿verdad? —sentenció antes de apurar la taza de té para luego dejarla a un lado, junto a la bandeja de pastas.

—¿La maharaní de Jhansi? —musitó Tess.

—Sí, quizá la conozcan en el Gaj Shringar, es amiga de Nana Sahib.

Exasperada, Abby sacudió la cabeza; no estaba dispuesta a pensar más en Ballard. Devolvió la taza de té a su plato, cambiando con

brusquedad el tema de conversación.

—Y dime, querida. ¿Regresaste a Calcuta para el tratamiento?

—No. —Anna bajó la vista hacia sus pálidas manos entrelazadas en el regazo—. El médico nos dio pocas esperanzas. Les dije a mis padres que no perdiéramos más tiempo. Al fin y al cabo, creo que me acostumbré a la silla. Es decir, no me veo corriendo por Cawnpore ni nada de eso. Estoy bien como estoy.

Abby se sintió avergonzada, abrumada de pesar por haber hecho aquella pregunta. Anna no volvería a caminar, se había dado por vencida. Si solo tenía diecinueve años, ¿por qué debería ser ese su destino?

En ese preciso instante, Laura y Geoffrey Callthorpe regresaron al jardín en compañía de Beatrice. La señora Wilcotts dio por terminada lo que parecía una conversación muy amena y sonrió a su futura nuera. Detrás de ella, Nikhila, la aya de Anna, que era una mujer mayor pero fornida y de apariencia saludable, tomó en brazos a la muchacha para devolverla a la silla de ruedas. Nikhila le recordó en hindi que ya era hora de la siesta.

Abby prometió a Beatrice regresar muy pronto para continuar discutiendo los detalles de la boda. Más tarde, abandonaba el hogar de los Wilcotts junto a Tess y los Callthorpe, con la mente repleta de nuevas preguntas que hubiera preferido no hacerse.

* * *

Sharmila le aseaba el cabello con una solución aceitosa, elaborada a base de romero con un plácido aroma que parecía sosegarle cada nervio del cuerpo. Tendida en la bañera de cobre dispuesta en la habitación, Abby cerró los ojos. La criada le desenmarañaba los mechones, peinándoselos con placentera parsimonia, masajeándole el cuero cabelludo mientras tarareaba una canción en su lengua.

—*Shukriya* —agradeció cuando terminó de envolverle la cabeza en un turbante blanco.

Luego de secarse y ponerse la bata de descanso, echó un vistazo a

Tess, que mostraba el mismo aspecto radiante después del lavado con una solución a base de vaina de *shikakai*, la misma que las mujeres indias empleaban para lograr aquel negro azabache. La dama de compañía, con los mechones húmedos desparramados por los hombros para que se secaran al natural, leía un folletín de la *Revue de Paris* que Abby no le había visto antes, y que al parecer la tenía cautivada.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó apenas se quedaron solas en la habitación.

—Lo nuevo de Flaubert. *Madame Bovary* —contestó en fingido acento francés, sin despegar los ojos del cuadernillo.

—No sabía que te gustara Flaubert. ¿Qué tal está?

—Ni te imaginas —sacudió la cabeza—. No me atrevía a sacarlo en el barco.

—¿Por qué?

—Ya verás por qué. Te lo prestaré en cuanto acabe —le dedicó una sonrisa ladina antes de cambiar el tema abruptamente—. Oye, ¿no te pareció gracioso que Anna alabara tanto a nuestro querido capitán Ballard? Cualquiera creería que está medio enamorada de él. —Dejó escapar una risita—. Me pregunto qué dirían su padre y Henry si lo supiesen.

Luego de dejarse caer sobre la cama, Abby exhaló un suspiro de hastío.

—No lo entiendo. ¿Por qué todo el mundo se desvive por defender a ese canalla? Incluso ella —susurró con la imagen mental de la inofensiva y sensible Anna, la misma que rellenaba los comederos de los pajaritos en su casa de Londres y estudiaba las especies de mariposas como pasatiempo—. Jamás lo hubiera creído.

Tess puso los ojos en blanco.

—Anna es una mujer, Abigail. Me parece que todavía la ves como a una niña.

—No se trata de eso —frunció el ceño—. Es por él. ¿Qué pudo verle?

Con el rostro velado de asombro, la dama de compañía arrancó la

vista de *Madame Bovary*. Miró a Abby como si acabase de decir que la tierra era plana.

—¿De verdad necesitas que responda a esa pregunta?

—La belleza del rostro es frágil, una flor pasajera, pero la belleza del alma es firme y segura —citó a Molière alzando el mentón en una postura muy digna.

—Ay, ¡por favor! —se burló su amiga—. No me digas que estarías igual de perdida por Henry Wilcotts si fuera panzón y calvo.

Abby le lanzó una almohada.

—¡Cállate!

Ambas soltaron risotadas.

—No importa cuánto lo odies; es un dios y ese uniforme escarlata no hace sino enaltecerlo más —insistió Tess—. Yo creo que es perfectamente normal que Anna se ilusione por él. Es decir, pobrecilla, en su condición, no debe ser sencillo.

Abby se la quedó mirando en tanto su mente escudriñaba aquellas palabras. Ante el silencio confuso, Tess abrió la boca, perpleja.

—Querida, no me digas que no eres consciente de que ningún hombre desposaría a una inválida.

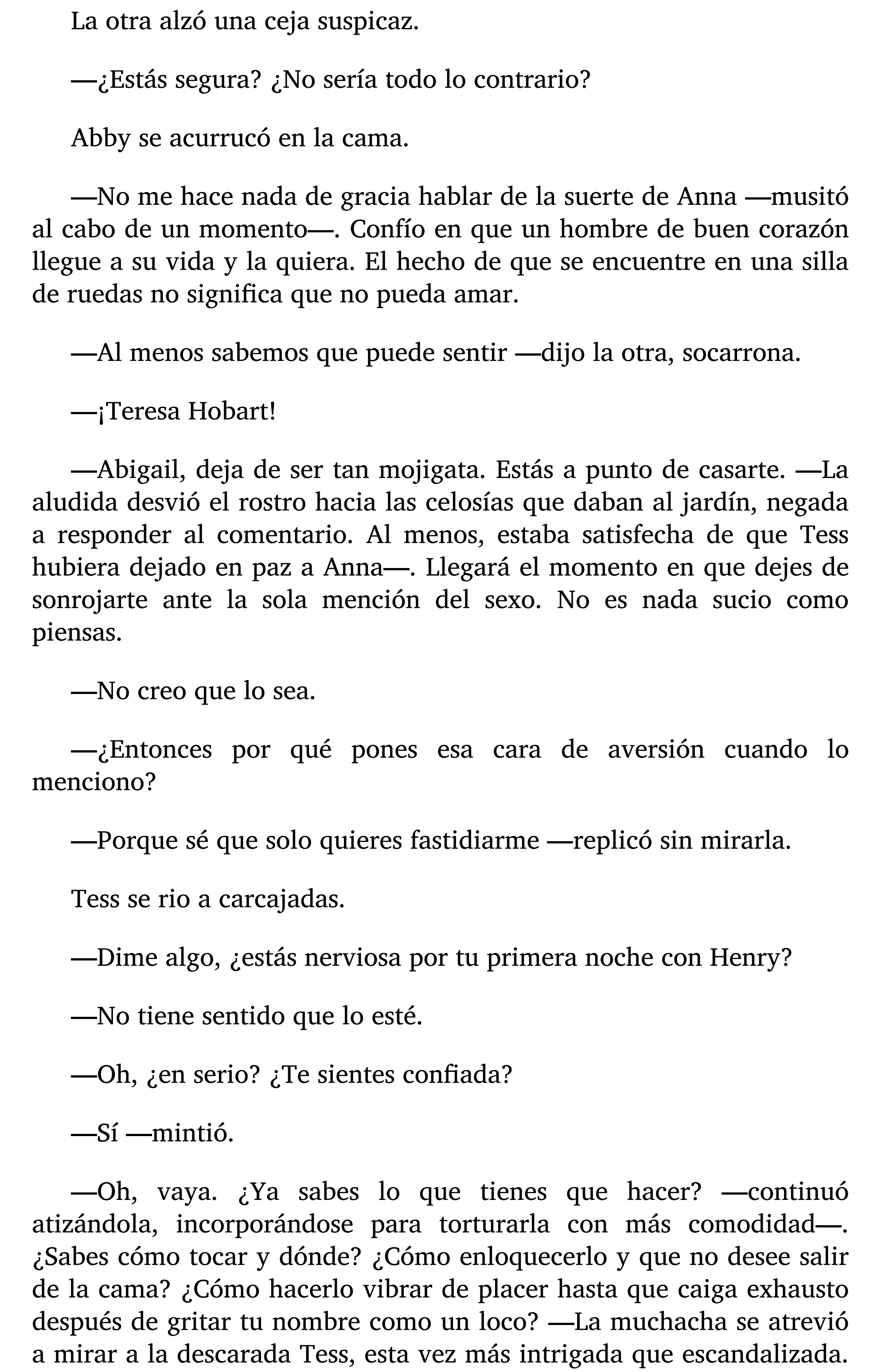
—¡Tess!

—¡Es la verdad! Quizá ni siquiera pueda tener hijos. Anna está destinada a ser una solterona, Abby. Sé que suena muy cruel, pero negarlo sería muy ingenuo.

—Ni siquiera lo había pensado —susurró con pesar—. Dios mío, que injusticia. Y pensar que hay quienes andan por ahí, con todas sus facultades, haciendo el mal.

—Puede que el capitán le haya tenido un poco de lástima y que por ello haya sido amable por demás con ella, ya sabes, para que no se sintiera tan mal.

—¡Si así fuera es todavía más desalmado de lo que pensaba!



La otra alzó una ceja suspicaz.

—¿Estás segura? ¿No sería todo lo contrario?

Abby se acurrucó en la cama.

—No me hace nada de gracia hablar de la suerte de Anna —musitó al cabo de un momento—. Confío en que un hombre de buen corazón llegue a su vida y la quiera. El hecho de que se encuentre en una silla de ruedas no significa que no pueda amar.

—Al menos sabemos que puede sentir —dijo la otra, socarrona.

—¡Teresa Hobart!

—Abigail, deja de ser tan mojigata. Estás a punto de casarte. —La aludida desvió el rostro hacia las celosías que daban al jardín, negada a responder al comentario. Al menos, estaba satisfecha de que Tess hubiera dejado en paz a Anna—. Llegará el momento en que dejes de sonrojarte ante la sola mención del sexo. No es nada sucio como piensas.

—No creo que lo sea.

—¿Entonces por qué pones esa cara de aversión cuando lo menciono?

—Porque sé que solo quieres fastidiarme —replicó sin mirarla.

Tess se rio a carcajadas.

—Dime algo, ¿estás nerviosa por tu primera noche con Henry?

—No tiene sentido que lo esté.

—Oh, ¿en serio? ¿Te sientes confiada?

—Sí —mintió.

—Oh, vaya. ¿Ya sabes lo que tienes que hacer? —continuó atizándola, incorporándose para torturarla con más comodidad—. ¿Sabes cómo tocar y dónde? ¿Cómo enloquecerlo y que no desee salir de la cama? ¿Cómo hacerlo vibrar de placer hasta que caiga exhausto después de gritar tu nombre como un loco? —La muchacha se atrevió a mirar a la descarada Tess, esta vez más intrigada que escandalizada.

¿Era eso posible siquiera?—. No es tan fácil complacer a un hombre, Abby. Son más exigentes en ese particular que en cualquier otro aspecto de la vida. Si no lo haces bien lo perderás, y habrá cientos de mujeres que querrán darle lo que tú no has sabido. Así de simple —sentenció con la sapiencia de quien se había acostado, no con uno, sino con varios hombres desde los diecisiete años—. ¿De verdad te sientes capaz de satisfacer a Henry Wilcotts como Dios manda?

Abby puso los ojos en blanco.

—¿Ahora quién es la que hace que parezca algo terrible?

Tess volvió a reír.

—Es en serio, querida. Estoy cumpliendo mi rol de amiga más experimentada.

Con siniestra diversión, Abby pensó que, si su padre conociera de las andadas de la hija mayor de su proveedor de materiales de costura, no habría escatimado en contratar a una respetable matrona de Londres para que la acompañase a la India. Tess, que había trabajado alguna vez como institutriz, había sido la opción más accesible para el bolsillo de Oliver Fortescue. Por lo demás, Abby la había preferido antes que a una de esas latosas ancianas obsesionadas con la postura y las buenas maneras. Lo que el padre de Abby e, incluso, el propio padre de Tess desconocían era que la muchacha había sido despedida de su anterior trabajo en París por enredarse con el señor de la casa.

—No sé tanto como tú, pero ya aprenderé.

—Te explicaré algunas cosas que debes saber si dejas de ser tan engreída.

—¿Engreída? —repitió ella abriendo mucho los ojos.

—Sí, Abigail. Admite que en esto precisas de mi ayuda; necesitas abrir tu mente para entender algunas cosas. Tómalo o déjalo. —Y añadió con una sonrisa astuta—: Henry lo agradecerá.

Aquella última frase picoteó su orgullo. ¿Cuánto no sabría sobre la intimidad una mujer que había conocido la cama de distintos hombres? Quizá su experiencia pudiera resultarle útil. Todo con tal de conservar a Henry, su corazón y también su cuerpo.

Después de pensar unos segundos, aceptó la oferta.

Capítulo 5

El palacio de Bithur se alzaba a orillas del Ganges, contorneando una colina recubierta de flamboyanes dorados, desde donde un imperio arrebatado era vigilado con nostalgia. Pese a su decadente pasado, lleno de batallas perdidas y recuerdos latentes, los cuatro costados de Bithur hablaban de poder; un poder al que una larga fila de maharajás se había aferrado con uñas y dientes. Desde la lejanía, la estructura de piedra antigua, roja y amarilla, era intimidante y hermosa al mismo tiempo. Altísimas defensas de extraordinario espesor, murallas situadas en sitios estratégicos y torres de control, desde las que cientos de ojos oscuros y recelosos dejaban claro a los visitantes que, más que un palacio, el hogar del regente maratha de Pune, Nana Sahib era una fortaleza ideada para mantener a los enemigos a raya.

Abby no perdió un solo detalle del camino. Atravesaron una pequeña aldea compuesta por chozas de paja y arcilla, un sembradío de arroz que añoraba las primeras gotas de lluvia de la estación y un templo que un grupo de fieles abandonaba en silencio. Un elefante barritó cerca de allí, lo que la espantó. Se volvió para seguir el sonido fragoso, como trompetas salvajes; divisó un paquidermo pintado con figuras de colores en toda su enormidad. Los cuernos iban adornados por argollas doradas y el cuerpo cubierto por terciopelos bordados y joyas. Sobre él, cuatro hombres vestidos con turbantes emprendían el mismo camino hacia el palacio. En el trayecto vio más de esos descomunales animales enjaezados, cuyas figuras iban adornadas con dibujos de colores, flores, guirnaldas y piedras preciosas. Los viajeros cantaban alegremente y tocaban extraños instrumentos musicales mientras remontaban las colinas de Bithur.

Henry le contó que en la India los elefantes eran venerados como dioses, dado que el dios Ganesha, hijo de Shivá y Párvati, estaba personificado en uno de esos exóticos animales. Los elefantes simbolizaban la inteligencia y la buena suerte entre los nativos, sobre todo en lo que se refería a los bienes materiales, por lo que los comerciantes y hombres de negocios los habían convertido en una suerte de amuletos. Nana Sahib era un empedernido coleccionista de caballos, elefantes y camellos; tenía ejemplares de todas las razas, incluso las más raras. Como cualquier otro habitante de Bithur era un

creyente de la naturaleza sacrosanta de los paquidermos. Cada año organizaba un Gaj Shringar, un festival local para premiar al *mahout*, como se denominaba a los criadores de elefantes, cuyo animal luciera la mejor estampa para la ocasión. Cientos de paquidermos desfilaban durante todo un día junto a bailarines y músicos, para el deleite de los invitados del regente, en busca del premio mayor, compuesto por veinte monedas de plata. Los pobladores de las aldeas cercanas se esforzaban para ganar el premio vistiendo a sus elefantes con un derroche de colorido. Gastaban buena parte de sus escasos patrimonios en esmeraldas, piezas de oro y costosos tapices para engalanar a sus animales. Después de entregado el galardón al mejor competidor, Nana Sahib ofrecía un baile y una cena para agasajar a los invitados, mayormente colonos británicos provenientes de Jhansi, Lucknow y Cawnpore y miembros de la aristocracia nativa.

A medida que el carruaje ascendía por los empinados y agrestes senderos de Bithur, la orografía de la región iba tornándose más perfilada. Aparecieron las compuertas de la propiedad palaciega, altas y coronadas por las figuras de dos elefantes de marfil, cuyos cuernos se cruzaban sobre las cabezas de los visitantes. No era difícil adivinar la devoción del regente por esos animales si la entrada a su fortaleza estaba resguardada por ellos. Un cuarteto de guardias vestidos con túnicas blancas y turbantes color vino los dejaron pasar.

Tras percibir el eco de las compuertas que se cerraban a sus espaldas, Tess, Henry y Abby avanzaron por el patio interior del palacio, tan opulento por dentro como por fuera, todavía a bordo del carruaje. Los enmarañados jardines, torres y pasadizos, diseñados de forma confusa pero en cierta medida armoniosa, evidenciaban que Bithur no se había construido a partir de un plano determinado, sino que había sido modificado con el tiempo para adaptarse a las voluntades de los numerosos maharajás que habían habitado en él en cientos años.

Se apearon del coche junto a una ostentosa fuente de mármol. Tras ser recibidos por un criado, fueron escoltados hasta un área abierta del palacio donde se llevaba a cabo el Gaj Shringar. Los gritos eufóricos de los asistentes les revelaron el lugar donde todo sucedía, incluso antes de percibir el colorido de la fiesta local. Para complacencia de Abby, allí había no menos de cien animales ataviados con sus mejores galas. Sobre ellos, los *howdhas* de colores estridentes albergaban a los músicos, que tocaban y entonaban cantos alborozados.

Por otro lado, una fila de hombres jugaba al tira y afloja con un bebé paquidermo pintado de amarillo y rojo. Los nativos tiraban de una cuerda atada al torso del elefante con la intención moverlo a voluntad. El público los animaba con vítores desde un palenque cercano, presidido por el regente y su corte. Aunque al principio lograron que el animal retrocediera un par de pasos con mucho esfuerzo, terminaron rendidos a su poder descomunal: el bebé los arrastró por un charco mientras corría alegremente ante el llamado de su *mahout*. Los asistentes se desternillaron de la risa al ver a los humillados contrincantes hundidos en el lodo.

—Creo que hemos llegado tarde —musitó Abby.

—No te preocupes, querida —Henry la tranquilizó con una sonrisa de suficiencia—. La verdadera diversión recién comienza. Nos hemos ahorrado el desagradable baño de polvos de colores del Holi.

El Holi. La maravillosa fiesta de la alegría. Se desilusionó al saber que no sería parte de aquella celebración de la que le había hablado su profesor de hindi.

—Esto debe ser el equivalente indio a perseguir cerdos —dijo Tess con una risita mordaz al ver que ponían las cuerdas a otro elefante para el tira y afloja. Henry celebró la broma con una carcajada sonora —. Ojalá no nos inviten a jugar.

—Lo dudo mucho. Creo que no vinimos vestidos para la ocasión — continuó él—. Hablando en serio, solo los nativos participan en estas cosas. Nosotros nos limitamos a mirarlas y a cumplir con Nana. Cuando termine todo este circo…

Abby perdió el interés en lo que decían. Estaba inmersa en el espectáculo que se desarrollaba en el patio, en la gente y los animales que acaparaban la atención de todos como actores de una magnífica puesta en escena; los colores reinaban en los extravagantes vestuarios, los tapices, los ornamentos de los elefantes, en los saris de las mujeres. Se acercó más a la balaustrada de piedra, soltándose del brazo de Henry y echó un vistazo más de cerca a los músicos, que iban bañados de colores hasta la coronilla, como si recién hubiese llovido ráfagas de acuarela o hubieran cruzado un arcoíris.

Levantó la mirada para observar a los hombres que ocupaban el palco real, adornado con tapices rojos y sillas revestidas de terciopelo, como las graderías desde donde los monarcas occidentales

presenciaban las representaciones teatrales. El que ocupaba una especie de trono elevado era Nana Sahib. El anfitrión era un hombre de apariencia bonachona que debía de estar en la mitad de su treintena. Tenía un espeso bigote negro, rasgos suaves y piel ligeramente cobriza. Llevaba la cabeza coronada por un turbante enjoyado y un *kurta* color vino bordado de hilos de perlas hasta el suelo. En su fastuosa indumentaria, las esmeraldas y zafiros refulgían a la luz del sol, cuentas de perlas le rodeaban unas cuatro veces el cuello hasta el abdomen y le adornaban los lóbulos de las orejas. Abby estaba perpleja, puesto que nunca antes había visto tantas alhajas juntas, mucho menos a alguien usándolas todas a la vez.

A un lado del regente maratha, un hombre igual de joven, bien vestido pero menos engalanado miraba el espectáculo con escaso entusiasmo. De hecho, era el único nativo que parecía ajeno a las celebraciones. Llevaba una túnica verde y amarilla bordada con hilos de oro, turbante con un broche dorado, de donde brotaba una pluma de pavo real y, al igual que Nana Sahib, usaba pendientes y collares de perlas. Un bigote negro de puntas alargadas le otorgaba al rostro moreno un aspecto menos juvenil. Abby lo miró con el ceño fruncido. Se preguntó si sería un guardaespaldas real, porque, si no lo era, al menos, tenía el mismo semblante circunspecto y siniestro de uno. Se fijó en que llevaba una cimitarra en el cinto cuando un rayo de sol le arrancó un centelleo.

—Henry, ¿quién es el hombre sentado junto a Nana Sahib?

—Es Tatia Topin, jefe del ejército maratha y uno de los hombres de confianza del regente —respondió con escaso interés—. Y los otros tres que están a su lado son sus secretarios. La corte de Nana Sahib es bastante reducida. ¿Sabías que es el hijo adoptivo del rajá Baji Rao, que hasta su muerte, hace unos pocos años, gobernó el reino de Pune?

—Algo he escuchado. ¿Qué pasó?

—Al no ser hijo natural de Baji Rao no tiene derecho a ser maharajá ni a gobernar sus tierras. Puede conservar el palacio, pero ha perdido toda jurisdicción. Ha intentado de todo para recuperar los que cree son sus derechos, pero la ley que implantó Dalhousie es muy clara y lo tiene de manos atadas. Como no hay heredero natural, la Corona se ha quedado con la administración de su reino y con las riquezas que guardan.

Mientras Henry le explicaba la situación de Nana Sahib, Tess le

hacía muecas desesperadas para llamar su atención. Abby la observó interrogante; miró en la dirección donde le indicaba con disimulada urgencia. No había notado que, muy cerca del palco del regente y su comitiva, había otro ocupado por damas y caballeros ingleses que, al igual que los nativos, estaban embelesados con la procesión de elefantes enjaezados. Repasó los rostros de la concurrencia y reconoció a algunos que había visto la semana anterior en la iglesia y en la mansión de la familia Wilcotts. Entonces, cuando el rostro del capitán Ballard destacó en medio de ellos, se detuvo en seco. Al principio no se hizo la idea de que se trataba de él. Iba vestido de un modo diferente: no llevaba el uniforme de reglamento, con los pomposos galones de capitán y el chacó negro con insignia dorada, sino un traje gris a la medida que lo hacía ver como un aristócrata, en lugar de como el salvaje que a ella le parecía.

Apartó la vista, furiosa.

¿Qué hacía aquel horrible hombre en el palacio de Bithur? Había perdido la esperanza de que lo encarcelaran por haber asesinado a un hombre, pero no podía concebir que fuera aceptado entre los ingleses e incluso entre los nativos con tanta consideración. Debía de ser alguien muy importante, alguien temido por la gente. Volvió a mirarlo. Esa vez, entrevió que intercambiaba unas palabras con el caballero sentado a su lado, el coronel Radcliff, según recordaba, quien también iba de civil. De pronto, Abby no se sintió bien, se aferró de nuevo al brazo de Henry, ahora con más fuerza. La cabeza le daba vueltas. No podía estar cerca de ese hombre sin recordar al inocente anciano muerto.

Cuando volvió a mirar a Tess, la descubrió sumergida en la contemplación del capitán. ¿Cómo podía ella albergar fascinación por un hombre tan ruin? ¿No había sido también testigo de lo que había sucedido? ¿No le bastaba saber que era un asesino para despreciarlo como Abby lo despreciaba? Él no podía ser adecuado para ninguna mujer, al menos ninguna que se respetara lo suficiente. Los atributos físicos del capitán Ballard quedaban anulados bajo el peso de su vileza. Lo miró una vez más. Parecía regocijado en los entretenimientos. Incluso parecía un hombre inofensivo. Y justo cuando estaba a punto de apartar los ojos de él definitivamente, tuvo la desdicha de atraer su mirada. La observó como si hubiera sentido sobre sí el escrutinio inconsciente y los pensamientos hostiles. Abby estaba sonrojada hasta el cuello; una vena en la frente le palpitaba como si fuera a reventársele.

Condenado hombre.

Ballard la saludó con una sonrisa descarada y un cabeceo sugestivo.

—Vamos a saludar a Nana —dijo Henry invitándolas a avanzar por la larguísima terraza de piedra hasta el palco. Abby lo siguió, consciente de que un par de ojos verdes la seguían por todo el trayecto —. Les gustará conocerlo. Es un hombre bastante pintoresco.

—¡Un jefe maratha de verdad! ¡Qué excitante! —canturreó Tess—. ¡Oh! Pero no sabría cómo comportarme.

—Señorita Hobart, Nana Sahib sabe quiénes gobernamos la India —dijo un Henry presuntuoso—. Es él quien debe aprender a tratar a una distinguida dama inglesa como usted. No al contrario. Nunca lo olvide.

Tess rio, dándole un golpecito juguetón en el brazo. Nana Sahib recibió al joven funcionario con una sonrisa exultante, como si fueran amigos de toda la vida.

—¡*Sahib* Wilcotts! ¡Qué gentileza! ¡Qué honor contar con su presencia en mi humilde palacio!

El hecho de que tuviera un acento muy marcado no eclipsaba sus maneras impecables. Su voz era armoniosa y sosegada, la de un hombre pacífico por naturaleza. Nana Sahib reverenció a Henry como si fuera él el príncipe real, que se irguió, acostumbrado a ese tipo de consideraciones hacia su persona.

Abby recordó lo que había escuchado antes del servicio y durante la comida en casa de los Wilcotts el domingo anterior. Algunos ingleses utilizaban adjetivos peyorativos para referirse al regente maratha. Lo llamaban adulador, pusilánime y apocado; un hombre que, de ser el heredero de un marajá fue relegado a la tarea de entretener a los ingleses con bailes, fiestas tradicionales y banquetes. Solo el general Wheeler había salido en su defensa.

—Gracias, Nana. Tu magnífico hogar es un lugar que estas dos adorables damas que acaban de llegar de Londres no podían perderse.

—Me honra tanto, *sahib* —concedió el regente—. ¿Y a quién de ustedes debo felicitar, mis queridas damas?

Henry presentó a las jóvenes con gran ceremonia. Primero a Abby, como su prometida, y después a Tess. El regente les brindó un "*námaste*" y una inclinación ligera con las palmas juntas, el saludo tradicional hindú, antes de darles la bienvenida formal al palacio de Bithur. Un rayo de sol le arrancó un destello a las gemas del turbante cuando se balanceó. Abby se preguntó por qué un hombre tan amable y de semblante tan pasivo era el blanco de tantos ataques.

—Si me es posible hacer más placentera su estancia en Bithur, les ruego que me lo hagan saber, y haré cuanto sea necesario para satisfacerlas.

—Vaya, muchas gracias, alteza —balbució Abby, que no estaba segura de qué tratamiento usar con el hijo adoptivo de un príncipe maratha cuyo poder había sido anulado.

—No, por favor, *memsahib* Fortescue. Llámeme Nana —dijo sonriente. Ella asintió conforme, con intenciones de agradecerle una vez más, pero el hombre continuó hablando sin parar—. Y mis sinceras felicitaciones por su matrimonio. La cena que ofreceremos al final del Gaj Shringar se hará en honor a los excelentísimos novios, si me lo permiten. Lo anunciaré a viva voz: un presente para esta maravillosa pareja de enamorados. No se merecen menos, mis queridos amigos.

La amabilidad del hijo del *peshwa* era vehemente, casi incómoda. Tess puso los ojos en blanco sin ningún disimulo.

—Así será, Nana —concedió Henry con una risa sonora.

—Nana Sahib. —Los cuatro se volvieron al escuchar la voz hosca que llamaba al regente en hindi—. Hay un empate. Debes venir y decidir quién se llevará a casa las veinte monedas de plata.

El anfitrión hizo una mueca de desgano, pero siguió a Tatia Topin de vuelta al palco, no sin antes deshacerse en disculpas con Henry por abandonar su compañía. Henry lo invitó a cumplir sus obligaciones y volvió a reír sombrío cuando se dio vuelta. Abby cruzó una mirada fugaz con el hombre que era la mano derecha del heredero de Bithur y le sorprendió ver tanta fiereza en aquellos ojos negros. Era una mirada que le produjo un ligero escalofrío. Si estaba segura de algo era que, a Tatia Topin, a diferencia de su líder, no le gustaban los ingleses.

Naturalmente, Abby no lo culpaba después de lo que sabía.

Se prendió más del brazo de Henry. Paseó la vista por el palacio, por las estructuras antiguas que rodeaban el patio, las fuentes encendidas y los jardines fecundos. Sin proponérselo, oteó el palco de los ingleses ubicado del otro lado del cenador, buscando un rostro en concreto, incluso estiró el cuello para tratar de divisarlo entre la multitud que aplaudía, pero no logró verlo.

Más tarde, luego de un incómodo jaleo, el público emitió gritos de algarabía, la música se volvió más estridente, llovieron papelillos de colores. Había una decisión.

* * *

En el interior del palacio, asumían el protagonismo las galerías de espejos, los mosaicos de cristal, las puertas de marfil y los frescos que representaban escenas de la vida cotidiana de Bithur desde la antigüedad. Los techos cupulares eran obras de minuciosa confección. Los tapices, alfombras y cortinajes de intrincados diseños y colores vibrantes, estaban muy presentes. El mobiliario era fastuoso, digno de las estancias de un maharajá, privado o no de sus derechos. Y todo estaba dispuesto para una celebración a lo grande.

Los pobladores de Bithur se marcharon una vez culminada la disputa suscitada entre los dos *mahouts* cuyos elefantes habían quedado empatados en el Gaj Shringar. Luego de recibir a Henry Wilcotts y a las damas, Nana Sahib se había decidido por un paquidermo coronado, por lo que solo restaba la aprobación de los aldeanos de Bithur. Sin embargo, los pobladores daban por hecho que el elefante con galas plateadas y flores traídas de distintos lugares de la India era el mejor. Nana quiso imponerse y pasar por encima de la elección de sus virtuales súbditos, lo que generó las protestas de un grupo de asistentes. Cuando el regente de Bithur cambió su decisión, fueron los partidarios del elefante coronado los que manifestaron su indignación. Después de varias consultas, llamados a la calma y tímidas vacilaciones, el regente optó por dividir el premio entre los dos *mahouts*. Abby creía que había sido una decisión justa, pero sus compatriotas no pensaban lo mismo. Si los ingleses no respetaban a Nana Sahib por su temperamento bonachón, estaba decretado que, después de aquella demostración de lo que entre susurros consideraban una muestra fehaciente de debilidad de carácter, ahora

lo harían menos.

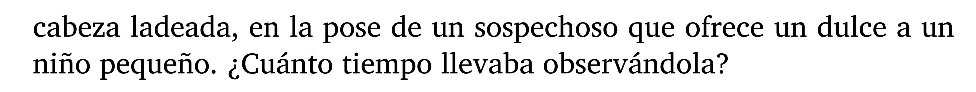
Tras entregarse diez monedas de plata a cada ganador, los invitados de honor, a saber, los británicos y los acaudalados hindúes, fueron ingresando poco a poco al palacio.

Empezaba a oscurecer, unos tímidos luceros hicieron su aparición en la bóveda celeste. Tess y Lydia Hillersdon, la esposa del recaudador, reían al recordar la divertida controversia entre criadores de elefantes: el regente, avergonzado y alterado, llamaba a la calma a los otrora súbditos de Baji Rao, a la vez que uno de los *mahouts*, inusualmente alto y fornido le hacía frente para evitar que cometiese una injusticia entregando el premio a quien no lo merecía. Las mujeres gritaban; en los hombres crecía la intención de una reyerta. Nana parecía un cachorro acorralado entre fieras. De no ser por los guardaespaldas armados con cimitarras, habría terminado linchado por una multitud que estaba a punto de volverse iracunda. Y los británicos observaban todo con morbosa curiosidad, con frenética diversión, como si se tratase de un espectáculo circense. Alguien había deducido incluso que Nana había planeado toda aquella pantomima en su intento de divertir a los colonos británicos.

Henry se separó de Abby un instante para hablar en privado con el señor Hillersdon. Como Tess estaba muy entretenida con su nueva amiga, la joven agradeció aquellos preciosos minutos de soledad. Paseó la vista por el salón; vio a lord y lady Erdington en la compañía del pintoresco y parlanchín regente, cuyos labios velados por el negro bigote se movían incansables en la conversación. Sonrió volviéndose para ver a las primeras parejas que se formaban cuando la música de una orquesta comenzó a tocar. Era un vals pasado de moda, pero con el que los invitados parecían encantados. En un abrir y cerrar de ojos, el festival exótico y colorido al otro lado del mundo se había transformado en un tradicional baile inglés, igual a los muchos a los que había acudido en Londres con su prima Christiana.

—Es una pieza muy bonita para desperdiciarla estando aquí parada. —Abby se volvió espantada, todo rastro de su buen humor se fue al traste.

Ciertamente, el traje de caballero lo hacía muy diferente del hombre que había visto en el camino y en el mercado. Casi parecía otro. Casi. Simon Ballard se hallaba detrás de ella, observándola con esos ojos verdes e inquisitivos, las manos ocultas tras la espalda y la


cabeza ladeada, en la pose de un sospechoso que ofrece un dulce a un niño pequeño. ¿Cuánto tiempo llevaba observándola?

—Para aclarar las cosas —dijo ceñudo al percibir la hostilidad de ella—, sepa que no la estoy invitando a bailar.

—Por supuesto que no —masculló con la garganta seca—. Creo que he dejado muy claro lo que pienso de usted.

—Desde luego. —Por unos segundos, el capitán Ballard la miró de forma enigmática, pero, al final, se encogió de hombros con despreocupación—. Si usted es más feliz odiándome no tengo otra alternativa que resignarme a sus desplantes. Después de todo, vamos a vernos con bastante frecuencia, es decir, va a establecerse permanentemente en Cawnpore, ¿no es así?

—No es asunto suyo. —Apretó los labios, devolviendo la atención al baile—. Creí que se había marchado.

Ballard vaciló un segundo antes de contestar. Hizo un amago de sonreír, pero su expresión glacial se impuso al final.

—Así que me vio en la tribuna. Pensé que me lo había imaginado.

—Sí, lo vi —admitió ella—. Y era todo muy placentero mientras usted no merodeaba por aquí —masculló—. No creí que Nana Sahib acostumbrara a invitarlo a su palacio siendo usted quien es y haciendo lo que hace.

Una risa ronca y altiva brotó de la garganta del militar, adornada con el bien logrado nudo de la corbata. Su dentadura blanquísima se evidenció haciendo más palmario el tono broncíneo de la piel, los pliegues de las mejillas y la forma suculenta de los labios.

—Lo que hago, *memsahib* Fortescue, es trabajar al mando de un imperio que extrae las bondades de la India para que una dama bonita y distinguida como usted tenga joyas en el cuello, té de la mejor calidad en su taza y telas hermosas para vestir.

Abby resopló. ¿Cómo podía creer que fuera tan frívola?

—Se equivoca si cree que soy una dama de alta cuna que se desvive por joyas y esas cosas. Mi padre es un humilde sastre en Inglaterra. Pero eso a usted no le incumbe. —Le dio la espalda para contemplar a las parejas girando en la pista. Ni siquiera entendía por

qué le había hecho aquella revelación.

—¿De veras? ¿Y cómo logró atrapar a Wilcotts? —La joven dejó de respirar. No podía creer que hubiera dicho semejante cosa. Sintió ganas de darle puñetazos a aquel canalla insolente, pero era consciente de que, al menos, allí debía guardar la compostura—. Ah, claro, por su espléndida belleza —susurró para que solo ella lo escuchara—. ¿A quién le importa una estúpida dote cuando puede tener a una muñeca de porcelana como usted?

Tragó saliva. Se odió a sí misma, cuando la espalda se le arqueó ligeramente, como fustigada por un instinto indeseable, y los dedos de los pies se le retorcieron tras asimilar aquellas palabras. En muy mala hora su memoria le ofreció retazos de la conversación con Tess de hacía varias noches. La información que le había revelado acerca de los hombres y sus gustos en la alcoba era perturbadoramente fascinante. Una parte de ella, la más conservadora, había querido dejar todo guardado en un baúl. Ahora, muy a su pesar, ese baúl explotaba con la persona más inadecuada. ¿Por qué no había sentido aquello cuando vio a Henry esperándola en el recibidor de los Callthorpe esa misma tarde?

No se atrevió a mirarlo, ni a replicar a sus palabras, aunque, de seguro, él había notado el rubor que le chamuscaba las mejillas. Pero no, ella no le daría el gusto de perder la compostura allí.

—Y para responder a su inquietud, no. Nana Sahib no me ha invitado —continuó Ballard, a Dios gracias, para disipar la tensión que había ocasionado con sus impertinentes comentarios—. He venido con Wheeler, que es mi superior y que, por cierto, ha matado a más indios que yo.

Abby logró reunir el coraje para volver a verlo a los ojos.

—¿Se enorgullece de matar indios, capitán Ballard?

—¿Usted qué cree?

Lo miró fijamente por un momento. Escudriñó aquel rostro masculino, injustamente hermoso, como si quisiera esculcar en los secretos que guardaba. Ahora eran las palabras de Anna Wilcotts las que se abrían paso entre sus recuerdos. “Es un picaflor incorregible. No se puede estar enamorada de Simon Ballard y no acabar con el corazón vuelto cenizas”. No dudaba que muchas además de Anna,

Eliza Wheeler y Tess pudieran caer rendidas a sus pies. Era atractivo hasta el punto de resultar perturbador, más que ningún otro hombre que hubiera visto en Londres o en ninguna otra parte, pero Abby sabía que hasta los narcisos silvestres, aunque eran encantadores, también podían resultar mortalmente tóxicos. Si tan solo no estuviera consumido por su altivez, si no fuera un hombre cuyo trabajo era masacrar a un pueblo. Y además era amante de la *rani* de Jhansi, o eso decían.

Hizo una mueca de desdén, con lo que rogaba que la estúpida fascinación que se había apoderado de ella por unos segundos pudiera disiparse.

—No debería estar aquí. No deberían admitirlo en ningún lugar.

—¿Porque usted lo dice? ¿O porque lo dice Wilcotts?

Apretó los puños.

—El nombre de mi prometido se ensucia cuando cae en la boca de un asesino.

Ballard tensó la mandíbula.

—El nombre de su prometido no necesita caer en la boca de nadie para…

Se frenó ante la mirada horrorizada de ella.

—¿Qué está diciendo?

Se vieron el uno al otro un buen rato, ajenos al vals, a las conversaciones, al par de miradas fisgonas que estaban posadas sobre ellos, como dos duelistas iracundos.

—¿Por qué me odia tanto, Abigail? ¿Porque le disparé a un hombre a quemarropa o porque yo represento todo lo que condena de la India? —Tenía los dientes apretados. Su voz era un susurro furioso y sus ojos, dos esmeraldas centelleantes—. Es más fácil para usted culparme a mí de todo lo que ha sucedido en esta tierra los últimos cien años, ¿no es así? Después de todo, es a mí a quien ha visto accionando un arma contra un nativo. Yo soy el culpable que su conciencia tanto busca.

—Capitán Ballard, que agradable encuentro.

Tess apareció de la nada, como un espectro insidioso. Los observó con ruda suspicacia, al igual que Lydia Hillersdon, pero ninguna de las dos mujeres parecía haber atestiguado la discusión. Abby se tomó un segundo para pestañear repetidamente y recomponerse.

—Señorita Hobart, señora Hillersdon —las saludó él con una impecable reverencia.

—Un gusto verlo de nuevo, capitán —respondió la esposa del recaudador.

—No sabía que fuera amigo del regente. —Tess le sonrió embobada.

—Yo no diría eso.

—¿No es una recepción encantadora? Le decía a la señora Hillersdon que me hace sentir como en casa, pese a que acabamos de ver a una fila de elefantes disfrazados. —Hizo una mueca de burla, luego se echó a reír como una tonta—. ¿No le sucede lo mismo, capitán? ¿No le recuerda esta encantadora velada al hogar?

Lydia taladró a Tess con la mirada, muy consciente de que acababa de decir algo inapropiado. Abby entornó los ojos con curiosidad.

—En lo absoluto. —Fue la respuesta glacial de Ballard, pronunciada tras forzar una sonrisa—. Mi hogar no se parece a nada que usted haya visto, señorita Hobart.

Tess no captó la indirecta de Lydia, ni supo interpretar la reacción de Ballard. Lo único que alcanzó a hacer fue juguetear con el ribete de su manga mientras le sonreía al militar como una tonta coqueta. Había momentos en los que Abby ponía en duda la inteligencia y la buena educación de Teresa Hobart. Esa, sin duda, era una de esas ocasiones.

—¿No es usted británico?

—No he estado en Gran Bretaña desde los siete años. —Elevó una ceja, sarcástico—. Eso me hace un nativo, supongo.

—Por supuesto que no. Usted es nuestro, capitán. Totalmente.

Abby intercambió una mirada perpleja con Lydia.

—Su amabilidad me conmueve —masculló él.

Abby estaba segura de que lo había dicho con amargura. Se preguntó si esa huraña respuesta obedecía a que Tess no le agradaba o a que odiaba hablar sobre su hogar.

—Quisiera tanto bailar —dijo, o más bien ronroneó, entregándole a Abby la copa de ponche vacía.

Miró a Ballard, que tragó una bocanada de aire antes de ofrecerle la mano con una mal disimulada mueca de desconsuelo. Se marcharon juntos hacia la pista.

En un momento determinado, Ballard giró sobre el hombro para ver a Abby, y ella, sin saber por qué, le devolvió la mirada.

* * *

Qué mujer tan frustrante.

Simon estaría arrepentido de haber conocido a Abigail Fortescue de no ser porque eso a ella le habría costado la vida. No había manera de que la rubia *memsahib* olvidara que lo había visto disparar a un *thug*; eso estaba claro. Y ello, por desgracia, significaba que no existía esperanza alguna de traspasar su escudo y descubrir por qué sus pupilas se dilataban violentamente cuando él estaba cerca; por qué lo miraba de ese modo inquisitivo, como si quisiera ver más allá de él y por qué el rubor le bañaba aquellas delicadas mejillas de manzana, cuando él estaba cerca.

Si tan solo ella supiera. Pero no debía saber.

Lo invadió una marea de frustración. Quizá todo era fruto de su imaginación. Se sintió ridículo al descubrir cuánto lo sobresaltaba aquella mujer, hermosa y fuerte de carácter que estaba prometida al pusilánime de Henry Wilcotts. Qué pareja tan dispareja. Sacudió la cabeza al percatarse de que no había hecho más que tratar de cortejarla desde que se vieron por primera vez; a su modo, claro. Debería sentirse horrorizado por haber mostrado aquel comportamiento tan deplorable. Debería haberse mantenido a raya desde el principio.

Ahora, por culpa de sus deseos desbocados, había terminado en la pista de baile con aquella insufrible criatura que no hacía más que parlotear sobre sí misma, mientras él escuchaba estoico, cuando debería estar colándose en los aposentos de Nana Sahib para tratar de recabar pruebas de la conspiración en contra el ejército de la Compañía. Entrar y salir del despacho del regente maratha sin ser visto por los guardias había sido una tarea ardua; lo había hecho mientras transcurría el numerito de los elefantes, aprovechando la oportuna distracción. Radcliff lo había ayudado, aunque aquella no era su misión. Sin embargo, todo aquel esfuerzo había sido en vano porque, entre los papeles y efectos de Nana Sahib, no había encontrado nada comprometedor. Wheeler le había ordenado encontrar el supuesto foco de sedición en el ejército, pero, por alguna razón, él sospechaba que obtendría mejores resultados yendo a la raíz del asunto. Apostaría sus medallas y pistolas a que Nana Sahib guardaba su correspondencia más comprometedora en un sitio más íntimo. Un sitio como su alcoba. Y era allí donde debía dirigirse.

Tess Hobart le dio unos golpecitos en el bíceps, reclamando su atención, mientras se deslizaban en la pista de baile. Había empezado con el interrogatorio que tanto odiaba, el mismo al que se había visto sometido por las madres de un puñado de jovencitas casaderas. Se podía ver a leguas que la amiga de Abigail estaba indagando en sus antecedentes y en su patrimonio personal para saber si valía la pena lanzarle el anzuelo. Simon le contó que estaba dispuesto a vender su comisión y marcharse a Inglaterra en los próximos meses, donde el equivalente al galón de capitán en el Ejército de Bengala era el de teniente en el Ejército de Su Majestad. Con las siete mil libras que le abonaría la Corona por sus servicios en la India, pensaba adquirir una pequeña granja en la campiña, donde se dedicaría a sembrar nabos y a criar gallinas. Casi sonrió al oír la esperanza de la muchacha quebrándose contra el piso como una copa de cristal; tal como él esperaba. Sonrió satisfecho, cuando la pieza terminó, y ella se marchó a buscar una copa.

Su satisfacción, sin embargo, se extinguió cuando vio a Abigail bailando en brazos de Wilcotts. Le molestó sobremanera; le hizo apretar los dientes.

¿De verdad estaba enamorada de él o solo iba tras el dinero?

Chasqueó la lengua, intentando ignorar la respuesta de su mente racional. Se marchó de allí sin más pérdida de tiempo. Tenía una

misión que cumplir.

* * *

Llegada la hora de la cena, los invitados se dirigieron al larguísimo mesón dispuesto para degustar los manjares al estilo inglés preparados por los cocineros del regente, así como la exclusiva selección de platillos locales.

Tal y como había ofrecido previamente, Nana Sahib dedicó la cena al distinguido *sahib* Henry Wilcotts y a la encantadora señorita Abigail Fortescue. Los felicitó públicamente por su compromiso, con lo que los asistentes prorrumpieron en aplausos. Abby se sonrojó un poco ante el exceso de protagonismo, a diferencia de Henry, que saludó a los presentes como el soberano de algún país exótico.

—Se quejan de la brutalidad del ejército, sobre todo después de anexionar Oudh. ¿Qué pasaría si tuviésemos a un Mangal Pandey entre nosotros?

Una voz femenina, teñida de angustia, le llegó de alguna parte. Sin poder evitarlo, Abby miró solapadamente al lugar de donde provenían los susurros, no muy lejos de allí. Observó a la señora Scrope, la esposa de un conocido comerciante de alfombras de Jhansi, que mantenía una conversación en voz baja y bastante tensa con su marido.

—No seas paranoica, mujer —le espetaba él en el mismo tono—. Te he dicho que tenemos al general más experimentado de todo el Ejército de Bengala; y a Ballard y a Fitzralph. Además, en Barrackpore ya está todo controlado.

—¿Me crees idiota? —inquirió la mujer sarcástica—. Si es así, ¿podrías decirme por qué entonces están construyendo esa barricada junto al río?

—¡Eso es un hospital, Gracie! No estés imaginando cosas.

—¿Un hospital tan lejos de la ciudad? ¡Qué ingenuo eres!

La conversación se perdió cuando los Scrope avanzaron de camino

a los lugares dispuestos para ellos en la mesa. Abby los siguió con la mirada. Había asumido que la amenaza de una revuelta era un tema sepultado, pero parecía que el temor no había sido disipado del todo. Ella había preferido tranquilizarse y zanjar el tema, como se lo había pedido Henry.

Aun así, ¿de qué barricada estaría hablando la señora Scrope?

Como era costumbre en Inglaterra, Abby fue sentada lejos de su prometido. A mano izquierda, tenía al señor Edward Greenway, el acaudalado industrial, que, a juzgar por su mirada achispada y lengua suelta, había bebido más de la cuenta; a su derecha se ubicaba el general sir Hugh Wheeler, que respondía en voz baja a una pregunta que Tess le había formulado sobre el régimen de venta de comisiones en el ejército. Qué extraño, pensó Abby, que Tess tuviera semejantes intereses. Quizá solo buscaba entablar conversación con el laureado jefe de la guarnición de Cawnpore.

Cuando Nana Sahib ocupó su lugar a la cabecera de la mesa, un ejército de criados procedió a servir el banquete. Abby se quedó estupefacta al percatarse de que la silla frente a ella era ocupada por aquel indeseable individuo, el capitán Ballard. No era posible. Tendría que tolerar mirarlo de frente durante toda la cena. Difícilmente podrían imponerle una tortura más angustiosa. A diferencia de ella, Lydia Hillersdon y Megan Radcliff parecían encantadas de haber coincidido con él.

Tras responder a las sonrisas de las mujeres, Ballard le dirigió a Wheeler una mirada críptica que no pasó desapercibida para Abby; negó con la cabeza, y el general resopló ligeramente, quizás aliviado por alguna razón, intuyó ella con el entrecejo fruncido. ¿Tendría que ver con los comentarios que había escuchado de labios de la señora Scrope y con la barricada? De pronto se sintió tan paranoica como la esposa del comerciante. ¿Qué rayos le importaban a ella los mensajes que intercambiaban dos militares? Rezongó al darse cuenta de que Ballard había vuelto a robarle el buen humor.

Por un momento fugaz, pero que a ella le pareció interminable, sus miradas se cruzaron. La luz de las velas dispuestas sobre los candelabros de plata esculpía su rostro, de líneas fuertes y arrogantes; jugaba con los cabellos oscuros y el sedoso tupé, arrancándole destellos ambarinos. Los ojos verdes y centelleantes hacían que las esmeraldas del turbante de Nana Sahib parecieran vulgares piedras de

río. Ballard le sonrió de una forma tan inocente que casi le pareció otra persona. Por un segundo, Abby creyó que iba a decirle algo delante de todos, pero, para su sorpresa, el capitán se concentró en su plato y guardó silencio. Permaneció así, pensativo, mientras las conversaciones iban y venían alrededor de la mesa.

El general Wheeler dirigió su atención a Abby. Le ofreció algunas consideraciones sobre los platos tradicionales que se habían servido. Ella lo escuchó con atención; casi nadie se preocupaba por responder a sus interrogantes sobre la India, en ningún aspecto, por lo que cualquier instrucción de parte de alguien tan versado era bienvenida.

—Señorita Fortescue. —Levantó la cabeza al escuchar su nombre —. ¿Cómo le ha tratado la India hasta el momento? ¿Ha logrado habituarse? —quiso saber la señora Radcliff, que le sonreía ampliamente, en un intento por animar aquel lado de la mesa que parecía apagado en comparación con el extremo donde se hallaba el parlanchín de Nana Sahib—. Para mí no fue nada fácil, sobre todo por este clima infernal y porque el primer año no tenía idea de cómo dar órdenes a mis propios sirvientes.

—Oh, me alegra decir que yo no he tenido inconvenientes, señora Radcliff. Todos han sido muy hospitalarios conmigo, y estoy realmente feliz de estar entre ustedes.

—Qué entusiasmo —musitó admirada la señora Hillersdon—. Ojalá yo hubiera tenido un poco de eso. Mi experiencia tampoco fue muy placentera.

Las mujeres comenzaron a quejarse de sus vidas, animadas por el vino.

—Apuesto a que Cawnpore es más interesante que Londres — intervino Jack Greenway, el hijo adolescente del industrial. Jack había nacido en Calcuta y aún no había pisado Inglaterra por primera vez, según había escuchado—. Es decir, no se ve a una manada de elefantes enjaezados todos los días, ¿verdad?

—No, definitivamente no —musitó ella. Le dirigió a Simon Ballard una mirada torva; no estaba dispuesta a seguir dejando pasar la oportunidad. Era ahora o nunca. Tomó una bocanada de aire antes de volver a hablar—: Tampoco es común ver a un uniformado disparar contra un anciano indefenso —Percibió una nube de tensión ennegreciendo aquel retazo del recinto. Los presentes enmudecieron,

los murmullos de los otros comensales, inmersos en otros temas de conversación al otro lado de la mesa asumieron protagonismo—. Londres no es tan interesante, pero tampoco tan salvaje, Jack.

Ballard, que lucía inmune a las acusaciones, le echó una mirada exhausta.

—Señorita Fortescue, lamento mucho lo que… —intervino sir Hugh Wheeler, pero ella se atrevió a interrumpirlo, para mayor pasmo de todos.

—No, general. Yo lo lamento más —dijo sin apartar la mirada del capitán, una mirada que más que acusaciones planteaba la necesidad de respuestas—. Estoy bastante cansada de que sucedan cosas y que yo no me dé por enterada, aun cuando he estado involucrada. Exijo saber qué sucedió en aquel sendero.

—Si no tolera mi presencia en esta mesa, señorita Fortescue —murmuró Ballard—, me iré en el acto. Solo tiene que pedirlo.

—¿Por qué lo hizo, capitán? —insistió ella, pasando por alto su petición.

—Usted ya lo sabe, porque soy un asesino —sentenció con frialdad.

—No juegue conmigo.

—Por favor, señores —exigió Wheeler en tono conciliador—; no es conveniente que esta conversación llegue a oídos del regente. Les ruego a ambos que lo dejen ya.

—¿Qué está sucediendo aquí? —quiso saber Henry, ceñudo, inclinándose hacia adelante para mirar a su prometida—. Abigail, ¿qué te han hecho? —Su mirada viajaba de la joven al inexpresivo militar.

Abby también tenía cosas que reprocharle a Henry, que poco había hecho para aclararle las cosas.

—Perdóneme señor Wilcotts, pero me niego a seguir haciéndome la tonta.

—Por el amor de Dios, ¡dígaselo alguien! —farfulló Lydia Hillersdon.

—Sí, esto debe acabar cuanto antes —añadió la señora Radcliff con una mueca de compasión.

Jack, incómodo, no apartaba la vista de su plato. Boquiabierta, Abby pegó la espalda al respaldo de la silla. Se sintió aún más estúpida al comprender que todo el mundo en aquella mesa sabía mejor que ella lo que había sucedido aquella mañana.

—Señorita Fortescue. —Hastiado de aquel inútil braceo, el coronel Miller, comandante del 53° Regimiento, dejó los cubiertos sobre el plato con un sonido estentóreo—, era un *thug*, buen Dios. ¡Un *thug*! —lo dijo haciendo un gesto manual, para enfatizar lo que para él era algo tremendamente obvio, pero Abby no era capaz de ver la obviedad en ese término.

Confundida e impaciente miró a Ballard, que taladraba con los ojos a su superior, como si hubiera soltado un exabrupto. Los labios apretados le negaban una explicación.

—Un adorador de Kali, querida —continuó el militar en tono condescendiente—. No tienen piedad por nadie. Van por los caminos estrangulando gente para robarles; es su naturaleza, su credo. Han sido una plaga sobre la India desde los tiempos del imperio mogol y han matado a más gente que todas las guerras que yo haya visto. De no ser por Ballard, el viejo le habría abierto la garganta.

—Basta —gruñó el aludido.

Si Abigail lo hubiese estado mirando en ese momento, habría notado que las facciones de Simon Ballard se habían contraído por efecto de alguna emoción desgarradora. Ella, en cambio, tenía la vista fija en sus propias manos, que temblaban como ramitas endebles al viento, como sus labios a punto de sollozar. Una ola de pánico tardío la asaltó. Todo se volvió más claro y real, como si recién despertara de un sueño demasiado prolongado, pero, al mismo tiempo, todo se complicó. El calor de los caminos, el sol hiriéndole las pupilas, una nube de polvo asfixiándola, un hombre cuya perversidad no tenía cotejo y ella enfrentándolo con sus reducidas fuerzas: toda la experiencia se reprodujo de nuevo en su mente. Estaba en peligro de muerte, deshecha de miedo, pero demasiado aterrada como para detectar de dónde provenía la amenaza. Cerró los ojos, sus dedos viajaron como por voluntad propia al cuello, donde una vena descontrolada palpitaba con fuerza. El recuerdo de un objeto puntiagudo, muy cerca de ese lugar, la asaltó. ¿Había sido un

cuchillo? ¿Había estado allí, adherido, dispuesto a hincarse en su piel mientras el pánico la engullía?

Kali.

Aquella palabra, punzante como una pica, también resonó en los confines de su mente, hasta ahora adormecida. Por arte de magia, se ensartó con los demás recuerdos que iban brotando. Kali. La horrible mujer del mercado había pronunciado aquel nombre en medio de un alud de palabras, quizás en la misma lengua que el anciano. La imagen de la diosa sanguinaria de múltiples brazos, posada sobre un montículo de cadáveres, reapareció terrorífica y perturbadora. No le había contado a nadie lo que había visto, como si sus palabras dichas en voz alta pudieran convertirse en un conjuro que trajera a la deidad al mundo real. Abby recordó el cráneo humano, dispuesto en aquel monstruoso altar y una arcada le sobrevino.

Kali. La deidad de la muerte.

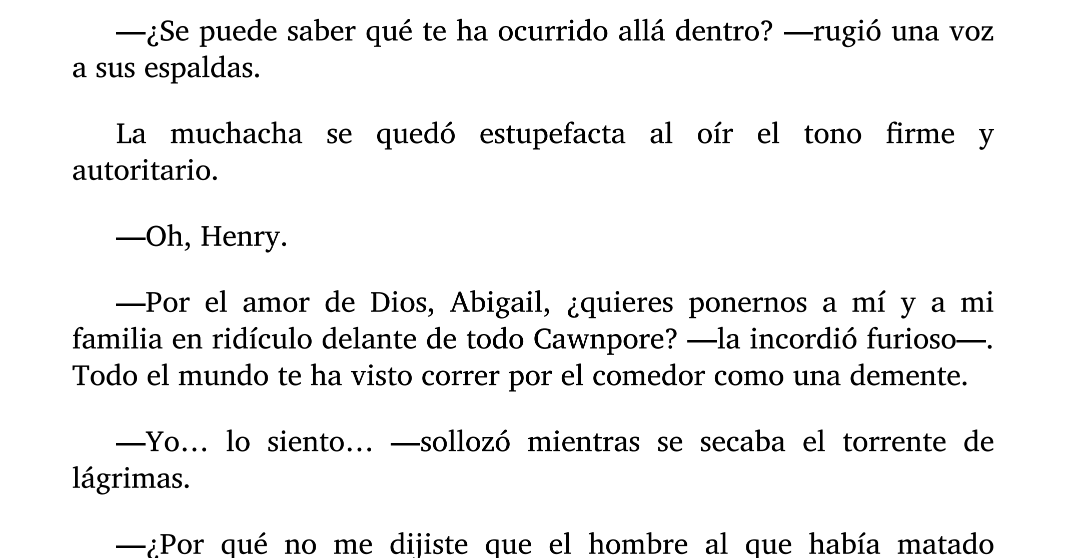
—Oh, Dios mío, ¿se encuentra usted bien? —preguntó alguien, pero su voz sonó muy lejos, como si le viniese desde otra habitación.

Incapaz contener más las lágrimas, se puso de pie y se marchó de allí.

Los sirvientes, cargados de bandejas, se apartaron veloces para dejarla pasar. Confundidos la vieron alejarse, al igual que los demás invitados. Abby corrió hasta que la galería llegó a su final, se adentró en una terraza de piedra, cuyas puertas estaban abiertas para permitir la entrada de la brisa nocturna. Dos antorchas gigantes iluminaban el espacio con vistas a los jardines reales. Apoyó las manos en la balaustrada, sin detenerse a mirar el paisaje nocturno, sumido en la quietud y en la negrura. Una luna blanca y solitaria pendía del cielo añil. Los grillos chillaban, arrullando a los que dormían. Un chacal aullaba a lo lejos.

Ahora todo estaba demasiado claro. Simon Ballard la había salvado de aquel hombre siniestro que la amenazaba con un cuchillo. Dios santo, ¿por qué no lo había interpretado a tiempo? ¿Había sido la conmoción del momento? ¿El calor, el miedo le habían nublado los sentidos?

Solo pensar en cómo lo había tratado los últimos días la hacía sentir mareada.



—¿Se puede saber qué te ha ocurrido allá dentro? —rugió una voz a sus espaldas.

La muchacha se quedó estupefacta al oír el tono firme y autoritario.

—Oh, Henry.

—Por el amor de Dios, Abigail, ¿quieres ponernos a mí y a mi familia en ridículo delante de todo Cawnpore? —la incordió furioso—. Todo el mundo te ha visto correr por el comedor como una demente.

—Yo… lo siento… —sollozó mientras se secaba el torrente de lágrimas.

—¿Por qué no me dijiste que el hombre al que había matado Ballard era un *thug*?

—Porque no lo sabía. Apenas hoy me entero de lo que sucedió.

Henry la observó con incredulidad.

—¿No sabías que tu vida estaba en peligro?

—Creí que estaba ayudando a ese hombre. ¿No recuerdas lo que te conté?

—¿Ayudándolo? ¿A un *thug*? Qué absurdo —rezongó—. Esa gente es peligrosa, ¿comprendes? ¡Pudo haberte cortado el cuello nada más para hacerse con uno de tus alfileres!

—Te estoy diciendo que no sabía lo que era.

—¡Demonios! —Le dio la espalda y se pasó la mano por el cabello, consumido por la furia. Abby jamás lo había visto de ese humor, pero en el fondo sabía que tenía razones para enfadarse—. No puedes ver a uno de esos asesinos y confundirlos con otra cosa, Abigail. Ahora comprendo la imprudencia que cometiste. No tenías que haber ordenado detener el carruaje para interesarte por un nativo. ¡Esto no es Inglaterra!

—Lo siento.

—Archer tendrá que responder por esto.

—No. El trató de detenerme, pero dudo de que Archer supiera lo que era.

—Si le hubiera dicho a mi padre que te habías topado con un *thug* tal vez me habría puesto atención —murmuró más para sí mismo. Volvió mirarla con reprobación—. Quiero que vuelvas allá y te disculpes con todo el mundo. Di que la comida te hizo mal, pero que ahora estás mejor.

Abby estaba estupefacta. ¿De verdad quería ponerla más en ridículo de lo que ella solita se había puesto?

—Ya veré cómo reparo todo este entuerto —continuó él—. Me parece extraño que Ballard no haya alardeado de haberte salvado el cuello. Sir Hugh tenía que haberlo sabido, pero tampoco dijo nada, seguramente para no crear alarma en la población. Todo el mundo pensaba que los *thugs* ya no pisaban estas tierras. ¡Malditos casacas rojas que hacen lo que les viene en gana!

La mención del capitán Ballard le recordó cuán equivocada había estado en relación a él. Se llevó la mano a la boca para detener un sollozo, mientras Henry se marchaba de vuelta a la mesa. No había ido a consolarla, sino a hostigarla por lo sucedido.

—Tienes cinco minutos para recomponerte —le advirtió, pero ella no lo escuchó.

¿Cómo iba a mirarlo a la cara de nuevo? Él le había salvado la vida, y ella, a cambio, lo había tratado de un modo inaceptable, lo había humillado delante de sus superiores, lo había difamado delante de todos los que conocía.

Se dejó caer en un diván cercano mientras se aclaraba la mente.

Al cabo de unos minutos, regresó a la mesa. Había pensado en un par de palabras de disculpa que, aunque no eran gran cosa, esperaba que pudieran servir de algo. Fue un esfuerzo improductivo, en tanto que la silla del capitán estaba vacía.

Ballard se había marchado de Bithur.

Capítulo 6

Tras una larga reunión con el líder militar de Cawnpore y sus compañeros de guarnición, Simon se internó en el gimnasio del destacamento, donde, a esa hora, los demás uniformados practicaban con las espadas, como era rutina.

Se despojó de la casaca y la camisa blanca para enfrascarse en una lucha brutal con Johnson y después con Prajapati. Estuvo a punto de ser atravesado por el filo de la espada en más de una oportunidad, se llevó un par de arañazos debido a su falta de atención. La misión que sir Hugh le había encomendado, aquella horrible tarea que habría preferido rechazar, seguía mermando su concentración.

El jefe de la guarnición le había preguntado si había registrado algún avance en la misión. Simon pensó en Bin Rao y en la información que el chiquillo había obtenido por él, pero, en lugar de revelársela en el acto, como lo haría un buen soldado, sacudió la cabeza. Las palabras, simplemente, no lograron brotar de sus labios.

El capitán se había pasado los últimos cuatro días observando a los cipayos señalados por Bin Rao, informándose de sus movimientos. Cada vez que se acercaba a ellos, los soldados reculaban, se miraban unos a otros con tenue nerviosismo, como si esperasen una acusación formal en cualquier instante. Simon, por el contrario, los trataba con la deferencia de siempre, bromeaba con ellos para relajarlos, les hacía preguntas en tono indiferente. En el fondo pensaba que aquellos muchachos, sumisos por naturaleza, no eran nada más que marionetas en las manos de líderes poderosos. Ballard estaba ansioso por desenmascararlos, cuando llegara el momento.

—¿Son ideas mías o quieres que te mate?

Prajapati, que jadeaba por el esfuerzo que había empleado para derribarlo, lo miró divertido. Simon yacía en el suelo, con la punta de la espada del cipayo apoyada en el pecho desnudo y sudoroso. Tumbar a Simon Ballard en una batalla cuerpo a cuerpo no era algo que muchos pudieran hacer, pero él se lo había puesto muy sencillo.

Le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse. Ballard sacudió la

cabeza.

—Ha sido una semana difícil.

—Ni que lo digas —convino Prajapati con una sonrisa de dientes rojizos.

—Agradece a Gayathri por la leche con azafrán. —Se refería a la mujer del cipayo que, en gratitud por haber conseguido al médico para la pequeña Meenakshi, le había hecho llegar el presente esa misma mañana.

Prajapati hizo una reverencia de manos juntas.

—Capitán *sahib*, han venido a verlo —anunció Chaterju.

—¿A mí? ¿Quién?

—No me creerá si se lo digo —masculló el fusilero con una sonrisita socarrona, que se deshizo nada más Ballard frunció el ceño —. Mejor venga a verlo con sus propios ojos.

Simon se calzó las botas para ponerse en marcha, pero Chaterju lo detuvo.

—Si yo fuera usted me asearía antes de salir.

Simon elevó una ceja, perfectamente consciente de a qué se refería.

—Asearse, ¿eh? —Miller apareció sin ser llamado, hablándole en inglés para que los cipayos no pudieran comprenderlo—. Ha de ser la señora O'Riley que ha venido desde Lucknow por otro revolcón. Vamos. Ve a darle lo que pide.

Y se echó a reír tras darle una sonora palmada en la espalda. Ballard rio con sorna, aunque aún no olvidaba la imprudencia que su superior había cometido durante la cena en Bithur, la que involucraba a una mujer que se esforzaba en olvidar.

—Es una *memsahib,* capitán —aclaró Chaterju.

—Sí, ya lo capté.

Se duchó. Mientras se enfundaba el uniforme evitaba pensar demasiado. Un encuentro apasionado con la hermosa viuda O'Riley

era justo lo que necesitaba para despejarse. Le vendría bien después de varias semanas de paupérrimo celibato, de desear en vano a la mujer de otro hombre, la misma que lo despreciaba, como los brahmanes desprecian a los *shudrás*.

Después de acicalarse para su visitante, como una vulgar meretriz, Simon se dirigió a la salita del destacamento que los oficiales utilizaban para recibir a las visitas del sexo femenino, la misma que estaba decorada con mucho más gusto y esmero que las otras áreas del cuartel, predominantemente rudas y descuidadas.

Al llegar allí, la última persona que esperaba ver se puso de pie en el acto.

El capitán se paralizó en el quicio de la puerta.

—¿*Memsahib*?

—Comprendo su asombro.

Simon se acercó a ella como un autómata. Sin ser consciente siquiera, la estudió con el esmero de un febril enamorado. Abigail Fortescue era una mujer hermosa, de ello no había dudas; y aquella hermosura no hacía sino azotarlo pasivamente, recordándole lo que no podía poseer.

La muchacha tenía la piel traslúcida, con las mejillas bañadas de un delicado rosado, quizás el resultado de un esfuerzo inconsciente. El cabello, rubio oscuro y lacio, asomando bajo el bonete de encajes, le recordaba al sol de la India visto de frente: hermoso e hiriente. Los ojos marrones, de rizadas pestañas y mirada decidida, estaban posados en él con aspaviento. Le pareció que sus manos, enguantadas y aferradas con fuerza al parasol replegado, temblaban ligeramente.

Posó la vista en la nariz pequeña y respingona, las cejas curvilíneas como arcos de flechas y labios finos, evocadores. La visión de otras zonas sugestivas de su cuerpo, la cintura estrecha curvando el torso femenino y coronado por dos espléndidos pechos, y el cuello delgado, absolutamente apetitoso, envió estallidos de placer reprimido al cuerpo de Simon. Ahora comprendía que sus esfuerzos por olvidarla no habían hecho otra cosa que acrecentar la atolondrada fascinación que sentía. Y pensar que había deducido que era Emily O'Riley quien lo buscaba, una mujer fogosa casi hasta lo obsceno. Jamás habría imaginado que Abigail Fortescue quisiera verlo, aunque lo hubiera

intentado.

—No, no creo que lo haga —musitó él acercándose.

—Capitán Ballard, soy una mujer de principios —comenzó a decir ella con voz apaciguada—. Tengo el coraje para admitir mis equivocaciones. Cometí un error con usted desde el principio. No sabía que ese anciano era un asesino de crianza. —Qué forma acertada de decirlo, pensó Simon—. Ni siquiera estaba segura de que me amenazaba con un cuchillo. Nadie me dijo que existía gente como él.

—Era mejor así —susurró él.

—Claro que no —insistió abriendo mucho los ojos—. Usted estaba cumpliendo con su deber. Tendría que habérmelo dicho.

—¿Entonces ha venido a ofrecerme una disculpa?

—Sí.

—Ahórreselas, *memsahib*.

Abby parpadeó, confundida.

—¿Por qué dice eso?

Convencido de que lo mejor era alejarse de esa mujer, Simon atacó.

—Estoy seguro acerca de cuál es mi trabajo. No soy un asesino de crianza sino uno entrenado, uno con permiso para matar, como usted lo dijo una vez, pero soy un asesino al fin. —Se irguió ante ella en toda su longitud—. Nada ha cambiado, ¿no lo comprende?

—Usted salvó mi vida.

—Una vida por otra.

Ella suspiró.

—Se está portando como el patán de siempre sin razón alguna —lo acusó—. He venido a disculparme. Estoy tratando ser amable con usted, ¿no puede ver eso?

—¿Ahora aprueba a los militares? —Se cruzó de brazos, arisco y perverso—. Me está diciendo que, solo porque salvé su vida, todos mis

demás pecados están perdonados. ¿Ahora soy digno del privilegio de su palabra, *memsahib*?

—Mire, si usted no hubiera disparado, más personas habrían muerto en los caminos, mujeres inocentes, hombres y quizás niños. Así que usted salvó más vidas de las que tomó. Y eso para mí es suficiente. No se trata solo de mí. Por favor, acepte mis disculpas.

La contempló en silencio. Quería mencionar que los *thugs* no asesinaban niños, pero no encontró el ánimo para hacerlo.

—Su razonamiento me intriga. ¿Por qué le importa tanto hacer las paces conmigo?

—Porque… Porque es lo correcto.

—¿Siempre hace lo correcto, señorita Fortescue?

—Bueno, eso intento. —Reflexiva, bajó la vista. Por un instante las pobladas pestañas se agitaron como alas de mariposa—. Ahora veo a qué se refería: la inocencia es una casa segura. No estoy de acuerdo, a veces hay que salir de ella y ver el mundo tal como es, sin atavíos, sin prismas. Me sentiría más segura si conociera los peligros que me acechan. No me conformo con la ignorancia, capitán; no forma parte de mi naturaleza.

—¿Y cómo es su naturaleza, Abigail? —Simon se acercó un paso.

La muchacha se humedeció los labios con la lengua. Meditó la respuesta con seriedad.

—Deseo poder ser justa y real —susurró con una autenticidad que lo estremeció, o quizás había sido la visión de esa pequeña y deliciosa lengua rozar aquellos labios rosados, curvos, cuyo sabor era un misterio.

Simon se sentía prendido de ella. Sentía que se había acercado demasiado a una mariposa, preciosa y cautivante, pero mortífera, y que ella había espolvoreado su tóxico en él irremediablemente.

La recordó defendiendo al *thug* con aquella fiereza tan infrecuente en una mujer occidental y reconoció en ella un valor gigantesco que antes no había alcanzado a ver.

Se miraron en silencio por un espacio de tiempo indeterminado. La

sangre de Simon hervía mientras viajaba vertiginosa por sus venas, mareándolo. La expresión de ella era un angustioso enigma. Por un lado, era un alivio saber que Abigail ya no lo despreciaba, pero, por otro, era un suplicio que aquella mirada dejara de ser intensa, que la simple y llana cortesía reinara en su semblante, cuando se vieran de forma casual, cuando ella se hubiera convertido en la señora Wilcotts. El odio era preferible a la indiferencia, pensó Simon con amargo sarcasmo.

—Eso era todo lo que quería decirle —soltó ella de pronto, rompiendo el contacto visual—. Buenas tardes.

Se volvió hacia la puerta por donde había entrado. Fue entonces cuando Simon sintió que la vida se le escapaba por aquel hueco. Por alguna razón que desconocía, su corazón, que muy pocas veces respondía de esa manera, le dio un vuelco.

—*Memsahib*. —Abby giró sobre sus talones para atender el llamado agónico que le había hecho en contra de todo su orgullo, negado a perderla—. Venga a dar un paseo conmigo.

* * *

A aquella hora calurosa, el patio del cuartel se hallaba despejado. Abby se lo imaginó lleno de uniformados al principio de la tarde que formaban filas mientras atendían a sus líderes montados a caballo; los jefes, a su vez, se dirigían a ellos en un mal articulado hindi. De vez en cuando veía a uno que otro cipayo atravesar con prisa el cenador o a un criado barriendo los corredores mientras susurraba una canción. Incluso vio a una mujer india llevando una bandeja con un juego de té. Cuando quiso mirarla a los ojos, la mujer apartó la vista enseguida.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Hay cosas que una mujer ajena a este infierno no debería saber. Al menos no tan pronto. —Fue la cortante respuesta de él.

—No soy tan frágil como usted cree.

Él no contestó a aquello.

Se hizo un silencio incómodo, mientras Abby intentaba dar forma a sus preguntas. Caminaba al lado del capitán, bajo el parasol, sin saber exactamente adónde se dirigían. Se le ocurrió que era muy extraño dar un paseo con un caballero sin ir tomada del brazo. Quizá Ballard ignorara que aquello era una desconsideración o quizá no deseaba tocarla.

—¿Por qué esa gente asesina personas? ¿Por qué simplemente no toman los objetos de valor y se marchan? ¿Es porque odian a los ingleses?

—Me temo que un *thug* no mira el color de un cuello antes de estrangularlo, *memsahib*. Son una secta ancestral; han matado a cientos de miles desde la antigüedad, cuando el hombre blanco no había puesto un pie en estas tierras.

—¿Entonces por qué lo hacen?

Reflexivo, el capitán tomó una bocanada de aire antes de hablar.

—Para ellos es un culto perfectamente honorable. Piensan que deben hacerlo por Kali, la deidad de la destrucción. Les ofrecen los cadáveres como una ofrenda para retrasar su venida a la tierra por mil años. Están tan organizados como un ejército y se mueven por todo el Indostán para acometer sus fechorías y sacar beneficio económico, por supuesto, lo que les permite subsistir en las sombras.

»Hasta hace veinte años eran muy numerosos. Familias enteras viajaban en grupos enormes por todo el subcontinente, engañando a viajeros, ganándose su confianza y después estrangulándolos. Ahora son bastante escasos, podría decirse que están prácticamente extintos. La Compañía y los ejércitos de muchos maharajás han hecho lo humanamente posible para exterminarlos.

—Dios mío —susurró anonadada—. Parece que sabe usted mucho sobre esa gente.

—Los he perseguido desde hace muchos años.

Cuando Abby volvió a ser consciente de su entorno, se vio en un jardín pequeño y floreciente, bellamente cuidado. El lugar estaba resguardado por palmeras altas y delgadas, así como por árboles que jamás había visto, con hojas enormes en forma de platos. Las orquídeas, jazmines y caléndulas, con sus tonos blancos, rosas y

violetas, cundían los parterres. En el centro, una fuente diminuta, pintada de rojo, borboteaba. En su interior, los nenúfares flotaban y navegaban aletargados. Abby se asomó dentro y vio su rostro reflejado en el agua. Se despojó de un guante e introdujo los dedos entre los hermosos lotos de color rosa. Quería tomar uno, pero se abstuvo de hacerlo porque siempre había creído que arrancar flores era poco menos que un crimen.

En los rincones brotaban las damasquinas, los hibiscos, los crisantemos y las dalias como maleza. Los colores eran impresionantes y los delicados perfumes atiborraban el ambiente.

—Es precioso —susurró girando sobre sí misma para admirar todo el lugar, que le inspiraba armonía y tranquilidad, la transportaba. Finalmente se sentó en un banquillo de piedra, cerca de la fuente—. ¿De verdad pertenece al cuartel? Me cuesta creerlo.

—Lo mandó a construir la señora Wheeler —murmuró Ballard—. Según dijo una vez, hasta los recintos donde se discuten las guerras deberían tener un lugar donde se respire un poco de paz.

—Mujer sabia —le sonrió.

Él no le devolvió la sonrisa. Parecía más bien tenso, incómodo quizás.

Había tanto que quería preguntar. Las interrogantes se le agolpaban y aleteaban en la mente, chocando unas con otras como peces en una pecera demasiado pequeña.

—¿Quién era el hombre? ¿Cómo sabía usted que era un *thug*? ¿Se pueden distinguir del resto de las personas?

—No son distintos del resto de los nativos, *memsahib*. Pero descuide, esa basura no es común en estas tierras. Lo que sucedió fue solo una nefasta casualidad.

Abby quería hablarle de lo que había visto en el mercado, pero se abstuvo, temerosa, como si hacerlo pudiera revivir el terror que había experimentado.

—Gracias —susurró—. Gracias por salvarme la vida.

—No hay nada qué agradecer. Mi trabajo es cuidarla —se peinaba el tupé con la palma de la mano—. Es decir, a usted y a todos los

habitantes del acantonamiento.

—Entonces, ¿estamos en paz?

Él asintió, sin dejar de mirarla de esa forma enigmática, que no develaba ningún pensamiento. Entonces, en un impulso repentino, Abby le tendió la mano; no los nudillos como lo haría una dama en busca de un beso de cortesía, sino la palma, que buscaba estrechar la de él. Estaba consciente de lo inapropiado de aquel gesto, pero aun así deseaba hacerlo: hacer las paces con él como era debido, ahora que nadie estaba mirando.

Al principio, Ballard parecía pasmado. Se rascó el cuello, indeciso, como si intentara dilucidar la intención de Abby. No la hizo esperar demasiado, sin embargo. Cuando tomó su mano, un relámpago de expectación le hizo vibrar la espina dorsal. El apretón de aquella mano, más grande de lo que había esperado, fue firme, sin dejar de ser sutil; la piel áspera y cálida contrastó con la suya, suave y fina.

Para que no quedara dudas de la tenacidad de la que deseaba hacer gala, Abby también lo tomó con fuerza.

—¿Por qué no lo vi el domingo en la iglesia? —murmuró cuando se soltaron.

—No soy lo que se dice un creyente.

Ballard se cruzó de brazos, recostándose en un muro de piedra cercano.

—Pero todos creemos en algo. ¿En qué cree usted?

—En mí. —Fue la brusca respuesta del militar.

—Usted solo no puede contra el mundo, capitán —le sonrió una vez más, pero entonces tampoco consiguió hacerlo abandonar la postura severa, a la defensiva—. Debería poner algunas cosas en manos de Dios.

—¿Para qué? —resopló él.

—Para no sentirse solo, al menos.

Él no dijo nada. Se la quedó mirando de un modo críptico. Abby creyó ver un atisbo de soledad en esos ojos verdes; supo que había

tocado sin querer un punto sensible. Recordó las palabras que le había dirigido a Tess en el salón de baile del palacio de Bithur: “Mi hogar no se parece a nada que usted haya visto”.

¿Cómo era entonces su hogar? ¿Cómo había sido su vida?

¿Quién eres, Simon Ballard? ¿Qué te ha sucedido para que perdieras así la fe?

—Yo soy cristiana, pero respeto cualquier credo. Incluso, aunque algunas costumbres musulmanas e hinduistas me parecen un poco raras, las respeto. Bueno —aclaró a toda prisa—, no las que implican un daño para las personas, como el *satí* y el infanticidio, que por supuesto considero absolutamente deplorables. Pero todos necesitamos saber que no estamos solos —añadió con suavidad—, y que incluso en los peores momentos hay quien nos cuida, alguien más fuerte, que quizás no podamos ver, pero que sentimos en nuestro corazón; alguien que nos ama y a quien amamos. Si nuestro señor…

—¿Ha venido a soltarme una prédica, señorita Fortescue? —la interrumpió.

—¡No! Lo siento.

Se puso de pie como impulsada por un resorte. Ni siquiera recordaba en qué momento habían dado pie a aquel tema de conversación.

—Creo que ya debo irme.

En un acto reflejo, el militar se despegó de la pared.

—Espere. Me disculpo por mis pésimos modales —le dijo a toda prisa—. No soy un creyente y tampoco un conversador muy talentoso.

—¡Capitán *sahib*!

Una voz urgida los sobresaltó. Se giraron para ver de dónde provenía: un muchacho moreno, vestido apenas con harapos apareció entre las palmeras con gesto de inquietud.

Abby sintió ternura al mirarlo, porque lucía como uno de esos chicos raquíticos que se bañaban en el Ganges y que perseguían a los viajeros con las palmas de las manos extendidas en busca de unas monedas. Aunque era larguirucho no parecía tener más de trece años.

Pero aquel semblante hermoso y picaresco se ensombreció en el acto.

—Lo siento —se disculpó el chico en su lengua, retrocediendo un par de pasos. A todas luces, temeroso. ¿De ella? ¿De Ballard?

—¿Qué sucede Bin Rao? —le preguntó el militar en hindi, pero el muchacho no dijo una palabra; su mirada se clavó en el suelo empedrado del jardín. Abby comprendió que la presencia de ella lo perturbaba, tal vez porque no estaba habituado a estar cerca de *memsahibs*—. No hay cuidado, dime lo que sea —lo animó Ballard.

Abby buscó su mirada. Le sonrió para alentarlo. Al parecer lo consiguió, porque el chico comenzó a hablar en un hindi áspero y enérgico.

—Gurjar ha vuelto a reunirse con los otros soldados; los he visto en las ruinas. Ahora sé que vienen de Delhi y escuché todo lo que decían: la maharaní de Jhansi quiere que las tropas nativas de Cawnpore la apoyen para enfrentar a los británicos. Un emisario de ella estaba allí.

—¿Qué demonios, Bin Rao? —reaccionó Ballard furioso—. Te dije claramente que no te acercaras a ellos. ¿Tienes idea del peligro que corres?

—Lo sé, capitán *sahib*, pero quería ayudarlo. —Ante el silencio pasmoso de Ballard, Bin Rao continuó soltando información—. Gurjar está de acuerdo con actuar, igual que los demás, pero piden la intervención del emperador mogol como líder. Sin él a la cabeza, no moverán un dedo.

Abby captó aquellas palabras con inusitada nitidez. La práctica frecuente con Sharmila veía sus frutos, pero, en lugar de sentirse orgullosa de sus progresos con el hindi, experimentó un escalofrío que le erizó los vellos de la nuca. Sabía el significado de todo aquello: el niño hablaba de los cipayos y de su intención de rebelarse en contra de los británicos. Era cierto, por el amor de Dios. Existía un peligro muy real de que los nativos se volvieran en contra de los oficiales británicos para deshacer el control que por un siglo había ostentado la Compañía. Echó una mirada solapada al capitán Ballard, estupefacto ante la información que el jovencísimo espía le revelaba.

El oficial gruñó una palabrota. Abby la había escuchado una vez; desde entonces no la había olvidado, ya que sonaba agradable al oído,

aunque su contenido era extremadamente obsceno. El señor Ramamohan, su antiguo profesor de hindi, la había vociferado una vez, cuando se había aporreado los dedos con la tapa del secreter.

—¿Qué dijo el emisario de Lakshmi Bai?

—Estaba furioso. Pero juró que conseguiría la ayuda de Bahadur Shah, dijo que se encargaría de ir al Red Fort de Delhi y lograr la bendición del anciano emperador.

—No si puedo evitarlo —susurró el capitán, más para sí mismo.

Sumido en un trance febril, Ballard comenzó a caminar de largo a largo por el reducido suelo de piedra del jardín. Murmuraba incoherencias, mientras Abby lo miraba con preocupación. No era para menos. Ella también estaba perturbada por lo que había logrado escuchar y comenzaba a temer por la seguridad de todos.

Al cabo de unos segundos, el oficial pareció recordar que Abby aún seguía allí, al igual que Bin Rao. Intercambió con ella una mirada que quiso disfrazar de serenidad, pero ella no se tragó el cuento. Sabía que en el fondo estaba tan turbado como ella misma.

—La acompañaré a su carruaje —le dijo.

Abby asintió. Volvió a mirar a Bin Rao, deseando despeinarlo cariñosamente a modo de despedida. Para su sorpresa, el chico se hizo a un lado, temeroso, al notar su intención.

—Perdónelo —explicó Ballard con prontitud—. Bin Rao es un *shudrá*, o lo que es lo mismo: un intocable. Desde que nació le han enseñado a evitar el contacto físico.

Ella sintió un acceso de pena por el chico. El sistema de castas era otro de los disparates de la sociedad india que jamás podría comprender, mucho menos aceptar.

—Soy un intocable —le explicó el muchacho en voz baja, no exenta de vergüenza.

—No, no es cierto —lo contradijo Abby en un correcto hindi. Entonces, con un movimiento rápido le dio un suave pellizco en la nariz—. ¡Oh, mira! Sí que se te puede tocar.

Bin Rao le obsequió una sonrisa infantil, que más tarde se

transformó en una risa cómplice. Lo mismo hizo Abby, antes de interrogarlo sobre su familia, dónde vivía y si había comido algo esa tarde. El muchacho le contó que el capitán Ballard le había obsequiado esa mañana un gigantesco bote de leche con azafrán y que se lo había zampado de una sola vez, por lo que estaba seguro, no sentiría hambre hasta el día siguiente.

Cuando levantó el rostro para mirar al aludido, vio que él la observaba fijamente, pleno de asombro. A Dios gracias, no se lo notaba molesto porque ella hubiera escuchado y comprendido lo que Bin Rao le había revelado, quizás en carácter confidencial. Más bien parecía envuelto en una emoción desconocida e inquietante, una donde ella tomaba parte y que la arrastraba sin que pudiera hacer nada. Ahora compartían un secreto –porque estaba segura de que aquel no era el tipo de información que los militares compartirían con los civiles–, y ello la hacía sentir vinculada a él, de un modo muy extraño. Esa tarde, cuando se dispuso a acudir al cuartel para ofrecer una disculpa y agradecer al hombre que le había salvado la vida, no creyó que las cosas pudieran terminar así.

No solo se había roto la barrera entre ellos, sino que se había tendido un puente cuyas dimensiones Abby desconocía.

Caminaron de vuelta al carruaje sin decir una palabra. Abby creyó que Ballard le pediría no revelar nada de lo que había escuchado, pero, para su sorpresa, él volvió a sumirse en sus pensamientos, en el más absoluto silencio.

—Espero que todo esté bien —le susurró cuando estuvieron junto a la portezuela del coche de los Callthorpe.

—Déjelo todo en mis manos.

Fueron las últimas palabras que escuchó antes de marcharse.

* * *

La mañana en que se cumplía una semana del arribo de Abby y Tess a Cawnpore, los Callthorpe decidieron mandar a servir el desayuno en el jardín posterior del bungaló. Hacía un día excepcional, fresco y con un

cielo azul primoroso, uno de esos días de la primavera india que, por su rareza, los colonos no se permitían desaprovechar.

Abby se mantuvo distante y taciturna mientras duró la comida. Laura le preguntó adónde había ido la tarde anterior, como si de pronto hubiera recordado que no se lo había mencionado. La joven intercambió una mirada inquieta con Tess, su cómplice en el temerario plan que la había llevado hasta el acantonamiento militar de Cawnpore. No le quedó más remedio que contarles la verdad a sus anfitriones, que la observaron de hito en hito.

La muchacha escuchó los sermones con la vista puesta en el plato. Mientras Laura le advertía sobre la poca conveniencia de ser vista en el cuartel, Abby rememoraba lo que había escuchado sin querer de labios de Bin Rao. La posibilidad de que las tropas de cipayos se rebelaran en contra de los británicos era muy latente. Existía de parte de los nativos la intención de pelear para enfrentar al imperio corrupto, cruel e inmisericorde que los había mantenido de rodillas por un siglo. Todo dependía de la decisión de Bahadur Shah II, el octogenario descendiente de los emperadores mogoles, de apoyar la lucha.

Abby se había tenido que morder la lengua para no atosigar al capitán Ballard con preguntas, para no manifestarle todos sus temores.

—*Memsahib* Abby, su prometido la espera en el recibidor.

Por suerte, Sharmila llegó para acallar las amonestaciones de Laura y su marido. La sola mención de Henry la hizo sentirse protegida. Estaba segura de que él y su padre mediarían para evitar una tragedia.

—Henry. No sabía que vendría —murmuró la señora Callthorpe.

—A mí no me ha comentado nada, y lo he visto ayer —dijo Geoffrey.

Abby se disculpó antes de acudir a recibir a su futuro marido. Cuando entró en la casa, lo vio asomado por la ventana, contemplando la despejada calle del acantonamiento civil; las manos aferradas a las caderas en una postura ansiosa. Se volvió con rudeza al escucharla cerrar la puerta.

—Henry.

Abby le obsequió una sonrisa, a la que él respondió con un ceño fruncido.

—¿Me puedes decir qué hacías ayer en el cuartel?

La rudeza de él extinguió la súbita alegría de la joven. La expresión de felicidad se le desdibujó en un parpadeo.

—Henry, yo…

—¿Qué es lo que pretendes, Abigail? ¿Tienes idea de todas las cosas espantosas que se dicen de las mujeres que visitan ese lugar? —Jamás le había hablado de ese modo, ni siquiera la noche anterior en el palacio de Bithur. Le llevó unos largos segundos asimilar que aquel pelirrojo colérico que la observaba inquisidor era su amado Henry, el hombre por quien había esperado desde los quince años, el hombre por el que había cruzado el mundo—. ¿A qué has ido? Respóndeme.

—A disculparme con el capitán.

—¿A disculparte? —resopló entre amargado y divertido —. Eres mi prometida, ¿por qué habrías de rebajarte disculpándote con un vulgar oficial de la Compañía?

—Él me salvó la vida.

—¡Es su trabajo! ¡Para eso está! Y no habría tenido que hacerlo de no ser por tu estúpido capricho de defender a ese *thug*.

—Una vez más, Henry: no sabía quién era ese hombre.

La voz le jugó una mala pasada: se quebró ante el tono autoritario. Henry chasqueó la lengua con un ademán desdeñoso.

—¿Por qué cometes tantas imprudencias? Creí que mi madre había pagado para que tuvieras una institutriz competente que te enseñara a comportarte como una dama —arremetió de nuevo con una crudeza de la que no parecía consciente—. ¿Hemos perdido esa inversión, Abigail? ¿Todo fue en vano?

—¡No! —sollozó.

Henry gruñó.

—Si mi padre se entera de esto, va a estrangularme —rezongó.

—Tal vez fui imprudente, pero debía arreglar lo que yo misma he ocasionado.

—¿Tal vez? ¿Todavía dudas de que ha sido una imprudencia?

Amenazador, Henry se aproximó a ella.

—Lo siento.

—No basta que lo sientas, Abigail. ¡Has querido enmendar un error cometiendo otro aun peor! —le gritó—. Si querías compensar a Ballard debiste decírmelo: le habría dado un cargamento de té o unas cuantas libras.

La joven lo miró atónita.

—¿Eso es lo que vale mi vida para ti?

Henry estaba pasmado. Se pasó la palma de la mano por los mechones rojizos, ahora enmarañados tras el berrinche. Su mirada se suavizó por primera vez en toda la conversación, como si acabara de caer en cuenta de cuánto la había herido.

—No, no, maldición. Perdóname, mi amor —musitó con dejo de angustia—. Estoy muy enojado porque te has puesto en peligro otra vez. No tolero la idea de que pueda sucederte algo.

—No estaba en peligro.

—Perdóname. —Se sentaron juntos en el canapé, muy cerca el uno del otro—. No quise gritarte. Estoy muy nervioso.

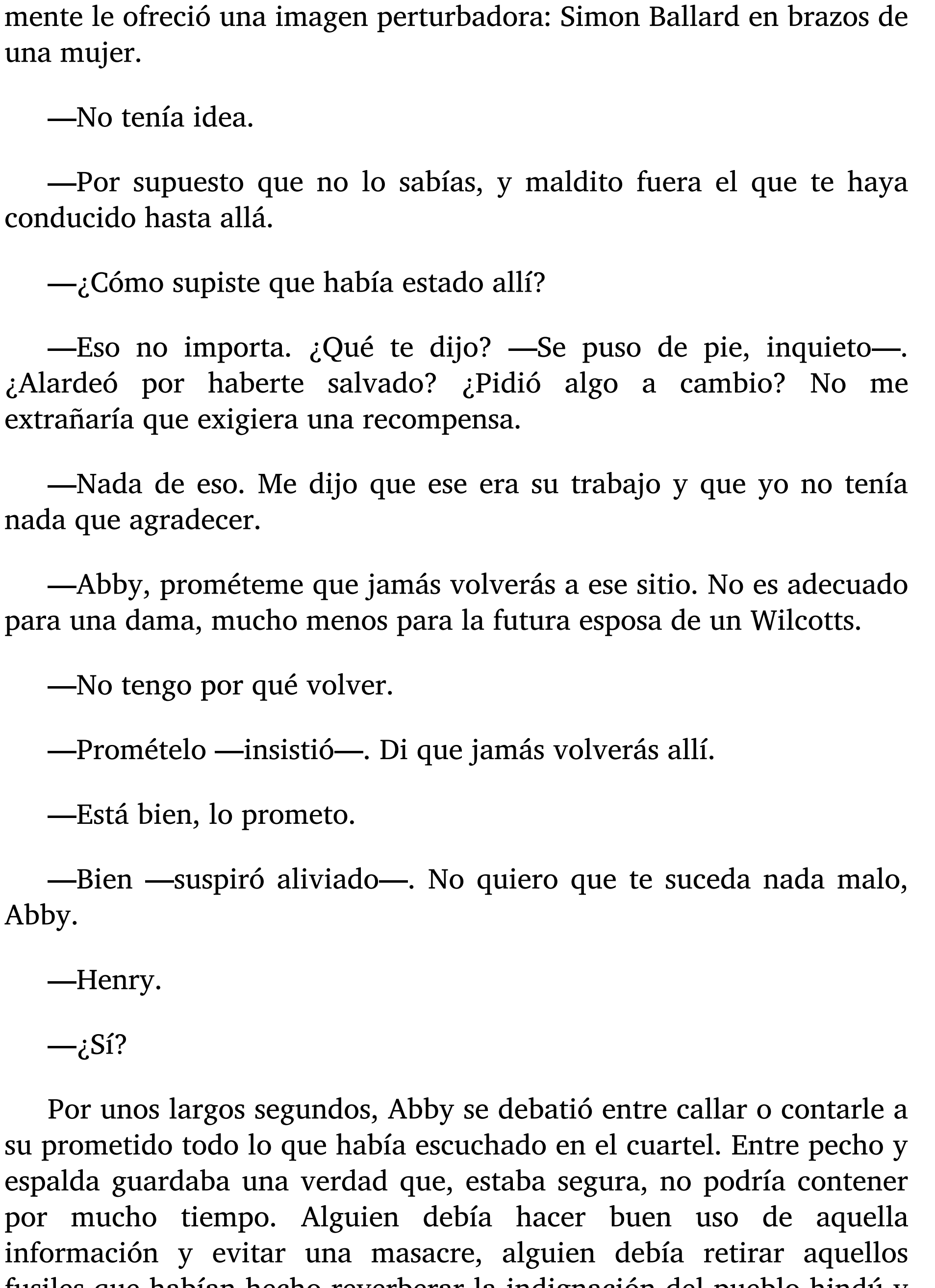
—Está bien.

—¡Has ido sola a ese lugar!

—Geoffrey estaba supervisando la construcción de las vías del tren y Laura no estaba disponible para acompañarme —mintió.

—Tenías que haber pensado en mí antes que en nadie, Abby. Eres demasiado ingenua. Aun tienes muchas cosas que aprender sobre Cawnpore y sobre la India. Ese lugar es donde los oficiales reciben a sus amantes.

Ella tragó saliva con fuerza. Por alguna razón desconocida, su



mente le ofreció una imagen perturbadora: Simon Ballard en brazos de una mujer.

—No tenía idea.

—Por supuesto que no lo sabías, y maldito fuera el que te haya conducido hasta allá.

—¿Cómo supiste que había estado allí?

—Eso no importa. ¿Qué te dijo? —Se puso de pie, inquieto—. ¿Alardeó por haberte salvado? ¿Pidió algo a cambio? No me extrañaría que exigiera una recompensa.

—Nada de eso. Me dijo que ese era su trabajo y que yo no tenía nada que agradecer.

—Abby, prométeme que jamás volverás a ese sitio. No es adecuado para una dama, mucho menos para la futura esposa de un Wilcotts.

—No tengo por qué volver.

—Prométělo —insistió—. Di que jamás volverás allí.

—Está bien, lo prometo.

—Bien —suspiró aliviado—. No quiero que te suceda nada malo, Abby.

—Henry.

—¿Sí?

Por unos largos segundos, Abby se debatió entre callar o contarle a su prometido todo lo que había escuchado en el cuartel. Entre pecho y espalda guardaba una verdad que, estaba segura, no podría contener por mucho tiempo. Alguien debía hacer buen uso de aquella información y evitar una masacre, alguien debía retirar aquellos fusiles que habían hecho reverberar la indignación del pueblo hindú y musulmán contra los británicos, al punto de embarcarlos en una empresa de odio y violencia. Por el amor de Dios, alguien debía hacer algo para detener tanta injusticia. Pero ese alguien debía ser lo suficientemente compasivo como para no reaccionar con disparos. Si los jefes más radicales de la guarnición u otras autoridades conocieran de las intenciones de los cipayos, la sangre correría como en

Barrackpore; entonces el círculo de dominio y represión jamás acabaría.

Abby se decidió por una sonrisa fingida.

—¿Nos veremos el domingo después de la iglesia?

—Claro que sí, amor mío.

Capítulo 7

Ni siquiera el paso de los días logró apaciguar la inquietud que devoraba el corazón de Abigail Fortescue. Los preparativos de la boda, los paseos por Cawnpore del brazo de su amado Henry y a lomos de un caballo, otros asuntos que antes le habían despertado ilusión fueron perdiendo poco a poco el interés de ella. Sentía que, en parte, había perdido la paz.

Había esperado que, tarde o temprano, se ventilara la noticia sobre una posible insurrección por parte de los cipayos, pero lo cierto fue que, en los espacios que frecuentaba, reinaba una serena calma, el mismo letargo engalanado de superficialidad que había atestiguado en sus primeros eventos sociales. Los británicos continuaban inmersos en sus actividades cotidianas, atentos a los sermones de los domingos, locuaces en las *burra-khanas* y sonrientes en los bailes de los viernes por la noche. Las mujeres se quejaban del calor, del aburrimiento y batían compulsivamente los vistosos abanicos en sus rostros, mientras los hombres bebían de sus copas de brandy y hablaban de sus negocios en ultramar. Todos eran ajenos al peligro que se cernía sobre ellos, por eso los envidió una pizca. Abby consideró que, por su propia paz, debía tratar de hacer lo mismo.

Intentó convencerse de que Bin Rao había exagerado, incluso imaginado algunas de las cosas que había contado a Ballard; quiso dejar en manos del capitán la responsabilidad de utilizar la información recabada por su pequeño espía de la mejor manera, de actuar para evitar una tragedia, pero su intento de ser indolente fue inútil. Los pensamientos que la acompañaban de noche y de día carcomían su tranquilidad.

Esa tarde se esforzó por mantener la mente ocupada, por atender al pie de la letra las indicaciones de la modista francesa, la señorita Laramie, a quien Beatrice Wilcotts había mandado a buscar a Lucknow; se afanó en mostrar interés en la selección de los modelos y en dar su aprobación a los organdíes, cachemires, encajes, sedas y puntillas que la mujer le mostraba con desmedido éxtasis, como si fuese ella la novia. De pie y estática sobre un taburete, dejó que Laramie le tomara las medidas y ensalzara su piel de alabastro, su

cabello dorado oscuro, casi cobrizo, que suelto le caía en cascada hasta la mitad de la espalda.

—Junio es perfecto —declamaba la madre de Henry mientras hojeaba una revista *Les Modes Parisiennes* del año anterior—. Es mejor que quedes embarazada cuanto antes, así en la próxima primavera, cuando des a luz a mi nieto, podremos viajar todos a Inglaterra para las vacaciones. Tengo tantas ganas de volver a Londres.

—¿Junio? —inquirió con aire ausente.

—Mamá está en lo cierto —remató Anna, que la observaba risueña desde su silla de ruedas—. Además evitarán el monzón. No querrás que la lluvia arruine tu boda, ¿verdad?

—Oh, sería una catástrofe —musitó Beatrice.

—Y ya sabes lo que dicen: cásate en mayo y lamenta el día.

—Si es con un ejemplar como Henry no creo que lo lamentes —se mofó Tess, que se estudiaba en el espejo de cuerpo completo envuelta en una pieza de cachemir.

Beatrice la pulverizó con la mirada, de un modo que hizo que Abby contuviera el aire. La dama de compañía se percató del gesto y dejó caer la vista, amedrentada. De pronto recordó que la madre de Henry le había mencionado sin ambages que Tess le parecía vulgar y corriente y que no podía entender cómo Oliver le había enviado con ella a la India.

—¿Qué opinas, Abby? —insistió su futura suegra—. ¿Te gusta junio?

—Sí, sí. Junio está bien para mí.

—No se diga más. Será el 1º de junio. —Beatrice se levantó de la silla, con aquella elegancia tan suya, y con un movimiento de dedos despachó a la modista—. Henry se pondrá feliz cuando lo sepa. Me encargaré de todo personalmente, no tendrás que preocuparte por nada, querida. Procura solo verte bonita para mi hijo y mostrar tu mejor sonrisa en ese altar. —Suspiró—. Es una pena que Eloise no esté con nosotros. Estaría orgullosa de verte convertida en la esposa de un Wilcotts.

Sonrió, más para sí, como si se guardara un pequeño y grato

secreto.

—Has sido tan buena conmigo, Beatrice. Jamás tendré cómo pagarte.

La mujer levantó el mentón, que, aunque pálido y huesudo, denotaba carácter. La madre de Henry siempre le había parecido una mujer poderosa más allá de su posición; de esas capaces de intimidar hasta a los hombres con una sola palabra, a su esposo incluido. De pequeña, Abby le profesaba un temor reverencial; tenía la convicción de que podía leer sus pensamientos con la facilidad con que ponía en movimiento a todos quienes estaban alrededor, nada más chasqueando los dedos o vocalizando una orden. Sabía que Anna también le temía, y Henry no se quedaba atrás.

La mujer le alzó la barbilla con los dedos; Abby sospechó que lo hacía para corregirle la postura e infundirle un poco de la disciplina con la que había criado a sus hijos.

—Serás una buena esposa y una buena madre, Abby —sentenció, y su voz resonó con el arresto de una tormenta: severa y contundente—. Ahora eres parte de mi familia. Te pido que la honres. Espero que comprendas el inmenso privilegio que ello te concede.

La joven asintió con la certeza inconsciente de que no podía hacer otra cosa.

—Claro que sí, Beatrice.

La aludida sonrió en respuesta; sus bellos rasgos se suavizaron. Con un par de palmadas movilizó a las tres criadas que pululaban por la sala de música, que hacía de atelier en ese momento. Se marchó con ellas detrás, sin dejar de emitir órdenes en su bonito hindi, elegante y fluido. Abby se dio cuenta de que admiraba mucho a su futura suegra.

—Seremos hermanas —celebró Anna mientras se acercaba a Abby, rotando las ruedas de la silla con ligero esfuerzo—. Siempre quise una hermana. No puedo creer que vayas a ser tú. Que buena suerte la mía.

Se abrazaron al tiempo que las contradicciones se arremolinaban como abejas en la mente de Abby. Todos parecían felices ante el inminente enlace.

Todos menos ella.

Más tarde, mientras recorrían en carruaje el corto trecho entre la mansión de los Wilcotts y el bungaló de los Callthorpe, Abby se sumía en sus pensamientos, sin hacer caso a las murmuraciones furiosas de Tess y a sus airadas quejas ante la mirada displicente que le había echado Beatrice Wilcotts. Algunos retazos le llegaban a los oídos. Tess juzgaba como una gigantesca exhibición de arrogancia los comentarios de la mujer: Eloise estaría orgullosa de verte convertida en la esposa de un Wilcotts. Ahora eres parte de mi familia. Espero que comprendas el inmenso privilegio que ello te representa. Con el mentón elevado, en demostración de una dignidad machacada, la dama de compañía farfulló que más bien parecía que le hubiera vendido el alma al diablo.

—¿Por qué no me cuentas lo que te pasa? —inquirió de pronto, liquidando el tema. Fue prácticamente una exigencia en tanto que le agitó el brazo con brusquedad. Abby se removió intranquila.

—¿Qué estás diciendo? No me pasa nada.

La morena resopló incrédula.

—Estaba despotricando contra tu familia política, y tú ni te inmutas. La Abby de otra época me habría soltado una reprimenda hasta la hora de la cena. —La aludida pestañeó, sin reconocerse—. Y más aún, habría llorado de emoción al saber la fecha de su boda. A la de hoy parece importarle un rábano.

—Estoy cansada —se justificó evitando la mirada de Tess. Fingió interesarse en la revista que descansaba en su regazo, hojeándola con excesiva prisa.

—Estás rara desde que fuiste a ver a Ballard.

—No repitas eso, Tess —rezongó—. Me metí en problemas por haber ido allá.

—¿Te hizo algo? ¿Por qué no me lo dices? ¡Creí que éramos amigas!

—No me hizo nada —le gruñó furiosa, con los dientes apretados. Tess se echó para atrás instintivamente al percibir la hostilidad de la otrora cortés y afectuosa Abby que notó su propia esquivez con cierta alarma. ¿Qué le estaba ocurriendo?—. Tess, perdóname. No me pasa nada.

La dama de compañía no le había creído, pero al menos la dejó en paz.

—Dios mío, si sigues pasando así las páginas vas a romperle esa reliquia a madame Laramie —señaló la revista con el dedo índice—. ¿Sabes cuánto tiempo tardará la pobre en recibir otra de Francia?

Abby no se molestó en sofocar las risas, de las que Tess se contagió.

—¿Terminaste el libro que te presté?

La joven asintió con la cabeza.

Madame Bovary. Aquel título inofensivo a simple vista había terminado siendo un verdadero descubrimiento. Abby no se atrevía a juzgarlo como bueno o malo. Luego de acabar con los manuales de hindi se había refugiado en sus páginas para desterrar de la mente el asunto de los cipayos, y contra todos los pronósticos, la obra de Flaubert la había cautivado por completo. Sin embargo, mientras devoraba sus páginas a la luz de las lámparas de aceite, cuando todos dormían, había experimentado toda clase de sentimientos: había llegado a querer y a compadecer a Emma, luego la había cuestionado por su egoísmo desmedido, por una vanidad fuera de toda lógica. Le pareció una mujer caprichosa, para quien su propio placer primaba antes que cualquier cosa. El final de la mujer del médico pueblerino fue lamentable; Abby concluyó que ella misma se había zanjado su trágico destino. Nadie con una vida tan descarriada y carente de propósito como la de Emma Bovary podía terminar bien.

—¿Y qué opinas?

—Emma es insufrible.

Tess chasqueó la lengua.

—Es una visionaria, pero con poca suerte. —Se echó hacia adelante en el asiento de piel. A todas luces el tema le proporcionaba un gran placer—. Como ella hay muchas, por eso ahora quieren ver al autor arder. Le temen a la idea de que las mujeres casadas tengan amantes, como las tienes los hombres. Creo que harían bien a la humanidad si entregasen una copia a cada señora.

El viaje en carruaje llegó a su término, por lo que las damas

debieron interrumpir sus comentarios sobre la controvertida obra de Flaubert. Abby se frenó de decir a Tess que había malinterpretado al autor. Para ella, la obra se centraba en la vida de una mujer sin norte, no importaba si tenía licencia o no de coleccionar amantes. Aquel pensamiento la indujo a compadecer una vez más a madame Bovary, que jamás se respetó lo suficiente como para merecer el amor verdadero.

* * *

Los entretenimientos para los colonos británicos eran tan escasos en Cawnpore que a menudo un simple partido de criquet podía llegar a ser todo un acontecimiento social.

Así sucedió el siguiente sábado, cuando los oficiales de la Compañía convocaron a un encuentro amateur en el cuartel militar. El patio arenoso se convirtió en un campo de juego con amplios estribos para que los civiles pudiesen apreciar el transcurso del partido. Se instalaron tiendas de lona, sillas, alfombras y mesas rebosantes de comida y bebida.

Los hombres que la mayoría del tiempo lucían casacas escarlatas con galones de acuerdo a su rango y altos chacós negros, ahora vestían un uniforme compuesto por pantalón beige holgado y camisa del mismo tono, arremangada hasta los codos. En el cuello llevaban una corbata de moño de color borgoña. Una gorra plana de visera corta complementaba el atuendo. El otro equipo, integrado por oficiales venidos desde la guarnición de Jhansi, vestía una indumentaria similar, totalmente de blanco.

La fecha de la boda entre Henry Wilcotts y Abigail Fortescue se propagó con rapidez por el muy reducido círculo social de Cawnpore. Abby se sintió extraña de volver al acantonamiento militar después de prometer a Henry que jamás lo haría. Para su sorpresa, él no dudó en librarla de su promesa en cuanto supo del partido. Después de todo, Abby era su futura esposa y cualquier ausencia injustificada en los contados actos públicos que se suscitaban en la ciudad podía asumirse como el indicio de un conflicto matrimonial. Henry, que atendía al pie de la letra el protocolo, sabía eso. Esa mañana, después del desayuno, pasó a recoger a Abby y a Tess para disfrutar juntos del partido. Los

Callthorpe, que habían hecho otros planes, tuvieron que declinar la invitación.

Mientras los demás invitados saludaban a la pareja, Abby oteaba la marea de gente. Sin ser consciente, buscaba un rostro en concreto, el del hombre que la había conducido por ese mismo lugar sin siquiera tomarla del brazo. ¿Formaría parte del equipo? Trató de imaginar a Simon Ballard sosteniendo el bate o corriendo tras la pelota, pero fue inútil. No era un hombre muy dado a la socialización, pensó con una sonrisa involuntaria, provocada por una emoción desconcertante.

Hacía días que no se lo veía por Cawnpore, y aquel simple hecho había dilatado el halo de inquietud que pendía sobre ella. En la iglesia refrenó las ganas de preguntar a sir Hugh adónde había ido, si había sido enviado a una misión. Habría sido una imprudencia siquiera intentarlo. Se mordió la lengua todos esos días.

Se ubicaron en una mesa tamaño familiar, protegida por un enorme parasol, desde donde gozaban de una óptima perspectiva al campo. Un criado con turbante y *lungui* blanco servía copas de limonada helada con trozos de fruta. En las graderías improvisadas les hicieron compañía dos coroneles de la guarnición de Jhansi que no tenían previsto participar en el partido: Doyle, por estar “fuera de forma con el bate” y O’Mahen, debido a su poca disposición de usar aquellos “ridículos pantalones de payaso”.

—Que se diga todo de mí, menos que he puesto en vergüenza a mi regimiento —afirmaba el primero a todo gañote.

Doyle exhibía las cicatrices de serias heridas de guerra en el rostro. Alguien había susurrado que se la habías provocado un cuchillo afgano, cuyo filo entró por una mejilla y salió por otra durante una lucha cuerpo a cuerpo.

—Coronel Doyle, es solo un juego —razonó Tess evitando mirar las horribles secuelas de la herida—. No es para tanto.

—Nos han aporreado por menos que una derrota en el criquet, señorita Hobart.

—¡Oh! ¡Qué horror!

O’Mahen dejó escapar una carcajada.

—No hay por qué alarmarse. Es perfectamente aceptable. Tenemos una filosofía: si dejas que te batan en campo de criquet, ¿qué quedará para el campo de batalla?

—Muy acertado, coronel —convino Henry con una suave carcajada, que el resto de los presentes compartió.

—Sí —convino el de la cicatriz sacudiendo la cabeza—. Un hombre debe saber escoger sus batallas.

Un criado se apresuró a rellenar las copas de brandy y otro las de limonada.

—Coronel O'Mahen, tengo entendido que usted estuvo destacado en Barrackpore y que presenció el motín fracasado —observó el señor Mitchell, uno de los escribanos de la Compañía, desde el lado opuesto de la mesa—. Díganos, ¿qué ocurrió entonces?

El aludido se encogió de hombros al tiempo que hacía girar el líquido en la copa, considerando su respuesta.

—Yo no llamaría motín precisamente al desvarío de un negro agorero.

—Entonces, ¿es cierto que el cipayo estaba en trance religioso?

—Era eso o de pronto le surgió un raro gen de bravura, porque peleó como jamás lo había hecho en el campo. —Los presentes celebraron la ocurrencia con risas—. Lo vi luchar por años y tenía la iniciativa de un nabo. Me cuesta creer que podría estar en sus cabales al desafiar al ejército de la Compañía.

—¿Se refiere usted a Mangal Pandey, coronel? —Abby formuló la pregunta sin meditarlo, las palabras surgieron de sus labios como si contaran con voluntad propia.

O'Mahen observó a la joven con cautela, no exenta de extrañeza.

—Sí, ese era el nombre de aquel miserable cobarde, señorita Fortescue. Después de herir de muerte a uno de los nuestros y de verse acorralado, optó por pegarse un tiro, pero ni siquiera eso le salió bien, porque sobrevivió.

—No podía ser de otro modo —remató Henry—. Debía pagar con la horca; dejar que él mismo se infundiera el castigo por habernos

traicionado habría sido un acto de piedad inmerecido.

Los presentes murmuraron afirmaciones.

—¡Y todo por esos cartuchos! —farfulló la señora Radcliff—. Me cuesta creer que algo tan estúpido pueda desatar la locura de un hombre hasta tal punto.

Doyle resopló.

—Es lo que odio de esos brahmanes. Tenemos que luchar contra sus creencias como lo hacemos con el enemigo. A veces, nos lo dificultan mucho, como cuando debemos salir en misiones al otro lado del océano y se niegan a embarcarse porque eso los hará impuros y no sé qué otras sandeces. No veo la hora de que la India sea cristiana y que desterremos todas esas malditas supersticiones que nos cuestan batallas y dinero.

—Oh, no tendremos que esperar mucho para eso —aventuró su par con una pequeña sonrisa en los labios, velados parcialmente por el bigote rubio—. Cuando todos hayan perdido lo que en su demencia colectiva llaman "la casta" los habremos vencido.

Abby sintió que las mandíbulas se le aflojaban ante aquel comentario elocuente. Entonces el uso de las municiones pecaminosas había sido deliberado. Un relámpago de horror le sacudió los huesos. Aquello fue demasiado para lo que era capaz de tolerar.

—Coronel O'Mahen, dice mucho de la capacidad estratégica de nuestro ejército que consideren la fuerza como única vía para lograr la lealtad de los cipayos —replicó para pasmo de algunos; incluso se atrevió a emitir una risa irónica, consciente de que el oficial utilizaba el sarcasmo con bastante frecuencia—. Mil guerras han visto luz en esta tierra desde tiempos inmemoriales y las religiones siguen en pie. ¿Qué le hace pensar que una campaña de evangelización y la introducción de unas municiones pecaminosas harán el trabajo que debería por lo menos la razón? En lugar de ganar aliados, están coleccionando opositores por motivos realmente peligrosos.

Decenas de miradas, algunas plenas de reprobación y otras de perplejidad, cayeron en el rostro contraído de Abigail, que aún contemplaba al mudo coronel. Bajo la mesa percibió el apretón de unos dedos furiosos sobre su mano; era Henry, que muy probablemente estaba conteniendo las ganas de estrangularla. De

momento no le importó. Las revelaciones de O’Mahen habían echado por los suelos sus intentos de parecer indolente.

—¿Si no puedes vencer al enemigo, únete a él? —infirió Doyle con una sonrisa que repujaba el semblante grotesco, lleno de cicatrices. Estaba claro que deseaba subestimarla y burlarse de ella—. ¿Es lo que sugiere que hagamos, señorita Fortescue?

—¿Ha dicho “enemigo”, coronel Doyle? Pensé que estábamos hablando de las tropas de cipayos, que sirven bajo sus órdenes —ironizó—. Diez por cada soldado europeo, según tengo entendido. ¿A esos llama enemigos? Dios nos libre de que lo sean.

Doyle pestañeó, sin saber cómo reaccionar a la ofensiva de la *memsahib*.

—Vaya, desposará usted a una consumada analista política, señor Wilcotts —observó O’Mahen con una sonrisa odiosa que pretendía restar fundamento al discurso de Abby.

—Me temo que mi prometida ha desarrollado una incesante curiosidad por el tema militar, señores. Disculpen si sus conjeturas desvarían; son las elucubraciones de una mujer y nada más.

La risa fingida de Henry fue como un latigazo en el pecho. Abby no imaginó nunca que él pudiera burlarse de ella. Le había reñido antes por sus atrevimientos, pero esta vez la estaba humillando en lugar de ponerse de su lado.

—Por favor, señorita Fortescue, tenga un poco de fe en nuestro ejército —musitó O’Mahen—. Sabemos lo que hacemos y no tiene nada qué temer. Está segura entre nosotros.

Abby respondió con una mirada ponzoñosa, la mejor que fue capaz de poner.

—¿Por qué no pueden buscar cipayos en otros cultos menos inflexibles? —Tess salió al paso para atemperar la tensión de la conversación.

—Lo hacemos, con los sijes y los budistas, pero me temo que son escasos y menos maleables —explicó Doyle, exhausto—. Es una crianza dura.

—¿Y qué sucedió con el otro hombre, coronel O’Mahen? —insistió

el escribano de la Compañía que había iniciado la discusión—. Aquel que se negó a apresar a Pandey. ¿Es verdad que se le salieron los ojos cuando lo colgaron?

—Como a un chivo degollado, señor Mitchell.

Las risas desaforadas amortiguaron el gemido de consternación que profirió Abby.

—¿Y por qué se disolvió el regimiento del que usted formaba parte, coronel? —contraatacó ella, negada a dejarse llevar por el brazo represor de su prometido—. ¿Por miedo a represalias?

Fue Doyle quien contestó con la mandíbula apretada.

—No, señorita Fortescue. Por un reordenamiento estratégico.

El partido dio comienzo en ese preciso instante, con lo que la conversación se extinguió. Las maniobras de un grupo de oficiales en torno a un campo elíptico acapararon la atención de los asistentes.

—Hablaremos de esto después —le susurró Henry furioso.

Abby lo ignoró, todavía dolida por su actitud.

Al cabo de un instante, cuando hizo un paneo por los rostros de la gente, enfrascada en el transcurrir del sonso juego, se sintió sola. Tess cuchicheaba con Lydia Hillersdon; Henry saludaba a unos amigos que venían desde Agra y que se hospedaban en la residencia. Doyle y O'Mahen intercambiaban susurros con el capitán Fitzralph.

Abby cayó en la cuenta de que ahora viviría rodeada de extraños con quienes solo tendría en común el color de piel y el origen.

Cuánto echaba de menos a su padre y a Christiana. Las cartas que les había enviado días atrás habían sido kilométricas, y aun así se había quedado corta. ¿Estaría Oliver mejor de salud? La invadió una nostalgia gigantesca que le humedeció los ojos y la obligó a tragar saliva. Una, dos, tres veces. Transcurrirían meses antes de que supiera las respuestas a esas preguntas, y quizás años antes de que pudiera verlos de nuevo. La idea la hizo sentir enferma.

Solo un rostro moreno en la lejanía, asomado al filo de un rododendro, hizo que las lágrimas remitieran. Abby le obsequió una sonrisa al discreto espectador, que este devolvió desde su escondite.

No dudó ni un segundo ir a su encuentro. Se puso de pie y, aprovechando el fragor del partido, caminó hasta la arboleda que se explayaba bordeando el patio.

Mientras se aproximaba, avistó a otros dos muchachos descalzos y harapientos, acuclillados y escondidos tras el mismo arbusto. Al verla, los otros chicos huyeron como gatitos espantados, dejando solo a Bin Rao.

—Hola.

—Hola —repitió él poniéndose de pie.

—¿Qué haces ahí? —sonrió—. ¿De quién te escondes?

Él se encogió de hombros.

—Kapil y Mandip querían ver el partido.

—Lamento haberlos espantado. Diles que no hay nada que temer conmigo, ¿está bien? —Bin Rao asintió—. ¿Tú también querías ver el partido?

—No, yo no. Es un juego estúpido. Prefiero hacer otras cosas, como nadar en el río o lanzar piedras a los árboles para bajar mangos.

—A mí tampoco me gusta, pero debo estar aquí —suspiró. El chico la miró sin comprender. Su solo gesto le arrebató una sonrisa; los convencionalismos sociales demostraban su escaso sentido cuando caían en el razonamiento simple y llano de alguien como Bin Rao—. Si el criquet te parece estúpido, ¿por qué has venido?

—A mí se me deja entrar cuando el capitán Ballard está. Ahora no es así, por eso nos escondimos.

Extrañamente, Abby experimentó una suave languidez, muy similar a la decepción.

—¿Sabes dónde está él?

Bin Rao sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe, *mem*.

—Oh.

La tristeza volvió a anidarse en su pecho con más ahínco. Espero que esté bien, dondequiera que se encuentre, pensó.

—¿Son amigos el capitán y usted?

—Bueno, no exactamente, pero yo lo estimo.

—Pero el otro día en el mercado le lanzó unas flores en la cabeza. —Estalló en carcajadas alegres e inocentes—. Creí que iba a darle patadas como una mula.

—Solo fue un malentendido —reconoció Abby con una sonrisa avergonzada. Había olvidado ese momento nefasto que ahora contemplaba con un poco de humor—. No debí haber hecho algo tan espantoso. Él no se lo merecía. Es un hombre bueno.

Las risas del muchacho cesaron para dar paso a una expresión seria.

—El capitán Ballard es bueno con todos, hasta con los *shudrás*, como yo. Pero a los *thugs*… A los *thugs* se la tiene jurada. —Abby comprendió que Bin Rao había estado al tanto de la muerte del anciano del camino, al que parecía compadecer muy poco, dada su mirada severa y ceño fruncido. El chiquillo inocente había cedido su lugar a un adulto sereno, en cuyos ojos reverberaba un conocimiento alarmantemente nítido de la realidad—. Ellos no valen la pena, *mem*. Matan gente como animales y los arrojan al río.

—¿Por qué, Bin Rao? —se escuchó preguntar en un susurro, con un escalofrío de expectación bajándole por la nuca—. ¿Por qué se las tiene jurada?

El chico bajó la vista. A Abby le pareció que meditaba la respuesta, o que quizá se debatía entre contarle algo o quedarse callado. Ella le buscaba la mirada con impaciencia, con unas ganas de saber lo que desconocía. De pronto, deseó interrogarlo, sacarle toda la información posible sobre Simon Ballard.

—Abigail, ¿qué estás haciendo, pequeña? —La voz de Beatrice Wilcotts amedrentó a Bin Rao, que salió despavorido en dirección a una alameda, como lo habían hecho Kapil y Mandip hacía unos instantes. La mujer tomó a Abby del antebrazo y con una delicadeza engañosa se la llevó de vuelta a donde se hallaban los demás invitados —. Querida, sé que estás ansiosa de poner en práctica tu hindi, sin

embargo espero que entiendas que es una imprudencia gigantesca intercambiar palabras con nativos que no son tus sirvientes; podrían pegarte piojos o Dios sabe qué cosas peores. ¿No te dan miedo?

Abby no se disculpó. No esa vez. Un remolino de sentimientos bulló dentro de ella, dotándola del coraje suficiente para deshacerse, a medio camino, del agarre de uñas incisivas de su futura suegra. Las sienes de Beatrice se contrajeron cuando apretó la mandíbula, enardecida por la reacción de la muchacha.

—No estaba haciendo nada malo, Beatrice —masculló.

—Desde luego que no, Abby —convino ella con un tono de voz afable y una mirada corrosiva—, pero no pensarán lo mismo quienes te vean. La mujer de un Wilcotts no se mezcla con nativos. —Y añadió con inflexión severa, plena de acusación—: Ni habla de política, si no es para mostrar curiosidad o para ensalzar la posición de su marido. Es una falta imperdonable que no te hayan enseñado eso.

Luego de dar por zanjada la discusión, Beatrice giró sobre sus talones y se marchó para continuar la charla que había dejado a medias con lady Colville y la señora Garnis. Abby se sentó de mala gana, como una niña increpada por una desalmada institutriz. Ciertamente, le habían enseñado eso y otras cosas más con las que nunca se sintió a gusto.

Se vio obligada a contener las lágrimas hasta el final de la tarde, cuando al fin encontró oportunidad de llorar largo y tenido en su habitación, con la cara enterrada en la almohada.

* * *

Los papagayos que chillaban del otro lado de las celosías anunciaron la llegada de un nuevo día. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos al instante, cuando se percató de que nada de lo que había vivido el día anterior había sido un sueño. Un acceso de aprehensión, un regusto amargo le asaltó la garganta al rememorar la discusión con Henry de la tarde anterior.

Apenas se adentraron en el carruaje, su prometido había vuelto a

increparla por su inaceptable comportamiento delante de los oficiales de la guarnición de Jhansi y por haberlo puesto en ridículo, una vez más, frente al resto de los ingleses de Cawnpore. Abby no había movido un solo dedo para defenderse; no había manifestado lo dolida que se había sentido ante sus burlas; no había hecho ningún esfuerzo por hacer valer sus conjeturas sobre lo que habría de suceder si el ejército continuaba pisoteando la fe de los brahmanes que servían en sus filas. Aquello no habría servido para nada, porque sabía que Henry no tomaría en serio sus palabras, como nunca lo había hecho. Se habría mofado de ella, la habría amonestado por haber hablado con un niño *shudrá* y, más aún, por haber creído en su palabra.

Tan solo dejó que el silencio la poseyera durante el breve trecho hasta el bungaló de los Callthorpe; un silencio que le permitió preguntarse, si aquel hombre que le hablaba con tan poca delicadeza, era el mismo de quien se había enamorado a los quince años.

Lo había visto por primera vez en la hacienda de los Wilcotts en Suffolk durante unas vacaciones, cuando practicaba tiro con arco junto al instructor personal. Henry se mostraba seguro y desenvuelto mientras apuntaba a la diana; sus ojos azules fijos en el punto central, con la prolijidad de un cazador experimentado. El viento le revolvía los rizos rojizos como lenguas de fuego, sin desviar un ápice su concentración. Al final había hecho un disparo magistral que arrancó aplausos de admiración en los presentes. Sus miradas tropezaron un instante, y Abby sintió que el mundo había detenido solemnemente su avance para contemplar aquel sagrado momento. Se había aferrado a ese instante creyendo haber descubierto esa quimera que los adultos llamaban "amor". Henry compartió esa mirada, le obsequió una sonrisa y, aunque un grupo de muchachas de su edad y de su misma posición lo reclamaban para charlar después de la práctica, él prefirió hacerlo con Abby.

Ahora debía admitir que ya no había rastros de ese chico dulce y afable.

El breve tiempo que había estado en Cawnpore le había mostrado a un Henry totalmente distinto al de sus recuerdos: frívolo, esquivo y en exceso reservado, un hombre que en cada encuentro social se repantingaba en el éxito de sus funciones como miembro del Servicio Civil Británico, como si dependiera de la aceptación de otros —en especial de la de su padre— para reconocerse como alguien triunfante; un hombre que se negaba a hablar con ella de cosas que no fueran las

cotidianidades del matrimonio y que evadía las preguntas acerca de los pormenores de su trabajo. Ahora descubría a un Henry que desdeñaba sus opiniones, indolente con la realidad del pueblo indio y que no mostraba el menor respeto a la tierra que lo había visto nacer.

¿En verdad voy a casarme con este hombre?

Y no solo se trataba de él. Beatrice también le había hablado con fiereza, la había acusado por expresar su opinión y por defender sus principios. Ahora podía dar crédito a las murmuraciones de Tess, cuando había señalado que le había vendido el alma al diablo al aceptar todos los regalos con los que la habían colmado los Wilcotts después de concertar el matrimonio. La idea del buen comportamiento femenino que esgrimía la madre de Henry consistía en la más absoluta sumisión.

Abby se desperezó con un bostezo profundo. La luz solar que se filtraba a través de las celosías la llevó a sospechar que la mañana estaba bien entrada, quizá ya fuera mediodía. Aquello tampoco le importó, como no le importó que fuera domingo y que no hubiera acudido a la iglesia. No estaba de ánimo para volver a ver a Henry, a Beatrice Wilcotts, y a toda esa gente que había disfrutado con las historietas de un militar que se ufanaba de haber presenciado la ejecución de dos cipayos.

Con el rabillo del ojo avistó a Sharmila que recogía la ropa sucia de Tess en silencio. La muchacha la saludó con una inclinación de cabeza.

—*Memsahib* Abby, no quería despertarla —susurró—. El desayuno se enfrió, pero le prepararé otro.

Incorporándose, echó un vistazo a la bandeja que descansaba en una mesita en un rincón de la habitación. Sobre ella se hallaba un plato de comida, que, aunque frío, sería un manjar para niños como Bin Rao, Kapil y Mandip, que debían apañárselas cada día para llenarse la barriga. La visión de aquel plato de comida era lo único que podía empeorar aún más su malestar.

—No hace falta —dijo con una voz pastosa que le recordó que había llorado antes de conciliar el sueño. Se dispuso a comerse el desayuno frío ante la mirada incrédula de Sharmila—. ¿Los señores han vuelto de la iglesia?

—Sí, *mem*. Me dijeron que les avisara cuando usted despertara.

El tono de voz de la muchacha morena fue de advertencia. Por supuesto, los Callthorpe estaban al tanto de sus andanzas y esperaban turno para decir lo suyo. Abby se calzó unas sandalias y bajó a verlos apenas terminó su desayuno.

—Querida, por favor, dinos qué sucede. Estamos muy preocupados por ti.

Laura se sentó junto a ella en el sillón de mimbre con cojines bordados dispuesto en jardín. Geoffrey permanecía de pie, con las manos juntas tras la espalda y la mirada ausente. Por suerte, el tono de la anfitriona había sido de extrema tolerancia en toda la conversación. Tal como esperaba, no necesitó ponerlos al tanto de lo que había sucedido en el puesto militar el día anterior. Ellos habían escuchado la otra versión, la que la dejaba a ella como una loca insolente. Abby tenía tan pocas ganas de hablar que también con ellos asumió el silencio que había adoptado delante de Henry. Dejó que los Callthorpe pensasen cualquier cosa de ella.

—Si no nos lo dices qué te ocurre no podremos ayudarte —insistió Laura—. No doy crédito todas las patrañas que dijo Beatrice Wilcotts; tú estás muy lejos de ser una muchachita insensata y problemática. —“¿Insensata y problemática?” ¿Así la había llamado la madre de Henry?—. ¿Por qué dijiste todas esas cosas a los oficiales?

—Está claro por qué lo dijo, Laura —aventuró Geoffrey, que participaba por primera vez en la charla. La observó con ojos melancólicos y una sonrisa mal lograda—. Abby es un alma tan pura que no puede hacer la vista gorda con todo lo que nos rodea. Bien sabes que la sangre fría y la indiferencia, aunque algunos digan lo contrario, no son cualidades inherentes a todos los ingleses —reflexionó con un despliegue de sarcasmo.

Ella le dirigió una mirada cargada de ternura y asombro; no sabía si tenía un alma tan pura como lo afirmaba el buen amigo de su padre, que la conocía desde niña, pero al menos podía decir que había acertado con aquello de que no podía hacer la vista gorda.

—Querida, cuando vine por primera vez a la India —comenzó a decir el señor Callthorpe entornando los ojos, evocando sus remembranzas—, creí que me limitaría a cumplir un propósito crucial para nuestra nación: construir la vía férrea de la Compañía, el mejor

proyecto que me ha tocado asumir. Eso significaba un gran paso para fortalecer el comercio y desde luego, una mejor vida para mí y para mi amada Laura. Pensé que llegaría a hacer mi trabajo y que nada de lo que hubiera aquí me haría girar la cabeza, pero qué equivocado estaba —se rio con tristeza—. Es imposible estar aquí y permanecer indiferente.

»Tanta pobreza me ponía los vellos de punta. Las condiciones de los trabajadores eran paupérrimas; muchos no ganaban ni para alimentarse un día, y algunos de ellos eran niños y niñas. El calor y las enfermedades en la selva nos azotaban a todos, sin contar con el peligro de que en algún momento pudiera aparecer un tigre o un chacal. La Compañía ordenó destruir muchas aldeas que obstruían en el camino trazado para las vías, se apoderó de territorios haciendo uso de argumentos absurdos. Conocí familias enteras que lo perdieron todo: sus viviendas, sus cosechas. Por eso es que aún ahora piensan que el ferrocarril es un demonio que se los comerá a todos vivos. —Hizo una pausa—. ¿Y qué podía hacer yo, un simple ingeniero asalariado que se sentía importante solo porque lo llamaban "*sahib*"?

»Por desgracia, esta tierra parece acarrear no una sino muchas maldiciones, Abby: credos irracionales, tragedias naturales, hambre, enfermedades, guerras que, puedes estar segura, no son siempre iniciadas por los británicos. La India encierra tantas bellezas como males. Y nosotros los blancos no hacemos sino empeorar todo. Estoy seguro de que, aunque nos marchásemos mañana, todo este hermoso caos seguiría imperturbable.

»Amo a la India desde que puse un pie aquí: la simplicidad de su gente, el Ganges, las insólitas montañas, pero no todos podemos amar algo que es tan vulnerable, Abby, porque corremos el riesgo de volvernos vulnerables también. Apegarse a todo esto significa sufrir porque sabes que no puedes hacer nada para salvarlo. —Hizo una pausa para que ella asimilara sus palabras—. Por eso es que algunos olvidamos que amamos y nos concentramos en las cosas que sí podemos cambiar, como yo, que me afano todos los días en proporcionar un medio de transporte que brinde empleo a los nativos.

Conmovida por la sinceridad de su esposo, Laura le hizo un lugar en el sofá y le obsequió un beso en los labios.

Abby sorbió por la nariz. No sabía en qué momento había dejado escapar una lágrima. Mientras se la secaba, pensó que Geoffrey podía

estar en lo cierto. Amar la India era tan fácil como doloroso, y ella amaba cada palmo de aquel país lleno de contradicciones, lo adoraba con todo su caos y magnificencia, aun cuando solo era una mera ilusión en su mente de chiquilla, una promesa de futuro implícita en su matrimonio con Henry Wilcotts.

¿Por qué había dejado pasar el hecho de que, si iba a la India, conviviría con la injusticia y la violencia? ¿Por qué no había comprendido antes que el lugar en cuestión, ese que tanto anhelaba saborear de todas maneras, era una tierra manejada por la mano dura del imperio? Se sentía un poco culpable por haberse dejado cegar por su amor por Henry. ¿Por qué había sido tan tonta? Ahora se requería de ella convertirse en una digna *memsahib*, indolente, distante y fría. Y Abigail Fortescue no era ninguna de esas tres cosas.

¿Acaso era una locura desear que los nativos echaran a los británicos de sus tierras y buscasen su propio destino? La sola pregunta la estremeció, como si hubiera recibido un mazazo.

—Quizás haber venido a la India fue un error —dijo al fin con voz contrita—. No comulgo con nada de esto y fui muy ingenua al pensar que nada de lo que pasara aquí me afectaría. Creí que mi amor por Henry bastaría…

Se frenó con brusquedad, pasmada por lo que había estado a punto de decir. Se llevó los dedos a los labios para sujetar las palabras que pendían peligrosamente de ellos.

—Debes hablar con él —le aconsejó Laura—. Si le transmites lo que sientes, Henry podrá hacer algo. No hay nada que dos personas que se aman no puedan solucionar juntos.

Intercambió una mirada afligida con su esposo.

—Abby, ¿qué dices acerca de dar un paseo a caballo por Cawnpore? —propuso Geoffrey al cabo de un momento—. Tú sola, sin que nadie esté dando órdenes.

El rostro se le iluminó como una lámpara china.

—¿En serio? ¿Puedo?

—Sí, te ayudará a despejar la mente —concedió la señora Callthorpe.

—Me encantaría.

—Has salido acompañada muchas veces, y sé que conoces bien los caminos. No veo nada de malo en que explores por ti misma la ciudad. Muchas jóvenes de tu edad lo hacen. —Geoffrey la alentó con una sonrisa cómplice—. Solo procura hacerlo dentro del perímetro de la ciudad.

—No se preocupen por mí.

Abby estaba tan exultante ante la perspectiva de salir sola que los pensamientos que la atormentaban se despejaron con asombrosa rapidez. Había deseado hacerlo desde el principio.

—Gracias. Gracias a los dos. —Los abrazó alternativamente antes de encaminarse escaleras arriba para cambiarse de ropa.

Apenas se abrieron las compuertas que la separaban de la holgura de Cawnpore, Abby espoleó al berberisco oscuro que Geoffrey Callthorpe le había proporcionado, y galopó para fundirse con la libertad que percibió adelante.

El calor de principios de la tarde, que prometía agravarse en cuestión de horas, no la desestimuló. Se abrió paso por los caminos con una rapidez vigorizante, deslizándose por la pista de arena y piedras como una posesa, levantando polvo en el andar. Compitió con los pájaros que sobrevolaban el cielo, de un azul blancuzco brillante y percibió el viento a favor, como un guía etéreo que la llevaría hacia un destino ineluctable.

Junto a la primitiva calzada, la jungla asomaba su profundidad, agresiva e intimidante. Le habían advertido acerca de la jungla, que no se adentrara en ella porque cualquiera que desconociera sus recovecos podía terminar extraviado en aquella profusión de verdes implacables y engañosos, o devorado por algún animal salvaje. Abby respetaba la selva, sentía por ella un temor reverencial, pero ello no rebatía el hecho de que deseaba algún día penetrar allí y conocer sus secretos.

Los banianos, los arces, los troncos de bambú y las higueras proclamaban su espacio, formaban un ejército con troncos elevados y orondos, desplegando sus espesas ramas, cundidas de hojas milagrosas y animales imperceptibles. En algunos trechos del camino se formaban arcos que anulaban la luz del sol. Los monos de caras negras la vieron

pasar con curiosidad, se dejaron ver entre las ramas para mirar a la extraña que parecía huir de un depredador. Abby los ignoró con una sonrisa, dejando tras de sí una nube de polvo y jactancia. Disfrutó del contacto del viento arrebolándole la falda de amazona, azotándole las mejillas; se regodeó en el calor húmedo que las señoras mencionaban como una hecatombe, sintiéndose orgullosa de no encontrar nada malo en él. Aquel fragmento de libertad repentina, de exotismo exacerbado, la alivió de una forma excepcional; le hizo pensar que había necesitado de él hacía mucho tiempo.

La ciudad la recibió con sus modestas galas; extravagantes y deslucidas, pero plenas de una belleza tan curiosa que Abby se detuvo para contemplarla como lo había hecho el primer día: con el corazón constreñido, mudo de asombro y los ojos tumefactos de tanta fascinación. El sol sacaba un brillo diamantino a los techos cupulares de los *havelis*, los vértices de los templos punteaban al cielo en un clamor secreto. Los balcones de madera, pintados de vivos colores, descollaban entre las construcciones más sencillas, raídos por las lluvias monzónicas, carcomidos por el tiempo. Las persianas de bambú de las casas resguardaban el honor de las mujeres e hijas de los brahmanes, esas desdichadas que adoptaban el *purdah* y se asomaban tímidamente por las rendijas, quizás añorando una vida distinta.

Al pie de los edificios corrían las estrechas y congestionadas callejuelas: un *rickshaw* se había accidentado y sus obesos ocupantes, dos hombres blancos que despedían ríos de sudor por las sienes, descansaban sobre un antepecho, a la sombra de un altísimo muro de piedra. El conductor, que iba descalzo y bañado del polvo de los caminos, evaluaba los destrozos y soltaba malsonantes palabras en hindi que los gordos desconocían. Semejante incidente había ocasionado una tranca descomunal. Los cocheros se desviaron para ingresar a la ciudad por un atajo. Los peatones, sin hacer caso la acostumbrada anarquía que regía el mediodía, sorteaban las vacas errantes, apuraban el paso y algunos se detenían para mirar a los hombres blancos con mal disimulada diversión.

Abby se las arregló para atravesar el caos a lomos del berberisco oscuro de los Callthorpe. Avanzó por una vereda más despejada, curtida de tiendas de artículos de cuero y orfebrería. Le fue difícil distinguir los letreros de los establecimientos porque las entradas estaban protegidas por persianas de lona para retener la acometida de los rayos solares. Se llevó la mano a la frente, a modo de visera. Un hombre ataviado en un vistoso *kurta* rojo vino salía de uno de los

locales seguidos por cuatro *culis* cargados de cajas. Una mujer obligaba a una cabra a caminar tirándola de la soga. Dos nativos que hablaban en urdu se la quedaron mirando, extrañados de que una *memsahib* se paseara sola por la ciudad. Ella se irguió con petulancia y se alejó de ellos, como era de esperarse en una dama inglesa.

Más allá se encontraba un pequeño bazar bordeado por tinajas de barro de todos los tamaños y colores. Según pudo notar, las piezas de alfarería se fabricaban allí mismo. Las manos de un anciano menudo, acuclillado en el suelo, se posaban en la masa húmeda color alquitrán al tiempo que una rueda giratoria se movía en la base para ayudarlo a moldearla. En cuestión de minutos, lo que parecía ser un inútil mazacote, terminaba convertido en un bonito utensilio de cocina. Abby observó el proceso con disimulo, no fuera aquel hombre a venderle toda su mercancía, que ella con toda seguridad terminaría comprando.

Escudriñó el mercadillo con los sentidos aguzados, prestos a absorber cuanto había para ver, oler y escuchar: regateos, perfumes florales, especias, el llanto de un niño, cascadas de caléndulas y orquídeas. Los sacos de sémola, harina y arroz se vaciaban y llenaban de nuevo en un abrir y cerrar de ojos. La abrumaron las voces que prorrumpían en un hindi primitivo, plagado de algarabías en instantes y en suaves cacofonías en otros; la abrumó el urdu, rumoroso y profundo, que suponía un reto para su entendimiento, confusas lenguas que sus oídos advertían por primera vez. El ímpetu con que se pronunciaban aquellas palabras le llenaba los oídos, la frustraba y la obsesionaba con lograr aquella misma fluidez. Se dijo que algún día podría expresarse en hindi, en urdu, en bengalí con la naturalidad de quien había nacido allí, sin siquiera meditarlo.

Agotada del convulso bazar, buscó una parada menos extravagante. Pasó por las calles del centro, las más transitadas de la ciudad, por donde los carruajes, los *rickshaws* y los caballos de paseo circulaban a sus anchas. Los templos despedían a sus fieles, las oficinas de las compañías comerciales lucían desiertas, ya que era domingo, la estación de trenes en construcción comenzaba a cobrar forma.

Terminó aventurándose en las riberas del Ganges, como una pequeña hoja incapaz de evitar ser manipulada por una ráfaga de viento. Al principio, Sarsaiya Ghat parecía un espejismo, un fragmento de suprema paz en medio del rumor y la conmoción de Cawnpore.

Abby creyó haber cruzado una compuerta a otra dimensión. Entonces recordó que se hallaba en territorio sagrado, un lugar donde los hindúes efectuaban sus abluciones, donde las cenizas de los muertos eran esparcidas con el único fin de volverlos puros para siempre. No podía ser de otra forma.

El berberisco notó la permuta del ambiente y redujo la marcha hasta detenerse por completo frente a las escalinatas de mármol, aquellas milenarias y silenciosas guardianas que bordeaban el río. La armonía se advertía en el viento y en el corazón, como un cántico silente que era escuchado incluso por la naturaleza y obedecido sin objeción. Abby desmontó cerca del templo para mirar de cerca la ondulación del Ganges, que emitía destellos plateados y púrpuras: sus aguas se desplazaban indetenibles, susurrantes, bajo el cielo desprovisto de nubes. Las barcazas y las naves a vapor se deslizaban en calma por el oleaje, las palmeras y abedules se bamboleaban con serenidad, hasta el graznido de los pájaros se oía solemne y respetuoso de la madre Ganges.

Cerca de allí, entre las raíces serpenteantes de los banianos, un hombre bañaba a dos búfalos, y una mujer muy vieja lavaba la ropa. Abby cerró los ojos; bebió del aire, se amainó ante los minúsculos sonidos y se fundió con aquel retazo de belleza al otro lado del mundo. Sí, ella amaba la India, como se ama algo desconocido en un principio y que luego, inexplicablemente, se vuelve parte del ser, como si fuese la pieza clave, esa respuesta a una pregunta no formulada, y que una vez que se revela hace sentirse completo. Eso que la mayoría de las personas nunca llega a descubrir, pero que buscan sin ser conscientes.

Y allí, frente a la imponente marcha del Ganges, sagrado y majestuoso, rompió a llorar.

Capítulo 8

El polvo de los caminos se había adherido a su uniforme, así como las dudas y los dilemas lo habían hecho a su mente. A lomos de *Jadar*, Simon recorría el último trecho del viaje, intentando despejar el cúmulo de sentimientos encontrados que lo había acompañado los días anteriores, los mismos que habían sembrado en él pensamientos perturbadores, dudas penetrantes.

Había acudido a Jhansi para ver a Lakshmi Bai y confirmar de primera mano la participación de su vieja amiga en la conspiración que estaba tejiéndose en contra los británicos. Ella, una mujer lista, había intuido sus verdaderas intenciones. Lo que se había iniciado como un reencuentro amistoso había terminado en gritos y airados reproches. Simon la había acusado de ser una insensata, de utilizar a sus hombres para un propósito mezquino y ella se defendía diciendo que los *angrezi* le habían quitado todo, como le habían quitado todo a la India.

Había llorado delante de él, en sus brazos; le había rogado que la entendiese. Como si él no hubiera estado presente cuando todo aquello sucedió, le contó las penurias que había vivido tras las muertes de su pequeño hijo y, luego, la de su marido. Lakshmi Bai era una mujer que sabía utilizar sus recursos; aunque era orgullosa y tenía un carácter de los mil demonios, de vez en cuando, si se veía acorralada, echaba mano al dramatismo femenino. Simon la conocía demasiado bien, por ello ignoró el numerito, la amenazó con ponerla en evidencia delante de las autoridades británicas si no abandonaba aquella desquiciada idea. Su severidad la había hecho tambalearse por un segundo, pero luego ella lo había mirado con arrojo; había vuelto a sacar las uñas y, con ellas, había desgarrado las viejas heridas de Simon.

—¡Te has vendido a ellos, Singh! —lo había acusado entre lágrimas—. Te has convertido en un *feringhi*. Y sé que lo haces porque crees que es tu destino, porque eres blanco y tienes el rostro de un *sahib*, pero un día entenderás tu error y verás que tu corazón es el de un indostaní. Querrás pelear a mi lado y yo te recibiré.

Simon se había quedado perplejo ante la declaración de la maharaní; la seguridad que exhibía lo horrorizaba. La había ignorado. Había abandonado el palacio poco después. Lo último que deseaba era seguir escuchando sus desvaríos.

Días más tarde, Bahadur Shah lo había recibido en el Fuerte Rojo de Delhi. El anciano descendiente de los emperadores mogoles había sido más colaborador que la *rani*, incluso lo había reverenciado a su llegada a Lal Qila, como lo hacía con cada visitante del ejército de la Compañía. Simon le había manifestado su inquietud por los panfletos subversivos hallados en Lucknow; el viejo se mostró impresionado por el contenido del material y, aunque Simon no se lo había preguntado, juró no tener que ver con aquella "disparatada campaña". Antes de marcharse del fuerte, el capitán había dejado una sutil amenaza pendiendo en el aire. Bahadur lo había observado con patente temor antes de despedirlo.

Parte de su cometido estaba cumplido; sin embargo, en lugar de sentirse satisfecho, Simon notaba un molesto peso en los hombros.

Ya internado en el bullicio de Cawnpore, absorbido por la marea humana que recorría sus calles e inmerso en los trepidantes aromas, se desvió hacia los *ghats* para ofrecerse un respiro. Deseaba volver a encontrarse, recuperar su justo de equilibrio, y solo allí podía encontrar la paz que tanto precisaba.

Al llegar al río, creyó ver un espejismo, una materialización de sus últimos ensueños. Abigail Fortescue estaba allí, de pie junto a Sarsaiya Ghat.

Estaba llorando.

Alguna clase de instinto protector lo había hecho aproximarse a ella antes de darse cuenta siquiera. En unos pocos segundos había desmontado y caminaba hacia la memsahib con el arresto de un defensor. Apenas notó su presencia, Abigail se secó las lágrimas y luego hizo algo que lo dejó sin palabras. Le sonrió.

—Capitán Ballard. Pensé que estaba usted fuera de la ciudad. —Esa inocente observación lo sumió más en el mutismo. ¿Había estado pendiente de él tanto como para notar su ausencia?—. Es decir, me dijeron que se había marchado. ¿Está todo bien?

Él vaciló. No, nada estaba bien y, aunque había intentado asumir

el control de las cosas, ahora se hallaba perdido, exhausto. Se sentía inútil, confundido y harto. Estaba harto de todo.

—Sí —replicó con sequedad.

Ella volvió a sonreír. Su mirada se llenó de una placentera sorpresa, como si un alivio inesperado la hubiera traspasado. Simon no le devolvió la sonrisa, como nunca lo hacía, porque hacerlo sería como agradecer el puñal que le estaba clavando.

—¿En serio? ¿Acaso su viaje se debió a…? —Apartó la mirada, con la pregunta a medio terminar.

—¿Qué hace aquí sola? —gruñó tras advertir que la muchacha no iba acompañada, una imprudencia imperdonable—. Este lugar no es seguro para una mujer blanca. Esto no es la campiña inglesa, *memsahib*.

—Me ha seducido esta visión. —Se encogió de hombros, divertida, ignorando la reprimenda—. Igual que a usted.

Lo único que me seduce eres tú, Abigail.

Tenía ganas de gritárselo en la cara y después besarla hasta dejarla inconsciente de deseo, pero prefirió callar y apartó el rostro. Tragó con fuerza. La visión del Ganges lo conmovía, en menor medida que ella, pero lo hacía, sin duda. Por eso estaba allí.

Por un instante compartieron un silencio placentero; los rostros fijos en las aguas plateadas, en el cielo que surcaban los pájaros.

—Capitán, siento mucho haber oído esa conversación del otro día, en el jardín del cuartel —dijo ella finalmente.

—¿Se disculpa por saber hindi?

—Ha sido una habilidad que me ha metido en problemas. —Su tono de voz se fue apagando a medida que hablaba—. Pero lo que oí rebasa todas mis experiencias.

Simon enarcó una ceja asomando la fiera intención que venía con él.

—¿Lo que oyó?

—Sí. Los cipayos, la rebelión, Bahadur Shah. Nadie en Cawnpore habla de eso, por lo que supongo es un secreto que pocos compartimos. —Apartó la vista con un atisbo de inquietud—. Me ha costado trabajo mantenerme callada y asimilar esa horrible posibilidad, pero lo he hecho. No le he contado nada a nadie.

—Señorita Fortescue, ¿de qué habla?

—Entendí lo que le contó Bin Rao, el niño *shudrá*. Los cipayos atacarán si el emperador mogol les da su bendición, se han estado reuniendo. Usted ha dicho que impedirá que suceda lo peor. —El rostro de Ballard se volvía más incrédulo a medida que el discurso de ella avanzaba; una treta necesaria. Ella perdió la paciencia—. ¡No tenga el descaro de decirme que malentendí al muchacho!

—Vaya, esto es incómodo, *memsahib*, pero creo que su imaginación le ha hecho perder la perspectiva. Bin Rao no me ha hablado de rebeliones, ni de bendiciones de emperadores mogoles. —Se rio sin humor—. No sé de dónde saca esa sarta de locuras. O quizá sea su hindi mediocre que le ha jugado una mala pasada.

Abigail estaba perpleja, los ojos castaños brotados de indignación.

—¿Cómo se atreve a negarlo? ¡Me insulta!

—Si fuera verdad eso que dice, Cawnpore estaría enloquecida. Por lo que veo —se volvió para panear la ciudad a sus espaldas—, las vidas de todos siguen imperturbables. Si ha inventado toda esta historia para entretenerse, sepa que no es nada gracioso.

La muchacha se envaró, un músculo diminuto le latía en la sien, por la mandíbula contraída. Los puños, apretados a cada lado de su falda de amazona, temblaban de ira.

—¡Sé lo que oí! ¡No me trate como a una loca!

—Podría recomendarle un buen instructor de hindi.

—¡Imbécil jactancioso!

Le propinó un puñetazo en el pecho, que Simon apenas sintió. Abigail quiso irse hacia el caballo, pero él la atenazó del brazo. Maldita fuera su tendencia a no dejarla marchar, aunque fuera para seguir recibiendo sus improperios.

—No me diga que por eso lloraba hace un momento. ¿Está asustada? —Aunque aquellas palabras fueron pensadas con toda mala intención, Simon las dejó escapar con insólita ternura. Los ojos de ella ardían de rabia al volver a mirarlo—. ¿O acaso ha sido Wilcotts? ¿No la trata bien su prometido?

—¿Me llama mentirosa y ahora pretende interesarse por mí?

—No la he llamado mentirosa.

—Me ha acusado de inventar una historia tan retorcida para entretenerme, aun cuando los dos sabemos que es la verdad. Sabemos que los cipayos quieren rebelarse contra los británicos. —Simon no dijo nada; la soltó de mala gana—. La información que manejamos es muy peligrosa y merece ser conocida. ¿Por qué nadie lo sabe? ¿Por qué no se lo cuenta a sir Hugh y a los demás oficiales?

—¿Por qué no se los ha contado usted?

—Porque no me creerían.

—¿Solo por eso?

—Y porque no me corresponde.

Simon entrecerró los ojos formando dos rendijas verdes inquisidoras.

—Señorita Fortescue, ¿realmente cree que es posible que suceda eso?

—¡Por supuesto! —afirmó sin una pizca de vacilación, ignorando el falso tono burlón de él—. Los británicos no hacemos otra cosa que fustigar a los nativos de todas las formas posibles. Después de tantos excesos, es lógico pensar que se encuentren enloquecidos de resentimiento, que traten de recuperar su tierra y lo que es suyo por derecho divino. —Sus palabras estaban cargadas de convicción, de sentimientos legítimos—. ¿Quiere saber qué pienso? No deberíamos estar aquí.

Abigail Fortescue no dejaba de asombrarlo, en ninguna de las formas en que una mujer podía asombrarlo. Simon no hizo más que contemplarla embebido, con el eco de sus palabras reverberando en la humedad que saturaba la ribera del Ganges. Temía que le brotase otra cabeza del cuello, como al dios Brahma después de crear el mundo.

Cuando Shatrupa, la primera mujer, vio la luz por primera vez, Brahma no podía dejar de mirarla. Era tan hermosa que, para no perderla de vista, le surgieron cinco cabezas que la seguían adonde fuera. Insólitamente, Abigail no se avergonzaba como Shatrupa y no apartaba la vista. Ella lo miraba a él con la misma intensidad que él lo hacía.

Vio a aquella dama inglesa que defendía al *thug* como una leona a su cría, que acariciaba el cabello sucio de Bin Rao sin ninguna aversión, que se interesaba por su familia y que lo aleccionaba sin querer. "Quiero ser justa y real." "No me conformo con la ignorancia, no forma parte de mi naturaleza." Sus palabras le llegaron como una ráfaga de viento, como si las estuviese escuchando en ese mismo instante. Sintió cierto temor al notar el efecto que causaban en él.

—Tiene razón.

—¿En qué? —quiso saber ella, a la defensiva.

—En todo, Abigail —susurró.

Giró sobre los talones en busca de *Jadar*, pero ahora era Abby quien lo retenía con manos urgidas.

—Oiga, no se vaya. ¿Qué quiere decir? Por favor, dígame lo que sabe.

—Ya tiene su respuesta —musitó—. Usted es lo bastante inteligente para sacar esa conclusión; también lo es para entender mi mensaje.

La mandíbula de Abigail casi se le desencajaba del rostro.

—Oh, Dios mío —susurró horrorizada—. Todo es cierto, entonces. ¿Sabe Wheeler lo que el niño le mencionó?

Sin pérdida de tiempo, Simon le tomó de la mano que ella, desesperada, había aferrado a la manga de la casaca roja. La llevó hasta la sombra discreta de unos banianos, arrastrando a su vez a los dos caballos. Encontró gracioso que fuera precisamente él quien tomara la iniciativa de resguardar el honor de la muchacha, alejándola de la mirada de los curiosos.

—Wheeler sabe parte de la verdad, igual que todo el ejército —comenzó a decir—. Si supiera lo que usted y yo, los cipayos de

nuestros regimientos la pagarían muy caro, sin importar si están o no involucrados. Lo único que deseo es lograr que se cancelen esas malditas municiones y que los maharajás dejen de utilizar a los soldados como carne de cañón. Cada uno tiene sus intereses particulares; ninguno de ellos es precisamente ver a la India libre. Los cipayos no deben pelear. Primero, porque lo harán desde la rabia, no desde la estrategia; segundo, porque perderán.

—Pero son muy superiores en número —dijo ella con una mueca de espanto—. Podrían hacer mucho daño.

Simon resopló dirigiendo su vista a la orilla opuesta del río, esa franja verdosa entre el azul del cielo y el plateado del agua. Ni siquiera sabía por qué estaba contándole todo eso a aquella entrometida e idealista *memsahib*. Quizá necesitara desahogarse, exorcizar su mente, vociferar sus temores.

Y ella compartía ese secreto.

—Eso sirve de poco si no hay liderazgos. Los cipayos son orgullosos y fieros, pero han sido entrenados para obedecer. Muy pocos, tal vez ninguno, tiene la capacidad para dirigir un contingente. Sin una figura de autoridad, están perdidos. Se limitarán a matar a diestra y siniestra. —Se detuvo al ver la expresión despavorida de Abigail, pero ella estaba lejos de acobardarse.

—Fue a ver a Bahadur Shah, ¿verdad? —Simon asintió—. ¿Y Lakshmi Bai? —formuló la pregunta con timidez. Él se preguntó si ella habría escuchado los absurdos chismorreos—. ¿También a ella fue a verla?

—Sí. —Prefirió omitir los detalles de su conversación con la *rani*.

Ella dejó escapar un gemido de angustia; una grulla chilló desde la distancia.

—Capitán, debe hacer algo, por favor. Yo me equivoqué desde el principio, creí que era un desalmado como otros oficiales. —Sacudió la cabeza, en busca de deshacerse de un recuerdo perturbador—. Sin embargo, ahora sé que los nativos lo respetan. Usted puede evitar una masacre.

Simon chasqueó la lengua.

—Abigail, yo soy solo un hombre. Si piensa que puedo evitar una guerra por mi propia cuenta, entonces es más ingenua de lo que había pensado.

—Pero usted lo ha dicho: si se cancela el uso de fusil, al menos en los regimientos de Cawnpore podrían aplacarse los ánimos. Entiendo que no se trata solo de eso, pero es algo. Sir Hugh lo escuchará.

Si tan solo ella supiera de todos sus intentos infructuosos, de todos sus fracasos al tratar disuadir a Wheeler de cometer aquel error, no le tendría tanta fe. No le pediría tanto.

—No me pida eso, *memsahib* —le dio la espalda.

—Tengo que pedírselo. Protéjanos, por favor.

—Yo no estoy en condiciones de proteger a nadie —le dijo todavía sin mirarla—. Pero voy a darle un consejo: váyase de la India.

—¿Irme?

—Hágalo cuanto antes.

Abby se lo quedó viendo perpleja. Corrió al otro lado, buscándole la mirada.

—¿Y los demás ingleses? ¿Se quedarán aquí, ignorantes, esperando una catástrofe?

Se rio sarcástico.

—¿Acaso piensa que es la primera vez que una amenaza de este tipo se cierne sobre la comunidad británica? Eso difícilmente los ahuyentará. Pero usted…

—¿Pero yo qué?

Cerró la mandíbula, reteniendo entre sus dientes la respuesta a esa pregunta que ni siquiera quería ofrecerse a sí mismo.

—Póngase a salvo. Lejos.

—Estaré a salvo bajo la protección del señor Wilcotts. Mi prometido no dejará que nada malo me suceda. Y si usted hace algo para evitar un desastre, entonces nos estará protegiendo a todos…

porque usted no dejará por ningún motivo que sus compatriotas salgan heridos, ¿verdad?

Finalmente la observó, pero lo hizo con ligero recelo.

—Muy pronto todo Cawnpore sabrá lo que sucede —murmuró, eludiendo la pregunta—. Y yo habré cumplido con mi único trabajo: darles un culpable.

Buscó al berberisco sobre el que ella había venido, que se hallaba pastando entre las raíces de los banianos, junto a *Jadar*. Le tendió la mano a Abigail para ayudarla a subirse, como forma de dar la conversación por zanjada. Ella no se lo impidió, aunque a leguas se leía su intención de seguir preguntando. Después de comprobar que estuviera segura a lomos del animal, la retuvo por un último instante, fiel a su repugnante hábito.

—Abigail, ¿por qué lloraba?

Los ojos marrones parpadearon con asombro; un rosado húmedo y brillante le bañó las mejillas. Simon se entregó a una pequeña fantasía íntima, donde ella también habría adquirido ese delicioso color, combinado con el velo de sudor que le arropaba la piel. Era tan hermosa que su mente no dejaba de evocarla.

—No quiero hablar de eso con usted.

—Yo le he contado mi secreto —murmuró con gesto inocente—, ¿no puede usted confiarme uno suyo a cambio?

—¡Oh, por favor! Usted no me ha contado nada —farfulló en tono sardónico y acusador—. Yo lo he averiguado con mi “mediocre hindi”.

Entonces, él rio.

Fue una risa alegre, musical, despreocupada. Abigail se contagió de ella con asombrosa facilidad, como si celebrara un hecho que recién la hubiera satisfecho.

Se reían de sí mismos, de todo. Habían sostenido una acalorada discusión sobre un tema extremamente serio, pero ahora se colaba entre ellos un soplo de distensión en aquella solitaria orilla, bajo el abrazo de los banianos y el rumiar del río.

—Su hindi no es mediocre. En verdad es correcto y hermoso.

—Gracias —dijo con timidez—. Todavía no es lo bastante correcto.

—Lo sabré después —sentenció en la lengua aludida, rebosante de certeza.

—¿Qué cosa?

—Por qué lloraba.

Y sin darle tiempo de reaccionar, palmeó la grupa de su montura, para enviarla de vuelta a casa.

* * *

Durante todo el camino de regreso, Abby repasó la inesperada conversación que había mantenido con Simon Ballard en los *ghats*. La confirmación de lo que ella había escuchado en el jardín, el peligro que suponían esos cartuchos para la seguridad de la gente de Cawnpore, incluyendo los ingleses, le erizó la piel. Contra toda lógica, experimentó un ligero alivio al recordar que él tenía la capacidad para influir para que aquel asunto no terminara en tragedia.

Aunque Ballard se había negado a asumir el rol de mediador y protector, sabía que no dejaría que nada malo sucediera, hasta donde sus fuerzas se lo permitieran. La información no podía haber caído en mejores manos: las de un hombre que respetaba a los nativos, y que era respetado por ellos en retorno.

Confiaba en él.

Sí, Abby confiaba. Aquel reconocimiento la abrumó, le arrancó una pequeña risa irónica. Y pensar que hacía unas cuantas semanas se había jurado odiarlo. No había sido más que un caótico infortunio el que los llevó a conocerse del modo menos adecuado. Le había salvado la vida sin que ella lo notara, había soportado sus vejámenes estoicamente, la había acusado de erigirlo como culpable de todas las desdichas del pueblo indio en cien años. Era cierto. Lo había juzgado y condenado. Se avergonzó de su propio comportamiento. Pero ahora lo veía de un modo tan distinto. ¿Cómo era posible?

Abigail, ¿por qué lloraba?

Con qué facilidad empleaba su nombre de pila. Y con cuánta naturalidad ella lo aceptaba. El único que la llamaba Abigail además de Simon Ballard era su padre. Ella había sentido el impulso inconsciente de responder a esa pregunta impertinente, pero se había detenido a tiempo. Era ella quien más deseaba formular preguntas, deseaba saber todo sobre él. Romper el misterio para que dejara de serlo.

¿Quién eres, Simon Ballard? ¿De dónde vienes? ¿Por qué no crees en nada? ¿Por qué has consagrado tu vida a perseguir *thugs*? ¿Eres amante de la *rani* de Jhansi? ¿Acaso la amas?

El caballo se detuvo solo frente al bungaló de los Callthorpe. Abby salió de su ensimismamiento al ver que Ravi, el mozo de cuadras, atendía al caballo de Henry. Sin siquiera advertirlo, la atravesó un acceso de culpabilidad. Se bajó de la montura al tiempo que Ravi corría para hacerse cargo del berberisco.

En el interior de la vivienda, su prometido la esperaba en silencio. Sobre la mesita chippendale de caoba del recibidor se hallaba un vistoso ramo de orquídeas y rosas miniaturas; el dulce perfume flotaba en la estancia. Al verla entrar, Henry se puso de pie, armado con una sonrisa tímida y una mirada que pedía disculpas por él. Ahí estaba el hombre con el que se casaría el 1° de junio, el hombre por quien había cruzado medio mundo. Había venido por ella.

Después de escuchar un discurso escueto, Abby lo perdonó.

Capítulo 9

La mañana del 24 de abril, bajo un estricto despliegue de seguridad, los fusiles Enfield modelo 1853 de avancarga, considerados los mejores rifles inventados por el hombre, arribaron a Cawnpore junto con las temibles municiones.

Desde las ventanas de las casas, ojos recelosos seguían los carromatos con la carga en su tránsito por las calles de la ciudad. Los niños lanzaban piedras a las bestias hasta que los soldados los incordiaban y los hacían huir espantados; los transeúntes murmuraban con gestos de desaprobación, las mujeres se tapaban las fosas nasales con el capuz de los saris. Más temprano, los comerciantes habían cerrado sus locales para marcharse a casa, como si la sola cercanía de aquellas profanaciones traídas por los británicos pudiera deshonrarlos. Un viejo mendigo, al que nadie prestó atención, fue el único que se atrevió a gritar a los soldados. Con la voz áspera y enferma, el hombre al que todos tomaban por loco elevó un mensaje que se perdió tras el golpeteo de los cascos de caballo.

La profecía es clara, les ha llegado la hora. Kali no perdona.

Los militares recibieron la carga en medio de una nube de recelo, sabedores de lo que simbolizaban aquellos cartuchos, sabedores de lo que podían ocasionar si las cosas se salían de control. Después de supervisar la entrega, de comprobar por sí mismo el funcionamiento del armamento junto con los demás oficiales británicos, sir Hugh ordenó que los fusiles fueran presentados a los cipayos. Esa misma tarde, hileras de soldados se formaron en el patio en sepulcral silencio, con las miradas oscuras y estoicas puestas en las demostraciones que el teniente Ralston ejecutaba.

El Enfield no era muy distinto al mosquete que hasta ese momento se utilizaba en el Ejército de Bengala, pero su ligereza y precisión de cien yardas lo hacían altamente competente con respecto al viejo Brown Bess. La nueva adquisición de la Compañía constaba de un cartucho compuesto de pólvora y una bala de plomo. El cartucho estaba ligeramente embadurnado con grasa de cerdos y reses para evitar que se mojasen durante la transportación y para lubricar la

introducción en el cañón del fusil. Antes de usarse, el cartucho debía romperse con los dientes y su contenido vaciarse en el cañón; luego, se introducía la bala, que era empujada por una delgada una vara de acero, con lo que el rifle estaba preparado para disparar.

Ballard intercambió una mirada tensa con Radcliff cuando Ralston ordenó a tres cipayos acercarse para probar los fusiles. La noche anterior no había logrado conciliar el sueño; sus intentos por convencer al general Wheeler de aplazar el uso del armamento como medida de precaución ante los hechos de Barrackpore habían sido inútiles. Sir Hugh estaba determinado a demostrar que lo que allí había ocurrido era producto de un imperdonable descuido, una muestra de ineficiencia de sus pares. El jefe de la guarnición se aferraba a la idea de que los cipayos temían demasiado a los británicos como para negarse a cumplir órdenes que podían costarles la libertad y una buena dosis de ignominia. El castigo en el otro acantonamiento había sido, al menos, eficaz y ejemplarizante.

Pramsu fue el primero en sostener el Enfield con actitud dudosa; los otros lo miraban con pesar, incluso con rastros de vergüenza. Cuando el jovencísimo *sepoy* se acercó a los labios la abominable munición, echó un vistazo desesperado a Gurjar, que lo miraba desde otra fila, con los ojos brotados, desprovistos de emoción alguna.

Simon, que no pasó por alto el gesto, dio un discreto paso adelante, moviendo los dedos hacia el gatillo de la misma pistola con la que había perforado el cráneo del *thug* que intentó degollar a Abigail. No le quedaría más remedio que volver a utilizarla si le daban una razón.

Pramsu accedió a morder el cartucho. Después de cumplir con el proceso para la carga del fusil, disparó a los blancos y se marchó a la fila con la cabeza gacha. Wheeler y Fitzralph sonrieron. Otro cipayo, Prateek, se dispuso a cumplir la orden; al igual que el primero se llevó el cartucho a la boca sin protestar. Contrariados, los demás cipayos se miraban las caras, conscientes de que si los primeros mostraban tal sumisión, ya no quedaría esperanza para el resto de ellos. En secreto, algunos esperaban un milagro de último momento que les impidiese tener que hacer uso del fusil. Vistas las cosas, ahora tendrían que adoptar el arma de un momento a otro. Estaba decretado que quienes entraran en contacto con las municiones serían rechazados por el resto de los miembros de su casta, incluso por sus familias. Cuando murieran no quemarían sus restos y, de acuerdo, con la creencia

hindú, no reencarnarían.

Simon bajó la mirada, exhalando un resoplido pesaroso. Era tremendamente injusto, inhumano. ¿Cómo era posible que la Compañía estuviese tan cegada por el poder? ¿Cómo podían pasar por alto el hecho de que, si atentaban contra las creencias de la fuerza militar, los hombres podían volverse en su contra amparados por la ventaja de la numerosidad?

Y entonces, mientras las cavilaciones del capitán Ballard tenían lugar, la conmoción se apoderó del patio del acantonamiento. En un instante de agonía, Sangam, el tercer cipayo designado para la odiosa tarea de probar el armamento, había dirigido el cañón hacia sir Hugh, Fitzralph y Radcliff después de prepararlo con furibunda precisión. Una expresión de profundo horror cruzaba las facciones del *brahmin* mientras sujetaba el fusil que le había ensuciado el alma y desprovisto del honor, según él mismo sollozaba con tono acusador.

En un parpadeo, los oficiales de caballería apuntaron sus mosquetes contra el descontrolado Sangam. Los líderes, al hallarse desarmados, levantaron las manos en señal de rendición. Wheeler le ordenaba al muchacho que fuera sensato, a diferencia de Radcliff, su superior, que lo taladraba con la mirada, convencido de que más tarde podría escarmentarlo a placer. Ballard decidió intervenir.

—El chico está fuera de sí, déjenlo en paz —gritó mientras caminaba hacia el aludido. En tono razonable exigió que le entregara el fusil—: ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Quieres pasar diez años recogiendo desperdicios en las carreteras? —Extendió la mano hacia el rifle—. Dame eso.

Sangam, de un rostro oscuro y redondeado con barba incipiente, que se dejaba crecer para ocultar su apariencia aniñada, se negó a mirarlo.

—Calla, Ballard *sahib* —gritó con la mirada fija en su blanco—. Tú no has hecho nada para evitar esto.

—Te equivocas.

—¿Por qué querrías mover un dedo por hombres inferiores a ti?

—Acaben de una vez con esto —aulló Fitzralph—. ¡Disparen!

—¡No! —protestó Ballard que no comprendía cómo su par podía ordenar que hiriesen a un cipayo delante de sus compañeros.

Lo observó con altanería, recibiendo a cambio una mirada de desprecio. ¿Es que aquel maldito imbécil no era capaz de medir el coste de sus actos?

—Que nadie abra fuego.

Los oficiales miraron a uno y otro, pero ninguno efectuó una sola detonación. Sangam seguía apuntando a Wheeler y compañía bajo la mirada trastornada pero atenta de los demás soldados. Simon supo que era el momento de apelar a su ventajosa condición de políglota.

—No conseguirás nada con esto, Harish —le dijo en tulu, el dialecto con el que Sangam había crecido y que muy pocos de los presentes comprendían—. No vale la pena perder la vida por culpa de estos degenerados.

Harish parecía atónito, pero se limitó a chasquear la lengua.

—¿Ahora estás de lado nuestro, capitán *sahib*? ¿Por qué no lo estuvo cuando nos enviaron a morir al otro lado del océano? —le contestó en los mismos términos.

—¡Ya es suficiente, Ballard! —insistió Fitzralph en inglés—. ¡Deja de balbucir! ¡Disparen de una vez a ese malnacido!

Los oficiales ingleses a caballo, los mismos que estaban bajo las órdenes de Simon, vacilaron. Al final se negaron a obedecer, para alivio de este.

—Harish, no seas tonto —insistió el capitán—. ¿Quién cuidará de Usha y de Saraswati si te encierran? —Se refería a su esposa de catorce años y a su pequeña hija recién nacida—. Solo te tienen a ti. Dame eso, Harish. No es demasiado tarde. Hablaré con Wheeler y lograré que te den tan solo algunas semanas en los calabozos.

Sangam tragó saliva. La indecisión comenzaba a hacer mella en él.

—¡Si te matan, Usha será entregada al fuego! —insistió, sabedor del amor inconmensurable que Harish profesaba a su mujer—. ¿Quieres eso para ella?

Por primera vez, el muchacho, bajó la vista, contrariado. La nuez

sudorosa subió y bajó por su cuello. Entonces, para sorpresa de todos, Gurjar rompió filas. Se dirigió presto adonde se suscitaba la disputa. Cientos de pares de ojos lo siguieron. Alarmado por la intención del rajastaní, Simon corrió para bloquearle el paso.

—¿Qué estás haciendo? ¡Vas a empeorar las cosas!

—¡Déjeme pasar, Ballard! —bramó haciéndole frente.

—¡Vete de aquí!

Los dos uniformados se enzarzaron en una ofensiva de gritos y empujones que culminó cuando un disparo atronador rasgó el aire. Simon se volvió con el pecho agitado. Harish Sangam había herido a Radcliff en un costado, arrancándole una maldición de dolor. En un parpadeo, los oficiales a caballo reaccionaron contra el *brahmin*: el muchacho recibió tres impactos que llegaron desde distintas direcciones. Gurjar y Ballard corrieron hasta él.

Sangam tenía heridas en un hombro y en un muslo, además de un tiro en el corazón que desconcertó a Simon. Quien lo había hecho no solo quería detenerlo: también lo quería muerto.

Como consecuencia del último disparo, el muchacho agonizaba murmurando incongruencias con la vista fija en Gurjar. La sangre comenzó a manar al tiempo que los demás cipayos, desatendiendo las órdenes de sir Hugh, rompían filas para acercarse al herido. Ballard giró y vio a Fitzralph, que todavía apuntaba el cañón de la pistola humeante.

Aquel hijo de puta había sido el autor del impacto fulminante.

El caos no tardó en apoderarse del patio del cuartel. Se oyeron gritos de indignación y otros que llamaban al orden. Cuatro hombres del 53° tomaron al muchacho y corrieron con él en brazos hasta la enfermería. Dos oficiales escoltaban a Radcliff, que iba por sus propios medios. Los cipayos protestaban airados, con los puños al aire, por aquel horrible ajusticiamiento contra el joven e impulsivo Sangam. Un tiro en el corazón contra un cipayo alterado por la amenaza a su fe, que había efectuado un disparo que tan solo había rozado a Radcliff, era más de lo que podían tolerar. El acto estaba fuera de toda razón.

Con disparos al aire, los oficiales intentaron apaciguar a la multitud encolerizada. Gurjar se puso de pie, le echó a Ballard –que

había quedado en el suelo junto a los rastros de sangre de Sangam– una mirada desafiante. El capitán vio en aquellos ojos oscuros y centelleantes un dejo de lastimosa conformidad. Y fue así como, lo que antes no había podido ver, se reveló ante él con asombrosa nitidez: el rajastaní había ocasionado todo aquello, había sido tan culpable como Fitzralph de la inminente muerte de Sangam. Se había acercado para alterar a Ballard, para poner nervioso al *brahmin*, para lograr que disparase y que lo que sucediera a continuación soliviantase el ánimo de los soldados.

Mientras temblaba de rabia, Simon lo injurió. Se fue hacia él con los puños cargados de furia. Se requirieron al menos diez hombres para separarlos, después de cinco minutos de golpes brutales.

* * *

Harish Sangam murió unos minutos después de arribar a la enfermería del cuartel. Los cipayos se encontraban en tal estado de crispación que fue necesario que sir Hugh decretara la suspensión de los fusiles para acallar las airadas protestas. Radcliff, que tan solo había sufrido un rasguño, amenazó con enviar a Birmania a todo aquel soldado que diera señas de amotinamiento. Fue así como se extinguió una insurrección en el interior de las tropas de Cawnpore.

Después de soltar un rapapolvo al autor del disparo mortal, el jefe de la guarnición ordenó el confinamiento de todos aquellos uniformados que habían intentado establecer la anarquía, Gurjar entre ellos. Habría querido enjuiciarlos, pero las advertencias de Ballard comenzaban a hacer mella en el experimentado general sir Hugh Wheeler.

Cuando supo de la muerte del *brahmin*, Simon quiso desquitarse con Fitzralph, pero se encontró con que sir Hugh lo había enviado a casa. Entonces se adentró en los calabozos para encarar a Gurjar.

El lugar de reclusión del acantonamiento militar de Cawnpore era una mazmorra angosta construida en piedra, donde los únicos hálitos de luz provenían de las antorchas adheridas a los muros. El techo curvado era tan bajo que un hombre de la estatura de Simon Ballard debía inclinarse para adentrarse en ella. Por si fuera poco, apestaba a

orines y a *bhang*. Toda una plétora de delincuentes y malvivientes confluían en el interior de la mazmorra, desde ladrones de baja estofa hasta estafadores de renombre. Al pasar por el estrecho pasillo, los detenidos clamaban piedad en distintas lenguas. Manos mugrientas, que Simon apartaba con enojo, le rozaban el uniforme.

Al final del corredor, en la celda más retirada, Gurjar cavilaba sobre un catre, con la vista fija en el techo. No bien notó la presencia de su visitante, el rajastaní se puso de pie de un salto. Lo recibió con una postura desafiante: la mandíbula alzada y la mirada flameante.

—¿Has venido a matarme ahora que los demás no están mirando?

—Si te quisiera muerto te habría matado en el patio —replicó Ballard con la voz transformada por la cólera—. Eres más útil vivo.

Gurjar le mostró los dientes en una risa áspera.

—Eso es lo que somos para ellos, ¿verdad, Ballard? Perros útiles —farfulló—. Incluso tú. Eres blanco, pero la mayoría te ve como a uno de nosotros. A los ojos de tu gente no vales más que yo o que Sangam, aun con todas esas malditas medallas de oro.

Determinado a sortear las pullas, Simon musitó:

—Sangam ha muerto.

La sonrisa del rajastaní se atenuó.

—Muchos han muerto, ¿qué importa uno más?

—¡Murió por tu culpa, desgraciado! —gruñó—. Tú buscabas esto.

—La muerte de Harish no quedará en vano, como no quedará en vano la de Mangal Pandey y la de nuestros hermanos caídos al otro lado de las aguas negras, y en todas las batallas adonde nos han enviado los británicos.

Chasqueó la lengua.

—Estás loco.

—¿Loco? —Gurjar soltó una risa amarga, que no le llegó los ojos —. Hemos estado dormidos por mucho tiempo, cumpliendo órdenes con la cabeza baja. Hemos exterminado a los nuestros por

insignificancias, porque se niegan a cultivar opio como los ingleses les exigen. Para lo único que servimos es para cuidar su botín mientras ellos arrasan con todo: nuestras tierras, nuestra fe, nuestra dignidad. Se burlan de nuestra religión obligándonos a disparar esos malditos fusiles, y nos mandan a esos odiosos *kafires* para que nos enseñen su fe. —Hizo una pausa sombría antes de sentenciar—: Pero ya no más.

Simon se abstuvo de decir nada.

—Sé que has estado observándonos, Ballard. Sabes más de lo que admites. Sabes que el raj británico está a punto de caer.

—¿Tú vas a derrocarlo?

—Lo hará un ejército entero: trescientos mil indios contra sesenta mil blancos. Les haremos saber la furia de Kali. La sangre británica correrá como ríos por todo el Indostán. No lo digo yo, lo dice la profecía: el raj británico durará tan solo cien años.

—Gurjar, no puedes ser tan imbécil como para confiar tu vida a una profecía. Los soldados nativos son más numerosos, pero ello no implica que puedan vencer a los británicos. Los demás regimientos de la Compañía y de la reina en otras tierras llegarán aquí en cuestión de semanas y la venganza será implacable. Tú sabes de lo que son capaces.

—Para entonces ya habremos tomado Indostán por los cuatro costados y será una fortaleza impenetrable —rezó con una convicción que hizo estremecer a Ballard.

—¿Eso es lo que buscan? ¿Y qué harás cuando lo consigan? —lo enfrentó—. ¿Quién gobernará? Indostán no es de nadie y es de todos, Gurjar. Ni siquiera dos rajás pueden ponerse de acuerdo para usar un pozo o un templo sin iniciar una guerra. Cada uno tiene sus propios intereses, que no negociarán tan fácilmente.

—Restableceremos a Bahadur Shah. Él será la autoridad que necesitamos.

Ballard resopló.

—¿Ese viejo decrépito?

—Su estirpe quedará y nos acogerá a todos.

—¿Crees que la India se unificará de la noche a la mañana? Eres ingenuo. —Lo miró con furia, pero también con impotencia—. Lo único que traerán será más guerra, no entre indios y blancos sino entre hermanos. Los británicos no se quedarán de brazos cruzados. Si hasta ahora han sido implacables, cuando se vean retados serán feroces. No quedará piedra sobre piedra, Gurjar.

El cipayo hizo una mueca de dolor. Las pupilas oscuras, como una noche sin luna, se hincharon hasta teñirle los ojos de un negro insondable. Ballard vio traslucido en ellas el más punzante dolor. La deshonra, la impotencia y la desesperación habían perforado un hoyo en el alma del guerrero rajastaní. Esas mismas emociones lo alcanzaron a él. Se vio en la necesidad de tragar saliva.

—¿Qué quieres que hagamos entonces, Ballard? ¿Seguir arrodillados por otros cien años? ¿Enriquecer más a los británicos mientras morimos de hambre? —masculló—. No hacemos más que humillarnos, trabajar como bestias para que ellos vivan bien en esa maldita isla fría y diminuta. —De pronto, deglutió todo el dolor, la vulnerabilidad. Su rostro volvió a ser severo—. No somos los únicos. Otros pueblos han luchado contra los británicos para ser libres y han ganado, ¿por qué nosotros no tenemos el derecho de hacer lo mismo?

—Lo sé —susurró Simon—, pero no es el momento, Gurjar. La profecía es una trampa. No están listos para enfrentar a semejante monstruo. No pueden hacerlo ahora ni mucho menos de esta manera que dices. Sería un fracaso total.

—Tenemos vigor y convicción.

—¡Una mierda! Conozco sus deficiencias.

—Sí —susurró. Echó un vistazo al largo corredor de la prisión antes de volver a hablar—. Sé que nos faltan cabecillas. Pero si alguien como tú se nos uniera, al menos nuestro éxito en Cawnpore estaría garantizado. Tu liderazgo es de un valor inconmensurable para esta causa, Ballard. Si te nos unes, los demás te seguirán con ojos cerrados.

Simon no daba crédito a la oferta del rajastaní; lo observó de hito en hito. Allí estaba de nuevo: la misma aberración que Lakshmi Bai le había insinuado.

—¿Qué te hace pensar que aceptaré?

Gurjar respondió con otro interrogante:

—¿Por qué no nos has delatado, Ballard? ¿Por qué no has contado a Wheeler todo lo que sabes?

—Porque quiero hacerlos entrar en razón —respondió él, desconcertado.

—¡No! ¡Porque en el fondo eres un indio y lo sabes! —soltó tajante, mirándolo con ojos encendidos que planteaban un desafío—. Porque te han usado como a nosotros; has luchado y enfermado en el frente, te han herido sin que a nadie le importe tu vida. No tienes a nadie que espere por ti en Inglaterra, ni en ninguna otra parte. Eres un hombre sin más tierra que Indostán, Simon Ballard. No tienes más familia que los *thugs* que te criaron en el desierto; no tienes más madre que Sujana, la mujer del jefe de los estranguladores de Bihar. ¡Si reniegas de eso eres un hijo de puta desagradecido!

Con la sangre encendida, Simon lo tomó de la sucia camisa por entre los barrotes de la celda. Lo sacudió con la fuerza de la ira que había desatado en su interior.

—¿Cómo te atreves? ¿Crees que me conoces porque sabes un par de cosas sobre mí?

—Sé que los odias, como nosotros los odiamos, Ballard —continuó azuzándolo con la voz constreñida—. ¿Qué importa si eres blanco? Esta gente te margina, desconfía de ti. Tus mismos coterráneos te desprecian porque no has sido educado como ellos. ¡A nadie le importas!

Enceguecido por la rabia, turbado por la agudeza de aquellas palabras, que pinchaban una parte blanda de su ser, el capitán lo tomó de la garganta con ambas manos. Cuando el rajastaní comenzó a gorjear, privado de la respiración, Simon lo soltó.

Se marchó de allí con el pecho acelerado; dejó al guerrero jadeando en el suelo de la celda.

* * *

La noticia del conato de motín en Cawnpore corrió por la India como un reguero de pólvora. Para el siguiente día, los ciudadanos británicos de la estación manejaban el suceso con soberbia propiedad, se enfrascaban en los detalles más nimios, que comentaban y referían en las reuniones sociales, como si hubiesen presenciado el hecho. Añadían al relato detalles de sus propias figuraciones, que ampliaban en cartas kilométricas enviadas a sus familiares y amigos en Inglaterra. En los clubes de caballeros, en las oficinas, en los establecimientos comerciales y en los tés de señoras no se hablaba de otra cosa.

Se había instalado, sin embargo, un estado de alivio colectivo. Los colonos habían asumido que lo peor había pasado. El cuerpo del cipayo amotinado había sido entregado a sus parientes para el ritual de cremación, y quienes habían intentado vengar su muerte se hallaban bajo custodia. Ahora Cawnpore, habiendo evitado una tragedia e identificado a los soldados desleales, podía dormir en paz.

Durante la prédica de ese domingo, el reverendo Catesby condenó el hecho, tildó de demente al indio muerto y de fatuos a los que intentaron establecer el caos. Abby jamás le había escuchado un discurso más vehemente o más implacable que ese día, cuando escupía sentencias y escarnios contra el hinduismo.

—Esa fe debe ser expulsada de las mentes de los nativos, hijos míos —rezaba el clérigo—. Algo que esté tan manchado de muerte y salvajismo no puede subsistir entre nosotros, los hijos del Dios único, del rey de reyes. Este día llamo a los soldados de Cristo a complacer a Dios y a borrar de la faz de la tierra estos cultos paganos.

No se dijo nada, sin embargo, de los disparos que cegaron la vida del *brahmin*. Abby se enteró del hecho mientras tomaba el té con Anna y su madre. Se había visto obligada a no hacer un comentario o mostrar un ápice de indignación delante de Beatrice, en tanto que la mujer parecía poco dispuesta a tolerar otra imprudencia como la que había protagonizado días atrás en el cuartel.

Ahora, en la iglesia de St. John, los británicos celebraban el hecho abiertamente. Alguien aventuró que los detenidos deberían haber sido colgados sin contemplaciones y sin todo aquel burocratismo militar. Ese alguien fue Marcus Wilcotts. Otro alegó que no había razones para la suspensión del cartucho, a quien Abby no pudo evitar taladrar con la mirada. Se trataba de Godfrey Wheeler, el hijo mayor de sir Hugh.

Apenas podía creer que todavía hubiera quien justificara el uso de semejantes recursos de profanación.

Desde los banquillos de atrás, un cúmulo de murmuraciones le llegaba a los oídos. Alguien relató a un despistado que el capitán Ballard se había acercado al soldado amotinado, se había dirigido a él en su lengua nativa –por desgracia desconocida para los oficiales– y le había hablado con tono conciliador para hacerlo entrar en razón. Luego se había ido a los puños contra un cipayo que había abandonado filas para intervenir. Fue en ese momento cuando el amotinado disparó contra Radcliff. Otra versión, la que Abby escuchaba con la sangre latiéndole en las sienes, afirmaba que Ballard había hablado al cipayo en una lengua desconocida por los demás oficiales para que no captasen su orden: disparar al general sir Hugh Wheeler. El soldado que rompió filas no toleró la cruel manipulación y quiso hacer algo para evitar que su compañero encarase el mismo destino que Mangal Pandey.

Un caballero cercano al señor Hillersdon masculló que no lo habría sorprendido que Ballard hubiera alentado al cipayo a disparar.

—¡Por el amor de Dios! Ese hombre está más allá que acá —gruñía contrariado—. Todavía no entiendo cómo lo han ascendido a capitán.

—Ni siquiera viene a la iglesia —completó su mujer—. De seguro profesa la fe de los brahmanes; a ellos no les importa sacrificar a los suyos con tal de cumplir sus objetivos. Que imprudencia la de sir Hugh la de traer a ese paria a nuestro ejército.

A la salida del servicio, las señoras corrieron como gallinas adonde se hallaba Megan Radcliff a fin de interesarse por la salud de su esposo. Abby, que ya había hablado con ella previamente, se mantuvo al margen. Sabía que el coronel se hallaba perfectamente y que se recuperaba de la herida menor que había recibido. De Ballard, sin embargo, no se sabía nada. Se decía que el capitán había terminado herido después de su pelea con el cipayo y que no había dejado que lo atendiese el médico del regimiento. Luego del horrible episodio, había ingresado a las mazmorras del cuartel y, minutos después, se había marchado del acantonamiento.

—Eso es para que sigas defendiendo a esos sucios nativos, muchacha tonta. —El susurro virulento provino de la señora Garnis, que tropezó con ella a las puertas del templo.

Abby no tuvo ocasión de responderle. Después de lanzarle una mirada cruda, la mujer se alejó dejándola sumida en una marea de desconcierto.

La incertidumbre dio paso a la inquietud; la inquietud a la resolución. Esa misma tarde se fingió enferma para no tener que acudir a casa de los Wilcotts para otro tedioso almuerzo y la posterior cháchara femenina. Afortunadamente, Henry fue comprensivo, al igual que los Callthorpe, que la dejaron al cuidado de Sharmila.

Después de despedirse de sus anfitriones en el porche del bungaló, Abby corrió a las caballerizas para rogarle a Ravi que la dejase llevarse el berberisco. No fue difícil convencerlo; el viejo le había tomado cariño. Fue él quien le dijo que el animal respondía al nombre de *Harshal*, que significa "felicidad". Ella había sonreído al escucharlo. Sharmila le preparó las ropas de amazona sin hacer preguntas. Cuando el caballo estuvo listo, al igual que ella, salió a toda prisa del acantonamiento civil. Recorrió los caminos polvorientos hasta avistar la silueta de la ciudad. Rastreó el mercado, los *ghats* y los templos, hasta que vio a Bin Rao, que se disponía a trepar una palmera para ganar una apuesta a otros chicos mayores que él.

—Debes decirme dónde vive el capitán Ballard —le soltó urgida.

El muchacho le brindó las indicaciones, no sin cierta mirada de preocupación. Tendría que salir del perímetro de la ciudad para poder dar con el capitán, dado que Ballard vivía en Jajmau. Aunque el muchacho insistió en acompañarla, Abby se negó.

Antes de abandonar la seguridad de la ciudad se lo pensó de nuevo. ¿Valía la pena arriesgarse? ¿Era su necesidad de saber tan imperiosa como para llevarla a internarse en terrenos desconocidos? El recuerdo de su horrible experiencia en los caminos, cuando el *thug* estuvo a punto de abrirle la garganta con el cuchillo, le hizo estremecer. Luchó contra la sensación, se aferró a las preguntas que bullían en su interior. ¿Y qué haría una vez que su curiosidad fuera satisfecha?

Pese al miedo que la embargaba –el miedo a lo desconocido y el de confirmar lo que su mente inquieta había comenzado a trenzar–, una voz en su interior dictó la sentencia. Resuelta y con ánimos renovados, golpeó los flancos de *Harshal* con los talones. Se alejó de Cawnpore por un sendero desértico y poco hollado, como el que le había descrito Bin Rao. No había ingleses por allí. Tan solo llegó a toparse con uno

que otro nativo que transportaba agua o arreaba a sus bueyes por la orilla del camino. Una mujer llevaba a un niño pequeño en brazos; Abby tuvo la sensación de que venía de muy lejos, que había caminado días enteros. Cuando quiso mirarla a los ojos, la mujer apartó la vista en el acto.

Muy pronto se vio en una amplia explanada, tocada por la destemplanza del sol vespertino. La arena parda brillaba al contacto de la luz, en la lejanía el paisaje se desdibujaba por la viscosidad del aire. Ningún árbol y ningún arbusto daban señal de vida en aquel desierto cuya existencia ignoraba. Las siluetas de las colinas grises y verdes, muy lejos de allí, daban la impresión de ser pinturas bien logradas por un artista melancólico. El calor era más intenso allí por la ausencia de árboles; de seguro las noches eran despiadadas y frías en invierno.

Abby no supo qué pensar. ¿Por qué había elegido él vivir en un lugar tan desolado? ¿Por qué no lo hacía en el acantonamiento como otros oficiales de su mismo rango? ¿Por qué deseaba estar lejos de los otros ingleses? ¿Por qué había autoexiliado?

A orillas del Ganges, que asomaba sobre las arenas como una franja plateada, divisó un bungaló sencillo, de una sola planta, con muros estucados y tejas de arcilla. Cabalgó hacia él sin más tardanza, con la certeza de que había hallado lo que buscaba. A medida que se acercaba vislumbraba los detalles de la estructura: las puertas y ventanas eran de bambú pintado de blanco; el porche, rodeado de pasamanos hechos con palos de álamo blanco. Una mesa desvencijada y un par de sillas se apretujaban para caber en el estrecho recibidor.

Desmontó frente al bungaló, debatiéndose entre sus deseos de entrar y los de salir huyendo. Pero no había llegado tan lejos para acobardarse a última hora. En dos saltos trepó los tres escalones de entrada. Golpeó la puerta repetidas veces. Nadie acudió al llamado. Estuvo a punto de darse por vencida, pero entonces, movida por un impulso inconsciente, giró el picaporte con lentitud. Se sorprendió al comprobar que la puerta estaba abierta, y no vaciló en penetrar en la vivienda con la garganta constreñida y el corazón acelerado.

El hogar de Simon Ballard era tan austero en el interior como en la fachada. Los pisos estaban hechos con madera desigual; los muros, blancos y desnudos, enyesados sin ninguna sutileza, no exhibían cuadros ni ornamentos de ningún tipo; las ventanas entreabiertas

carecían de cortinas. Los pocos muebles, de fabricación rudimentaria, eran de bambú con cojines sencillos, confeccionados con escaso gusto. En un rincón, una pequeña biblioteca rebosaba de libros; a su lado, se encontraba un baúl cerrado con candado. Más allá se hallaba una chimenea de piedra, en cuya repisa descansaba un reloj de arena; enfrente había un viejo sillón con apoyapiés.

Abby recorrió con los ojos los escasos detalles de aquella vivienda, que uno podía deducir, pertenecía a un hombre que no concedía demasiada importancia al concepto de hogar. Se sintió tentada a husmear en la biblioteca, a ingresar en la pequeña cocina que asomaba tras un estrecho pasillo, a ocupar el sillón e invadir su espacio, pero se limitó a buscar al señor de la casa. Aquella estaba lejos de ser una visita social. Echó un vistazo a través de una de las ventanas posteriores.

Y entonces lo vio.

Se hallaba sumergido en las centelleantes aguas del Ganges. Por un momento, su mente aletargada no lo reconoció. Tan solo reparaba en las fuertes brazadas, el asomo de una espalda morena, los hombros bien formados haciendo esfuerzos para deslizar aquel cuerpo por el agua y una cabeza oscura que se sacudía la humedad. Aquella espléndida visión la hizo recular, pero, al mismo tiempo, precipitó el palpitar en su pecho. Vaya momento para ser consciente de que no debería estar allí, de que no debió haber entrado a esa casa sin permiso. Era un momento demasiado íntimo, y ella era una intrusa. Los pies, sin embargo, no hicieron el más pequeño esfuerzo por retroceder. Sus ojos, que habían nacido con una curiosidad rayana en la imprudencia, tampoco interpretaron el acceso repentino de sensatez: se quedaron fijos en aquel hombre imponente, resguardados por la clandestinidad de las ventanas. Ballard se bañaba. Su caballo, desembarazado de la silla de montar, bebía agua del río a poca distancia.

Abby contempló al oficial por unos minutos, no supo exactamente cuántos, pero apenas cayó en la cuenta de que había venido a hablar con él y no a devorarlo con la mirada, se armó de valor y fue adonde estaba. Atravesó la puerta posterior del bungaló con prudente lentitud, se sentó sobre uno de los escalones a la espera de que él se percatara de su presencia, pero Ballard seguía embelesado en ese pequeño ritual. Vestía tan solo unos pantalones blancos y holgados de algodón, que al ras del agua se abombaban y transparentaban. En ocasiones se hundía

por completo y en otras flotaba con todo el cuerpo distendido, con los ojos cerrados, como si meditara.

Hacía tanto calor que Abby experimentó una punzada de envidia; ella no tenía permitido zambullirse como él lo hacía. No estaría bien visto, mucho menos cuando había un caballero cerca. Pero, a decir verdad, ¿quién, además de ella, podría estar espiando en aquel pedazo de tierra en medio de la nada? Se rio de su propia ocurrencia. ¿Abigail Fortescue bañándose a la intemperie?

Cuando posó los ojos de nuevo en la figura de Simon Ballard, él ya la estaba mirando. La observaba paralizado, con una expresión de fiero asombro. Por sus ojos verdes, también cruzaba un atisbo de lujuria evidente.

La primera sensación que la traspasó fue la de pudor, pero cedió apenas la inundó el temor. Cuando él abandonó el río, finalmente, Abby experimentó el deseo. La piel húmeda le brillaba bajo el sol como si estuviera hecho de bronce. El agua le resbalaba por las mejillas suavizadas, los brazos bien formados, los anchos hombros y el pecho cubierto de vello incipiente, hasta encontrar los surcos del abdomen, de apariencia maciza. Sin ser consciente, Abby aferró ambas manos al escalón de madera donde se había sentado, hasta que los nudillos se le tensaron. Notó que los pantalones que Ballard traía puestos eran de un algodón muy fino, tanto así que se le pegaban al cuerpo, develando la piel, esculpiendo las piernas torneadas, de cuádriceps abultados. El talle era tan bajo que la cadera se asomaba de un modo perturbador. Los únicos hombres de carne y hueso, cuyos torsos había visto desnudos eran nativos trabajadores de apariencia enclenque, por eso la visión de un hombre ejercitado y saludable como Simon Ballard hizo que el suelo bajo sus pies se sacudiera con violencia.

Cuando el capitán se reunió ella en la entrada de la vivienda, Abby sentía que se hallaba en un sueño. Lo miró todavía desde el escalón, de abajo hacia arriba, como una flor mira al sol. Aún mostraba los moretones de la pelea. Le salpicó agua cuando él se echó atrás el cabello húmedo, colmado de gotitas plateadas que al contacto con el sol brillaban como diamantes diminutos.

—¿Cómo supiste donde vivo?

Ella tuvo que tragar saliva con fuerza antes de emitir palabra.

—Bin Rao me lo dijo.

—Ya veo.

Le hizo un gesto con la mandíbula para invitarla a entrar a la casa. Abby se puso en movimiento con lentitud, apoyándose en el rústico pasamano para no caer.

—¿Eso ha sido una ablución? —le preguntó mientras lo seguía a la casa.

—Te dije que no soy un creyente.

—¿Vives solo? —continuó ella apenas cruzaron el umbral de la puerta.

—No tengo una esposa, si es eso lo que quieres saber —mientras le hablaba se deshacía de la humedad con una toalla; Abby volvió a mirarlo sin querer, sin prestar atención al tono íntimo que estaba empleando con ella—. ¿Algo para tomar? ¿Té? ¿Café? —Ella sacudió la cabeza en negativa; él se le quedó viendo con creciente interés. Sus ojos no dejaban de brillar con aquella magia sugestiva que empezaba a incomodarla, no porque le disgustara, sino porque hacía vibrar una parte de ella que apenas había aflorado y que, a pesar de sus esfuerzos, revelaba un poder peligroso. Con un susurro suave, Simon Ballard se acercó a ella—. Oh, quieres ir al punto.

Abby comprendió lo que quiso decir, pero no logró reaccionar para sacarlo de su error. Estaba demasiado enajenada para la retórica. La visión de él le había traído a la memoria las conversaciones con Tess, había avivado su curiosidad. Tenía el pulso descontrolado cuando reunió el valor para apartar la vista.

—No. No he venido para eso.

—Abigail, estás en el bungaló de un hombre solo. —Él se acercó más, hasta derramarle su aliento cálido sobre la garganta; el olor a humedad y a hombre, no cualquier hombre, sino a Simon Ballard, la envolvía—. No me culpes por querer seducirte.

Sin saber cómo, la acorraló en uno de los rincones desnudos de la habitación. Volviendo a sus ojos flameantes, Abby retrocedió unos pasos hasta sentir la fresca escayola contra su espalda. Delante de ella tenía al hombre que había estado devorando con la mirada, hermoso y

fiero. ¡Por supuesto! Por ello estaba actuando de esa manera. Se creía con el derecho de incitarla porque había notado cómo lo miraba, se había percatado del interés de ella. De seguro, estaba acostumbrado a que las *memsahibs* aburridas lo buscasen para pasar un rato de placer entre sus brazos. Después de todo, los oficiales tenían incluso un lugar donde recibirlas en el cuartel. Aquella idea que volvió a ofuscarla, la ayudó a hacer acopio de valor.

—Capitán Ballard…

—Oh, maldita sea —murmuró él con desgano, en un amago para tomarle el rostro—. ¿Por qué no dejas de llamarme así?

—¿Y cómo te llama Lakshmi Bai?

Dios mío, ¿qué es lo que había dicho? Se tapó la boca con ambas manos y se apartó de allí tan pronto como pudo. Las palabras habían sido expresadas antes de que su mente pudiera siquiera procesarlas. ¿Con qué derecho le reclamaba algo? ¿Qué podía importarle a ella con quién dormía aquel hombre?

Al cabo de unos segundos, cuando se atrevió a mirarlo de nuevo, Ballard se había enfundado una bata de seda negra que se ataba en la cintura con un cordón. El lustre de la tela contrastaba con el tono atezado de su piel y destacaba el verde oliva de sus ojos, ahora recelosos y fríos.

—¿A qué has venido, Abigail?

—A buscar respuestas.

Abby se sorprendió al notar el dejo de su propia voz: sonaba estrangulada, compungida. Él frunció el ceño.

—Dispara.

Su pecho bajó y subió al ritmo de una respiración irregular. Un temblor inesperado se apoderó de sus miembros. ¿Dónde había dejado las palabras? ¿Dónde estaba esa resolución que la había llevado hasta aquel desolado paraje? Se dejó caer sobre una silla y esperó a que los segundos pasaran, que la calma regresara.

—Creo que ahora sí quiero ese té.

—Bien —murmuró él de un modo mecánico—. No tardaré.

Se marchó arrastrando los pies por el estrecho pasillo de la cocina. Abby lo siguió con los ojos; notó que su humor había variado de forma violenta después de la mención de la *rani* de Jhansi. Gimió de frustración. Tras un instante de vacilación, se acercó a la cocina para espiarlo un poco. Sintió un acceso de pena al verlo. Las dos manos estaban aferradas con fuerza al borde de la alacena; la cabeza caída y los hombros trémulos. Simon Ballard lucía como un hombre derrotado.

¿Por qué la afectaba tanto ese hombre? ¿Por qué todo lo que tenía que ver con él la obsesionaba de ese modo? ¿Por qué deseaba tanto ver en su interior? En un intento por ahuyentar aquellas preguntas rumiadoras, Abby se alejó de allí.

Al cabo de unos minutos, él le entregó la taza caliente. Ella le agradeció en voz baja, sin atreverse a mirarlo. Simon se ubicó sobre el sillón que estaba de cara a la chimenea, y que había girado para quedar de frente a ella. No había traído una taza para él, lo que la hizo sentirse estúpida y fuera de lugar. Hacía demasiado calor para tomar una bebida caliente. Él se limitaba a mirarla con su mejor cara de póquer, con las manos juntas en el regazo, a la espera del interrogatorio.

Abby dio un sorbo para infundirse un poco de valor.

—¿Por qué le hablaste al cipayo en esa otra lengua? ¿Por qué hay gente que piensa que pudiste haberlo azuzado a disparar? ¿Por qué…?

—Una pregunta a la vez, Abigail —la interrumpió, pero lo hizo con sutileza. Se tomó un largo minuto antes de volver a hablar. Ya estaba impacientándose, cuando él rompió el silencio—. Me sorprende que ignores el hecho de que todo Cawnpore me considera un nativo.

Un nativo. Recordó las amargas palabras que había dirigido a Tess en el palacio de Bithur: “No he estado en Gran Bretaña desde los siete años. Eso me hace un nativo”. “Mi hogar no se parece a nada que usted haya visto”. Cómo habría querido indagar más al respecto, pero, por desgracia, no podía hacerlo sin causar malos entendidos. Anna le había contado todo lo que sabía de él, que realmente era poco, y la información mayormente tenía que ver con su vida militar y con sus aventuras amorosas. Nada sobre su origen. Era patente el hecho de que Simon Ballard había mantenido su vida privada en un cofre al que nadie tenía acceso.

—Pero, ¿por qué?

—Porque he crecido entre ellos —se encogió de hombros al responder, como si sus aseveraciones fueran extremadamente obvias.

—¿Por qué? —insistió, inclinándose hacia adelante, aferrando la taza con más fuerza, a punto de desbordarse de impaciencia—. ¿Quién eres?

La mente curiosa de Abby había tejido varias hipótesis. No sería descabellado pensar que era el hijo de una mujer india y un *sahib* que lo había negado. La existencia de hijos mestizos en la sociedad india era muy común. Quizá su condición de bastardo lo había llevado a albergar resentimiento contra los ingleses, quizá por ello siempre estaba al margen de la vida social de Cawnpore. Quizá por ello no fuera del todo aceptado.

El militar alzó una ceja, intrigado por el rumbo que tomaba la conversación.

—Preguntas demasiado para el tiempo que nos conocemos, memsahib. —Abby bajó la cabeza, consciente de que no era eso lo que había venido a averiguar. Debía ir al punto. Se obligó a dejar de lado el tema de su vida personal.

—Hay quienes piensan que podrías estar del lado de los cipayos. —Comenzaba a notar cómo la propia frente se le humedecía con sudor —. ¿Eso es verdad?

Ballard se echó a reír.

—¿No te parece irónico que ahora sospeches que podría apoyar una rebelión contra los británicos cuando al principio me creías un exterminador de indios?

—¡Responde la maldita pregunta!

—¿Para qué? —rugió, estremeciendo la habitación. Sus ojos adquirieron un verde feroz, intimidatorio—. Ya me juzgaste y condenaste, Abigail. Todo tu ser grita ahora mismo que soy culpable de lo que me acusas.

—¡Quiero oírlo de ti!

Se puso de pie furioso.

—¿A eso has venido? ¿A acusarme de traidor? ¿Quién carajo te crees rubiecita impertinente?

—Sabes que estoy involucrada —rezongó—. Desde que oí esa conversación en el jardín del cuartel soy parte de esto. ¡Los dos somos parte de esto!

—Debiste haber hablado si tanto necesitabas serenar tu conciencia.

Con un estruendo dejó la taza sobre una mesita. Se levantó de la silla.

—No se trata de mi conciencia, capitán.

—¿Entonces de qué, *memsahib*?

—¡Me engañaste! —lo acusó con tono delirante, apuntándolo con un dedo furioso—. Tenías tus propios planes. Por eso no le contaste a Wheeler todo lo que sabías, ¿verdad? ¿Qué es lo que pretendías?

—Hacer mi trabajo —masculló.

—¿Tu trabajo? ¡Creí que tu trabajo era protegernos y mantener el orden!

—No; tú creías que mi trabajo era asesinar nativos.

—¡Y yo que te pedía que nos protegieras! ¡Qué ingenua fui!

—No me culpes a mí de eso.

—¿Por qué no hablaste cuando tuviste oportunidad? —Ella no estaba dispuesta a dejar que desviara el hilo de la conversación. Necesitaba respuestas—. ¿Por qué te guardaste esa información que pudo haber evitado lo que pasó? ¿Y qué estuviste haciendo todos estos días? ¿Planeando nuestra muerte?

Simon estaba tullido de ira. Una vena le latía descontrolada en la mandíbula, que apretaba con fuerza; los ojos casi salidos de sus cuencas, como los de un animal furioso a punto de atacar, estaban clavados en ella. Aun así, Abby percibió que algo se rompía dentro de él. Alcanzó a notar un destello de aflicción, pero muy tenue. Solo eso la protegió del miedo.

—De mí piensa lo que quieras.

—No quiero pensar nada. Quiero la verdad.

—¿Tanto valoras la seguridad de tus conciudadanos que has venido aquí a descubrir una conspiración poniendo en peligro tu reputación y, quizá, también tu vida? —Hablaba con la quijada tensa y los puños apretados a los costados.

Ni siquiera el agrio sarcasmo logró desviarla de su objetivo. Se plantó frente a él, con toda la firmeza que fue capaz de mostrar.

—¿Le pediste que disparara? ¿Pretendías incitar a un motín? ¿No te importó saber lo que le harían a ese pobre muchacho con tal de cumplir con las aspiraciones de tu amante, Lakshmi Bai?

Entonces, él no pudo seguir conteniéndose. La tomó por los hombros, sin ninguna sutileza, y la pegó a él para hablarle lo más cerca posible.

—¿Qué fue lo que tu hindi te permitió escuchar en ese jardín, Abigail? —Las palabras salieron bruscas de sus labios fruncidos—. ¿Acaso di señales de saber lo que hacían los soldados? ¿Me veía feliz de saber que todos eran unos conspiradores y que estaban planeando expulsar a los británicos con la ayuda de los maharajás?

Ella se quedó estática. Vaciló un instante.

—No, pero…

—¿Entonces de qué me acusas? —gruñó—. ¿De tener empatía con ellos hasta el punto de que me duele lo que les sucede? ¿De entender sus miserias porque también son las mías? ¿De buscar una salida a todo este maldito caos, aunque ello signifique desobedecer a Wheeler para que nadie salga herido?

“Miserias”, repitió ella, pero solo en su fuero interno. Aquel discurso, aunque breve, logró estremecerla.

¿Podría ser que la otra versión de la historia fuera la verdadera? Se había enfrascado tanto en la monstruosa idea de que Simon Ballard podía estar involucrado en una revuelta que había descartado cualquier otra posibilidad. El lado prejuicioso de su mente había tomado el control, la había llevado hasta aquel sendero sin retorno. ¿Y cómo no hacerlo? Él no había hecho nada con la información de la que disponía, se había ausentado de la ciudad sin decir nada a nadie

y, además, había hablado al cipayo en esa otra lengua. No podía culparla por desconfiar de él. Todo lo señalaba.

Pero había dicho "sus miserias también son las mías" con aquella mirada tan dolida, tan henchida de vulnerabilidad que encerraba tanta afinidad con aquellos soldados. Ningún hombre sabía mentir tan bien. No, nadie podía.

—Intentabas protegerlos; por eso callaste.

Fue una afirmación, no una pregunta.

—Intentaba hacerlos rectificar. Pero fracasé —suspiró derrotado. Se apartó de ella.

La forma en que había develado ese pequeño recodo de su alma la había llenado. Sentía que, en parte, la respuesta a una de sus preguntas había sido respondida.

—Ya no puedo hacer nada por ellos.

Fue hacia a la ventana abierta, la misma por donde Abby lo había visto flotar en el resplandor del río. Y permaneció así, inmóvil, con los ojos clavados en la corriente plateada, la misma que lavaba los pecados de los fieles.

—Cawnpore está a salvo. —Ni siquiera giró para mirarla cuando le habló, al cabo de un largo minuto—. Ya no hay nada qué temer. Gurjar está en prisión, y los fusiles no se usarán, al menos no en nuestros regimientos. Lo peor tuvo que ocurrir para que Wheeler entrara en razón. Yo también he cumplido mi misión.

—Pero tú sabes que el peligro no ha pasado del todo. La *rani* podría buscar aliados en otras ciudades, en otros regimientos.

—Lo que sucedió ha alertado al ejército. No la tiene fácil.

—Entonces, ¿usted cree que todo acabó? —Abandonó el tuteo de golpe.

Él no contestó la pregunta. Se infló los pulmones de aire antes de volver a hablar; lo hizo con disgusto.

—Su curiosidad es perniciosa, señorita Fortescue. Entiendo que se preocupe por los desafortunados, como buena cristiana que es, pero ya

es suficiente. Debería estar probándose su vestido de novia en lugar de inmiscuirse en un tema que está completamente fuera de su competencia. Ya le he dicho que Cawnpore está fuera de peligro. Sangam está muerto, igual que Mangal Pandey. Las municiones han sido canceladas, Gurjar y sus colaboradores en prisión. Vuelva a casa, vuelva a su vida para que yo pueda volver a la mía.

Por primera vez Abby pensó en Henry y en su matrimonio, fijado para dentro de un mes menos un día. Había dejado todo el asunto en manos de Beatrice y de madame Laramie. Apenas si estaba enterada del tipo de flores que adornarían la iglesia o del menú que se serviría después de la ceremonia. El asunto ahora se le hacía tan lejano, tan ajeno que le sorprendió darse cuenta de que no había experimentado el menor entusiasmo. Pero Ballard tenía razón. La preocupación que mostraba no ayudaba en nada, la alejaba de Henry y de su familia política. Después de la amenaza que supuso el motín fracasado de Cawnpore y Barrackpore, era lógico que el ejército no incorporara los fusiles con sus infames cartuchos, y que no desestimara el alcance de la furia de los nativos.

Quizá, realmente, fuera el fin de la amenaza. Necesitaba volver a su vida, como él había dicho, y ello significaba volver con Henry, comenzar a involucrarse en los asuntos relacionados con la boda. Se permitió exhalar un suspiro, no supo si de alivio o de resignación.

—Sí; supongo que debo hacerlo.

—Permítame.

Giró para rebuscar algo entre las portezuelas inferiores de la biblioteca. Al cabo de un momento, sacó un objeto y se lo ofreció sin mediar palabra. Luego de reconocer la caja que había comprado para su padre en el bazar, algunas semanas atrás, Abby casi dejó caer la mandíbula. Ahí estaba el dios Hánuman, intacto, apoyado en su madera reluciente, con sus galas de oro.

—Oh, por Dios, creí que la había perdido. —Se había sentido abatida al pensar que había dejado tirado en algún lado el regalo para su adorado padre, pero Simon lo había recuperado. No estaba segura de cómo, pero lo había hecho, y ahora se lo ofrecía con humildad—. Gracias. No sabe lo importante que es para mí. La persona para quien lo compré es lo que más amo en la vida.

Su declaración pareció haberlo trastornado. Su mirada se

endureció, por lo que Abby sintió la necesidad de hablarle de otra cosa.

—¿Qué pasará con los prisioneros?

Ballard emitió un suave gruñido.

—Eso lo decidirá el tribunal militar. Probablemente les den un par de años.

—¿Y qué pasará con usted?

—¿Conmigo? —Se encogió de hombros—. Me temo que voy a decepcionar a mis detractores, porque no iré a prisión. No he hecho más que mi trabajo. Ahora, usted sabe que ha sido una imprudencia venir hasta acá. No soy buena compañía para una muchacha casadera —masculló—. Váyase, Abigail. Llévele su presente a su prometido y déjeme en paz de una buena vez.

Volvió a darle la espalda, como si ya no pudiera tolerar más su presencia. Eso la entristeció.

—No es para el señor Wilcotts. Es para mi padre.

Él hizo como si no la hubiera escuchado o quizá no lo había hecho. No obstante, sus hombros se relajaron. Se quedó inmóvil, con la vista posada en el paisaje más allá de la ventana, en el impetuoso Ganges bajo el cielo azul cristalino.

—Lo siento —susurró ella.

Sentía haberlo acusado de traidor, sentía haber dudado de él, pero sobre todo sentía haber removido todos esos sentimientos que le eran desconocidos, y que parecían azotarlo desde adentro. Quería hacer algo para aliviarlo. Era la segunda vez que había pensado, erróneamente, lo peor de él.

Miserias.

La palabra le dolió, porque para él encerraba un significado. Entonces, hizo lo que no debería haber hecho. Se le acercó lentamente, su mano cayó en el hombro, redondo y fuerte. Era inevitable no terminar la tarea y obsequiar la caricia que había reprimido cuando lo vio en la cocina, la que una parte de su ser se moría por ofrecer. Su tacto lo estremeció, como si las caricias le fueran

ajenas, no las de índole sexual, que de seguro le llovían, sino las de aliento, las que se daban con el único propósito de sanar, las que brotaban del cariño verdadero.

—No haga eso, *memsahib* —amenazó con la voz ronca, estrangulada—. No lo haga… porque no respondo.

Pero Abby no alejó la mano, ni siquiera se sintió intimidada por el tono con el que le había hablado. Él no era tan rudo y arrogante como quería mostrarse ante los demás. Su carácter tan solo era un mecanismo para mantener a la gente alejada de él, para asegurar su permanencia en el autoexilio. No era más que un león con una espina clavada en la pata y con la que se había habituado a vivir. Una espina que ella deseaba desencajar. Sí, quería sacarla. Por eso se acercó más. La caricia se intensificó, con lo que estaba demostrándole su poca disposición a alejarse de él. La mano resbaló por el trapecio contraído, aumentando la presión.

Abby estaba exultante al comprobar la dureza de la espalda masculina. Se sentía como una aficionada que admiraba por primera vez una obra de arte.

Entonces, él emitió un gruñido de placer, y se volvió hacia ella con ojos vidriosos que reflejaban la magnitud de su necesidad. Se movió tan rápido que Abby no lo vio venir, mucho menos pudo hacer nada para frenar su embestida. Así, de repente, lo tenía pegado a ella. La boca de él se había fundido con la suya, sumiéndola en una ola de calor progresivo, incitándola, poseyéndola. Simon la había tomado por entero, sin ninguna sutileza, había enredado su lengua cálida y hambrienta con la de Abby, como si quisiera devorarla.

Los brazos la estrechaban con la fuerza necesaria para mantenerla ceñida a él dándole espacio tan solo para respirar. Ella debía de haber estado embrujada, porque en lugar de protestar, de golpearlo para que la dejase ir, tenía los ojos cerrados, los brazos laxos sobre el pecho de Simon Ballard, la boca sumisa y abierta para él. El sonido de la caja estrellándose contra el suelo, una vez más, apenas fue audible para ella.

El deseo contenido a lo largo de semanas se vio liberado en aquella entrega.

Pero aun allí, en su dulce sopor, Abby sabía que ella había lo había provocado. Y lo había hecho a conciencia, debía admitirlo. Descubrió

que no había ido solo para exigirle explicaciones, sino para que él le asegurara que no era un traidor, para develar allí, frente a él, la naturaleza de ese desasosiego, de esa necesidad por inmiscuirse en su vida, de esa inquietud en su pecho que llevaba su nombre.

Ahora, mientras él comenzaba a mover las manos por su cuello, a acariciarle las venas latientes con exquisita sapiencia, Abby recordó un sueño que había tenido: Simon la había tumbado en el suelo mullido y húmedo de la jungla india y la había besado. No de aquella manera, naturalmente, porque jamás creyó que un beso pudiera enardecerla tanto; había ocasionado una reacción similar, un gorgoteo incesante en el vientre, un golpeteo enloquecido entre las piernas, una humedad cosquillosa que no podía contrarrestar. Se había ubicado sobre ella, arropándola, cubriendo el cielo oscuro con su cuerpo, deshaciendo toda la ropa que les estorbaba. Tras introducirse en ella, le había regalado un placer que no podía explicar con palabras. Y ella había repetido su nombre en una letanía silenciosa.

Tiempo atrás, aquel sueño la había hecho sentir avergonzada, pero Abby ya no era aquella muchacha atemorizada por el pecado de la lujuria.

Ese beso la había cambiado.

Y era así porque aquel hombre la había atraído desde que lo vio por primera vez; lo había deseado incluso cuando creía que era un forajido, un matón y un déspota. Cuando Tess Hobart le había hablado de los placeres del sexo, con la buena intención de instruirla y curar lo que ella llamaba su mojigatería, Abby, inevitablemente, pensaba en Simon Ballard y en el número de mujeres que había hecho todo aquello por él. Había contenido la rabia, la envidia, sacudiendo la cabeza mentalmente para alejar esos pensamientos que había juzgado de estúpidos.

Fue Simon quien acabó el beso. Abby lo vio acuclillarse para recoger la caja de madera. Tras entregársela, volvió a mirarla. Sus ojos verdes lucían templados, no agresivos ni febriles como hasta hacía un momento; en ellos había un brillo de satisfacción evidente. Abby no quería pensar en su propio aspecto.

—¿Estás segura que has venido tan solo para preguntarme si soy un traidor? —preguntó moviendo esos labios rosado intenso, tumefactos por los besos.

—Sí… No… —Se sintió estúpida de pronto—. Debía saberlo.

—Para apaciguar tu conciencia.

Para que me dijeras que todo era mentira, pensó.

Quiso apartar el rostro para ocultar el pudor que la socavaba, pero él se lo impidió moviendo los pulgares sobre las mejillas de color carmín, obligándola a mirarlo. Comenzó a besar sus sienes sudorosas, su frente, incluso posó un pequeño beso en la punta de su nariz, que ella recibió con los ojos cerrados.

Por suerte, Simon había mostrado la lucidez de la que ella carecía al poner fin al beso; de lo contrario, no sabía dónde podrían estar ahora. O quizás sí.

—No debes sentirte avergonzada de lo que sientes —le ronroneó al oído—. Es perfectamente normal que quieras venir a la cama conmigo ahora mismo. Yo también lo deseo. Los dos lo hemos deseado desde hace tiempo, pero, si sucede ahora, quizá luego te arrepentirás; y yo no quiero eso.

Simon le habló como si le hubiera leído la mente, y, aunque aquellas palabras habían removido sus entrañas de placer, una verdad irrevocable se le impuso.

Dios mío, ¿qué estaba haciendo? Ella estaba lejos de ser así.

—Yo voy a casarme con el señor Wilcotts —dijo temblorosa.

—No, no lo harás.

La raigambre de su voz la ayudó a despertar del letargo. ¿Quién era él para decidir si Abby se casaba o con Henry? ¿Quién se creía para desbaratar una alianza que llevaba años planeándose? ¿Acaso pensaba que un beso la haría alejarse de su plan de vida, por más placentero que hubiera sido?

—¿Cómo te atreves?

—No lo harás —volvió a susurrar.

—¡Cállate!

—No, Abigail. —Sonaba tan firme y sereno que a ella se le erizó la

piel. Eran las palabras de un oscuro hechicero, lanzadas con el único fin de desviar el curso del universo, que actuaban como un conjuro que comenzaba a transformarla irrevocablemente—. No te casarás.

Abby asió la caja con las manos temblorosas. Salió de la vivienda con el corazón golpeándole las costillas. No podía quedarse más tiempo y prolongar aquel error. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué había dejado que sucediera? ¿Cómo podía él ser tan soberbio como para creerse capaz de truncarle la vida que había elegido?

Buscó al berberisco y se subió a él con torpeza. En vez de ayudarla, Simon Ballard la contempló desde la puerta del bungaló con una sonrisa maliciosa, como si saboreara un triunfo. La vio alejarse en un trote acelerado. Levantaba el polvo de los caminos, huía de él.

Capítulo 10

Simon ofreció algunas explicaciones acerca de lo sucedido, pero solo porque había considerado necesario hacerlo, no porque fuera su obligación.

Wheeler estaba satisfecho de haber evitado un mal mayor y había olvidado el incidente en el patio. Incluso lo había felicitado por su mediación mientras se disponía a escribir una carta al gobernador. Fitzralph y Miller, sin embargo, no estaban nada contentos con el críptico intercambio de palabras que había mantenido con Sangam el instante previo a la lluvia de fuego.

A media tarde, se hallaban reunidos en el comedor de los oficiales cuando las discordias salieron a relucir. Ballard había culpado a Fitzralph de haber disparado. Él lo había retado a revelar lo que le había dicho al *brahmin* en el dialecto tulu. Los empujones y amenazas no se hicieron esperar, una mesa y un par de sillas volaron. Fue necesario que lo separasen del pelirrojo como lo habían separado de Gurjar. Afortunadamente, esa vez, nadie terminó herido. Con los dientes apretados y a viva voz, el capitán aseguró a todos los presentes que se había tratado de un ardid para ganar la confianza del cipayo, para disuadirlo de disparar contra sus superiores y apelar a su conciencia; cualquiera tenía el derecho de creer lo que quisiera. Era cierto. Los oficiales guardaron un respetuoso silencio, signo de que creían en su palabra, a diferencia de los jefes del 53° y el 56°, que no quedaron del todo conformes con la explicación. Aun así, por el bien de la guarnición, el tema se zanjó.

El miércoles siguiente, el entrenamiento de rutina dejó de serlo. Ballard se llevó a las tropas del 2º Regimiento de Caballería a efectuar prácticas a siete kilómetros del acantonamiento. Tras un día laborioso, comió y acampó junto a sus cipayos; escuchó sus clamores, sus quejas y lamentos. No quería volver a Cawnpore, se sentía más en casa allí, en medio del desierto, hablando hindi y fumando narguiles en torno a una fogata, como un nativo más. La ciudad lo despreciaba, y él la despreciaba. Nunca había encajado allí ni en ninguna otra plaza británica. En ese momento se sintió más indio que nunca.

Estaba asombrado o más bien asqueado con la ola de rumores que se escuchaban por doquier en la ciudad, aquellos que lo acusaban de haber manipulado al *brahmin* para que disparase. La gente de Cawnpore le temía y lo detestaba en igual medida, pero él no los culpaba. Aquel recelo tenía sus bases. No le importaba que siguiera siendo así. Simon trató de olvidar el asunto inundándose con el licor de arroz.

Antes de partir a Nawabgam, había asistido a la cremación de Harish, pero fue incapaz de quedarse para el *satí* de Usha. A lo largo de su vida, había visto a muchas viudas arder en la pira funeraria, principalmente a las mujeres de su aldea nómada, pero esa vez no se sentía con el estómago dispuesto para soportar los gritos de piedad de última hora, la explosión de sangre y dolor y el sucesivo olor a carne quemada. Tras el rito, los compañeros de armas de Sangam escoltaron a la familia a echar las cenizas de los muertos al Ganges, según dictaba la tradición. Simon supo a través de la madre de Usha que Saraswati sería entregada a una prima lejana de Harish y a su esposo, quienes le darían un hogar.

Una vez instalados en el desierto, el capitán debió confortar a sus cipayos, que se hallaban abatidos tras los sucesos del cuartel. Sabía que algunos eran todavía muy temerosos de mostrar resentimiento contra la Compañía, pero sus miradas reflejaban la magnitud de su rabia. Ni él ni Prajapati tenían palabras de consuelo.

Participó en un ritual en honor al cipayo muerto, se dejó llevar por un trance de cánticos y oraciones, pero solo por respeto a sus soldados brahmanes. Los hindúes veían la muerte con ecuanimidad, como un pasaje hacia una próxima vida en el interminable ciclo de la reencarnación. Él, a diferencia de ellos, pensaba en la muerte como en una maldición.

Allí, frente al fuego, bajo el manto índigo de las estrellas y el efecto de las bebidas espirituosas, recordó el beso que había compartido con Abigail Fortescue. Todavía retenía ese sabor en la lengua, ese magnífico olor en el recuerdo. Se había jurado en secreto robarle al menos un beso, en algún momento –aunque por ello lo colgaran–, pero jamás creyó que esa oportunidad se colaría por su puerta. Tampoco había tenido que robarle nada. Ella lo había buscado, lo había rozado con su mano delicada y suave, sin calibrar el grado de excitación que ese inocente gesto le provocaba. Él le había advertido que parara, no sabía con qué fuerzas, pero ella no se detuvo. Había

continuado porque también lo deseaba.

Sí, ahora lo sabía. Abigail Fortescue lo deseaba, como él la deseaba a ella.

Tampoco sabía con qué fuerzas la había apartado de él, cuando lo que más deseaba era terminar el trabajito. Se le ocurrieron al menos seis maneras de tomarla sin necesidad de llegar a la cama. Pero no. Abigail no era como Emily O'Riley o como otras con las que había retozado. Ella era inocente. Probablemente, cualquier truco de los que él conocía la habría horrorizado. Eso habría sido solo al principio, porque después la habrían hecho llorar de placer. Se rio sin darse cuenta, con lo que los cipayos que estaban cerca lo miraron extrañados. No podía tomar su virtud como si fuera un salvaje, porque eso lo alejaría de ella en vez de acercarlo.

Fuera como fuera, ahora tenía la certeza de que Abigail Fortescue le pertenecía, de que ni en sueños iba a dejar que otro la desposara.

Ahora sabía que podría pelear por ella. Y no dudaría ni un minuto en hacerlo.

* * *

—¿Allahabad?

El retumbo de aquella palabra encrespó a los pavos reales y urogallos que pululaban por los jardines de la mansión Wilcotts, pero no tanto como había encrespado a Abigail la idea de establecerse en una ciudad desconocida.

Tras un suculento almuerzo al aire libre, Abby y Henry dieron un paseo por las amplias caminerías bajo los árboles de variadas especies que componían el jardín familiar, uno de los más apreciados de todo Cawnpore. Arribaron al fastuoso terraplén, escondido entre los banianos y pinos, donde las aves de exquisito plumaje entonaban sus cantos estrafalarios. Allí, su futuro esposo le había comunicado que, luego de la boda, su residencia definitiva sería fijada en Allahabad.

Henry se puso de pie, como si quisiera imitar el brusco movimiento de Abby.

—Querida, sabes que parte de nuestros negocios más importantes tienen lugar allí —explicó en tono condescendiente—. Estoy seguro de que será de tu agrado. La gente allá tiene más categoría que en Cawnpore.

Su prometido siguió hablando de las bondades de la ciudad situada en la confluencia de los ríos Ganges y Yamuna, hecho que la hacía altamente estimada para el comercio; de la mansión que los Wilcotts poseían en las afueras y de otras cualidades que ella no alcanzó a escuchar. Estaba demasiado revolucionada por la idea. Habría querido instalarse en Cawnpore para estar cerca de Anna y los Callthorpe. Así era como siempre lo había soñado, pero Abby ya debería haberse acostumbrado a que las cosas que obtenía no se parecieran en nada a lo que había imaginado. Desde hacía tiempo, las cosas habían comenzado a cambiar: Henry había cambiado, ella misma lo había hecho y su percepción de la India también.

—Vendremos aquí con frecuencia para visitar a la familia —continuó él, después de largar una retahíla de palabras que ella apenas escuchó—. No tendrás tiempo de extrañar Cawnpore.

—Si tú crees que es lo mejor para nosotros, entonces estoy de acuerdo, Henry. —Él sonrió, complacido por su buena disposición—. Nos iremos a Allahabad.

Aunque seguía albergando dudas y desengaños accedió, movida en parte por la necesidad de olvidar lo que había sucedido en el bungaló de Simon Ballard. Aun pensaba en ello, en sus arrogantes palabras. “No te casarás con Wilcotts”. Como si él pudiese hacer algo al respecto. Sin ser consciente de ello, utilizaba la ira como mecanismo para disipar la excitación que le había suscitado el beso.

—De hecho, mis padres y yo partiremos mañana mismo.

—¿A Allahabad?

—Desde luego.

—¿Y me lo dices así, cuando falta menos de un día?

—Ha surgido un imprevisto. Hay asuntos que requieren de mi presencia y la de mi padre, pero estimo que no demoraremos más de lo necesario. Te prometo que me tendrás aquí la misma semana de nuestra boda.

—Bien.

—También me veo en la obligación de pedirte algo, querida —suspiró. Su expresión se volvió más solemne—. Anna no vendrá con nosotros. No queremos someterla a ese viaje. Ella tampoco está feliz de tener que hacerlo. ¿Puedo abusar de tu generosidad y pedirte que cuides de ella mientras mis padres y yo estamos ausentes?

—Henry, por supuesto que cuidaré de ella. No es ningún abuso. Anna es como hermana mía también.

—Te lo agradezco infinitamente. Ella está muy feliz de tenerte. De hecho, fue Anna quien sugirió quedarse contigo. Confío en que la mantendrás a salvo. —Se echó a reír de su comentario, porque reconoció el tono de dramatismo que le había dado—. Solo necesita de tu compañía, porque la mayoría de los criados se quedará en casa, incluyendo Nikhila y dos soldados ingleses que resguardarán la mansión.

—Vete tranquilo —sonrió—. Nada le ocurrirá.

Le hacía feliz saber que disfrutaría de la compañía de Anna.

—Muy bien. —Henry le devolvió la sonrisa—. El sábado habrá una cena muy especial en la mansión de lord y lady Erdington. Estamos invitados. Naturalmente mis padres y yo no asistiremos, pero deseo que vayas en representación nuestra, junto a Anna, por supuesto.

Abby intentó disimular el fastidio. Comenzaba a aburrirse de las tediosas *burra-khanas* de Cawnpore, y eso que su vida como la señora Wilcotts todavía no empezaba. Confiaba, sin embargo, en que tarde o temprano se acostumbraría a todo eso, en que pronto hallaría sentido a todo aquel vacío roce social.

Se limitó a asentir, al tiempo que Henry la miraba complacido, con esos ojos azul bebé que la habían hechizado hacía tanto tiempo. Su cabello rojizo y ensortijado se movía con suaves ráfagas de viento, como aquella lejana tarde en Suffolk.

En ese preciso instante, una pregunta inesperada, que no podía hacerse con palabras, surgió en ella. Los hechos de las últimas semanas la habían empujado a hacérsela. Ahora encontraba oportunidad de responderla. Ahora o nunca. Entornando los párpados, Abby lo miró de forma diferente, más íntima; su mente se debatía

entre la intriga y la desesperación.

Dio un paso hacia a su prometido, desgajando la infranqueable muralla que el decoro había edificado entre los dos. Sin ningún preludio, le plantó un beso febril en los labios. Fue un movimiento tan irreflexivo como necesario: era lo que su mente clamaba, lo hacía más que su cuerpo. Abby buscó deleite entre la textura suave y llena de aquellos labios, en el calor de aquel cuerpo que dentro de poco le sería familiar. Lo tomó por el rostro, para acercarlo más a ella hasta que se adhirieron casi por completo, como no lo habían hecho nunca.

Henry reaccionó unos segundos más tarde, después de comprender la osadía de ella; dejó que buscase algo en su boca, que lo hurgara con urgencia, como si con un roce sensual no pudiera obtener lo que tanto necesitaba. La tomó por la estrecha cintura, miró sobre su hombro para corroborar que ningún curioso se hallaba en las cercanías y le devolvió el beso.

Extrañamente, había tenido la impresión de que besaba muy bien, quizá demasiado bien para ser una muchacha decente.

Entonces, el beso culminó. Cada uno volvió a su posición inicial, como si no quedase nada más que hacer, como si en vez de un beso de amor se hubiesen dado una mutua palmadita en la espalda. Eso fue todo. Abby sintió un dolor lacerante en la boca del estómago, como cada vez que el pánico la invadía.

No, no, no. No podía estar sucediendo eso. Las lágrimas de impotencia comenzaron a llenarle los ojos. Deseaba correr, escapar de allí tan rápido como fuera posible, pero solo alcanzó a dejarse caer de nuevo sobre la banqueta del terraplén.

—Oh, no, no, querida. No hay razón para avergonzarse —la consoló él, que estaba a leguas de comprender su aflicción—. Ha sido algo hermoso; soy yo quien se avergüenza de no haber dado el primer paso.

Abby no dijo nada. Apartó la mirada. Dejó que fuera él quien hablara. Sentía vergüenza, sí, pero no por la razón correcta. No se atrevía siquiera a pensar en lo que el beso le había revelado. Cerró los ojos para dejar que Henry, el buen y adorable Henry, le secara las lágrimas con el pañuelo, como todo un caballero.

—Gracias por esto, mi amor —susurró—. Será nuestro pequeño

secreto.

Regresaron a la mansión. Por suerte, Henry no volvió a mencionar el tema.

* * *

Para alivio de todos, el monzón se había retrasado ese año. Cawnpore gozaba de unos días dotados de un clima aceptable, soleados y con humedad moderada. Los colonos británicos sabían, sin embargo, que dentro de poco aquella dicha fugaz terminaría y que las lluvias torrenciales comenzarían a ser un problema. Algunos estaban ansiosos por marcharse a sus casas de campo en las montañas de Nilgiri, donde estarían a salvo de los molestos aguaceros que parecían interminables y de los brotes infecciosos que dejaban tras de sí.

—Es como estar en Inglaterra; no notará usted la diferencia —decía la señora Trudy Pemberton, refiriéndose a los paisajes de las montañas—. Debería probarlo alguna vez, señorita Fortescue. El clima de la India es degenerativo para su belleza. En cinco años no se reconocerá.

Abby escuchaba los relatos de la señora Pemberton en manso silencio, como había escuchado a los demás invitados que venían hasta ella para preguntarle por Henry y sus padres. Muy pocas personas se acercaban directamente a Anna para hablarle. Más bien podía decirse que la evitaban, y eso le dolía a Abby. Notaba que la gente la observaba en su silla de ruedas con cierta lástima, aunque a la propia Anna le importaba muy poco.

Ahora, una de esas mujeres pretendía darle consejos de belleza. Rio con escaso humor. Se había preparado para la India en muchos aspectos: el cima, la alimentación, el estilo de vida, pero jamás consideró adquirir una casa en las montañas para procurarse un cutis lozano. Si apenas pensaba en esas cosas. Sharmila vivía trayéndole menjurjes, polvos, hojas y demás pócimas que en tres días olvidaba, que Tess terminaba usando.

—¡Oh, Emily querida! ¡No sabía que estabas en Cawnpore, malvada! —La señora Pemberton se exaltó cuando una conocida

apareció en su campo visual—. ¿Cómo has estado?

Abby intercambió una mirada burlona con Anna, que a todas luces estaba tan aburrida como ella de la cháchara, mientras Trudy intercambiaba besos y saludos efusivos con la guapa morena recién llegada.

—¡Oh, disculpen! —reaccionó tras recordar que tenía compañía—. Emily, te presento a la señorita Abigail Fortescue, la prometida del señor Henry Wilcotts. Señorita Fortescue, esta adorable dama es Emily O'Riley.

—Encantada —pronunció la extraña, que la observaba con visible interés y con una sonrisa que curvaba sus labios, pintados de un rojo carmesí. Debía rozar los treinta años, pese a lo cual vestía como una mujer de mayor edad; quizás fuera viuda, pensó Abby—. ¡Muy impresionante, querida! Felicidades por su matrimonio. Ha logrado usted una pesca excepcional. Me atrevería a decir que la mejor, salvo porque el hijo de lord y lady Erdington es todavía muy joven.

Abby se envaró al escuchar el comentario venenoso de la tal Emily. La gente consideraba a las mujeres solteras que llegaban a la India una especie de cazadoras o pescadoras que iban tras las presas más convenientes, que no eran otra cosa que maridos acaudalados. Henry Wilcotts era el soltero más deseado de la sociedad británica de Cawnpore, lo sabía, y ese tipo de aseveraciones le llegaba con tanta frecuencia, en tantos tonos, que había aprendido a sortearlos con serenidad, incluso con humor.

—Le agradezco mucho el cumplido, señora O'Riley —sonrió con una malicia impropia.

—Emily, para las amigas. Veo que está orgullosa de su adquisición.

—¿Y cómo no estarlo? —contraatacó Abby, que ya comenzaba a detestar a aquella morena insidiosa. ¿Habría tenido algo que ver con Henry alguna vez? ¿Estaba celosa o simplemente disfrutaba atormentando a otras personas?

—La boda será el día primero de junio —informó Trudy Pemberton con un solemne gesto manual—. Ah, ya me imagino la celebración. A Beatrice no le gusta la simpleza; estoy segura de que nos dejará a todos boquiabiertos. ¿Qué me dices, pequeña Anna? Apuesto a que tu mamá se lucirá.

—Espera lo inesperado. —Fue todo lo que la aludida masculló.

—He sido invitada —asintió la señora O'Riley—. Solo me faltaba conocer a la afortunada. En serio, Abigail. Muchas felicidades.

—Gracias otra vez, Emily.

La mujer se disponía a iniciar un discurso, pero se frenó apenas tomó impulso para hablar, distraída por algo o alguien que acababa de hacer su aparición por encima del hombro de Abigail. Le pareció que los ojos azul cobalto de la mujer, puntiagudos en los rabillos, brillaban como los de un guepardo, cuya presa se hallaba al alcance de sus garras. Un viso de lujuria le teñía las pupilas. Si no fuera porque Henry estaba en Allahabad, atendiendo sus negocios, habría jurado que lo había visto a él y por ello habría reaccionado de ese modo.

Con una disculpa mascullada, la señora O'Riley se marchó para abalanzarse sobre quienquiera que hubiera visto.

—Por supuesto, las amigas pasan a un segundo plano apenas el juguetito de turno aparece —se quejó Trudy. Después echó una mirada cómplice a Abby, aunque ella no estaba de ánimos para entrometerse en asuntos ajenos. La mujer le susurró con sobrada malicia—: Porque son amantes, ¿sabía?

—No me diga.

Cuando vio a Simon Ballard hablando con la mujer que acababa de dejarlas plantadas, la misma que lo había mirado como si fuese un trozo de carne jugoso, su intención de ser sarcástica se dio de bruces contra el piso.

¿Simon y Emily O'Riley amantes? ¿Y qué sucedía con la *rani* de Jhansi?

La señora O'Riley saludó al militar con sendos besos en cada mejilla, que él recibió gustoso. Le habló muy de cerca. Abby pensó con ironía que aquel era el modo en que los amantes se comunicaban, con sensual discreción. Los dos reían por algo que ella había dicho mientras le ponía la mano en el pecho. Abby contempló la escena horrorizada. Trudy Pemberton le ofrecía detalles escandalosos que hubiera dado cualquier cosa por no escuchar. Esa mujer era su amante.

La tristeza, la impotencia y la desesperación formaron un nudo muy apretado en su estómago, estrangulándola por dentro, casi privándola de la cordura. El beso que le había robado a Henry le había revelado cosas que aún le costaba aceptar; ahora, verlo con aquella mujer le hacía supurar la herida. De solo pensar que albergaba tan inapropiados sentimientos, moría de angustia; mil agujas implacables se clavaban sobre su vientre.

Ella no debería estar sintiendo aquello. No debería, pero lo estaba sintiendo.

Pasaron varios minutos hasta que Simon desvió la atención de su amante y se dignó a mirar a los demás invitados, paseando los ojos por el salón. Abby abandonó su contemplación antes de que la alcanzara; tenía que mostrar un poco de dignidad. Se dio cuenta de que Trudy se había marchado, harta de que sus chismes no despertaran interés. Pero Anna seguía allí, y la miraba con los ojos entornados.

—¿Quieres un poco de ponche? —preguntó la hermana de Henry.

Abby asintió. Se obligó a recomponerse.

—Sí, sí. Lo traeré ahora mismo.

En su recorrido por el salón, evitó toparse de frente con otros invitados. Nana Sahib, el regente maratha de Pune, había venido con sus hermanos y su secretario Azimullah Khan, que saludaba cordialmente a sir Hugh; los anfitriones, los condes de Erdington, charlaban con el reverendo Catesby y una pareja de misioneros ingleses; en una esquina, las jóvenes y ruidosas debutantes murmuraban entre sí y se abanicaban, esperando a que los oficiales del 2º Regimiento de Caballería, que comenzaban a llegar tras su líder, repararan en ellas. Las muchachas alababan sin ningún pudor a los uniformados, especialmente al “delicioso” capitán Ballard, a quien rara vez se lo veía en una reunión de ese tipo; los caballeros, por el contrario, comenzaban a lanzar veneno contra el militar y a repasar la confusa historia del *brahmin* insurrecto.

Abby se limitó a servir dos copas de ponche con las manos temblorosas. Sin querer, escuchó un fragmento de la conversación que mantenían tres caballeros ubicados muy cerca de la mesa de los refrigerios.

—¡Por Dios santo! —exclamaba uno de ellos—. ¿Y qué es lo que les han hecho?

—Echarlos del ejército, desde luego. Parece que han instalado un consejo de guerra integrado por oficiales nativos y han sido ellos quienes han tomado la decisión. Me ha dicho Godfrey Wheeler que los han condenado a diez años de trabajos forzados.

—Espera, ¿los oficiales nativos los han condenado? ¿Su misma gente? —preguntó incrédulo el tercer hombre.

—Como lo escuchas. Ha resultado una estrategia bastante ingeniosa, ¿no creen?

—Vaya. Debieron haber hecho lo mismo con esos hijos de puta que se han negado a usar los fusiles aquí en Cawnpore —mascullló otro—. Ya quisiéramos que sir Hugh fuera como el general Hewitt. Pero en lugar de poner mano dura, el viejo decrépito está aquí, batiendo el vaso de whisky junto a ese insoportable payaso maratha, Nana Sahib.

Abby no necesitó oír una palabra más para comprenderlo. Se había suscitado una crisis similar en otra ciudad, quizás ese mismo día. Debía de ser Meerut, dado que el general Hewitt era quien comandaba esa plaza.

Santo Dios, ¿hasta cuándo seguiría ocurriendo? ¿Cuántas ciudades tendrían que pasar por lo mismo para que se cancelasen de una vez y de manera definitiva aquellas odiosas municiones?

Quiso ir adonde estaba Anna, pero, para su mala suerte, algunas muchachas inoportunas la rodearon para socializar. Se vio obligada a sonreír y agradecer los cumplidos que dirigían a su vestido Worth violeta. Apenas pudo sortearlas, retomó el camino hacia la hermana de Henry, que, en ese instante, se hallaba en compañía de Simon Ballard.

Abby estuvo a punto de soltar las copas. Él había arrimado una silla y se había ubicado cerca de ella; los dos parecían inmersos en una charla placentera, como la que entablan dos amigos que no se ven desde hace tiempo. Simon sonreía y asentía, mientras Anna hablaba sin parar, sonriendo también en ocasiones. La expresión de él, tan atenta y dulce con la joven Wilcotts la desarmó. No había ninguna relación entre el hombre que había visto hacía unos minutos y el de ahora; el primero era un ser lujurioso y amoral, el amante de Lakshmi

Bai, de Emily O'Riley y Dios sabe cuántas más, pero el que estaba ante sus ojos ahora era un príncipe encantador a los pies de su doncella pelirroja.

Abby se sintió estúpida, de pie en mitad del salón, con una copa rebosante de ponche en cada mano. Las parejas bailaban muy cerca de ella. Podía ver a los Callthorpe danzando como dos jóvenes enamorados y a Tess, que parecía flotar en brazos del apuesto Mayor Lawrence, su nuevo objetivo. El coronel Radcliff, recuperado del disparo, hacía girar a su esposa Megan con infinita gracia, al igual que el teniente Johnson, que abrazaba a su mujer, Rose. Los demás rostros eran figuras borrosas que apenas podía distinguir. Tragó saliva y retrocedió un paso. Se sentía extraña y descolocada en aquella pista.

Quiso dejar las bebidas sobre una bandeja que un mozo vestido con *lungui* blanco, turbante y fajín dorado traía consigo, pero un golpe violento a sus espaldas, el giro de una bailarina vehemente, la hizo perder el equilibrio; la envió al suelo con un gemido ahogado. Abby cayó de rodillas, soltando las copas en algún punto de su viaje hacia el frío suelo de mármol, con lo que pudo amortiguar la caída con las dos manos. El mozo indio, solícito hasta el final, intentó atajarla con una mano, pero también terminó en el suelo con todo y bandeja.

El cristal se hizo añicos contra el piso, las bebidas derramadas le empaparon el vestido y formaron un charco alrededor. Abby sintió un vuelco en el estómago, mientras el rostro comenzaba a arderle. Los otros invitados dejaron de bailar y frenaron sus conversaciones al verla en el suelo, en cuatro patas.

¿Hasta cuándo iba a dar espectáculos decadentes?

Eliza Wheeler se tapó la boca con la enguantada mano al percatarse de lo que había ocasionado con su giro violento. No era pena, sin embargo, lo que reflejaban los ojos azules de la hija del general, sino diversión, y su mano no hacía más que frenar las risotadas. El enjambre de jovencitas que pululaba por ahí se contagió de la reacción de la rubia y comenzó a reír con disimulo. Algunos invitados más considerados se limitaron a observarla con piedad; otros, como Emily O'Riley y Helen Garnis, con horror. Abby deseaba que la tierra se la engullera; bajó la cabeza, deshecha de vergüenza cuando Anna y Simon la vieron en el suelo. Él se puso de pie en el acto e hizo amago de acercársele, pero se detuvo en cuanto Jack Greenway llegó hasta ella y le tendió la mano.

—Señorita Fortescue, ¿está usted bien?

Abby tenía la garganta tupida de tanto contener el llano, por lo que no pudo contestar. Asintió con fuerza mientras tomaba la mano que el muchacho le ofrecía. Se puso de pie y salió de allí con toda la dignidad que fue capaz de reunir, pese a su reciente humillación.

Llegó al cuarto de señoras con los ojos nublados por las lágrimas acumuladas, que disimuló apenas vio a otras damas murmurando. Las criadas cosían dobladillos, pegaban botoncitos rebeldes y recolocaban pasadores para el cabello. Por desgracia, su aspecto la delató y las mujeres la observaron con evidente espanto. Ella las ignoró. Fue a una de las jofainas de mármol para lavarse las manos, se despojó de los guantes arruinados por el pegajoso líquido y los depositó en un cesto de basura. El espejo le devolvió una imagen deplorable, pero sus ojos le mostraban algo peor que eso; las emociones que recién había descubierto estaban tatuadas en sus pupilas.

Rechazó la ayuda de una criada, se lavó la cara, se frotó los rastros de ponche del vestido con una toalla húmeda: un esfuerzo inútil, porque no hizo más que empeorar su facha. Salió de la abarrotada habitación como una autómata, recorriendo los pasillos laberínticos de la mansión, sin saber adónde ir. Deseaba perderse en uno de ellos, atravesar un pasadizo secreto y extraviarse, pero sabía que, sin importar adonde fuera, no podría hallar el consuelo que necesitaba. Regresar al salón de baile y pretender que nada estaba sucediendo no era una opción.

¿Cómo es que había dejado que sucediera? ¿En qué momento había perdido los papeles? Se sentía una criatura débil, primitiva, irreflexiva. Una madame Bovary.

Una traidora.

Llegó al final de un pasillo oscuro, solitario, que conducía a un pequeño jardín rodeado de muros de ladrillo. Se derrumbó sobre uno de los muebles de ratán, esperando en vano que el aire libre la serenara, pero ni siquiera en ese momento podía respirar con libertad: la humedad había empeorado con la entrada de la madrugada y se sentía más sofocada que nunca. Apoyó la espalda contra el respaldo revestido, mientras los grillos cantaban a su alrededor y el agua de una fuente de mármol borboteaba.

Apenas oyó el crujir del césped fresco bajo una pisada, Abby soltó

un respingo de pavor. Se puso de pie a toda prisa, se secó las lágrimas delatoras con las palmas de las manos. Simon Ballard estaba allí y la miraba con algo que podía decirse era preocupación; podía sentirlo pese a la escasa luz del jardín.

No se había dado cuenta hasta ese momento de que iba vestido con el uniforme de casaca escarlata; las charreteras y los botones dorados relucientes en el pecho, pulidos con prolijidad. Su aspecto estaba muy bien cuidado; el tupé se elevaba como una perfecta ola castaña, las patillas cortadas a la perfección y el mentón afeitado con esmero le daban una apariencia de suavidad a su piel, más morena que la última vez que se habían visto. Y así, con ese aspecto irresistible, iba hacia ella, con paso resuelto y majestuoso.

Abby empezó a temblar porque estaba segura de que aquellos agudos ojos verdes, sumidos en las sombras, podían leerla.

Con la brusquedad que se desprendía de la preocupación, Simon la tomó por un codo. La arrastró hasta un farolillo cercano y comenzó a escudriñarle las palmas de las manos bajo la luz. Abby estaba asombrada. Recordó que había estado muy cerca de cortarse con los cristales rotos. Él buscaba heridas.

—Estoy bien —musitó con una voz demasiado aguda, que no parecía la suya.

Simon se relajó al notar las manos en perfecto estado. Ella intentó recuperarlas, pero él, exigente, las retuvo con calibrada fuerza. La miró con una ternura que jamás creyó que podía atribuirle, y que, ni siquiera en presencia de Anna había sacado a relucir. Los dedos de él comenzaron a moverse por las palmas trémulas, acariciando con sapiencia, estimulando de un modo incomprensible. Trazaba duros círculos que después se volvían suaves, presionaba en lugares que despertaban otros más de su cuerpo, derramando magia; simple y carnal a la vez. Y todo esto mientras la miraba de ese modo, sensual y enigmático. Hechicero. Al final, Simon puso un par de largos besos en sus palmas que le erizaron la piel.

—No hagas eso.

—¿Por qué no? —protestó con voz ronca.

—¿Por qué no? —repitió ella incrédula y aturdida. Dejó escapar una risa sarcástica—. Vete. —No se escuchó del todo como una

exigencia, sino como un ruego. Si su mente lánguida era apenas capaz de formar palabras, ¿cómo podría construir una orden coherente?—. Si te ven… Si nos ven. Simon, voy a casarme.

—Por supuesto que no —sentenció él con voz solemne.

—Maldito engreído —le espetó furiosa—, ¿por qué sigues diciendo eso? ¿Se lo has contado a alguien? ¿Le dirás al señor Wilcotts lo que pasó?

—No —susurró Simon que, inmune a su hosquedad, la miraba con dulzura.

—Esto no puede ser. —Hablaba en susurros—. Voy a casarme, Simon. He estado prometida a Henry desde los quince años y tú no vas a impedir que suceda.

—No estás siendo justa ni real, Abigail. Estás siendo una cobarde. —La mención de sus propias palabras la desconcertó—. No me decepciones.

Lo miró anonadada.

—Tú no me conoces.

—Oh, claro que te conozco. Más que él por lo menos.

Abby sacudió la cabeza y con ello esperaba sacudir también su debilidad.

—¿Qué haces aquí?

—Vine para verte.

—¿A mí? —Pensó en Emily O'Riley y sintió ganas de reprocharle el saludo efusivo que le había dedicado, las risas cómplices—. ¿Con tantos nombres en tu lista de amantes? ¡No te creo! ¿Ya te aburriste de la *rani*?

Simon emitió un suspiro impaciente.

—Lakshmi Bai nunca ha sido mi amante—soltó de repente—. Fui sirviente en el palacio de su familia en Maharashtra cuando éramos adolescentes. Aseaba sus caballos, después los entrenaba. Ella hablaba conmigo, a pesar del *purdah*, cuando los otros criados no la veían,

porque se sentía sola. Entablamos una amistad que ha perdurado hasta ahora, o eso creo. Naturalmente, nadie lo entiende.

Abby se estremeció ante el peso de aquella revelación. Su actitud demudó de manera brusca. Sintió que había atravesado una puerta que antes le había estado vedada. Se vio en la necesidad de seguir indagando, en un intento desesperado por obtener la tan ansiada paz. Deseaba aprovechar ahora que la puerta se había abierto.

—¿Y la señora O'Riley?

No podía creer cómo los celos habían transformado su voz; debería sentirse avergonzada. Aun así fue él quien bajó la cabeza, porque eso sí que era cierto.

—Eso no ha sido nada, y no sucederá nunca más —suspiró.

¿Debería creerle? ¿Cómo hacerlo si todo lo que lo envolvía era un rotundo misterio?

—Eres un enigma. No sé nada de ti. Nadie sabe nada de ti.

—Lo sé. Y por eso inventan cosas como que estoy conspirando con mis cipayos.

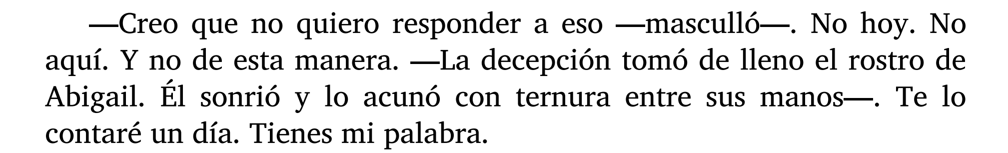
—Si no fueras tan reservado, la gente no tendría necesidad de inventar cosas.

—Si no fuera tan reservado, la gente me aborrecería todavía más. —Se acercó a ella lentamente, aprovechando su conmoción. Olisqueó el cuello perfumado, mientras Abby procesaba esas palabras; ladeó la cabeza por instinto, ofreciéndose—. ¿Asustada? —preguntó cerca de su oído.

—No.

—Te diré todo cuanto quieras saber.

—¿En serio? —gimió cuando un beso tierno se posó sobre su garganta, y en su afán por arañarle cualquier migaja de información le preguntó lo primero que pasó por su mente—. ¿Eres angloíndio? —Simon se detuvo, volvió a mirarla con el ceño fruncido, visiblemente incómodo—. No es que me importe que lo seas —aclaró ella con rapidez; no quería ofenderlo.



—Creo que no quiero responder a eso —masculló—. No hoy. No aquí. Y no de esta manera. —La decepción tomó de lleno el rostro de Abigail. Él sonrió y lo acunó con ternura entre sus manos—. Te lo contaré un día. Tienes mi palabra.

—Dime algo más, entonces. Algo de ti.

—¿Algo de mí? —Parecía divertido—. ¿Como un secreto?

Abby asintió, esperanzada.

—Sí. Como un secreto.

—De acuerdo. Aquí va uno —se acercó a ella hasta que los ojos de ambos casi bizquearon—: te deseo como a nadie y como a nada en esta vida, Abigail, y no me voy a estar quieto hasta que seas mía. Eres mi *dharma*.

La sorprendió con un beso brusco, urgente, que pretendía acallar todas sus dudas, todos sus temores. Abby hubiera querido oponerse, pero, en el fondo, ella también estaba hambrienta. Dejó que Simon se saciara de ella y que la dejara saciarse de él. Su boca la atrapó completamente, su lengua avara se enterró en ella, la poseyó; sus manos parecían incapaces de quedarse en un solo sitio. Y Abby lo recibía como si ello supusiera la continuidad en este mundo.

Ahí estaba. La sensación que había buscado con afán en los labios de Henry y que no había hallado; la abrumaba ahora cuando besaba a Simon. Aquel exquisito néctar solo abundaba en él. Era cosa de él, total y exclusivamente de él. Ahora sabía que no encontraría aquella pasión en ninguna otra parte.

Si semejante placer la convertía en una madame Bovary, entonces lo era.

—Simon —gimió con los ojos cerrados, cuando las bocas se separaron.

—Quiero bailar contigo —sugirió jadeante—. Ahora.

—No, no —susurró Abby con los ojos cerrados, rendida, disfrutando de sus atenciones sin más forcejeo—. Se darían cuenta.

—¿De que nos deseamos?

Quería creer que lo que había entre ellos se limitaba a la mera lujuria, pero no era así. Había algo más, algo que la aterraba, pero no tenía palabras para explicarlo. Dudaba que las hubiera.

—Sí.

—Probablemente muchos que han visto cómo te miro saben que te deseo. No puedo evitarlo, Abigail. Estás en mis sueños, en mis pesadillas. —Su voz traslucía desesperación, y quizás una brizna de sufrimiento—. ¿Qué me has hecho, pequeña bruja? ¿Quién te ha dado permiso para meterte así en mis venas?

Volvió a tomar su boca con una furia posesiva. ¿Pequeña bruja? Pero si él era el hermoso hechicero que le hacía desear cosas que estaban muy mal. Cuando las manos de Simon se cerraron sobre sus pechos, los sintió arder; su reacción, sin embargo, obedeciendo al miedo de entregarse de ese modo, fue la de apartarlo.

—No, no, no. Esto está mal.

—No, Abigail. Está bien. Así es como debe ser.

—Pero Henry…

El rostro de Simon se contrajo ante la mención de su prometido.

—¿Por qué? —La tomó por las muñecas en una exigencia desesperada—. ¿Por qué Wilcotts? ¿Tu padre te obliga? ¿Es eso? ¿Es por el dinero?

—No —sollozó—. Yo lo escogí.

Era la verdad. Simon tragó saliva.

—¿Lo amas? —La vacilación de Abby se extendió por largos segundos, hasta que se transformó por sí sola en una silenciosa negativa. Así era. Creyó amar a Henry, pero ahora ni siquiera podía decir que estaba enamorada. Aun así, no quería herirlo—. ¿Sabes por qué insisto en que no te casarás con Wilcotts? Porque tú misma no dejarás que ocurra. No soportarás la idea de que alguien que no sea yo te toque.

Ya es tarde, quería decirle, pero no se atrevió.

Otro ardiente beso los consumió; para entonces el deseo era

agonizante. Abby se vio arrastrada hasta el mueble de ratán donde había estado sentada. Él lo ocupó y luego la sentó a ella sobre su regazo. La sensación de estar sobre él era alucinante.

Simon se dedicó a hacerle mimos: le acarició la espalda, los brazos mientras con la otra mano tomaba la de ella con firmeza. Pasaron así varios minutos, disfrutando de la compañía del otro. Se dedicaron a charlar para disipar un deseo inoportuno. Abby le habló de su vida en Londres y de lo mucho que extrañaba a su padre y a su amada prima Christiana.

—No sabía que a los quince años se le permitía a una joven escoger marido.

—Bueno, no exactamente. —Abby se removió sobre él, ignorante del efecto que causaba—. A veces creo que mi padre me permitió hacerlo porque se sentía culpable.

—¿Culpable?

—Verás, Simon. Mis padres vienen de mundos muy distintos. Mamá nació en una familia pudiente, y papá no. Ya te dije que es sastre. Cuando se casaron, mamá tuvo que abandonar su vida de comodidades y lujos. Mis abuelos y muchas amistades le dieron la espalda porque consideraban que casarse con un hombre de clase trabajadora era…

—Una aberración.

—Algo así —arrugó la nariz—. Pero yo estoy orgullosa de él. Lo amo más a que nada en el mundo y sé que él amó a mi madre. Papá me enseñó que trabajar, ser útil y obtener las cosas por esfuerzo propio es la satisfacción más grande. Además, me ha cuidado desde que mamá murió, poco tiempo después de que yo cumpliera dieciséis. No puedo imaginar a un padre mejor.

—Lo siento, no sabía que tu madre había muerto —apretó su mano.

—La madre de Henry fue una de las mejores amigas de mi madre. Cuando él y yo nos conocimos —no quiso decir “y nos enamoramos”—, Beatrice vio con buenos ojos nuestra relación y sugirió que sería bueno que nos viésemos más seguido. —Se encogió de hombros. Con el rabillo del ojo notó que Simon la observaba con

atención; sin duda sabía escuchar—. Poco a poco todo se fue volviendo mucho más serio. Surgió la idea del compromiso, ya que nuestras familias eran cercanas, y yo estaba feliz. En ese entonces, pensé que había encontrado al amor de mi vida. Me preparé para este momento, para vivir en la India y para ser la esposa de un Wilcotts. Cuando mamá murió, Beatrice le prometió que se ocuparía de mí para que nada me faltase y que, cuando llegara el momento, me casaría con Henry.

—Y tu padre estuvo de acuerdo porque pensó que si te casabas con un hombre rico tendrías todo lo que tu madre no pudo tener a su lado. —Ella asintió con la cabeza gacha—. No tienes que hacerlo.

Abby prefirió sortear el tema.

—¿Te das cuenta? Te he contado cosas de mí, y tú aún no me dices nada.

—¿Que no te he dicho nada? Te he contado lo más importante.

—¡Abby!

La joven se puso de pie al escuchar el llamado de Tess. Él la imitó. Recordó que se había ausentado hacía… ¿cuánto tiempo? No estaba segura.

—Oh, Simon, no deben vernos —susurró con los ojos brotados de espanto.

—Prométeme que nos veremos de nuevo —le exigió rodeándole la cintura con un brazo posesivo—. Mañana al atardecer, en Sarsaiya Ghat.

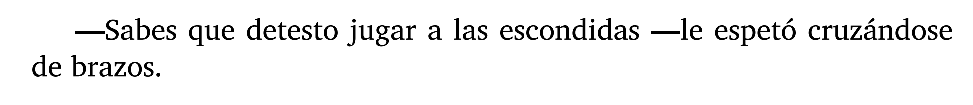
—No, no puedo.

—Sí puedes. Anda, Abigail. No me iré hasta que lo prometas.

—¡Abby! —La voz de Tess se acercaba peligrosamente.

—Está bien. Mañana al atardecer.

Simon sonrió. Le dio un beso rápido y después corrió a esconderse tras una verja, un segundo antes de que Tess apareciera por la entrada del pequeño jardín.



—Sabes que detesto jugar a las escondidas —le espetó cruzándose de brazos.

—Perdón, solo quería un minuto a solas.

La otra puso los ojos en blanco.

—¿Un minuto? Llevo media hora buscándote por este laberinto de puertas. Déjame verte —le examinó el vestido con gesto de espanto—. Ya veo por qué no querías salir. Ya nos vengaremos de esa zorra Wheeler.

—Mejor vámonos ya, estoy cansada, y Anna seguramente también lo está.

—Oh, sí, la pobre está muy preocupada por ti —afirmó mientras desandaban el camino hasta el salón—; creí que se levantaría de la silla cuando te vio caer.

—¡Tess!

—Te lo juro. Esa chica te estima mucho, Abby —rio—, casi tanto como al capitán Ballard. ¿Los has visto hablando?

—No.

—Casi se le cae la baba.

Abby se sintió incómoda de que alguien, además de ella, lo hubiera notado. No habían sido ideas suyas, entonces.

Las preguntas que una vez se había formulado regresaron a su cabeza:

¿Estaría Anna enamorada de Simon?

¿Y él, qué sentía por ella?

Capítulo 11

Ese 9 de mayo, cuando el fulgor de las últimas lámparas se extinguió en la mansión de lord y lady Erdington, los británicos de Cawnpore se fueron a la cama sin sospechar que al día siguiente, cuando despertasen, se encontrarían de frente con una realidad retorcida. Al llegar el nuevo día, la resaca de la celebración adquirió visos de pesadilla apenas la noticia se dio a conocer: los cimientos del imperio británico ya no eran inalterables, y ellos ya no eran invulnerables.

Después de desayunar junto a su mujer y a sus dos jóvenes huéspedes, Geoffrey Callthorpe se disponía a partir a su sitio de trabajo en las obras del ferrocarril, cuando reparó en un oficial inglés que atravesaba la estrecha avenida en un enloquecido galope. Se trataba del teniente Faraday, que se detuvo, pálido y jadeante, frente a la verja de su vivienda. Inmediatamente, el señor Callthorpe se contagió de la tensión que corroía al muchacho; esperó a que lo saludara, repasando un par de escenarios que explicaran aquel rostro de funeral. ¿Se habría suscitado un accidente en las obras? ¿Habría muerto alguien?

Pero todo lo que imaginó se quedó corto ante la monstruosa verdad. El oficial le puso al corriente de la situación. Al asimilarla, Geoffrey adoptó la misma expresión de rabia, dolor y miedo que traía el muchacho. Una maldición brotó de sus labios, poco acostumbrados a las palabrotas. Tras cumplir con su deber, Faraday se marchó para llevar el mensaje a otros funcionarios. El señor Callthorpe abandonó la intención de ir a trabajar. Se dirigió de nuevo a su casa porque debía poner al corriente de las nefastas noticias a Laura y a sus invitadas.

—Las tropas nativas de Meerut se han amotinado y han matado a cientos de ciudadanos británicos. La ciudad está en llamas. Los rebeldes se dirigen a Delhi.

Abby escuchó aquel discurso, estoico y conciso, con el pecho desbocado. Casi instantáneamente, los sollozos de pavor se desbordaron por la habitación. Laura cayó sobre el sofá como si estuviera hecha de trapo; Tess se tapó la boca con las dos manos, los ojos brotados reflejaban el más lacerante espanto.

Dios mío, lo que tanto habían temido estaba sucediendo.

—¿Qué le dijo el teniente, señor Callthorpe?

—Los jinetes se negaron a usar esos malditos cartuchos y fueron aprehendidos —soltó después de dar un sorbo a su copa de brandy, algo totalmente inusual en él, ya que el señor Callthorpe nunca bebía antes del mediodía—. Se los expulsó del ejército y fueron sentenciados a diez años de trabajos forzados. Sus compañeros de armas reaccionaron a la medianoche: los liberaron a ellos y a una sarta de delincuentes comunes con los que compartían celdas. Todos se han lanzado a las calles —suspiró con amargura—. La infantería no los vio venir. Los masacraron y fueron a la ciudad. Arrasaron con los bungalós, las oficinas, las barracas de los soldados, matando a cuanto inglés han hallado en el camino. Meerut no es más que un montón de cenizas y cadáveres en este momento.

—¡Por Dios! No es posible —sollozó Laura.

Abby recordó la conversación que los caballeros sostenían la noche anterior, cerca de la mesa de los refrigerios. Por supuesto que hablaban de Meerut.

—Pero ¿cuántos pueden ser? Se podrían enviar refuerzos para detenerlos —exclamó Laura poniéndose de pie y después caminando de largo a largo por la habitación—. ¡Se debe hacer algo, por el amor de Dios! Geoffrey, ¿cuántos soldados han sido? ¿Qué fue lo que te dijeron? ¡Habla ya, hombre!

—¡No sé cuántos son! ¡No he estado ahí, maldita sea!

—Pero ¿por qué no le has preguntado al mensajero? —gritó la mujer que, a todas luces, estaba perdiendo los papeles debido al pánico—. ¿Cómo pudiste no preguntar algo tan elemental?

—¡Por favor, no es momento de perder la calma! —intervino Abby, elevando la voz—. Estoy segura de que nuestras tropas están tratando de hacer su trabajo. No haremos nada atacándonos unos a otros.

—¿Y si vienen hasta acá?

El susurro tembloroso de Tess le heló las entrañas. Las dos mujeres se volvieron para lanzarle miradas de reparo, no exentas de terror, como si acabara de mentar al diablo.

—No digas tonterías, muchacha —la increpó Laura—. Esta plaza es una de las más seguras de toda la India. Ni todos los nativos del Ejército de Bengala podrían penetrar una zona tan resguardada como esta. ¿No es así, Geoffrey?

Las mujeres clavaron la vista en el caballero buscando en él la más mínima brizna de aprobación, pero él se limitó a dar el último sorbo a su copa, para después servirse otra hasta el borde del cristal.

Tal fue la conmoción de Abby por los sucesos de Meerut que olvidó que había prometido a Simon verse con él en los *ghats*.

Al día siguiente, Cawnpore ardía en cólera e incertidumbre, al igual que el resto de las plazas británicas en la India. Gracias al telégrafo, la noticia se propagó con rapidez por todos los asentamientos, incluso había llegado hasta Londres, donde el hecho había suscitado una enardecida polémica en el parlamento. La prensa había augurado lo peor, los intelectuales y opinantes de oficio ya hablaban de una guerra inminente en la que Gran Bretaña tenía todas las de perder.

Como era domingo, los habitantes del acantonamiento pudieron intercambiar impresiones en la iglesia de St. John, antes y después de la airada alocución del reverendo Catesby. Algunas mujeres se refugiaban en las oraciones, mientras que otras murmuraban vejaciones contra los soldados nativos; los hombres, como si fueran expertos en el tema, discutían las estrategias bélicas más aplicables para el caso. Era una lástima que ningún miembro de la familia Wheeler estuviera allí para brindar más información, pero, de seguro, sir Hugh estaba poniendo su parte para resolver el caos, pensaba Abby esperanzada.

—Sabía que esto pasaría —susurró Anna, que estaba sentada junto a ella en la banqueta—. Dentro de mí, estaba segura de que ocurriría algún día.

Abby se quedó callada. No había nada que pudiera decir. No había palabras de consuelo posibles, no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas. Pensar que Henry y su familia se hallaban lejos le hacía doler el pecho. Al menos ella protegería a Anna, como se lo había prometido.

Esa mañana, Laura se había quedado en cama con una terrible jaqueca. Aunque Abby se ofreció a quedarse para cuidarla, Geoffrey

insistió en hacerlo él mismo para que ella pudiera ir a la iglesia junto a Tess y Anna.

—Alguien tiene que pedir por nosotros, querida —le había dicho el señor Callthorpe con una sonrisa afligida.

A la salida del templo, la agitada turba de fieles se topó con un contingente de al menos cuarenta soldados de la caballería nativa. Al verlos, Abby tragó saliva con fuerza. Un grupo de mujeres reaccionaron con gritos de pavor y se refugiaron tras sus no muy envalentonados maridos. Pronto se dieron cuenta de que no se trataba de ninguna amenaza: los uniformados, comandados por el capitán Ballard, habían sido enviados para resguardar el orden en los predios del acantonamiento civil. Un soplo de alivio atravesó la humanidad de la joven.

La figura de Simon Ballard, situado sobre *Jadar*, le transmitió una sensación de seguridad, religada con un estremecimiento de placer que juzgó de inoportuno. Se sacudió la cabeza, intentando centrarse. Al menos, sabía que él haría todo para protegerlos; eso la llenaba de alivio.

—¡Simon! —Anna lo llamó por su nombre de pila con desparpajo, dado que los demás ingleses habían huido despavoridos en sus coches. En la caminería que conducía al edificio de piedra, solo quedaban ellas dos, además de Tess, Nikhila, la aya de Anna, y el cochero de los Wilcotts.

El aludido intercambió algunas palabras con un cipayo, luego giró instrucciones en hindi a los demás, antes de despacharlos. Se aproximó a ellas. La mirada que intercambió con Abby fue elocuente. Ella podía ver en sus ojos la impotencia, el dolor, la indignación. Cuánto deseaba poder abrazarlo, compartir con él sus temores, escucharlo prometer que nada malo sucedería, pero Simon era humano y, por ende, vulnerable. No podía exigirle tal cosa. Tan solo podía confiar en él y en su experiencia militar. Las vidas de todo Cawnpore estaban en sus manos.

—Simon, por favor, dinos lo que sabes —rogó la hermana de Henry.

El aludido se apeó del caballo. Las saludó con una educada reverencia.

—Señoritas, me temo que la situación no pinta nada bien —masculló—, pero nuestros compañeros de Delhi están luchando para restablecer el control.

—¿Delhi? —inquirió Abby, temiendo lo peor.

—Han tomado la ciudad.

Sintió un vuelco en el estómago. Primero Meerut, ahora Delhi. En los ojos de Simon había algo más, algo que no estaba dispuesto a compartir; le sorprendió saber cuan bien conocía sus gestos. ¿Qué ocultaba? Abby apenas podía formar conjeturas con semejante angustia corroyéndole el pecho.

—Oh, capitán, ¿es cierto que han muerto ingleses? —lo interrumpió Tess con la voz quebrada—. ¿Pretenden asesinarnos?

—Hay bajas, muy numerosas por desgracia.

—¡Dios mío! Debemos salir de aquí cuanto antes —reaccionó histérica.

—¡No! —exclamó el militar—. Los caminos son peligrosos y el río está en poder de los rebeldes. Deben quedarse en Cawnpore. Nadie tiene permiso para salir de la ciudad.

—¿Qué sabes de Allahabad? —quiso saber Anna.

—Todo allí está en calma. Al menos eso nos han dicho.

La hermana de Henry dejó escapar el aire contenido.

—Capitán—lo llamó uno de sus ayudantes británicos—. Sir Hugh lo solicita. Es urgente.

Simon asintió antes de trepar de nuevo a su caballo. Abby estaba tan decepcionada, tan ávida de respuestas, que estuvo a punto de gemir de frustración. En la iglesia había rogado por la India, por Cawnpore, por Simon. Solo esperaba haber sido escuchada y que Simon estuviera protegido mientras cumplía su deber. Trató de infundirle ánimos con su mirada.

—Vayan a casa, por favor —pronunció el militar antes de marcharse.

* * *

El afianzamiento que el jefe de la guarnición había mandado a construir estaba lejos de hallarse concluido, pero ya mostraba visos de ser un resguardo bastante eficiente. Constaba de dos grandes barracones, uno de los cuales haría de hospital; el otro estaba compuesto por varios edificios adyacentes que servirían para cobijar a unos mil ciudadanos. Simon concluyó que la estructura parecía bastante segura, salvo porque se habían tomado edificaciones próximas al río, lo que los hacía vulnerables a los ataques de los rebeldes desde esa posición, y porque aún faltaba mucho para verla terminada.

Cientos de obreros nativos habían trabajado día y noche para acabarla desde que Wheeler supo de los primeros focos de violencia. El viejo zorro podía oler el peligro y, sin meditarlo un segundo, había tomado la iniciativa de la que ahora dependía la vida de mil civiles y trescientos soldados británicos. Ni siquiera los obreros contratados sabían, sin embargo, la verdadera finalidad de la edificación. La última tarea pautada, la que delataría su propósito delante de todo Cawnpore, sería la de construir una trinchera lo suficientemente alta y la de instalar varias baterías de cañones, una vez llegado el momento.

Después de inspeccionar la obra, Ballard se reunió con el general, que se hallaba supervisando los últimos avances en el área del hospital.

—Algunos me creían un viejo loco, Simon. —Wheeler admiraba su obra con los ojos de un padre orgulloso—. Pero mi cordura es la que me ha llevado a hacer todo esto. ¿Sabes cómo llamaba Hewitt este lugar? Un monumento al alarmismo. Yo lo llamo “la maldita Arca de Noé”. Se supone que yo soy Noé. —Rio con amargura, pero su risa se apagó, para dar paso a una expresión muy seria—. Ahora Hewitt está muerto y nosotros nos defenderemos hasta donde nos alcancen las fuerzas.

Simon estaba dolorosamente consciente de lo que estaba por ocurrir. No había manera de detener la ola de violencia y destrucción que se avecinaba. Los rebeldes de Meerut habían encendido la mecha, y ya no había vuelta atrás. Aunque desde Delhi se había alertado a las

fuerzas estacionadas en China y Birmania, nadie podría llegar para auxiliarlos en menos de dos meses. Esa era la odiosa realidad. Debían defenderse con sus propios recursos hasta que los refuerzos llegasen.

—¿Cuándo planea ordenar los traslados?

—Apenas esta cosa esté lista —respondió Wheeler sin mirarlo.

—No lo estará a tiempo. Los rebeldes llegarán aquí en cuestión de semanas.

—Llegaremos hasta donde se pueda —soltó un gruñido agónico—. Sé lo que estás pensando, hijo. No tenemos muchas opciones. Yo también tengo miedo, sería un imbécil si no temiera, pero defenderemos este lugar, porque es lo que hemos jurado hacer. Moriremos defendiéndolo si es necesario.

Simon asintió con languidez. La muerte era una alternativa bastante probable en su profesión. Ahora, sin embargo, no quería pensar en ella.

Quería vivir.

—General—vaciló antes de hablar—, no puedo garantizar que mis hombres se mantendrán leales. Lo de Sangam los ha trastornado.

—Lo sé. Has hecho bien tu trabajo, Simon. Has hecho lo correcto. —Con una mano se peinó los cabellos canos enmarañados, como los de un lunático erudito—. Lo de Bahadur Shah y la *rani* de Jhansi… Lo sabíamos, de alguna manera.

—Se lo confirmé muy tarde —se recriminó él.

—No habría habido ninguna diferencia. —Sir Hugh se encogió de hombros, indiferente—. Los dos sabemos eso. Seguimos siendo minoría de aquí hasta Cantón, así que… —Dejó la frase en el aire. Finalmente se decidió por un suspiro de resignación—. No sé cómo sucedió esto, Simon. No sé en qué momento olvidamos que el dogmatismo es el detonante por antonomasia de todas las guerras. Ahora que tenemos el agua al cuello es cuando podemos ver el tamaño de nuestro error. El ansia de conquista nos ha cegado.

—Los lamentos no nos ayudarán a salir de esto, señor —razonó Ballard—. Hay que actuar. Cawnpore nos necesita.

Se hizo un silencio momentáneo.

—No estoy seguro de cómo voy a movilizar a mil ingleses sin que las tropas nativas lo adviertan —continuó Wheeler.

Simon pensó un momento.

—Nos inventaremos misiones. Los sacaremos de aquí varios días.

—¿Crees que funcione?

—Haremos que funcione —farfulló—. Hasta ahora, todo Cawnpore cree que esto será un hospital.

—¿Pero por cuánto tiempo?

—¿Qué sabe de Delhi? —inquirió Ballard, sorteando la pregunta.

El telegrama de esa mañana los había puesto al corriente, con frustrante brevedad, de los últimos sucesos en la legendaria capital del imperio mogol. Los cipayos sediciosos habían llegado a Delhi para dejar tras de sí una estela de fuego y muerte; habían encontrado una marea de refuerzos entre los *sowars* que servían en dicha guarnición, que no dudaron en sumarse a la causa. Habían tomado el fuerte rojo y acabado con los guardias británicos hasta llegar a Bahadur Shah. Aunque el mensaje no contenía ningún detalle al respecto, Simon sabía que los cipayos lo habían nombrado líder de la rebelión y lo habían restituido como emperador de la India. Estaba seguro de que el viejo había aceptado solo por miedo. Era bastante paradójico, pensó, que el nombre de Bahadur significara precisamente “el Valiente”.

Por otro lado, las tropas rebeldes, incluyendo a un sinnúmero de presos comunes y navajeros, habían robado armamento, municiones y caballos; habían saqueado la ciudad y matado salvajemente a hombres, mujeres y niños sin ninguna discriminación; habían incendiado sus casas e, incluso, los habían ejecutado públicamente, como lo habían hecho en Meerut. Los indios musulmanes llamaban a la guerra santa y los hinduistas clamaban por el restablecimiento de la Confederación Maratha. Para evitar una reacción posterior de los británicos, habían hecho volar el arsenal que contenía miles de barriles de pólvora, cartuchos y armas diversas. En la explosión, habían muerto tanto nativos como británicos.

Se dirigían a las ciudades militarizadas para repetir el horrendo

patrón.

—Nada nuevo. Probablemente, les han cortado los cables del telégrafo.

—Deberíamos meter aquí a todos esos hijos de puta junto con toda la pólvora de la que disponemos —decía Fitzralph mientras entraba junto a Miller y Radcliff en el incipiente escondite—; así los haríamos volar antes de que alguno tenga las agallas para atacarnos.

La conversación entre los uniformados dejó de girar en torno a reproches, lamentos y reflexiones a destiempo para centrarse en la estrategia que emplearían en la defensa de Cawnpore ante el inminente ataque de los rebeldes.

Después de nueve horas de reunión, Simon abandonó exhausto las barracas. Tras engullir una comida insípida en el cuartel, se sentó al escritorio de su recámara. Había ido al encuentro de Abigail la tarde anterior, aun dejando de lado sus obligaciones, pero ella no se hallaba ahí. Terminó creyendo que había olvidado la cita que tenían. Por ello garabateó para ella una breve carta.

Querida Abigail,

A ti no puedo mentirte.

Me gustaría poder poner palabras de amor en estas líneas, poder decirte cuánto me has transformado en este corto tiempo, cuánto necesito tenerte cerca para continuar respirando, cuántas ganas tengo de huir contigo a un lugar donde el odio ancestral y los molestos deberes que adquirimos cuando ni siquiera nos conocíamos no nos alcancen, pero el amor que siento por ti me ha puesto otras pruebas. Debo proteger Cawnpore y debo protegerte a ti.

Mi amada, nos esperan días muy difíciles, nuestras vidas peligran. Los rebeldes vienen hacia acá y su sed de sangre es colosal. Los ejércitos más numerosos con los que contamos han sido avisados, pero es imposible que lleguen pronto. Solo nos tenemos a nosotros mismos para defendernos hasta que ellos arriben.

Sir Hugh ha mandado a construir unas defensas cerca del río para resguardar a todos los británicos. Apenas el lugar sea habitable, los

mandarán a ocuparlo. Prepárate, por favor. No lleves demasiadas cosas, solo lo imprescindible. Quédate allí y mantén la calma. No debes comentar esto con nadie. Cundiría el pánico y pondrías en peligro nuestro plan. Te lo cuento porque tienes derecho a saberlo, porque sé que eres fuerte y sabrás infundir a los demás la calma que precisan para afrontar lo que se viene. Quiero que sigas las instrucciones de los oficiales y que confíes en ellos.

Mantente a salvo. Saldremos de esto, mi amada.

Siempre tuyo,

S.B.

Simon siempre entregaba su correspondencia personal a Bin Rao, pero esa vez optó por usar varios intermediarios ingleses, consciente de que Fitzralph le tenía el ojo puesto y que trataría de interceptar cualquier mensaje que saliera de él. Lo último que deseaba era que sus pares se enterasen de lo que había entre él y la prometida de Henry Wilcotts. Era así como se la conocía a Abigail Fortescue, aunque le doliese. No por mucho tiempo, se juró, porque, si viviría para algo, sería para procurar que esa mujer fuera solamente suya.

Si sobrevivía a las circunstancias, sería para ella.

* * *

Abby rompió en llanto, repleta de sentimientos encontrados, cuando aquellas impetuosas líneas llegaron hasta sus manos. Se dejó caer sobre la cama recién hecha, mientras el papel le resbalaba de los dedos.

Lo que Simon le contaba y el amor que había puesto en sus palabras la sobrepasaban. Temía por él, por la gente de Cawnpore, por los propios indios.

Lo peor era que debía mantener todo en secreto para que la población no enloqueciera. ¿Cómo iba hacerlo? ¿Cómo se lo pedía él? ¿Acaso estaba destinada a conocer terribles verdades y a no

compartirlas? Era una tarea muy cruel, con la que no se sentía nada cómoda. Ella no era tan fuerte como Simon creía. Aunque una vez le había asegurado que no era tan frágil como parecía, Abby tenía miedo de que la situación la redujera. Pero debía intentarlo y ser lo que él necesitaba que fuera.

Los días transcurrieron, y con ellos, los peores temores de los ciudadanos británicos se iban acrecentando. Las noticias sobre los cipayos amotinados por todo el norte de la India estaban a la orden del día. Se decía que los grupos rebeldes se engrosaban como avalanchas de nieve a medida que alcanzaban nuevos poblados y aldeas. Los cipayos reclutaban aliados, robaban y saqueaban viviendas sin piedad, atacaban haciendas inglesas y angloíndias, quemaban las cosechas, abusaban de las mujeres y aniquilaban a sus habitantes. Las ejecuciones se realizaban en nombre de Bahadur Shah, el nuevo emperador de la India, que daba su bendición a cada paso que daban sus vasallos.

En Cawnpore, reinaba un silencio desesperado, a veces mosqueado por un estallido de histeria femenina o un intercambio de insultos entre un inglés y un nativo soberbio. La mayoría de los ciudadanos británicos esperaba, en honrosa calma, noticias sobre el avance de las tropas inglesas, pero no llegaban, a diferencia de las nuevas calamidades obradas por los demonios a caballo, cuyos cuentos de perversidad y orgías de violencia parecían cada vez más frecuentes y espeluznantes. Otros habitantes del acantonamiento pasaban el día en oración por los compatriotas caídos, hacían vigilias y ayuno mientras pedían por su propia salvación.

Una tarde, mientras Abby jugaba al dominó –o al menos fingía estarlo haciendo– y tomaba el té con Tess y Anna en el jardín de la mansión Wilcotts, llegaron un par de cartas de Henry. En ellas, mostraba su ira y consternación respecto a lo que estaba sucediendo, es decir "la alocada e insensata alarma" que los militares habían encendido para intimidar a la población. En su delirio, Henry le aseguraba que nada verdaderamente inquietante estaba sucediendo y que muy pronto aquel "grupillo de cipayos desobedientes" iría a la horca por sembrar el terror.

Por otra parte, le prometió que la boda –para la que apenas faltaban dos semanas y que Abby había olvidado por completo– se realizaría contra viento y marea en la fecha prevista, aunque el mismo ejército maratha se opusiera. Finalmente, enviaba saludos afectuosos a

Tess y a los Callthorpe.

Abby leyó el mensaje sin ninguna expresión en el rostro. Miró a Anna, que acababa de terminar las líneas que su hermano había escrito para ella, y ambas compartieron en silencio la pena por tamaña negación.

—Al menos está bien —suspiró la pelirroja.

—Dios mío, ¿qué es lo que dice? —gruñó Tess, que se hallaba excluida de aquel intercambio—. ¿Ya llegaron los refuerzos?

—No. —Fue Anna quien contestó con dificultad—. Mi pobre hermano no quiere asumir lo que está ocurriendo.

Días más tarde, durante una luctuosa cena, el señor Callthorpe les relató algunas de las historias que circulaban por la ciudad: algunas familias, pese a las advertencias de los militares, habían intentado escapar por el río. Los barqueros se habían negado a llevarlos, aunque les habían ofrecido grandes cantidades de dinero y joyas. Algunos lograron subir a unas gabarras por cuenta propia, pero, dado el peso de los bienes materiales, la inexperiencia de los remeros improvisados y el fragor de la huida, habían naufragado antes de llegar a Fatehpur, cuyos manglares estaban atestados de cocodrilos.

Por desgracia, ninguno de los clípers de la Compañía o de las empresas privadas que prestaban estos servicios se hallaba en el muelle. Las malas lenguas decían que apenas se supo de los hechos en Meerut, las embarcaciones habían zarpado para poner a resguardo a las familias más pudientes de la ciudad, entre ellas la de los condes de Erdington, que habían pagado más dinero del que la tripulación había visto en toda una vida.

Otros pocos, más aventurados, habían logrado cruzar el Ganges hasta la selva. No se había vuelto a saber de ellos. Era muy complicado adivinar qué podía esperar a aquellos que, presas del pánico, se habían lanzado a las profundidades de la jungla sin las provisiones necesarias. Correr hacia el desierto tampoco era una opción. Además de los peligros propios de aquellos territorios inhóspitos, se hallaba el riesgo de toparse de frente con los rebeldes sedientos de sangre británica o, en su defecto, con nativos rencorosos que los pudieran perjudicar de alguna manera.

Tales perspectivas ponían a Abby los pelos de punta. No veía la

hora de hablar con Simon, pero él y los demás jefes de los regimientos de la ciudad se dejaban ver poco. Imaginó que se encontraban enfocados en la tarea de resguardar la ciudad. Se vio en la obligación de mantener la boca cerrada, como él se lo había pedido. Era lo mejor. Quizá todo el mundo se abalanzaría sobre los barracones si supiese que estos estaban destinados a resguardar la vida de los habitantes de la ciudad si los rebeldes llegaran a tomarla. Pudo figurarse la magnitud del caos: todos sus compatriotas, enloquecidos por el pánico, intentando entrar a la fuerza, aun cuando los trabajos de construcción no hubieran culminado.

Un estremecimiento de horror le sobrevino. No, no podía más que respetar el plan ideado por los oficiales que, como si fuera poco, debían actuar a espaldas de las tropas nativas, cuya lealtad era dudosa.

—Deberíamos tratar de huir de aquí de algún modo —mascullaba Tess una tarde, mientras Abby miraba por la ventana con el corazón agitado, esperando lo peor, como se había acostumbrado a hacer para su desgracia.

—¿Quieres que corramos la misma suerte que esa gente que naufragó en Fatehpur? ¿O te gustaría que nos devorasen los tigres de bengala?

—¡No quiero quedarme aquí, Abigail! —gruñó.

—Yo tampoco, pero los uniformados nos pidieron que…

Tess chasqueó la lengua.

—Querrás decir tu amante… —rezongó mirándola con un reproche rayano en la envidia. Abby la observó horrorizada; su garganta se cerró. La otra se puso de pie dispuesta a atormentarla—. ¿Crees que soy estúpida? Gimes su nombre en sueños, muy a menudo. ¿Cómo son esos sueños, Abby? —se burlaba, mirándola con la cabeza ladeada—. ¿Te lo hace como un animal?

Inspiró con fuerza, armándose de valor, aunque en el fondo estaba avergonzada de que sus ensoñaciones fueran del conocimiento de ella.

—¿Por qué supones que es mi amante?

—Leí la carta que te envió.

—¿Cómo te atreviste? —la reprendió con los ojos brotados.

—¡No, descarada! —retrucó Tess—. ¿Cómo te atreves tú a engañar a Henry Wilcotts con ese oficial de baja ralea, hijo de quién sabe quién?

—No lo entiendes —susurró Abby apartando la vista. No podía darle explicaciones a Tess, ni a ella ni a nadie—. No debes decirle a nadie lo del refugio.

—¡Eso lo entiendo! —La muchacha morena sacudió la cabeza, la observó con patente repulsión—. Y pensar que te creíamos una santa. Por lo visto eres una madame Bovary en potencia, señorita Fortescue.

Después de aquella discusión, Abby se había distanciado de su acompañante. Apenas se dirigían la palabra. Sabía que Tess estaba celosa porque ella misma había perseguido a Simon hasta que se enteró de que no era tan rico como los otros oficiales y había dirigido sus esfuerzos a otra parte.

Hasta allí llegaba su indignación.

En otra época, Abby se habría sentido devastada por la inminente suspensión de la boda, pero ahora ni siquiera le causaba escozor la idea de que su prometido se enterara de sus encuentros a solas con Ballard. Los últimos sucesos habían cambiado las cosas, y ella estaba segura de que, aunque sobreviviera, nunca se casaría con Henry Wilcotts. No podía hacerlo después de leer la carta de Simon, después de haber sido besada por él.

Pensó en su antiguo “amor” con una sonrisa agridulce en el rostro. No había recibido más cartas suyas por lo que, dedujo, había abierto los ojos y aceptado los hechos. Esperaba de corazón que se encontrara bien.

Procuró olvidarse de todo aquello; se dispuso a escribir a su padre y a Christiana en Londres, rogando para que no fuera la última vez que estableciera contacto con ellos, que sus palabras pudieran llegar a destino. A esa altura, estaba claro que ni siquiera habían recibido la primera carta, enviada la misma semana de su llegada a Cawnpore.

En sus líneas, Abby intentó tranquilizarlos, infundirles ánimo, aunque no estaba segura si estaba haciendo bien; les mandó todo su amor; puso especial cuidado en que sus palabras no fueran entendidas

como una despedida.

Cuando cerró el último de los sobres, las lágrimas regresaron.

* * *

El treinta de mayo, luego de la caída de Benarés y Jhansi, le tocó el turno a Lucknow.

Las fuerzas insurrectas entraron a la ciudad que, al contar con la ventaja de la anticipación, se había preparado de un modo similar a como lo había hecho Cawnpore. Los hombres al mando de Henry Lawrence habían convertido una pequeña zona de edificios en una trinchera donde la población civil permanecía en resguardo. La ciudad estaba sitiada por los rebeldes, por lo que todavía no podía hablarse de un control por parte de los cipayos. Los británicos repelían el ataque, resistían con coraje.

Esa situación anticipó el plan de movilización de los civiles hacia los barracones, dado que Lucknow estaba a unos pocos días de Cawnpore. El primero de junio, el coronel Radcliff, según el plan trazado, guio a sus hombres hasta Jalaun para una misión ficticia. En plena madrugada, mientras parte de las tropas dormían y otra hacía guardia puertas afuera del emplazamiento civil, los primeros cientos de ingleses eran llevados a toda prisa a uno de los edificios fortificados junto al río. Por desgracia, el terreno se encontraba pantanoso como consecuencia de las recientes lluvias, lo que retrasó la movilización de los carruajes que salían cada media hora cargados de hombres, mujeres y niños aterrados.

Cada familia había sido exhortada a llevar tan solo enseres necesarios, aunque alguna que otra pretendía trasladar posesiones personales de gran tamaño: muebles, pesados baúles, caballos y otros objetos que pondrían en peligro el éxito de la movilización. Tras razonar con los alterados civiles, a quienes se les permitió al menos llevar a un criado indio de confianza, los militares lograron ubicar en espacio de cinco horas a trescientos de ellos.

Algunos subordinados de Miller y de Fitzralph hicieron algo similar con sus tropas los días siguientes. En tres madrugadas consecutivas,

tres cuartos de la población británica de Cawnpore se hallaba instalada en el fuerte, que, si bien no estaba concluido en su totalidad, se hallaba apto para albergar a un millar de personas. Para entonces, los cipayos que volvían de Jalaun y otros poblados cercanos ya sospechaban que algo muy extraño estaba sucediendo. La ciudad se percibía silenciosa, los comercios estaban atendidos por tenderos nativos. Tan solo la iglesia de St. John mostraba la acostumbrada afluencia de personas.

La madrugada del cuatro de junio se tenía previsto el traslado del último grupo de ciudadanos británicos, del cual formaban parte Abby, Anna Wilcotts y los Callthorpe. Tras tomar algunas mudas de ropa, comida, medicinas y una biblia, abordaron el carruaje rumbo a la fortificación. Ninguno dijo una palabra mientras el carruaje franqueaba los caminos oscuros. Abby notaba el corazón agitado y el estómago contraído; luchaba contra la ineluctable sensación de que más adelante los estaría esperando una emboscada. Los caballos bregaban por los terrenos húmedos y caliginosos, relinchaban inquietos, percibiendo la tensión de los humanos. Sharmila y Nikhila venían en otro coche. Al resto de los criados no se les había mencionado nada sobre el traslado, tal como lo habían ordenado los militares.

Llegados a las barracas, debieron hacer una larga fila para registrarse e ingresar. Apostados junto a las compuertas de hierro, un trío de ocupados guardias; ignoraban las preguntas frenéticas que los recién llegados les hacían, llenaban un cuaderno con los datos de todos los ciudadanos antes de dejarlos pasar al edificio; intercambiaban mensajes al oído y se respondían con ásperos movimientos de cabeza. Los hombres y mujeres hablaban todos a la vez, maldecían a sus criados, quienes, según ellos, saquearían las viviendas en ausencia de los dueños. De vez en cuando se oía un llanto perturbador o una discusión producto del nerviosismo y la impaciencia. Una niña lloraba a lágrima viva; su padre le explicaba que su cachorro mastín debía quedarse fuera por órdenes de los señores guardias.

Desolada, Abby apartó la mirada de la escena. Contempló la negrura del río, que estaba crecido por las recientes lluvias y bordeado de antorchas encendidas; uniformados atentos custodiaban la orilla con fusiles en mano. El sonido del agua rasgando las piedras y el olor a humedad le traían recuerdos: Simon bañándose bajo el sol, Simon advirtiéndole que se marchara de la India. De pronto, recordó la cita

que habían acordado y a la que ella había faltado. Se sintió tan estúpida. Se condenó por dejar pasar la oportunidad de hablar con él.

Se preguntó si él estaría allí; la sola idea le infundía seguridad, la embotaba de amor. Sus ojos comenzaron a escudriñar la marea de rostros desolados, iluminados por los candiles que traían en mano. Ninguno atrajo su atención.

La fila avanzaba a paso lento y desesperante. Tras cuarenta y cinco minutos de espera, les tocó el turno de ingresar al resguardo. Los criados indios se hicieron cargo de las escasas pertenencias. Laura se negó a soltar su bolsa y dirigió una mirada enardecida al *culi* que le había ofrecido ayudarla. El señor Callthorpe tomó a Anna en brazos, la depositó con cuidado en la silla de ruedas y, luego, se puso a dictar los datos de cada uno a un soldado.

Abby notó que un grupo de hombres, con picos y palas en mano, cavaba zanjas alrededor del edificio. Esas debían de ser las trincheras.

—Un momento—ladró una voz hosca, la de uno de los oficiales del 53°, según apuntaba su chacó. El hombre los detuvo cuando se disponían a entrar—. Se les ha dicho que solo puede ingresar un criado por familia.

Sharmila y Nikhila no entendían nada de lo que decía el oficial, pero podían leer la animadversión en su mirada. Ambas, sumisas, bajaron la cabeza.

—¿Cuál es el problema, oficial? —intervino el señor Callthorpe—. Tenemos a una criada y la señorita Wilcotts tiene a otra —recalcó el apellido de la joven para que no quedara duda de a qué familia pertenecía ella.

—¿Una criada para una sola persona? —El oficial miró a la chica en silla de ruedas con actitud desdeñosa; estaba claro que, en aquel ambiente hostil, ningún civil gozaba de la más mínima prerrogativa—. Son demasiados privilegios tomando en cuenta las condiciones que hay allí dentro, señor Callthorpe.

—¿Privilegios? Esta chica necesita atención especial, por si no lo ha notado.

—¡El espacio es limitado, igual que las provisiones!

—Oficial, trajimos comida suficiente para varios días. Por favor… —Abby quiso intervenir, pero el hombre levantó la palma de la mano para hacerla callar.

—¡Ya me han oído! ¡Una sola criada para todos ustedes! —Después espetó burlón, señalando a las dos indias con el mentón—: Ahora díganme, ¿con cuál de estas marroncitas van a quedarse?

—¿Eres idiota, *angrezi*? —le espetó Nikhila en hindi. Abby infirió que, luego de treinta años al servicio de los Wilcotts, la mujer quizás comprendiera un poco de inglés—. ¿No ves que mi niña me necesita? Está lisiada. La tumbó un caballo tan bestia como tú.

Henchido de ira por el atrevimiento de la aya, el oficial levantó una mano para asestarle una bofetada; las mujeres apartaron la vista, horrorizadas. No se escuchó ningún golpe, pero sí el quejido del oficial, cuyo brazo, todavía en el aire, se hallaba subyugado por un puño poderoso.

—Maldita sea, Carter, ¿qué estás haciendo? —rugió Simon Ballard en tanto que su subordinado ponía los ojos como platos.

Abby, que había dado un paso adelante para defender a Nikhila, se quedó de piedra al ver a Simon retorciéndole el brazo al abusivo teniente. Su corazón palpitó más de prisa; tanto, que le dolía. Le sostuvo la mirada por unos pocos segundos, como lo había hecho frente a la iglesia, pero ello bastó para que la angustia que la había atravesado los últimos días, cuando no había tenido noticias suyas, se disipara.

Deseaba tanto abrazarlo.

—Señor. —Carter se humedeció los labios con la lengua cuando el capitán lo soltó—. Esta india me ha faltado al respeto.

—Sí, sí. Te ha llamado bestia en tu cara.

—Perdone, pero no puedo ingresar a una criada exclusivamente para atender a esta joven.

—Sí que puedes —dijo Simon sin necesidad de alzar la voz—. La señorita Wilcotts necesita de alguien capacitado para atenderla, y esa es Nikhila. Ella entrará, igual que la doméstica de los Callthorpe.

—Pero… —quiso protestar, sin embargo, Simon alzó una ceja

desafiante. Carter le echó una mirada críptica antes de mascullar—. Sí, señor.

Los oficiales los dejaron pasar sin más contratiempos. Anna dio las gracias a Simon, al igual que Nikhila, que le hizo una reverencia de manos juntas.

—Capitán, ¡gracias a Dios está aquí! —exclamó Geoffrey. Ballard asintió con la cabeza—. Por favor, denos razón del Ejército de Rangún.

Llegados a una zona de suelos irregulares, por donde las ruedas de la silla de Anna se trababan, Simon se despojó de la canana que llevaba a la cintura, se la entregó a un *culi*, y, resuelto, tomó a la muchacha en brazos.

Aunque era una emoción ridícula, que no tenía derecho de albergar, Abby volvió a paladear los celos. La manera cómo ella le rodeó los hombros con el brazo, con aquella ternura palmaria, y cómo él la abrigaba, protector, le produjo un dolor indescriptible en las entrañas. Anna parecía cómoda y feliz de ser llevada por él; Simon, solícito, la elevaba como si no pesara más que un gato.

—Señor Callthorpe —comenzó a decir él—, debo ser honesto con usted como lo he sido con todo el que me lo ha preguntado. El Ejército de Rangún no viene volando. Con las mínimas demoras estarán aquí en cuarenta días. No menos.

—¿Cuarenta días? —lloriqueó Laura—. ¿Pasaremos aquí cuarenta días?

—Mejor aquí que en otro lado, señora.

—Dios bendito, apiádate de nosotros.

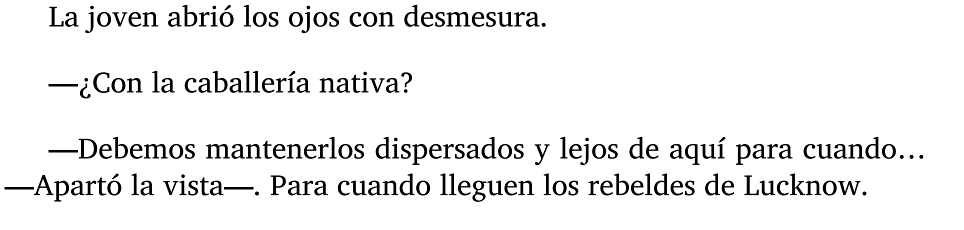
—Pero tenemos cómo resistir, ¿no es cierto? —insistió Geoffrey.

—Con algo de suerte —respondió él después de un breve silencio.

—¿Y usted qué hará? —preguntó Abby sin perder tiempo en sutilezas.

Otro silencio.

—Debo reunirme con mis tropas al amanecer.



La joven abrió los ojos con desmesura.

—¿Con la caballería nativa?

—Debemos mantenerlos dispersados y lejos de aquí para cuando… —Apartó la vista—. Para cuando lleguen los rebeldes de Lucknow.

No era posible. La cabeza comenzó a latirle con fuerza.

—Pero es probable que lleguen cuando usted y los otros oficiales británicos estén con los demás cipayos. —Abby se fue hinchiendo de horror a medida que sus propias conjeturas tomaban forma. En un momento determinado, cuando lo comprendió todo, se detuvo en seco.

Se está sacrificando.

—Es usted tan valiente, capitán —musitó Tess, pero había un dejo de burla en sus palabras que solo Abigail logró discernir—. Dios lo guarde.

—¡No puedes ir! —protestó Anna mientras era depositada de nuevo en la silla de ruedas que el señor Callthorpe le había traído. Llegaron a un edificio de tres plantas, el mismo donde habían sido ubicados de acuerdo a la logística militar—. Son solo tú y algunos europeos contra ¿cuántos nativos? ¿Trescientos? ¡Es ridículo!

—Es mi trabajo —repuso él con calma.

—No; tu trabajo es estar aquí y protegernos, Simon. Ya todos estamos a salvo, ¿qué sentido tiene retrasar más el ataque de esos salvajes si vamos a perder hombres como tú mientras tanto? ¡No puedes irte!

—Le agradezco su preocupación, *memsahib* Anna. Ya la decisión está tomada.

Hizo una perfecta reverencia que a Abby le erizó los vellos de la nuca. Se marchó de allí sin mirar atrás, sin mirarla a ella, que estaba todavía lívida, su cerebro intentando procesar la decisión que lo expondría a la ira del ejército insurrecto.

Se estaba sacrificando.

Sería el primero en morir cuando los nativos llegasen a Cawnpore.

Capítulo 12

La primera noche en el refugio había sido una suerte de *burra-khana* interminable, salvo porque nadie bailaba y nadie vestía elegantemente. La gente se esforzaba por no renunciar a su estilo de vida, se aferraba a la idea de que muy pronto todo pasaría y que, en un par de años, recordarían aquel desagradable episodio como una aventura digna de relatar cuando estuviesen otra vez en Londres, de vuelta a la civilización.

En el área del patio, las familias confluían en largos mesones para compartir los alimentos, jugaban al dominó chino, a las cartas y se entretenían con sesiones de lectura. El reverendo Catesby ofreció un servicio extraordinario ese domingo, en el que se elevaron oraciones para que la guerra terminara pronto.

El edificio donde Abby había sido ubicada era muy amplio y estaba repleto de camastros ocupados por damas. Por decoro, los caballeros habían sido instalados en otra estructura al otro lado del atrincheramiento. Durante la noche, oyó a algunas de sus compañeras protestar por la falta de privacidad, la calidad de los alimentos y las infernales filas para el aseo; otras criticaban la poca consideración de los militares al no permitirles pernoctar junto a sus esposos.

El camastro de Abby estaba junto al de Rose, la esposa del teniente Johnson, que lucía un semblante enfermizo. Rose le confesó que estaba embarazada y que no podía controlar las náuseas. Ninguno de sus sirvientes había accedido a acompañarlos al refugio, por lo que Abby se quedó con ella; le preparó una taza de té con marrubio y trató de tranquilizarla con una charla trivial hasta que se quedó dormida. Del otro lado estaba Anna, que yacía dormida como una niña pequeña. Junto a ella reposaba Nikhila sobre una estera de maguey extendida en el suelo. Laura Callthorpe no dejaba de sollozar, mientras Sharmila le ofrecía una bolsita de sales. Más allá vio a la señora Ashby, que descansaba en el mismo catre que sus trillizas de seis años, y a Tess que cuchicheaba con Lydia Hillersdon sin quitarle los ojos de encima a Abby. La expresión de la esposa del recaudador al mirarla era de desconcierto y vergüenza. ¿Qué le estaría contando?

Esa primera noche apenas durmió. Pensó en Simon, deseó poder decirle lo que sentía. Rogó a Dios para que guiase sus pasos, para que todo terminara pronto.

El cinco de junio, llegado el ocaso, las compuertas se abrieron para recibir a los oficiales británicos a caballo que arribaban de Budaun. Abby los vio atravesar el patio de la ciudadela con los uniformes y el rostro cubiertos de polvo. Con los ojos buscó a Simon frenéticamente; no logró distinguirlo entre el mar de casacas escarlatas y chacós negros manchados de ocre.

Sabía que no tenía permitido el ingreso al área de los oficiales, por lo que esperó afuera de las puertas de doble hoja de hierro que dividían el área civil del área militar. Al cabo de un momento, una cara conocida, la del jefe de la guarnición, brotó entre una muchedumbre de militares. Charles Hillersdon, el recaudador de Cawnpore, también estaba allí. Su gesto era desolador.

—Sir Hugh —lo llamó lo que hizo que él se volviera rápidamente —. Señor, por favor, necesitamos noticias.

—Aún no llegan a la ciudad, querida —pronunció él con voz cansina, la de un hombre mayor bastante extenuado. A Abby le recordó a su padre después de las largas jornadas de trabajo en la sastrería y una sensación de pena la invadió—. Suponemos que se han desviado a Gwalior o, quizá, se hayan detenido para planear mejor su incursión.

—O puede que no tengan pensado venir hasta acá.

—Lo harán. Cawnpore es uno de los trofeos más deseables.

Abby se tragó sus esperanzas, que habían brotado de la nada.

—Entonces, solo queda seguir esperando.

—Me temo que sí.

—¿Ha vuelto la caballería nativa?

—No toda —suspiró él.

—¿Cómo dice?

—Ballard se ha quedado. —La expresión de sir Hugh le develó que

aquello no era exactamente lo que habían planeado. Después soltó con ademán cansino, más para sí mismo—: Confío en que haya sido por una buena razón.

La joven sintió un escalofrío.

—Pero creí que el capitán había llegado con los demás. Ya cumplió su misión, ¿no es así? ¿Qué más debe hacer?

Sir Hugh se dio vuelta para atender el llamado imperioso de su hijo, Godfrey. Tras una escueta despedida se fue de allí. Dejó a Abby sumida en sus más terribles miedos.

* * *

Simon no volvería. Se quedaría con los cipayos y, una vez que las hordas asesinas llegaran de Lucknow, la caballería nativa no tendría que seguir fingiendo lealtad a los ingleses. Al ser el oficial de más alto rango, sería el primero en morir.

Abigail no podía aceptar semejante destino. Lo amaba demasiado como para hacerlo. Sí, lo amaba, reconoció con lágrimas en los ojos, con un dolor indescriptible royéndole el alma; la mente le dolía de tanto rezar. Su fe comenzaba a resquebrajarse.

Las últimas noticias se esparcieron pronto por todos lados. Alguien conjeturó que Ballard se había quedado con la caballería nativa porque era un traidor. A los demás no les quedó otra opción que aceptarlo. No había otra explicación: o era un guerrero con agallas que rayasen en la estupidez o estaba complotado con las tropas nativas en su objetivo de exterminar a los ingleses. Para la mayoría era mucho más sencillo creer que el capitán, el paria, el oscuro guerrero de origen desconocido que se mantenía al margen de la vida de los otros ciudadanos ingleses y compartía demasiado con los nativos, se hallaba del lado de los soldados sediciosos y que muy pronto lo verían llegar comandándolos.

Abby se negaba fehacientemente a creer eso, al igual que Anna.

—Tenga un poco de té, *mem*. Le calmará los nervios —Sharmila le ofreció una taza humeante que ella rechazó con un movimiento de

cabeza. La muchacha india la observó con ternura; meditaba, se esforzaba por consolarla porque no le había pasado por alto su preocupación—. Yo no creo que sea un traidor.

Abby la miró desconsolada.

Sharmila hablaba como si comprendiera lo que estaba sintiendo. Quizá lo hiciera. No dudaba de que sus sentimientos se habían desbordado allí mismo, como un río crecido, poniéndola al descubierto. ¿Qué importaba? Tenía demasiado miedo por él como para ocultarlo tras un falso velo de recato.

—No, no lo es.

—Usted lo quiere, ¿verdad?

Abby asintió con un movimiento espasmódico.

De pronto, las palabras de Simon, pronunciadas en aquel jardín, en aquel momento que ya le parecía lejano, centellearon en su mente: "tú eres mi *dharma*". Lo había dicho con vehemencia, con un ardor que le había llegado al corazón.

—Sharmila, ¿qué es el *dharma*? —inquirió con el ceño fruncido.

La india sonrió con un rastro de melancolía; su rostro bonito, de un color chocolate con leche, adquirió un gesto solemne.

—Es el destino, *mem* —susurró—. La razón de ser.

La rotundidad de aquella declaración la golpeó, feroz, como la fuerza de las olas golpea los riscos. Abby sintió que algo se removía en ella, un poder que la superaba; de inmediato, supo lo que tenía que hacer.

—Voy a buscarlo —soltó, con la determinación de un tornado.

Sharmila parpadeó, confundida. La doncella miraba encrespada mientras Abby se dirigía a los baúles y hurgaba entre la poca ropa que había llevado.

—¡*Mem*, la matarán! Si la ven los revolucionarios no le perdonarán la vida.

—Tengo que intentarlo.

Después de librar una lucha interna, Sharmila esculcó entre sus propias cosas hasta dar con un sari azul turquesa. Se lo ofreció con resignación. Abby lo tomó en sus manos, conmovida, y, de inmediato, hizo un gesto vinculante de agradecimiento, como el que los indios solían hacer con las manos al pecho. Después la abrazó.

Debía abandonar la fortaleza esa misma noche. Su plan no podía esperar. Abby dejó que su cómplice le trenzara el cabello y la ayudara a vestirse. Bajo el sari azul llevaba un *salwar kameez* en lugar de falda, lo que le otorgaba mayor comodidad al moverse y se había calzado un par de botas de montar. Sabía que su travesía sería ardua, pero nada de eso importaba si pronto podría reunirse con Simon.

Salir de la fortaleza fue más sencillo de lo que pensó, gracias al sari azul. Se cubrió la cabeza con el capuz y se hizo pasar por una criada histérica. Les habló a los guardias en un hindi que pretendía imitar las modulaciones de Sharmila, con la cabeza gacha para que no denotaran sus facciones. Les dijo que había cambiado de opinión y que no deseaba quedarse con los *angrezi*, que debía volver con sus padres y esconderse con ellos. Los oficiales le creyeron. Tras dedicarle un par de palabras de burla, la dejaron marcharse. ¿Qué peligro podría causar una insignificante criadita que, a todas luces, estaba aterrorizada de hallarse entre ingleses?

Finalmente salió a la inmensidad de la noche, al calor húmedo y agobiante del verano indio, pero esa vez no contaba con una montura. Sus únicos recursos eran sus pies y su voluntad. Caminó por las ciénagas bajo un cielo negro donde asomaban algunos luceros. Notó que las trincheras, ya culminadas, alcanzaban unos cuatro metros de altura y que las baterías de cañones se habían ubicado en su lugar. Abby no dudaba que hubiera una fila de capaces francotiradores prestos a disparar ante cualquier incursión nativa, por ello apuró el paso.

Cerca de allí escuchó un llanto animal que le rompió el corazón. Divisó una mancha blanca que, a las sombras de la noche, parecía azul; no era otro que el mastín que la niña traía consigo el día en que ingresaron a las barracas. El pequeñín temblaba asustado y lloriqueaba, sumido en el abandono. Abby se sintió tentada a ayudarlo; sin embargo, sabía que no podía distraerse. Apretó el paso; siguió caminando hasta la ciudad, advirtiendo el canto de los grillos a medida que avanzaba, el vuelo amodorrado de las luciérnagas y el murmullo del río, imponente incluso en la más absoluta oscuridad.

Finalmente dejó atrás la fortaleza de Wheeler.

Más adelante le ocurrió algo que renovó su fe. Abby elevó una plegaria al ver un bayo ensillado pastando en un matorral. Al principio creyó que el dueño del animal la atracaría al verla subirse a él, pero nada de eso sucedió. Debía de ser uno de los caballos que los guardias no habían admitido en las barracas por falta de espacio. De cualquier manera, estaba feliz de haberlo encontrado. Resultó ser un animal muy dócil y veloz, igual que el berberisco de los Callthorpe, que la llevó hasta la ciudad con soltura, como si también estuviera feliz de haber encontrado a alguien a quien pudiera serle útil.

Cawnpore era un camposanto, concluyó al llegar allí. De vez en cuando, veía a un nativo corriendo por las calles desiertas, a una familia india huir en un carromato o a alguien tapiando con tablas unas ventanas donde antes había habido flores. La ciudad le ponía los pelos de punta. Abby podía oler el miedo, la desesperación en sus calles. El pueblo indio también temía a los rebeldes.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Dónde estaría él? ¿Adónde debía ir a buscarlo? El dolor de la incertidumbre, cayó de lleno sobre sus hombros. No había trazado ningún plan en concreto. Solo había dispuesto llegar a la ciudad y buscar a Simon. ¿Para qué? ¿Para convencerlo que volver con ella al refugio de Wheeler? ¿Para decirle que lo amaba antes de que los cipayos acabaran con su vida? ¿Para morir con él? Se le escapó un sollozo, en tanto que el bayo, inquieto, giraba, clamando por una orden.

¿Estaba Simon en el cuartel o se hallaba a las puertas de la ciudad?

Cómo le habría gustado encontrar a Bin Rao por allí.

Dios mío, ayúdame.

Cuando se disponía a tomar la avenida que conducía al cuartel de la ciudad, un ruido estentóreo de herraduras de caballo le llenó los oídos. El pánico comenzó a asediarla, una vez que una partida de jinetes dio vuelta en la esquina y abarrotó la callejuela donde ella se hallaba, asustada e indecisa.

—¡Eh! ¿Qué haces con ese caballo? —le soltó uno de ellos sin demasiada formalidad. Abby se esforzó por controlar el temblor de sus manos sujetando con fuerza la brida. Engañar a un nativo sería más difícil que engañar a un oficial—. ¿Lo has robado? Robar un caballo a

un inglés se paga con la vida, *kumari*.

—Solo quería ver qué estaba pasando— repuso ella bajando la cabeza, agradeciendo al cielo que la noche era oscura y que nadie podía notar que no era una muchacha india sino una rubia *memsahib* que se había obsesionado con hablar un hindi fluido—. No he robado nada.

—No es una buena noche para estar afuera. —Rio el cipayo, cuyo rostro no podía vislumbrar—. Eres lanzada, *kumari*. ¿No sabes que los siervos de Bahadur Shah vienen para acá?

—No tengo miedo. Los *angrezi* son los que deben temer.

—¿Sabes adonde fueron? —le soltó otro con impaciencia.

Abby tragó saliva.

—¿Quiénes?

—Los *angrezi* —escupió con rabia, acercándose más a ella, con lo que las pulsaciones de Abby aumentaron—. Muchos se han ido, no sabemos si por el río o por la selva. ¿Tus señores también se han largado?

Asintió levemente.

—¿A quiénes sirves? ¿Y cómo te llamas? —inquirió un tercero.

—Asha —fue el primer nombre que le vino a la mente. “Esperanza”—. Sirvo al *sahib* Wilcotts y a su familia.

Los soldados compartieron una risita.

—Entonces te abandonaron antes de tiempo, Asha.

—Sí —musitó con la cabeza gacha, fingiendo aflicción.

Abby podía sentir la mirada escrutadora de los cipayos sobre ella. Pensó que continuarían interrogándola, pero finalmente se aburrieron de aquella conversación sin sentido y decidieron seguir su camino.

—¿Pelearán con ellos? —Se atrevió a preguntarles antes de que se marcharan—. ¿Pelearán junto a los siervos de Bahadur Shah?

Los hombres se miraron con siniestra diversión. Fue el tercer

cipayo que había hablado quien le contestó.

—Ya veremos, *kumari*.

* * *

Había superado la última prueba, lo que le infundió un poco más de valor.

Pensó en preguntarles a los soldados dónde podía hallar al jefe de la caballería nativa, pero eso sería una estupidez que la habría puesto en evidencia. Escudriñó sin éxito sitios donde creyó que se reunirían las tropas; habló con varios nativos, protegida por su ventajoso disfraz, pero nadie pudo darle razones. El cuartel estaba fuertemente custodiado, al igual que la entrada a la ciudad por la Grand Trunk Road. Gimió de frustración, pero, al menos, estaba agradecida de que los cipayos que venían de Lucknow no hubieran arribado aún a Cawnpore.

Inspiró fuertemente; decidió adentrarse en la desolada estepa de Jajmau, su último recurso. Cabalgó con garra, salvando la noche más húmeda y oscura que jamás había visto, susurrando débiles oraciones. La luna, modesta, se entrañaba tras el velo de las nubes que terciaban su luminiscencia. Los caminos habían sido tragados por la negrura, pero Abby ponía todas sus ilusiones en la vista y en la intuición del bayo, que había demostrado una soberbia destreza en aquellas sendas.

Cuando la vivienda de Simon asomó en la lejanía, como un punto descollante en el añil nocturno, el corazón de Abby se insufló de esperanza. Una luz estaba encendida. ¡Había alguien! Espoleó al caballo para aminorar la distancia que la separaba de él, jadeando de emoción, dando gracias al cielo con la misma vehemencia con que había pedido el milagro. Más cerca, más cerca.

Con un salto audaz descendió de la montura, con lo que el capuz del sari cayó, liberando la larga trenza que era su cabello. Trepó los escalones, se lanzó a la puerta que, como la última vez, no estaba cerrada con llave.

Dentro la recibió el cañón de una pistola, que le apuntaba justo a

la cabeza. Quien sostenía el arma era su amado.

* * *

Simon abrió los ojos desmesuradamente. Un relámpago de alivio, religado con asombro y otro poco de eso a lo que no sabía ponerle nombre, cruzó sus entrañas.

Dejó la pistola sobre la mesa y abrió los brazos para que Abigail se abalanzase sobre él. La estrechó como jamás creyó poder hacerlo con otro ser humano. Le besó los párpados, la frente perlada de sudor, las mejillas rosadas por un esfuerzo físico reciente, los rastros de piel que su sari dejaba al descubierto.

¿Su sari?

La tomó de los hombros para estudiarla mejor: se veía tan hermosa así, jadeante, urgida, feliz y agitada a la vez. Extraña combinación, pensó.

Cuando cayó en cuenta de que ella no debería estar allí, de que el peligro aún se hallaba latente, su corazón dio un vuelco.

—¿Cómo te han dejado salir?

—No lo hicieron —confesó. Simon frunció el ceño, escéptico, pero su rostro se suavizó a ver la resolución brillando en aquellos ojos marrones—. No vas a quedarte aquí a esperar que esos dementes te maten —soltó.

—Abigail, soy un soldado. ¿Si yo no lo hago entonces quién?

—¡Nadie! Todos están a salvo en el refugio de Wheeler. Faltas tú.

—Y tú. —La miró acusador, pero sin apartar las manos de su cuello, los dedos de sus sedosas mejillas, rosadas y brillantes. Ella no debería estar allí, tendría que estar en las barracas—. No sé cómo has llegado hasta aquí, pero no debiste haberlo hecho, Abigail. Los rebeldes podrían haberte sorprendido en la ciudad.

—¿Si yo no venía por ti entonces quién?

Su declaración lo estremeció.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres salvarme?

—Porque soy tu *dharma*, ¿recuerdas?

Poniéndose de pie juntillas, le echó los brazos al cuello. Sus labios se fundieron con los de Simon, que aún no se recuperaba de la impresión de verla allí, en su casa, con la facha de una fugitiva, arriesgando todo para procurar que él también se salvara. Lo estrechó, lo poseyó con dulzura.

¿Estaba delirando? ¿Era un maldito sueño?

El cuerpo de Simon comenzó a reaccionar a la cálida posesión de los labios de Abby, a la intrusión inexperta de su lengua, al roce de sus manos codiciosas por los costados desnudos. Jamás lo habían besado de un modo tan inocente, y tampoco había estado tan excitado. Obediente y receptivo, se inclinó ligeramente hacia atrás; apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio, el trasero al borde de la superficie de madera y las caderas percibiendo la cercanía de las de ella, que lo acorralaba.

La primera caza de una adorable tigresa.

Simon inspiró bruscamente. En pocos segundos tenía una erección, una de esas que no se iban con un baño frío. La afanosa proximidad de Abigail, sus deliciosas curvas sin corsé ni miriñaque y esa boca impaciente, que le exigía lo que nadie le había dado jamás, amenazaban con desquiciarlo. Estaba abrumado. Por supuesto que era un sueño. O quizá los cipayos lo habían aniquilado ya, y él se encontraba en el cielo que no merecía. No había otra explicación.

Y así, toda la preocupación, toda la frialdad con la que meditaba su próxima táctica, se fueron al diablo. Se olvidó de todo. Un hombre como él no podía ser sumiso por mucho tiempo; su control tenía un límite. En ese momento, estaba muy cerca de traspasarlo. Se envaró con un deseo repotenciado; sus manos, que había dejado relegadas a un lado y otro de su cuerpo, comenzaron a palpar los contornos de Abigail por encima de la seda del sari. Viajaron por la curva esbelta de su espalda, la fina cintura, subieron por el torso, palpando su belleza, hasta que los pulgares encontraron la falda de las pequeñas montañas que eran sus pechos. Subieron más hasta alcanzar los pezones turgentes, como botoncitos hambrientos; orgullosos de su hallazgo, los

frotaron con fruición, con los movimientos circulares y bien medidos de alguien que sabe lo que hace. El gemido de abandono que obtuvo como premio también caló en su cuerpo, le hizo desear más, más. Todo.

Abigail arqueó la espalda; cerró los ojos y echando la cabeza hacia atrás, se los dio en ofrenda. Atormentado, Simon bajó la cabeza, respiró con brusquedad. Si continuaba no estaba seguro de poder parar. Sin darse cuenta, la excitaba más así, porque hasta su aliento cálido sobre el cuerpo de una mujer sabía complacer.

—¿No me vas a detener? —preguntó con voz ronca, conteniendo con sus últimas fuerzas el deseo agonizante que lo gobernaba.

Abigail sacudió la cabeza, sus ojos reflejaban el mismo deseo.

—Nunca.

* * *

Abby tenía las manos temblorosas cuando Simon tiró del *pallu* del sari y comenzó a hacerla girar para desembarazarla de él. Se sentía mareada, borracha quizás, al punto de creer que caería al suelo, pero él la atrapó en sus brazos apenas completó la última vuelta. La delató una risa nerviosa, que él calló con otro beso.

Tomó su rostro con ambas manos, le hacía cosquillas la fricción de su barba. Las caricias de sus grandes manos incitaban a una mujer que no sabía que podía ser. Se sentía libre, dispuesta, urgida por darle salida a aquel deseo que había contenido por semanas.

El sari era ahora un montículo de seda azul en el suelo de madera; ella iba vestida tan solo con el *salwar kameez* y la blusa ajustada de mangas cortas que dejaba al descubrieron una ancha banda de piel. Simon retomó la tarea que había iniciado hacía un momento: sus manos tomaron los senos de Abby, los acariciaron con suavidad, repartiendo calor con esos dedos de hechicero. Se deshizo de la blusa, sacándosela por la cabeza. Abby rio nerviosa; estaba frente a un hombre, desnuda de la cintura para arriba; en lugar de sentir vergüenza, no veía la hora de que la tocara toda.

Los besos de Simon volvieron a viajar por su boca, por su cuello, mientras las palmas de las manos manipulaban sus senos, pesados y ardorosos. Abby se retorcía al sentir la aspereza y la dulzura de él; las caricias se concentraban en los pechos, pero parecían viajar por todo el cuerpo. Sentía el vientre bullir con un ansia que solamente él había despertado.

Con un jadeo, la boca de Simon se despegó de la de ella y, todavía llena de calor, se posó desesperada en uno de los duros pezones. Abby sintió que un dulce relámpago la golpeaba en el mismísimo centro de su ser; soltó un gemido sin darse cuenta, dijo su nombre sin aliento mientras metía los dedos por los mechones tersos de ese cabello, instándolo a seguir. Tenía los ojos cerrados y una pequeña sonrisa soñadora en los labios.

Simon era codicioso y generoso al mismo tiempo. Succionaba, besaba, lamía a un ritmo que la complacía y le encantaba, como si conociera mejor que ella las preferencias de su cuerpo. Viajó hacia el otro pecho y le brindó las mismas atenciones. Debía de haber practicado con cientos de mujeres para aprender a tocar con semejante maestría, pero a ella no le importaba.

Ahora era suyo, y así sería para siempre.

De pronto, Simon se arrodilló con un movimiento reverencial, como un devoto de alguna deidad hindú. Le acarició las caderas con parsimonia, besó su pubis sobre el algodón blanco del *salwar kameez*. Abigail creyó que se desmayaría de placer, cuando él comenzó a tirar de la tela hacia abajo. La pieza quedó amontonada a sus pies unos segundos después. La visión de esa pequeña parte de su cuerpo, desnudo y vulnerable, pareció abrumar a Simon.

—Eres preciosa. —Los ojos rutilantes de amor y de lujuria—. ¿Estás segura de que eres humana?

Ella le sonrió al tiempo que se mordía los labios.

Simon soltó el aire contenido en los pulmones y, antes de continuar, miró a los ojos de la diosa con una expresión que delataba el hambre que sentía. Rogaba por su aquiescencia. Ella movió la cabeza, concediéndoselo. Entonces él pegó los labios a la carne delicada.

Un suspiro agonizante brotó de la garganta de Abigail que luchaba

por no desmayarse de placer. La lengua de Simon, su boca, su suave aliento y sus manos sosteniendo las caderas desnudas, comenzaron a obrar en ella.

Abby suspiraba, jadeaba, se arqueaba y agitaba como una sirena en una red, mientras un placer primario, que jamás había conocido, la doblegaba por completo. Sus gemidos se volvieron más impetuosos, cuando él se ayudó con una mano. Los dedos inquietos comenzaban a trazar círculos allí, donde más lo necesitaba, mientras la lengua azotaba su sitio más privado, golpeando una puerta, ansiosa por entrar y hacer estragos. Se vio a sí misma clavándose las uñas en el cabello, acariciándose los pechos, abriendo más las piernas para que él tuviera completo acceso a ella, sin ningún pudor ni cohibición. Gemía, sollozaba, decía el nombre del responsable de todo aquel cataclismo en una atolondrada mezcla de goce y agonía.

Las sensaciones se intensificaron, como las notas finales de una vigorosa pieza musical. Abby cerró los ojos, porque intuía lo que estaba por venir y clavó las uñas en los hombros poderosos de Simon, que no cesaba en su esfuerzo de arrojarla por un precipicio. Entonces estalló. Un placer abrumador la surcó desde su vientre convulso hasta alcanzar todos sus miembros; la sacudió por completo. Se sentía mareada, loca, libre, infame, dichosa: todo eso a la vez.

No había espacio en su cabeza para el miedo, ni para pensar en los peores escenarios, solo había lugar para el disfrute, para el amor, como si nada más fuera de aquel bungaló, su paraíso personal, importara. De momento, aquella era una burbuja de cristal de la que no deseaba salir jamás.

Se dejó caer sobre Simon, que se puso de pie en el acto, levantándola consigo en el movimiento. La cintura de Abby terminó apoyada en un hombro de él, el pecho adherido a la espalda y los muslos rodeados por los brazos de su hombre. La llevó a un dormitorio, la depositó sobre un mullido colchón, cuyo mosquitero estaba recogido en el techo; allí pudo respirar y estirarse, como su cuerpo le pedía.

Él se cernió sobre ella, el peso aguantado por sus brazos y rodillas.

—¿Sabe, capitán Ballard? —ronroneó—. Yo pude haber venido caminando.

—¿Con esas piernas de gallina tembleque? No lo creo.

—¡Oye! —protestó dándole un golpecito en el hombro, lo suficientemente leve para no desviarlo de su tarea: estaba besando su vientre, acariciando sus costados con aquellas manos grandes y ásperas.

Abby creyó que necesitaría más tiempo para volver a sentir, pero él le demostró que no era así.

—Deseaba tanto volver a cargarte en mis brazos —susurró mientras viajaba incansable por su cuerpo.

Ella arrugó el ceño con curiosidad.

—¿Cuándo me has tenido en tus brazos?

Él levantó la vista fugazmente.

—Cuando nos conocimos, en el camino. Te desmayaste después de darme aquella paliza; luego, te atrapé y te cargué hasta el carruaje.

—Oh.

—Parecías una bella durmiente sofocada; no besarte fue una tortura.

—Simon.

—¿Hm?

—Bésame.

Él la obedeció.

Llegó hasta su boca, atrapó sus labios, los saboreó con delectación. Su beso se volvió más profundo, y ella sintió el sabor dulzón de su propia esencia en la lengua de Simon. Casi al instante se sintió lista de nuevo.

Fue un momento ideal para que su curiosidad se desencadenara. Atrevida, deslizó la mano desde el cuello masculino, donde estaba posada, hasta el pecho, y después más abajo. Su palma se estacionó en el bulto prominente bajo la cintura de Simon, que rompió el beso con un jadeo de excitación. Abby lo acarició; estaba fascinada ante la dureza de aquella parte privada de su cuerpo, pero, más aún, con la forma cómo reaccionaba él ante su contacto: tenía los ojos nublados

de deseo y la mandíbula rígida. Todos los músculos de su cuerpo en tensión.

Pero no conforme con eso, Abby comenzó a desabotonarle el pantalón con una destreza que desconocía. Quería darle mucho más, quería verlo estremeciéndose de placer. Simon respiraba con dificultad, pero se quedó quieto para facilitarle el trabajo. Llegó más lejos y tomó su miembro, que al contacto con la palma de la mano era suave y, a la vez, sólido. Había escuchado de antemano que las estatuas griegas y romanas no reflejaban la verdadera belleza de la desnudez masculina, con sus detalles y dimensiones originales, y era ahora cuando podía comprobar cuánta razón había en ello.

Era el momento de poner en práctica la instrucción que Tess le había dado y de devolverle el placer que él tan generosamente le había regalado. Tomó aire, se concentró para hacerlo bien. Ejerciendo presión con la mano, recorrió el cuerpo del falo. Arriba y abajo. Supo que estaba haciéndolo bien apenas escuchó los jadeos enloquecidos de Simon, que estaba a cuatro patas sobre ella, con los ojos cerrados y una expresión de deleitoso suplicio. El pecho de él subía y bajaba. Ella aprovechó para poner besos en esa garganta sudorosa, donde latía una vena tensa y muy marcada. Imprimió más fuerza y rapidez a sus caricias, incitada por el movimiento desesperado de la cadera de Simon.

El placer de él era el suyo. Abby sintió que, con cada jadeo, con cada estocada que daba la complacía; la sola idea de ver cómo disfrutaba elevaba su disfrute. Podía volver a llegar al orgasmo con tan solo mirarlo.

Simon se levantó y echó la cabeza hacia atrás. Quedó de rodillas sobre la cama; se abandonó a las atenciones de Abby. Pero ella no había acabado con la faena. No aún. Se atrevió a hacer lo que creyó que no podría. Se incorporó, depositó un beso húmedo en la punta del miembro, con lo que Simon dejó escapar un gruñido agónico. Abby sonrió, exultante por su triunfo, y lo celebró tomándolo profundamente en la boca.

Estuvieron así un rato más, hasta que Simon salió de la cama. Se deshizo del pantalón y se quedó totalmente desnudo delante de ella. Espléndido en su desnudez, era un dios griego, pero con todas sus proporciones. Abby lo contempló con deleite, lo acarició con devoción, cuando él se tumbó sobre ella. Los besos de él volvieron a

enloquecerla, sus dedos impacientes comenzaron a palpar entre sus pliegues húmedos para dilatarla.

Las caderas de Simon comenzaron a empujar instintivamente, incitando un baile cadencioso. Los músculos de Abby se tensaron ante la inminente invasión. Ella lo deseaba, pero tenía miedo al dolor, a la sangre.

—Si me lo pides me detendré ahora mismo —le susurró con la boca pegada a su oreja—. No tengas miedo de pedírmelo.

Echó afuera sus temores. No era momento de acobardarse.

—Capitán, esta noche escapé de las barracas vistiendo tan solo un sari, caminé por una ciénaga, robé un caballo, fingí ser una india delante de oficiales y cipayos que parecían amenazantes y atravesé Cawnpore con la única intención de verlo a usted. —Sonrió con suficiencia—. Voy a llegar hasta el final.

Los ojos se le brotaron de pavor, pero Abby deshizo con besos aquella adorable reacción.

Simon volvió a intentarlo. Esa vez la punta del miembro hizo presión en la entrada del cuerpo de Abby, abriéndose camino en su interior. Un ligero ramalazo la invadió y un chillido escapó de su boca. Él se disculpó, la cubrió de besos, de palabras de amor que pretendían consolarla.

Al cabo de unos minutos, ya recuperada del dolor, Abby movió las caderas hacia arriba. Le pedía sin palabras que continuase. Simon, solícito, le dio lo que tanto necesitaba. Se introdujo más en ella, fuerte, intrépido, hasta que estuvo sepulto en su blandura y sus cuerpos quedaron fundidos. Abby gimió, cegada por la increíble sensación de tenerlo dentro de ella. Simon se quedó en su interior, inmóvil, con la respiración agitada y los músculos retraídos, como si también él necesitara recuperarse de algo. Más besos, caricias y palabras de amor brotaron de sus labios.

Pero no iba a quedarse así por mucho tiempo. El instinto lo impulsó a moverse dentro de ella, y fue entonces cuando Abby saboreó la dicha de ser poseída. Las caderas de Simon se agitaban a un ritmo parsimonioso, acoplándose a los deseos de ella y cuidando de no hacerle daño con su ímpetu. Le preguntaba si todo iba bien, le hablaba de lo increíblemente hermosa que era y cuánto había soñado con

aquel momento; esa ternura, aunada a la sensualidad que derramaba en cada estocada y en cada beso, la estremecía.

Su cuerpo se había acomodado en torno a él, lo recibía con gozo, con tal facilidad que Abby empezó a creer que estaban hechos el uno para el otro. Aquella idea la embargó de felicidad, acrecentó el placer. Lo tocó con más ansia; recorrió su espalda musculosa, su trasero torneado y firme; besó sus hombros mientras recibía las deliciosas muestras de pasión.

Él comenzó a moverse más rápido, con un vigor que ella recibía hechizada. Su hermoso rostro estaba contraído por el esfuerzo, su mandíbula tan rígida que parecía a punto de romperse. El sudor que empapaba su pecho comenzaba a caer sobre ella. Abby buscó apoyo en los barrotes de madera de la cama, que crujía con cada movimiento, para aguantar las poderosas embestidas.

Abrazó el éxtasis con tanta fuerza que sintió que algo explosionaba en ella. Se dejó llevar por la lujuria, por el amor que la sacudía como los monzones sacuden todo lo que se atraviesa a su paso. Sus gritos retronaron en el bungaló y rebotaron sobre el Ganges. Simon se detuvo a ayudarla a recobrar el aliento. Ella sintió que el alivio tomaba posesión de su cuerpo lentamente.

Pero entonces, su amante la hizo rodar hacia un lado; tomó posición detrás de ella, besando hombros, cuello y espalda, derramando nuevas oleadas de calor. Los dedos masculinos sujetaron sus caderas mientras él se introducía de nuevo. Quedaron adheridos como cucharillas, pecho con espalda. Abby disfrutó de aquella nueva forma de ser amada. Simon jadeaba como un poseso, saqueaba su cuerpo con más fuerza. Estaba cerca de culminar.

Abby aprovechó aquella vulnerabilidad; giró el rostro un poco más y besó su boca. Su brazo lo atrajo más hasta que nada se interpuso entre ellos.

—Quédate conmigo, Simon —le ronroneaba zalamera, mientras él se agitaba de anticipación por su propia liberación—. Ven a las barracas para que los dos nos salvemos, mi amor. Dime que vendrás y que allí me harás el amor de nuevo. Seré tuya para siempre. Seré tu *dharma* y tú serás el mío.

—Ah.

—¡Dímelo!

—Sí.

Su respuesta coincidió con un gruñido desesperado. Se agitó de forma violenta, trayendo a ella nuevas réplicas de placer.

—*Memsahib* tramposa —jadeó apenas el orgasmo abandonó su cuerpo—. Mis hombres no dudarán en dispararme por desertar.

* * *

Abby regresó a la cama luego de refrescarse y asearse en la bañera de hierro de Simon. Verlo haciendo lo mismo era un espectáculo por el que muchas mujeres habrían pagado, pensó su lado descarado, recién descubierto. Era casi tan sensual como verlo sumergido en el Ganges. Lo miró extasiada mientras se lavaba con el jabón de romero, chapoteando en el agua que ella acababa de usar.

Quería ayudarlo y utilizar aquella excusa para volver a tocarlo, para acariciar su perfección, pero parecía tan autosuficiente que no se animó a acercarse. Además de eso, no había dicho una palabra más después de lo que acababa de suceder.

Lo notaba abstraído, ausente. Se preguntó si estaría molesto por la petición que le había hecho en pleno acto sexual, la de irse con ella a las barracas en lugar de reunirse con sus tropas al amanecer para recibir la guardia, como tenía planeado. Si así era, no le importaba; ella no iba a liberarlo de la promesa. Lo único que le urgía de momento era que siguiera con vida.

En ese instante se puso de pie. Se secó y enfundó un *salwar* blanco prístino hasta las rodillas. Cada movimiento de su cuerpo era lento y bien medido. Abby lo observó con atención, mientras él se acercaba a la ventana; podía sentir la preocupación que crecía en el pecho de él. Simon se quedó allí, de espaldas, rígido y exánime.

Abby estuvo a punto de hablar, pero él se le adelantó:

—¿Recuerdas que me preguntaste si era angloíndio? —Su cabeza voló de uno a otro tema con tanta rapidez que se sintió mareada. Le

costó articular palabra. Él tuvo que volverse para conocer la respuesta. Abby asintió—. No. Soy inglés puro —confesó con una sonrisa medio sarcástica, seguida de uno de sus largos y poderosos silencios, esos que la atormentaban, que azuzaban la curiosidad a niveles extremos; hasta que finalmente comenzó a hablar—: Abigail, ¿alguna vez oíste la historia de los Anglesey en Londres?

Abby se sorprendió de oír aquella pregunta. No estaba esperando nada por el estilo. Hizo memoria con los ojos posados en el techo. La gente ya no hablaba de aquella familia. Habían quedado en el olvido, hacía muchos años, después de caer en desgracia.

—Sí, eso creo —respondió quedamente, mientras su mente rescataba algunas conversaciones que había escuchado de pequeña, cuando su madre la llevaba a tomar el té con las amigas ricas que no le habían dado la espalda—. Fue una familia que llegó a la India hace muchos años. El padre era diplomático, ¿no es así?

Simon asintió. Volvió a mirar la ventana con gesto ausente.

—Llegaron a principios de los treinta. El gobernador Bentinck envió a lord Anglesey para solventar una disputa entre los plantadores de opio de Bihar y los súbditos del rajá de Patna, que no estaban nada contentos con los cultivos de la droga en un territorio que consideraban sagrado. La Compañía no podía hacer nada; su jurisdicción en Patna se limitaba a un protectorado consensuado con el rajá que, por cierto, se beneficiaba bastante de la producción. Por meses hubo revueltas, saqueos, incendios; nadie podía detener la violencia. Alguien debía traer la paz.

»Después de negociar por semanas con las partes, Anglesey logró un acuerdo: se definieron los linderos de las cosechas, se establecieron códigos que todo el mundo se comprometió a respetar. Todo había terminado. Días más tarde se marchó con su familia del palacio del rajá Anuj, rumbo a Allahabad. —Otro silencio. Simon tomó aire antes de continuar—. Pero no consiguieron llegar.

Abby parpadeó. Según recordaba, los Anglesey habían sufrido un accidente, aun así le preguntó por los detalles.

—¿Qué pasó?

—En el camino, a mitad de la noche, se toparon con un grupo de personas humildes, muy extrañas. Estaban muy sucios, harapientos,

tenían las caras muy negras, solo se les podía ver la parte blanca de los ojos. —Rio con poco humor, como si recordara algo—. Ellos les contaron que su aldea había sido saqueada por unos jinetes. Habían quemado sus viviendas, abusado de las mujeres y se habían robado a algunas niñas. Lord Anglesey, que era un hombre compasivo, se detuvo. Lady Anglesey estuvo de acuerdo. Querían ayudar de alguna forma.

»La gente se portó amable al principio; contaron lo que vivieron, y todo parecía muy real. Al menos ellos les creyeron —dijo en tono contrito—. Yo no lo hice.

Abby, que escuchaba absorta la historia, sintió un dolor agudo en el pecho. Su mente afligida comenzaba a armar finales, terribles todos.

—¿Simon, tu…? —Su voz estaba desprovista de aliento.

Él la interrumpió:

—Cuando se bajaron del carruaje, uno de ellos, el que estaba tras lord Anglesey, comenzó a acercársele con una actitud muy extraña. Traía un pañuelo amarillo en las manos. Yo lo vi, pero no sabía qué se proponía. —Se detuvo para recomponerse. Abby notó que tenía los hombros y la espalda rígidos. Se odió a sí misma por someterlo a aquello; a desenterrar sus recuerdos. No estaba segura de querer seguir escuchándolo, pero lo hizo—. El hombre atrapó la garganta de mi padre y comenzó a estrangularlo con todas sus fuerzas.

»Yo grité, luché por salir del coche, donde me habían dejado, pero cerraron la puerta antes que pudiera hacer nada. Escuché el grito de mi madre, y después sus gorjeos. La miré a través del cristal empañado, y vi el momento justo en que los *thugs* le cortaban la garganta.

—Dios mío, Simon —gimió Abby llevándose ambas manos al rostro.

—Logré abrir la puerta a golpes y patadas y me abalancé sobre ellos como una fiera. Luché, grité, lloré, maldije, aun cuando nunca lo había hecho. Pero, ¿qué podía hacer? —susurró—. Era un niño. Y ellos ya habían muerto. En un minuto, acabaron con mi padre, con mi madre embarazada, con la niñera y con toda nuestra guardia. Eran demasiados. Cientos. Salieron de la nada, lanzándose sobre nosotros como animales hambrientos; desvalijaron el carruaje, robaron hasta el

último enser.

Desolada, Abby no cabía en su asombro. Los *thugs* habían matado a la familia de Simon, delante de él, cuando todavía era un niño.

—¿Cómo sobreviviste?

—No sé si una vez te lo dije, pero los *thugs* no matan niños. Prefieren dejarlos morir en el desierto. Conmigo sucedió algo inédito. Cuando desperté, una mujer india me estaba cuidando. Estábamos en una barraca muy oscura, y ella me hablaba en una lengua desconocida. Era la mujer del jefe de los estranguladores, Sujana. Se había encariñado conmigo, rogó para que no me abandonasen en el camino y, al final, logró que la dejasen conservarme.

Como si lo anterior no la hubiera aterrado lo suficiente, los ojos se le brotaron ante aquella nueva revelación.

—¿Ellos te criaron? ¿Los *thugs*?

—Ella me convirtió en su hijo. Me puso un nombre: Singh, que significa león.

—Pero…

—Hasta muchos años después no recordé lo que me había sucedido. Dejé que Sujana fuera mi madre porque necesitaba desesperadamente una, como Sujana necesitaba desesperadamente un hijo. Ella no podía concebir y me consideraba un regalo de Kali. Me crió como uno más de ellos. Aprendí su lengua, sus costumbres. —Hizo una pausa sombría—. Era un pueblo nómada, así que viajé con ellos por toda la India; observaba mientras ellos cometían sus fechorías, hasta que para mí se volvió lo más normal del mundo.

—¿Participaste alguna vez en sus rituales? —preguntó temerosa.

—No. Aún no tenía la edad para hacerlo cuando me separé de ellos.

—¿Cómo sucedió? ¿Cuándo?

—Tenía catorce años. Solía hacer diabluras con los otros chicos de mi edad. Una vez uno me empujó a una laguna con las manos y pies atados; era una apuesta. Casi me ahogué. Cuando desperté, todo lo que había vivido a los siete años regresó a mi memoria.

Convulsionado, creí que moriría. Enfrenté a Sujana. Ella no pudo negármelo. Estaba loco de rabia, quería matarlos a todos, pero sabía que no podía hacerlo solo.

Su mirada fría se despegó de la nada; se puso a rebuscar en el interior de un baúl.

—Esa noche me colé en la tienda de Gopal, así se llamaba el líder de los estranguladores, y busqué entre sus cosas. Sabía que le gustaba conservar algunos objetos de sus víctimas, los que más le gustaban. Y hallé esto. —Sacó de una pequeña caja de madera un elegante anillo de sello. Abby lo tomó y, de inmediato, reconoció en él el blasón de los Anglesey—. Esto terminó de despejar mi memoria. No podía dejar que los objetos de mi padre siguieran en manos de esos bastardos. Esa misma noche hui del campamento.

—¿Qué pasó con Sujana?

—Ella lo entendió. Esperaba que algún día sucediera. Me confesó que me había llamado Singh porque la noche en que murieron mis padres luché como un león. Me dijo que sería un excelente guerrero, que había nacido para luchar. Antes de despedirse de mí me bendijo. —Hizo otra pausa mientras se sentaba en la cama, junto a Abby. Su expresión le reveló que había tomado cariño a aquella mujer, pero que se culpaba por ello—. Cuando dejé a los *thugs* hice un juramento: que los mataría a todos, no sabía cómo, pero los aniquilaría uno a uno. De momento no podía hacerlo, porque no era más que un muchacho. Pero algún día lo lograría.

—¿Adónde fuiste? —Le acarició un costado—. Eras un niño.

—Los primeros dos años vagué por la India; si los *thugs* me enseñaron algo bueno fue a valerme por mí mismo, sin tener un chelín. Trabajaba en lo que fuera: aguador, conductor de *rickshaw*, *dhobi*, incluso llegué a asear caballos.

—¿Y así fue como entraste a trabajar en el palacio de Lakshmi Bai?

Asintió.

—Conocí al secretario de su padre cuando trabajaba en el establo de un comerciante en Varanasi. —Sacudió la cabeza con una sonrisa melancólica; parecía que había recordado algo bueno—. Me ofreció el empleo porque decía que me esmeraba más de la cuenta y el dueño

del tugurio ni se enteraba de mi existencia. Yo acepté, y me fui a vivir a Maharashtra con ellos.

»Cuando cumplí diecisiete, un mayor del ejército llegó al palacio como emisario del gobernador. Debía tratar algunos asuntos de Estado con Moropant, el padre de Manu, que era como se le conocía entonces a la *rani*. Cuando el oficial me vio, se interesó por mí de inmediato. Se le hizo curioso que yo fuera blanco, con ojos verdes, y que trabajara como mozo de cuadras. No solo eso. —Sonrió, sumergido en sus recuerdos—: También le sorprendió que hablase inglés, porque jamás olvidé mi lengua madre. Me hizo preguntas: de dónde venía, quiénes eran mis padres. No le revelé nada, porque otra cosa que los *thugs* me enseñaron fue a desconfiar. Supongo que terminó creyendo que yo era el bastardo de un *sahib*.

Abby suspiró, porque ella había creído lo mismo.

—En el breve tiempo que estuvo en el palacio—continuó él—, sin embargo, me convencí de que era un buen hombre y nos hicimos amigos. Me ofreció entrar en el ejército. Me dijo que, en mis condiciones, era la única forma de ascender y tener una buena vida. Yo le tomé la palabra, pero no lo hice porque despreciara ser un criado, sino porque era el único modo de cumplir con mi juramento. Ser un soldado me facilitaría las cosas. Pero, para ingresar en el ejército, por desgracia, carecía del requisito más importante.

—¿Cuál? —quiso saber ella, acercándose más.

—Un apellido, un nombre inglés. Entonces el mayor me dio el suyo.

—Ballard —susurró Abby, llena de asombro.

—Y de ser simplemente Singh, me convertí en Simon.

—Nunca creí que no fuera tu verdadero nombre.

—No lo es.

—¿Qué pasó con el mayor Ballard?

—Murió en China, tiempo después, en el campo de batalla. —La expresión de tristeza de Simon le mostró que el mayor Ballard también había sido depositario de su cariño—. Pero antes de hacerlo se ocupó de mí. Me enseñó a leer y a escribir, y todo lo que sé. Pasé

por varias plazas británicas antes de llegar a Cawnpore.

—Y cumpliste tu juramento. Mataste a muchos *thugs* en tu carrera militar. Incluso a ese que estuvo a punto de…

—No lo digas. Por favor —le puso los dedos en los labios. Abby los besó con devoción—. No los exterminé del todo.

—¿Cómo podrías? —susurró abrazándolo por la espalda; deseaba demostrarle que estaba allí para él, para regalarle una vida distinta, feliz—. Eres un solo hombre y ellos cientos, pero salvaste muchas vidas. Incluso la mía. —Una idea cobró forma en su cabeza—. Simon, ¿ese hombre que mataste el día en que nos conocimos era…?

—Gopal —afirmó él con los dientes apretados—. El jefe de los estranguladores de Bihar, el asesino de mi padre. No lo había visto desde la noche en que hui del campamento. Estaba en Cawnpore haciendo no sé qué, pero estoy seguro de que no sabía que me encontraría allí. Era el único *thug* que quedaba de mi aldea.

Abby lo estrujó más fuerte; él la giró y la sentó en su regazo. Se quedaron así un buen rato, mientras ella asimilaba aquel cúmulo de información.

Dios santo, los *thugs* habían truncado su vida cuando esta apenas comenzaba. Por ello había perdido la fe, por ello odiaba con tanta intensidad a aquellos lunáticos homicidas y por ello los conocía tan bien. No pudo imaginar cuántas abominaciones había visto durante su niñez y luego cuántas penurias había pasado para poder sobrevivir. Debía de haber sufrido hambre, frío, humillaciones.

—¿Sabes que en Inglaterra hay parientes tuyos que llevan muchos años creyéndote muerto? —le dijo sin soltarlo—. Quizá tengas primos, tíos, abuelos. Cuando era niña escuché que los Anglesey habían tenido un accidente en los caminos y que todos habían muerto, pero sus cuerpos nunca fueron hallados.

—Esa fue la versión oficial —masculló él con escaso interés—. Recuerdo a mi abuela, pero muy vagamente. No creo que valga la pena ponerme en contacto con ellos.

Abby se despegó de él. Lo observó con reprobación y amor.

—Eso no es lo que ellos pensarían.

—Ahora lo sabes —le dijo mirándola con aquellos ojos rezumantes de ternura y franqueza, no exentos de vulnerabilidad—. Este soy yo, Abigail. Ahora mismo eres la persona que más sabe de mí.

Puso un beso en sus labios.

—Gracias por confiármelo. Ahora me siento más cerca de ti.

—Oh, créeme, nadie nunca estará tan cerca —le susurró mientras comenzaba a besarla con más ímpetu, hasta tumbarla de nuevo en la cama.

—Simon.

—¿Sí, amor?

—Ella tenía razón: eres un gran guerrero.

Capítulo 13

Simon abrió los ojos de golpe cuando su instinto de guerrero le develó la cercanía del peligro.

Miró hacia la ventana, reparó en la oscuridad que aún reinaba en aquella estepa del Ganges, pero estaba seguro de que el amanecer se hallaba cerca. Así eran las madrugadas en la India: negras y sibilinas; pero, luego, sin previo aviso, la claridad comenzaba a desteñir el firmamento con una rapidez viral. Los tonos amarillos y rojizos desfilaban hasta que el sol alcanzaba su cénit, y un nuevo día se abría paso.

Contempló a su lado la hermosa figura de Abigail, aún dormida, con la cabeza apoyada en su hombro y un brazo rodeándole el pecho. Aquella visión lo hacía temblar con deseo renovado, le quitaba el aliento; pero sabía que más urgente que cualquier otra era su necesidad de protegerla. Al menos se permitió el capricho de acariciar esa trenza dorada, la suave piel desnuda de la espalda, mientras le repartía pequeños besos por el rostro. Ella comenzó a removerse, sus párpados se agitaban, despojándose del sueño.

—¿Ya es de día? —susurró aun soñolienta.

—No, pero casi.

—No quiero que amanezca.

Simon sonrió.

—Pasará aunque te opongas, *memsahib*. —Ella suspiró, reacia a aceptar la realidad. Simon le palmeó un glúteo con suavidad; sabía que debían ponerse en movimiento—. Vamos. Hace rato que debimos habernos ido de aquí.

Al segundo siguiente, comprobó que su instinto no le había mentido. El resonar de cientos de caballos golpeteando la árida tierra de Jajmau sacudió todo su ser. Estaban muy cerca, venían por él, pensó, mientras los ojos marrones de Abigail se inyectaban de pánico, conscientes de lo que ocurría.

De un salto y todavía desnudo, Simon se levantó de la cama. Salió de la habitación para recoger las piezas de ropa de ella. Se las entregó y tras pedirle que se vistiera a toda prisa, hizo lo mismo.

—¿Son ellos? —inquirió temblorosa.

Él no se atrevió a adivinarlo. Intercambiaron una mirada afligida mientras ella se enfundaba el *salwar kameez* y la blusa blanca. Simon sabía que jamás podría ponerse un sari por sí sola, por lo que le ofreció una de sus camisas blancas de lino.

Al verla usar una de sus piezas de ropa, experimentó una sensación de apego inexplicable. No se trataba solo de lo que acababan de vivir hacía escasas horas, de lo que le había revelado sobre su vida; era algo mucho más allá de la razón, más allá de su entendimiento, más allá del amor. Aquella mujer era todo su mundo.

Se quedó viéndola, sumergido en un mar de sentimientos que lo azotaban como látigos implacables, dulces y dolorosos al mismo tiempo.

—Abigail. —Se arrodilló frente a ella—. ¿Confías en mí?

—Sí —contestó sin vacilar.

—Bien, porque voy a necesitar que lo hagas —susurró, y tras poner un beso breve en sus labios, le dio nombre, por primera vez, a lo que sentía—: Te amo.

Abigail lo miró conmovida. Estaba seguro de que ella ya lo sabía, pero oírlo de sus labios era otro asunto. Inexplicablemente, su rostro se contrajo de tristeza.

—No, no hagas eso.

—¿Qué cosa?

—Te estás despidiendo de mí —lloriqueó—. Vamos a salir de esto.

Él no respondió.

—Espérame aquí.

Ignorando los llamados de ella salió al porche del bungaló. Desde allí, vio a una muchedumbre de *sowars* aproximarse por el norte con

antorchas en mano, las siluetas de los mosquetes se marcaban sobre la nube de polvo que les sucedía. Simon tragó saliva. Si hubiera estado solo no le habría importado enfrentarse a un ejército y luchar hasta morir, pero estaba ella.

Necesitaba ponerla a salvo a cualquier costo.

Piensa, Ballard, piensa.

Cuando los jinetes estuvieron lo suficientemente cerca, Simon se cruzó de brazos, apoyó un pie en una de las barandas del porche y miró a los inesperados visitantes con una expresión sombría. La tropa no era tan numerosa, pero estaba seguro de que podía hacer mucho daño.

—Capitán Ballard. —Uno de los hombres, barbudo y con aros de plata en los lóbulos de las orejas, le dedicó un esmerado saludo militar. Llevaba atuendo de *havildar*—. Señor, le saludan el *sudabar* Raghvendra de la guarnición de Jhansi y el *havildar* Kondapalli, comandantes del 3° Regimiento de Caballería de Meerut. Venimos de una exitosa campaña por el norte, señor. Nos acompañan hombres valientes de todo el territorio que se han unido a nuestra causa —dijo con orgullo.

Simon no se dejaba engañar. Las maneras respetuosas hacia los funcionarios superiores eran parte de la idiosincrasia de los cipayos, aun cuando estaban a punto de iniciar una matanza. Paseó la vista por la horda de salvajes que los acompañaban: sucios, mal vestidos, algunos aun llevaban las ropas salpicadas de sangre y pólvora. A leguas se veía que muchos de ellos eran delincuentes de poca monta que habían aprovechado la ocasión.

—Saludos, caballeros —masculló con acritud—. Es algo temprano para las visitas sociales, así que espero que mi poca hospitalidad no los ofenda.

Kondapalli intercambió una mirada confundida con el *sudabar*.

—Claro que no, señor. Pedimos disculpas por importunar su sueño. Venimos con una misión muy especial —repuso Kondapalli, pero Simon lo interrumpió.

—Ya lo creo, pero Cawnpore está por allá —apuntó con el índice el camino que conducía a la ciudad—. Esto es Jajmau; aquí no hay

mucho qué saquear.

—Pierda cuidado Ballard. —Otra voz surgió entre la muchedumbre, una que conocía bien—. La ciudad ya está en buenas manos—. Simon descruzó los brazos cuando vio a Gurjar abrirse paso entre los otros jinetes; soltó un gruñido sin ser consciente—. ¿Se sorprende de verme? Estos amables hombres me han sacado de prisión a mí y a mis compañeros de armas. No podía ser de otra manera —declamó el rajastaní con actitud altiva.

—Así que ya han hecho de las suyas en Cawnpore —masculló con los dientes apretados y la rabia bullendo en su interior. Ello significaba que sus hombres habían sido o bien anexionados a su ejército o asesinados.

—La mayoría de los compañeros de los tres regimientos se nos han unido, tal como esperábamos, y nos han facilitado las cosas —prosiguió Kondapalli, sacándolo de dudas—. La ciudad está controlada, y no será la última.

—Nos han contado de su ardid para mantener a los cipayos fuera de Cawnpore. —Raghvendra habló por primera vez, pero, a diferencia del otro cipayo foráneo, lo hizo con estudiado sarcasmo. Su expresión denotaba la más absoluta reserva—. Los ha engañado como a niños y nadie ha reaccionado a tiempo. Eso ha retrasado nuestra incursión. Temíamos que los hubieran enviado a Birmania y que, al llegar, nos halláramos solos en una plaza desconocida. No nos queda más que felicitarlo, capitán. Es usted un extraordinario estratega.

Simon rio con sorna. Volvió a poner un pie sobre la baranda, apoyando los antebrazos en la rodilla, haciendo un despliegue de falsa vanidad.

—No tanto si he permitido que ustedes llegaran aquí.

Raghvendra sonrió, develando una boca cavernosa y desdentada.

—Lo que está sucediendo es inevitable. Lo dice la profecía —farfulló el *sudabar*—. Venimos en nombre de Bahadur Shah a reclamar nuestra tierra, a recuperar nuestro ejército y a desterrar a los *feringhi*. Es una lástima que los británicos se hayan marchado tan pronto a su guarida junto al río, pero otro pelotón va hacia allá para hacerles frente. No tardarán en sacarlos como a ratas de su madriguera y hacerles pagar por cada humillación a nuestro pueblo.

—Las guerras se ganan con estrategia y táctica, no con vísceras, Raghvendra. No lo olvide si desea permanecer con vida. —El aludido asintió, de mala gana—. Me temo que no lograrán mucho volcando su furia contra un puñado de civiles. Están disparando en dirección equivocada, caballeros.

Los hombres se miraron las caras; algunos pocos, altivos, rechazaban la visión del capitán, otros parecían muy prestos a atender sus recomendaciones.

—Deberían apuntar más alto, hacia las caras visibles de la Compañía —continuó Simon—. Es mi humilde consejo. Los civiles huirán por sí solos. No hay necesidad de toda esa sangre.

—No vinimos para discutir las medidas de nuestros líderes, capitán. —Fue Gurjar quien habló—. Y no hemos prendido fuego a su bungaló por una razón: lo queremos en nuestro ejército. Nuestra lideresa, la *rani* de Jhansi, nos ha pedido que lo busquemos.

Simon no dejó entrever la más mínima fibra de asombro. Muy en el fondo sabía que aquello ocurriría de un momento a otro.

Raghvendra fulminó a Gurjar con la mirada. Estaba claro que el *sudabar* había sido llevado allí mediante engaños. Ballard no resultó ser el febril colaborador que él seguramente esperaba.

—Lakshmi Bai afirma que usted está de nuestro lado, y nos llevará a la victoria. —Torció el gesto—. Pero, con todo respeto a la maharaní, creo que no lo conoce muy bien. O quizá nos hemos equivocado de hombre. Usted parece ser otro *feringhi*.

—¡Espere! —intervino Gurjar levantando la palma de la mano. Se dirigió al capitán—. Traigo un mensaje de Lakshmi Bai para ti, Ballard. Te dejaremos llevarte parte del botín: dinero, mercancías, cargamentos de opio. Bahadur Shah pondrá tierras a tu nombre y te garantiza que, una vez concluida nuestra campaña, tu nombre quedará limpio. Nadie sabrá que has colaborado con nosotros, así no tendrás que enfrentar a los ingleses en caso de que desees volver a la isla.

Habría reído de no ser porque tenía la mandíbula demasiado tensa. Bahadur Shah jamás haría tal cosa. Los rebeldes le prometerían una provincia entera si con ello conseguían sobornarlo. Todo era un maldito ardid de Lakshmi Bai. Si alguna vez volvía a verla, le iba a retorcer con sus propias manos aquel pescuezo enjoyado.

Simon se cruzó de brazos, tratando de contrarrestar la marea de emociones que lo revolucionaban desde el interior. Los maldijo en silencio, mil veces. Pensó en Abigail. ¿De qué otra manera podría procurar que viviera? ¿Qué más podría hacer?

—No sería el primero —intervino Kondapalli, interrumpiendo sus cavilaciones. Los cipayos asumían que el capitán estaba meditando la propuesta—. Otros oficiales de su mismo rango ya se han unido a nosotros en otras ciudades.

—No me sorprendería —masculló, aunque realmente deseaba decirles: “No me sorprendería que también a ellos los hubieran forzado”.

—¿Entonces qué? ¿Acepta? —quiso saber Raghvendra, impaciente.

Transcurrió otro minuto eterno, donde cada fracción de segundo equivalía a un martilleo en las sienes, un golpe al corazón. Simon percibió las miradas de cientos de pares de ojos en él: cipayos carroñeros y oportunistas; asesinos de la peor calaña; ingenuos idealistas que pretendían liberar la India en un par de semanas, creyéndose inmune a las represalias, subestimando el colosal poder de la batería británica; ricos en odio y resentimiento, pobres en conciencia y organización. Todos ellos esperaban que se convirtiera en su líder, que capitaneara las orgías de sangre.

El grito de Abigail, rasgando la húmeda madrugada, lo hizo pedazos. Apenas se dio vuelta la encontró en el quicio de la puerta, con ojos velados de horror, con lágrimas que empantanaban aquel rostro tan adorado, que apenas unas horas antes había visto arder de placer, de felicidad absoluta. Se odió por causarle semejante daño, pero se odiaría más si no lo hacía.

La miró con aplomo, al que ella hizo frente.

—No, Simon. ¡No lo hagas! —suplicó en inglés. A todas luces, había escuchado toda la conversación—. ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

Los jinetes murmuraron con diversión al ver a la trastornada *memsahib*.

Simon luchó por conservar el talante impertérrito. Tomó a Abigail por un codo, se la llevó de vuelta a la casa, mientras los pequeños puños de ella, cada vez más débiles, se estrellaban furiosos contra sus

hombros.

Deseaba poder calmarla con besos, con promesas que luego pudiera cumplir, pero más urgente que su amor era el nuevo juramento que acababa de hacerse.

* * *

—¿Estás loco? ¡No puedes hacerlo! ¡No puedes convertirte en uno de ellos! —gimoteó Abby apenas se cerró la puerta tras ellos.

El miedo había desgarrado sus nervios, el dolor que la embargaba amenazaba con convertirla en cenizas. Esos miserables lo querían en su ejército de matones y no parecían dispuestos a aceptar una negativa.

—Deja de llorar —susurró él.

—¡Te obligarán a matarnos! —Abby sollozaba compulsivamente—. ¡No puedes siquiera considerar unirte a esos monstruos!

—¡Cállate, con un demonio, Abigail! —gruñó henchido de furia, con lo que ella hizo silencio. Se lo quedó viendo, aterrada por aquel semblante calmo, como si ya hubiera tomado una decisión. Con pasmosa entereza le dijo—: Negociaré para que puedas volver al atrincheramiento.

—¡No!—replicó con la voz estrangulada—. ¡Los dos volveremos!

—No seas absurda. Si me niego, nos quemarán vivos a los dos, ¿no los oíste?—. Abigail contuvo el llanto. Claro que los había oído. Él volvió a hablar al cabo de un momento, su tono se había suavizado—. Esta no es tu lucha.

—Mi lucha es la tuya.

—¿Crees que me perdonaría si algo malo te ocurriera?

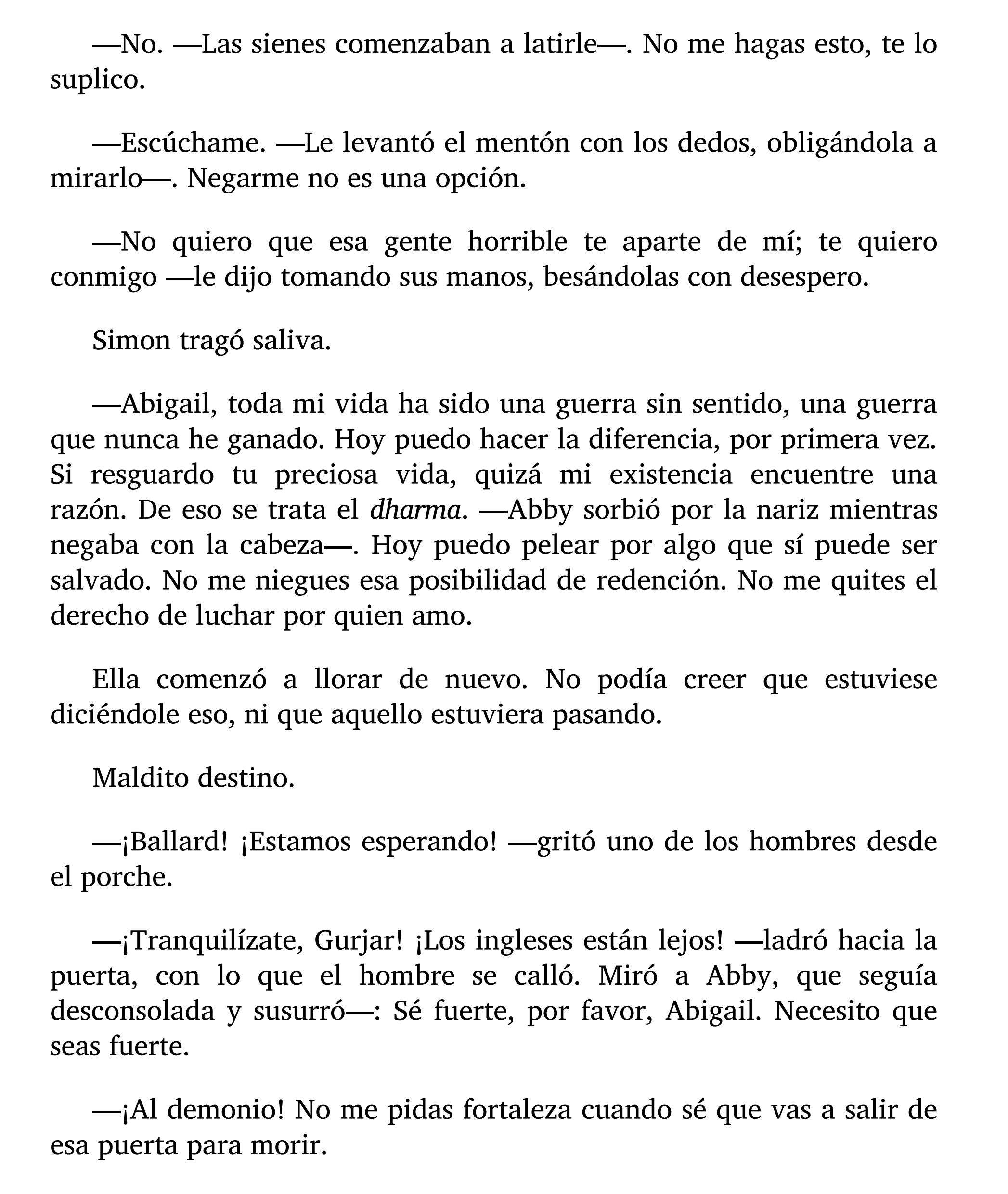
—Pero tú sabes lo que pasará de todos modos. Si sobrevives y te capturan, te juzgarán por traición y te colgarán. Te condenarás de cualquier manera.

Él pareció sopesar sus palabras.

—Sé cuidarme solo, Abigail.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Confía en mí. Haré lo que me piden, me iré con ellos y tú volverás al refugio de Wheeler. —Sacudió la cabeza con pesar—. Quisiera ponerte en un sitio más seguro, pero por desgracia es el único lugar adonde puedo enviarte ahora.



—No. —Las sienes comenzaban a latirle—. No me hagas esto, te lo suplico.

—Escúchame. —Le levantó el mentón con los dedos, obligándola a mirarlo—. Negarme no es una opción.

—No quiero que esa gente horrible te aparte de mí; te quiero conmigo —le dijo tomando sus manos, besándolas con desespero.

Simon tragó saliva.

—Abigail, toda mi vida ha sido una guerra sin sentido, una guerra que nunca he ganado. Hoy puedo hacer la diferencia, por primera vez. Si resguardo tu preciosa vida, quizá mi existencia encuentre una razón. De eso se trata el *dharma*. —Abby sorbió por la nariz mientras negaba con la cabeza—. Hoy puedo pelear por algo que sí puede ser salvado. No me niegues esa posibilidad de redención. No me quites el derecho de luchar por quien amo.

Ella comenzó a llorar de nuevo. No podía creer que estuviese diciéndole eso, ni que aquello estuviera pasando.

Maldito destino.

—¡Ballard! ¡Estamos esperando! —gritó uno de los hombres desde el porche.

—¡Tranquilízate, Gurjar! ¡Los ingleses están lejos! —ladró hacia la puerta, con lo que el hombre se calló. Miró a Abby, que seguía desconsolada y susurró—: Sé fuerte, por favor, Abigail. Necesito que seas fuerte.

—¡Al demonio! No me pidas fortaleza cuando sé que vas a salir de esa puerta para morir.

—¿Morir? —Frunció el ceño con desconcierto, como si aquello fuera algo improbable—. No tengo planeado morir, *memsahib*. No después de haber conocido tu amor. Voy a acabar con esto. Después vendré por ti.

Ella parpadeó con asombro, las lágrimas congestionándole el rostro.

—¿Cómo lo harás?

—No lo sé, ya pensaré en algo. —Su mirada enigmática la envolvió, le ofrecía una esperanza, a la que, aunque era ínfima, Abby se asió con todo su ser. Simon adoptó una postura solemne y clavó los ojos verdes, hermosos, en ella—. Júrame que pelearás por tu vida, Abigail; y yo te juraré en retorno que pelearé por la mía. Eso es lo único que importa de momento.

—¿Y después?

—Después —habló con el brío de un soldado y el arrebato de un enamorado—, te encontraré como sea, y nada en esta vida volverá a separarnos.

Ella asintió, su esperanza insuflada con aquella declaración.

—Te lo juro.

Y con aquel juramento, su vida quedó unida irreparablemente a la de él.

El pacto se selló con un beso desenfrenado. Abby absorbía su boca, se llevaba todo lo que podía tomar de él. Quería grabar en su memoria el sabor de esos besos, sus propias sensaciones, para que ninguna le faltase cada vez que lo evocara. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera volver a saborear aquella magia, pero, al menos, se consolaría con sus recuerdos.

Antes de salir del bungaló, Simon tomó algunos objetos personales y los depositó en un pequeño bolso de piel. Terminaron de vestirse y salieron al porche. Los rebeldes habían llevado a los caballos a beber agua del río; otros se habían detenido a descansar ovillados en el suelo, sobre esteras de bambú.

—Gurjar —gritó Simon. El aludido se acercó con paso triunfal—. No me queda más que aceptar la generosa proposición de la *rani* y de

Bahadur Shah —masculló—, pero antes debo dejar a la señorita Fortescue en las barricadas.

El cipayo echó una mirada divertida a Abby. Se encogió de hombros.

—No hay problema, está de camino. Debemos partir ahora mismo.

Hizo sonar una corneta en forma de cuerno, con lo que los *sowars* comenzaron a alistarse para partir. Kondapalli y Raghvendra se miraron satisfechos; el último le lanzó una mirada al capitán en la que pretendía advertirle: te estaré observando.

—Ballard —lo llamó Gurjar una vez que montaron y estuvieron a punto de partir hacia Cawnpore—, no quiero que te pases de listo. A la mínima muestra de que nos estás engañando, todos y cada uno de estos hombres tienen órdenes de disparar. ¿Me has entendido?

—Se te olvida quién es ahora el jefe, Gurjar —gritó Simon, haciendo un despliegue de arrogancia delante de sus nuevos subalternos, aquella plétora de asesinos mal vivientes—. ¿Acaso no me has traído para que capitanee a estos hombres? Haremos las cosas como yo ordene, entonces. ¡Si vamos a matar, a saquear y patear el culo a esos *angrezi* lo haremos como ninguna otra tropa jamás lo hecho en cien años!

El cipayo apretó la mandíbula, pero luego le lanzó una sonrisa críptica, mientras el entusiasmo de los rebeldes alcanzaba niveles de paroxismo. Los hombres gritaron vítores, aullaron como animales sedientos de sangre y siguieron a su nuevo líder con renovados apetitos de anarquía.

* * *

La mañana se precipitó sobre los decaídos páramos de Jajmau, coloreando los cielos de un rojo demoníaco y un púrpura brillante con el último aliento de los luceros nocturnos. La planicie, que antes había sido tragada por el negro de la noche, ahora respiraba claridad; los pájaros despertaban de su plácido sueño y volvían a corear cánticos alegres. Había llegado un nuevo día y, con él, un nuevo desafío.

Simon y Abby emprendían el camino hacia Cawnpore escoltados por las hordas de jinetes. Ella se abrazaba con fuerza a la espalda de él mientras resistía la molestia que la cabalgata ocasionaba a sus partes íntimas, todavía resentidas. Rezaba en silencio, con los ojos cerrados, y pedía a Dios misericordia para que todo terminara pronto.

Por favor, permite que podamos cumplir nuestro juramento.

Llegaron a la ciudad, que mostraba visos inconfundibles de haber sufrido los excesos de los cipayos: establecimientos saqueados y en ruinas, mercancías dispersas en las calles, viviendas de ingleses en llamas; miedo, incertidumbre y dolor en los rostros de los habitantes de Cawnpore. Abby buscó a Bin Rao con los ojos, pero no logró avistarlo entre los niños que aprovechaban las escaramuzas para tomar lo que podían de los puestos de comida en el mercado. Elevó una oración por él.

Hombres y mujeres iban de aquí a allá, llevando lo que podían: sacos de granos, cajas de frutas y verduras, bolsas con hogazas de pan, mientras los comerciantes salvaban lo que podían de sus bienes. Ante la incursión de los jinetes, los tímidos merodeadores corrieron despavoridos en busca de escondite.

Bajo la conducción del capitán Ballard, los rebeldes fueron al interior del acantonamiento militar. Allí, las viviendas de los oficiales también se consumían en las llamas; la sede de la guarnición estaba tomada por otro contingente de cipayos y rodeada por los cadáveres de quienes habían intentado defenderla. Con el pulso descontrolado, Simon reconoció a varios de ellos. Prajapati, su cipayo de confianza, yacía a un lado de las murallas, con un disparo en el pecho. Debió hacer un esfuerzo sobrehumano para tragarse la furia y el dolor que pugnaban por salir de su cuerpo, liberarse y arrasar con aquellos malditos que lo habían dejado allí, tirado como un perro callejero. Pero el abrazo de Abigail le recordó por qué estaba haciendo aquello. Se recuperó en el acto. Ella tenía los ojos cerrados, y sus labios se movían como si estuviese recitando una suave letanía. Estaba rezando.

Luego de ver más cadáveres esparcidos por las calles, más destrucción, más terror a su paso, guio a los *sowars* hacia la barricada construida por los británicos a la orilla del río. Los rebeldes soltaron silbidos de admiración apenas avistaron la estructura guarnecida. El contingente de soldados nativos comisionados para atacar el atrincheramiento aún estaba indeciso e intimidado por la fuerte

batería instalada alrededor de los edificios. Se decía que Wheeler había mandado a instalar trincheras rellenas de pólvora que explotarían en cuanto los cipayos se acercasen. En su fuero interno, Simon dio las gracias por aquella somera artimaña.

De mala gana, en tono arrogante, saludó a los cipayos que encontró haciendo guardia cerca de los edificios. Ninguno sabía qué hacer o qué decir en su presencia. Parecían demasiado confundidos como para actuar.

Finalmente decidió acercarse a las compuertas cerradas y bien vigiladas, para dejar atrás a los atentos cipayos, que esperaban que volase en cualquier momento. Abby, temblorosa, seguía abrazándole la espalda, resguardándose en él, mientras *Jadar* avanzaba por el páramo a un trote ligero. Cuando los soldados leales a Wheeler lo reconocieron del otro lado, abandonaron el resguardo con rostros de alivio, pero también de asombro, no estaba seguro si por verlo a él o por ver a Abigail Fortescue, la prometida de Henry Wilcotts, abrazándolo y vistiendo su ropa.

Un soldado raso, no recordaba su nombre, ayudó a la muchacha a bajar del caballo mientras que otros dos oficiales lo miraban impávidos. No llevaba el uniforme militar ni el arma de reglamento. Sospechaban que algo extraño sucedía.

—¿Señor? —balbució uno de ellos, confundido y expectante.

Simon estaba consciente de que los cipayos insurrectos, ocultos como fieras al acecho, observaban todo el intercambio y que cualquier movimiento en falso le costaría un disparo a él o a Abigail. Descartó toda idea de improvisación. Lo mejor era continuar con el plan y dejarla allí, bajo el resguardo de Wheeler.

Tomó aire y se dirigió al oficial de mayor rango, el suboficial Rohan.

—Espero que todo esté bien por aquí.

—Lo intentamos, señor —contestó el joven con voz contrita.

—Bien.

Luego se dirigió a Abigail, que sin importar la presencia de los militares, lo abrazó, lo cubrió de besos, le aseguró que rezaría cada

día para que todo terminara lo antes posible. Con dificultad la apartó, consciente de lo que aquella actitud habría de ocasionar una vez que ella ingresara de nuevo a la fortaleza.

Maldita sea, se condenó. Si hubiera tenido tiempo para planificar, la habría dejado en otro lugar donde las habladurías y la malevolencia de la gente no la alcanzaran. Ella, sin embargo, parecía afrontar todo con gran entereza, o quizá con resignación.

Sin más intercambio de palabras, se marchó de allí. Pero incluso, antes de que su caballo diera dos pasos, escuchó que los hombres murmuraban la palabra traidor.

* * *

La noticia de la llegada de Simon Ballard junto a Abigail y la inminente traición de él trascendió con asombrosa rapidez por los rincones del afianzamiento.

Abby hizo poco caso a los cuchicheos y las miradas que las damas le lanzaban a su facha: vestía tan solo una camisa blanca militar de lino sobre un *salwar kameez*; iba desaliñada y sonrosada, con el sudor perlándole el rostro tostado por el sol. Quienes habían notado su desaparición, la tarde anterior, se preocuparon al verla y quisieron acercarse para hacerle preguntas, pero ella los sorteó.

Apenas vio a Sharmila, se echó en sus brazos y soltó el llanto que tanto había contenido. Se vino abajo mientras le contaba lo que había sucedido desde su salida del refugio; la criada india la escuchaba, obsequiosa, y le secaba las lágrimas.

—Todo acabará, *mem* —rezaba con su voz aguda y cantarina sin lograr reconfortarla—. Nadie puede resistir tanto, ni los que están afuera ni los que estamos dentro. Todo tendrá que acabar pronto.

Sin darse cuenta cayó rendida en el catre; los acontecimientos recientes habían despedazado su débil resistencia. Luego de varias horas de sueño agitado, de pesadillas confusas, abrió los ojos. Le tomó un minuto recordar donde estaba. Volvió a pensar en Simon y se preguntó dónde estaría, qué estaría haciendo.

Había algo que había querido hacer desde que había llegado allí, pensó incorporándose, todavía aletargada, pero esa fragilidad suya la había confinado a aquel camastro. Se condenó por ello. No podía seguir perdiendo más tiempo. Hizo un intento por salir de la cama para cumplir con su cometido lo antes posible.

—¿Has descansado? —inquirió una voz suave que le hizo volver el rostro como si tuviera un espasmo—. Oh, no quería asustarte. Discúlpame.

Una circunspecta Anna la observaba desde la silla de ruedas. Junto a un barril de vino, que servía como mesita, había una bandeja con una jarra de agua y dos vasos. Abby tragó saliva; se frotó los ojos con el dorso de la mano. Dios mío, había llegado la hora de hablar con ella, y ni siquiera tenía las palabras adecuadas. Por suerte, el dormitorio de las damas estaba desierto a esa hora, por lo que podrían hablar sin ser molestadas.

La hermana de Henry procedió a servirle un vaso de agua; Abby se apuró para quitarle el trabajo, como era su costumbre y la de todos los que la rodeaban.

—¡Déjame hacerlo a mí, Abby! ¡No soy tan inútil como crees! —soltó, dejándola boquiabierta. Anna jamás le había hablado de ese modo, ni a ella ni a nadie. Supuso que estaba molesta. No la culpaba.

—Nunca he dicho que seas una inútil —susurró.

—Pero lo piensas —completó Anna mientras le entregaba el vaso de agua.

Tomó un sorbo que le supo a gloria; en un segundo se la había acabado. No sabía que se pudiera estar tan sedienta. La chica le rellenó el vaso.

—Anna…

—No voy a preguntarte dónde estuviste las últimas quince horas ni qué hacías —se adelantó ella con tono cortante—, pero quiero recordarte que eres la prometida de mi hermano y, como tal, debes guardarle respeto, aunque él no esté aquí. Sé que no soy yo la que suele increpar en la familia, pero me temo que no hay nadie más.

—Tienes toda la razón. —Fue todo lo que alcanzó a decir, con la

cabeza gacha.

No había nada más que pudiera decir, no frente a Anna.

—Sabes que te quiero mucho, Abby. Eres como mi hermana, pero últimamente no te conozco. No quiero creer lo que se dice. —Sus ojos azul mediterráneo estaban empañados de tristeza; a Abby le dolió causarle ese daño. Ni siquiera se atrevía a sostenerle la mirada—. No quiero creer que has sido capaz de hacer eso.

—Deberías creerlo, Anna —rezongó Tess, insidiosa, acercándose por el pasillo amplio que formaban los camastros pegados al muro de ladrillos. Abby la fulminó con la mirada—. Es la verdad. El suboficial Rohan lo ha confirmado.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, querida, esperar la muerte pacientemente —masculló cruzándose de brazos; el cinismo le puso los pelos de punta —. Me resulta curioso que el capitán Ballard te haya dejado aquí tirada. ¿Tan pronto se cansó de ti? ¿No has sabido cómo mantenerlo interesado? ¿Por qué será que eso no me sorprende?

Abby miró a Anna, que permanecía impertérrita.

—Cállate —le suplicó.

—¿Por qué tendría que callarme, Abigail? Déjame disfrutar del hecho de que ahora todo Cawnpore sabe quién eres en verdad: la amante de ese maldito traidor y no la santa que pretendías mostrarnos —rezongó. Cómo disfrutaba denigrándola, humillándola, aun cuando su propia vida no era precisamente ejemplar. Abby jamás la había juzgado—. La que iba cada domingo a la iglesia, pero que, por dentro, se moría por revolcarse con el primero que se lo insinuara.

—¡Basta! —Se puso de pie de golpe.

—Oh, ¡deja de hacerte la ofendida! —continuó con su arremetida —. ¿Cómo has podido hacernos esto, descarada? ¿También le serviste de espía?

—Tú no tienes derecho a juzgarme. No me conoces, nunca has sido mi amiga.

—Por supuesto que no somos amigas —repuso con Tess con los

dientes apretados—; te crees tan inalcanzable, tal excelsa, que jamás te rebajarías a ser la amiga de alguien como yo. Pero ahora la vida nos ha puesto en la misma situación. No vales más que yo, Abigail. Qué ironía, ¿verdad?

—No te valoras lo suficiente. Ese siempre ha sido tu problema, no el mío.

La rabia desfiguró el atractivo rostro de Tess; le cruzó el rostro de una bofetada brutal, que sonó como un latigazo. Anna soltó un grito de espanto. Abby se tapó la mejilla con una mano. Nunca había sido abofeteada y le ardía como el demonio. Tenía ganas de responderle como una moza de taberna, hacer alardes de haber estado con Simon, pero Anna estaba allí, así que se limitó a bajar la cabeza.

—¿Qué sucede, Abigail Fortescue? ¿Te da vergüenza reconocer que ayer saliste huyendo de aquí porque no soportabas la idea de morir virgen?

Pero entonces, una potente explosión estremeció todo alrededor.

Abby sintió la tierra temblar y los muros sacudirse con una fuerte vibración. Una ola de gritos enloquecidos resonó en el interior del edificio, confundiéndose con la espantosa oscilación que amenazaba con derribar los muros y sepultarlas vivas. Su primer impulso fue correr hasta Anna y echarla al suelo. Las dos muchachas se escondieron bajo el catre más cercano mientras cascadas de polvo comenzaban a caer del techo. Tess, que había corrido hacia otro catre, soltaba gritos de horror.

—Ya empezaron —jadeó Anna—. Así estarán hasta que echen abajo este lugar.

—Resistiremos. —Abby recordó las palabras de Sharmila, que, de pronto, le parecieron reconfortantes—. Resistiremos, Anna. Todo tendrá que acabar pronto.

Una sucesión de estallidos les llenaban los oídos; un minuto se transformó en dos, y dos en algunos más. Las dos jóvenes decidieron que era un buen momento para ponerse a rezar, pero el horror las privaba de las palabras, y sus oraciones no eran más que balbuceos sin sentido. Muy pronto abandonaron el esfuerzo.

—Dime que no es un traidor.

La súplica de Anna la tomó por sorpresa, pero se apresuró contestar.

—No lo es, Anna. No lo es. Lo han obligado.

Escuchó cuando la chica dejó escapar el aire contenido, aun sobre el rugido del edificio bajo la descarga de balas.

Capítulo 14

Pasaron al menos diez minutos, quizás veinte o treinta, hasta que Abby y Anna emergieron del escondite y pudieron comprobar que se hallaban ilesas. Los gritos del exterior eran ahora débiles llantos y sollozos mezclados con bruscas órdenes militares. Tess jadeaba bajo su catre, hecha un ovillo, pero sin un rasguño, por fortuna. Nikhila apareció, inundada en lágrimas de angustia, pero feliz de saber que su adorada *laraki* se encontraba bien.

El primer ataque de los cipayos había causado tan solo daños superficiales a la estructura: unos cuantos muros que terminaron convertidos en coladeras y áreas que ardieron en llamas. Como era de esperarse, las trincheras se habían llevado la peor parte. En el patio, Abby vio a las familias todavía conmocionadas por el bombardeo. Dos niños pequeños lloraban en brazos de sus padres, que les repetían una y otra vez que el peligro había pasado; una chica sollozaba desconsolada mientras una criada le acercaba al rostro una bolsita con sales. Un anciano cubierto de polvo era atendido por una enfermera; el área donde había estado descansando había sido una de las más afectadas por el ataque. Los militares corrían de aquí para allá para asegurarse de que todos los residentes estuvieran fuera de peligro.

Abby intentó por todos los medios hablar con Wheeler, pero le fue prohibido el acceso al área de los oficiales. Hizo un pequeño escándalo, aseguró que tenía información urgente qué compartir con él, pero los guardias le brindaron un trato displicente. Intuyó que se debía a las murmuraciones que aseguraban que ella era amante de Simon Ballard. Debió volver al área civil con las manos vacías.

Al día siguiente, un rayo de luz apareció en medio de tanta oscuridad. Se conoció que las tropas británicas provenientes de las provincias del sur, apoyados por soldados sijes, punjabíes y *gurkhas*, habían ocupado las alturas próximas a Delhi para sitiar la ciudad. El ejército había reducido el número de rebeldes de manera considerable, pero aún no se podía asegurar que hubieran tomado el control de la ciudad. Aquella noticia, aunque escueta, elevó los ánimos de los atrincherados de Cawnpore, que todavía resistían las acometidas de los cipayos.

Más detonaciones estremecieron los barracones los días siguientes. Conciliar el sueño durante aquellas noches se convirtió en una tarea poco más que imposible; el pánico, la incertidumbre y las dolencias propias de los momentos de ansiedad comenzaron a apoderarse de la gente. Laura Callthorpe se pasaba casi todo el día en cama. A su lado, Sharmila la atendía con infinita entereza, a veces administrándole tintura de opio para que pudiese conciliar el sueño. Geoffrey había empezado a fumar, y como no podía estar mucho tiempo en el área donde se hallaba su esposa, jugaba ajedrez con sus compañeros del ferrocarril. Anna y Abby se unieron al reverendo Catesby y a los grupos cristianos que elevaban plegarias para el cese del ataque. El resto del tiempo bordaban o leían algún libro de los que Anna había empacado. Muy pronto todos los tomos se acabaron; acordaron intercambiarlos con otras personas que, al igual que ellas, pretendían distanciarse de la cruda realidad. Abby hacía todo lo que podía por concentrarse en aquellas líneas, pero su mente se extraviaba con frecuencia. Pensaba en Simon.

En algunas ocasiones había tenido que soportar los insultos de un par de mujeres que la consideraban indigna de estar allí, entre ellas; la señora Garnis y algunas amigas de Beatrice Wilcotts. Su nuevo mote de ramera le preocupaba muy poco, para desilusión de aquellas damas. Tess se había distanciado de ella para refugiarse con su nueva amiga, la señora Lydia Hillersdon.

Una tarde, logró burlar la vigilancia del área militar. Se coló hasta el despacho improvisado del jefe de la guarnición, donde tres hombres se hallaban reunidos en torno a un amplio mapa de la India dispuesto sobre una mesa. Cuando la vieron entrar a trompicones, los dos uniformados y el hombre que iba de civil, levantaron las cabezas con gestos de incredulidad.

—¡Sir Hugh! —jadeó ella mientras dos azorados guardias trataban de detenerla sin parecer demasiado bruscos—. Señor, tengo que hablarle. Es importante.

El aludido la observó de forma displicente.

—Señorita Fortescue. —El tono fue acusatorio—. Tendrá que disculparme, pero tengo a mi cargo la vida de mil trescientas personas. Debo trabajar o todos estaremos muertos al final del día.

—Por favor, debe escucharme —suplicó ella—. Le aseguro que no voy a quitarle mucho tiempo. —Sir Hugh intercambió miradas de

consternación con sus dos acompañantes: el capitán Fitzralph y el señor Charles Hillersdon, el recaudador de Cawnpore. Los hombres parecían menos dispuestos que él a dejarla hablar—. Es sobre el capitán Ballard.

La mención de Simon no pareció asombrar a ninguno de los tres.

—¿Ese traidor? —reaccionó Fitzralph—. No me diga que ha venido a defenderlo.

—Tenemos entendido que la ha traído personalmente hasta aquí después que se escabullera irresponsablemente —dijo sir Hugh desde el lado opuesto de la mesa.

—Así es. Vino a ponerme a salvo.

—Ya sabemos lo que hay que saber del capitán Ballard. —Le dio la espalda para hurgar entre un montón de papeles que reposaban sobre un escritorio.

—¡No! —sollozó cuando los guardias volvieron a agarrarla por los codos para sacarla—. Déjeme hablarle un momento, señor. Se lo pido. ¡Por favor!

Sir Hugh meditó su decisión. De mala gana, hizo un gesto a los guardias para que se marchasen, pero su talante receloso no desapareció.

—Muy bien —soltó con los dientes apretados—. Sea breve.

—¡El capitán Ballard jamás nos traicionaría!

—¿Eso cree, señorita Fortescue? —intervino Hillersdon con altivez —. ¿Acaso no sabe que es un nativo de crianza, un bastardo, hijo de quién sabe qué soldado licencioso con una sirvienta india? Esto era más que previsible.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Usted no lo conoce.

—A diferencia de usted, creo entender.

—No he venido a discutir eso —miró al general—. Sir Hugh, lo han forzado.

Fitzralph soltó una carcajada.

—No me diga. ¿Por qué alguien le daría un arma y la capitanía de una tropa a un hombre en quien desconfía? Sería un suicidio.

—La *rani* de Jhansi cree que puede manipularlo, pero no es así. Simon, es decir, el capitán Ballard está del lado de la razón. De ninguna manera apoyaría un levantamiento en contra de los británicos.

—Señorita Fortescue, hasta hace poco usted era una ferviente defensora de los derechos de los brahmanes, ¿qué podría disuadirme de pensar que está del lado de ellos y que también nos ha traicionado, como lo hizo ese bastardo de Ballard?

Abby ya estaba perdiendo la paciencia.

—Mi piedad por los nativos no me convierte en una traidora, señor Hillersdon. Y le digo que Ballard no es un traidor y tampoco es un angloíndio.

—¿Y cómo es que usted ha llegado a conocerlo tan bien, señorita Fortescue, si es que puede saberse? —quiso saber el insolente hombre.

Abby titubeó. Sir Hugh suspiró pesadamente.

—Déjenme a solas con la joven.

Tanto Fitzralph como Hillersdon salieron del despacho con rostros de indignación.

—Creo que esa pregunta inoportuna que acaba de hacerle Fitzralph no amerita de contestación. ¿O sí, *memsahib*? —preguntó el jefe de la guarnición cuando se cerró la puerta. Su tono era mucho más amable que hacía un momento.

—No, señor. Creo que está claro lo que soy; lo que somos.

No pudo evitar ruborizarse un poco.

—Bien.

—Fui a buscarlo para hacerle desistir de esa estúpida idea de exponerse como carne de cañón. Casi lo logré —dijo con tristeza—, porque apenas nos preparábamos para venir hasta acá aparecieron

ellos. Lo obligaron a unírseles. Lo amenazaron con matarnos y quemarnos dentro del bungaló. No tenía otra alternativa.

Abby sintió que las lágrimas volvían a llenarle los ojos, pero se las secó antes de que corrieran. Pensar en aquel momento le había hecho revivir su desesperación, el temor por la vida de su amado. Trató de imaginárselo formando parte de las correrías de los cipayos y un nudo le atenazó el estómago con fuerza.

Sir Hugh se había quedado pensativo un instante.

—Supongo que yo haría lo mismo por la mujer que amo. —Sacudió la cabeza con pesar y la mirada extraviada—. Pero eso lo condenará. Tendrá que hacer cosas terribles para satisfacer a los nativos sublevados, que están drogados con ese maldito *bhang* y cegados por la furia. Lo que han estado haciendo es para poner los pelos de punta al más impávido, señorita Fortescue.

—Me dijo que hallaría la manera de escapar.

El general chasqueó la lengua.

—Si lo hiciera, que, por cierto, lo dudo, ninguno de nosotros podría hacer nada por él. Se ha unido abiertamente a esos demonios a caballo, sea por las razones que fueren. Lo mejor que puede sucederle es que lo maten.

Abby apretó con fuerza la tela de su falda. No podía creer que hubiera dicho tal cosa. Simon escaparía, como se lo había dicho, y volverían a estar juntos. Se aferró a aquel juramento con tanta fuerza que ni las conjeturas de Wheeler la desalentarían.

Llamaron a la puerta.

—Señor, el secretario de Nana Sahib ha llegado —anunció un joven oficial.

—¿Nana Sahib? —preguntó Abby con asombro.

—El hijo del *peshwa* nos está apoyando en esta crisis —explicó Wheeler—. Su lealtad con Gran Bretaña se ha puesto de manifiesto cuando más la necesitamos.

Cuando Abby miró hacia la puerta vio que Azimullah Khan, el secretario del regente maratha, se encaminaba para saludar al general.

Antes, el adusto musulmán ataviado con un *kurta* y turbante enjoyado, le dedicó a ella una breve reverencia. Por alguna razón que desconocía, aquel gesto le pareció poco sincero. No le llegó a los ojos. Lo siguió con la mirada hasta que vio su mano estrechando la de Wheeler.

La piel se le volvió de gallina.

Sir Hugh carraspeó para indicarle que era hora de marcharse de su despacho, y ella lo hizo con una extraña sensación en el estómago.

Abby supo que el regente maratha había hecho llegar provisiones de alimentos y medicinas para los refugiados a través de su secretario. Gracias a ello, algunos habían cambiado de la noche a la mañana su percepción sobre el hombre que, antes de aquel día, habían tildado de ridículo, pueril y blandengue. Otros, más apegados a sus impresiones iniciales, habían desdeñado toda colaboración de Sahib, alegando que solo perseguía su propio beneficio al ayudar a los británicos.

De cualquier manera, el hijo adoptivo de Baji Rao había prometido a Wheeler reunir un ejército de mil quinientos hombres para defender la fortaleza y ello representaba un albor de esperanza al que muchos se asían. Por desgracia, las tropas británicas que habían logrado vencer las defensas instaladas por los rebeldes en Delhi comenzaban a mermar a causa de las enfermedades y la inclemencia del sol indio, del que no tenían posibilidad de resguardarse. La presencia de cadáveres de soldados caídos era caldo de cultivo para distintos brotes infecciosos.

La comida que había traído Azimullah Khan era buena y abundante; y las medicinas les habían caído del cielo luego que una epidemia de disentería y otras afecciones hicieran su aparición. El doctor Harrison, un hombre bien entrado en años, pero ágil y activo, atendía a los enfermos instalados en el barracón donde Abby se hallaba alojada. La señorita Pettwood y la señora Rusch, las enfermeras asignadas, no daban abasto con todo el trabajo, por lo que la joven decidió ponerse manos a la obra y ayudarlas con las tareas más básicas. Como su salud siempre había sido de hierro, no tuvo miedo de entrar en contacto con los enfermos, cuyos principales padecimientos eran fiebre, calambres, dolores estomacales y disentería. Su labor se limitaba a tomar la temperatura, poner paños de agua a las frentes, repartir las medicinas e infundir ánimo. Ello la distraía considerablemente de sus propios padecimientos internos, lo

que la motivó a esforzarse más y más. Trabajaba de día y de noche, sin importar el cansancio, el hambre o el sonido de las balas que estremecían los muros. Después de días soportando interminables detonaciones y vibraciones a su alrededor, podía decirse que estaba más o menos acostumbrada.

Una vez instalada en el hospital, le tocó atender a Rose, la esposa del teniente Johnson, cuyo aspecto había decaído de manera alarmante los últimos días; colocó compresas al marido de Trudy Pemberton y a su hija menor y asistió a la madre del coronel Radcliff, que ardía en fiebre. Más tarde, se acercó a la señora Garnis, que vomitaba un líquido oscuro. La mujer se mostró reacia a dejar que Abby la ayudara, pero estaba tan débil que no le quedó otra alternativa. La joven le acercó a la boca un menjurje recomendado por el doctor Harrison; le dio de beber como si fuese una niña, o una anciana, mientras la mujer la observaba, plena de asombro.

Así transcurrió su primera semana en el parapeto de Wheeler.

* * *

—Esto es un infierno —masculló la señorita Pettwood después de darle la primera calada a su cigarro.

Estaban al fondo del patio, acabando de meter las sábanas de los enfermos en un contenedor destinado para tal fin. Aquel día había estado particularmente atareado. El apoyo prometido por Nana Sahib no había llegado, los bombardeos se habían ensañado en las primeras horas de la tarde y el número de enfermos se había duplicado en relación con los días anteriores. El doctor Harrison había llegado a la terrible conclusión de que se hallaban frente a un brote de cólera.

No era extraño, dado que la primera peste negra había tenido su reservorio original en el delta del Ganges, hacía ya muchos años. Por desgracia, las condiciones de salubridad dentro del refugio se habían deteriorado enormemente con los días. No ayudaba el hecho de que los depósitos de aguas blancas y negras hubieran sufrido daños irreparables, ni que un área del hospital hubiera sido demolida e incendiada tras los tiroteos. En su esfuerzo por controlar la infección, los médicos trataban a los enfermos con clorodina, un medicamento

patentado hacía unos pocos años por un médico del ejército, cuya fórmula combinaba láudano, tintura de cannabis y cloroformo. La clorodina mantenía a los pacientes amodorrados por su alto contenido opiáceo, por lo que el hospital se había convertido en un cinto de gemidos y lamentos que erizaban la piel.

—Si no nos mata el cólera lo harán esos indios hijos de puta —continuó la enfermera mientras observaba la voluta de humo que había exhalado—. Esto se pondrá peor, señorita. He estado en Crimea, y no sabe lo feo que estuvo.

Abby puso el último fajo de sábanas en el contenedor y se enjugó el sudor de la frente con el delantal. Era una noche húmeda y calurosa. Se dispuso a lavarse las manos como una autómata mientras la enfermera le relataba las historias más horrendas de la guerra, de las pestes que asolaban a las tropas y de cómo debían después deshacerse de los cuerpos. Pensar que Simon había visto y sufrido todo aquello le causaba un dolor indescriptible.

De pronto, sintió una sed incontrolable, pero la idea de que aquel chorro de agua podía contener la enfermedad que había matado a cinco niños y dos ancianos los últimos días, la hizo retraerse. El doctor Harrison decía que hervir el agua antes de usarla ayudaba a matar la bacteria; por ello, la mayoría de los pacientes se alimentaban solo con té, sopas y agua de arroz.

Los alimentos, sin embargo, les habían durado muy poco. Se esperaba la llegada de un nuevo cargamento prometido por Nana Sahib, pero no se había vuelto a saber nada de él ni de sus colaboradores. El Ejército de Rangún, por su parte, aún se hallaba lejos. Abby temía lo peor. Sir Hugh había enviado refuerzos a Lucknow, que todavía soportaba un asedio similar, pero no habían conseguido llegar allí y tampoco habían regresado a Cawnpore. El general concluyó que los cincuenta hombres habían sido emboscados en los caminos o bien habían corrido la misma suerte que los sitiadores de Delhi.

Dejó de escuchar a la señorita Pettwood cuando una voz atormentada la llamó en hindi. Apenas se volvió distinguió a Nikhila que le hacía señas desde el otro lado del patio. De inmediato corrió a su encuentro.

—Es mi *laraki*, *mem* —sollozaba la mujer—. Le duele mucho la panza.

Abby sintió que un violento escalofrío le recorría el cuerpo. Seguida de la aya, corrió hasta los dormitorios como una exhalación. En el camino le costaba pensar; tan solo movía los pies para acercarse a su objetivo mientras pasaba por las áreas sociales, ahora desiertas y cubiertas de escombros tras los recientes ataques.

Apenas vio a Anna, entregada a una palidez enfermiza, las manos comenzaron a temblarle. Se sentó junto a ella en el catre y, colocándole la mano en la frente, valoró su temperatura. Los labios estaban resecos a causa de la deshidratación. Los ojos, que hasta hacía poco habían sido brillantes y despabilados, lucían ahora hundidos y apagados. Hizo lo posible por no ponerse a llorar al verla en semejantes condiciones, pero le llevó un esfuerzo gigantesco.

—No es tan terrible como parece —le dijo con una voz espesa.

Abby le pidió a Nikhila que buscara al médico; la aya le informó que el hombre había quedado en venir hacía ya una hora. La muchacha soltó un quejido. Se dispuso trasladarla lo antes posible al hospital.

Con la ayuda de un soldado, que la cargó en brazos hasta el área de enfermos, consiguió acomodarla donde pudieran atenderla mejor.

—Vamos a esperar al doctor, querida. —Le sonrió al tiempo que le acomodaba las piernas en el colchón—. La clorodina le ha hecho muy bien a los otros pacientes y sirve para todo, según dice Harrison. Seguro te repondrás muy pronto.

Anna asintió.

—¿Sabes, Abby? No me arrepiento de haberme quedado en Cawnpore.

—¿Por qué? —preguntó la otra con asombro.

—Me han protegido demasiado desde que nací —esbozó una sonrisa triste—. Nunca había visto el mundo exterior, con todas sus complejidades. Supongo que todo lo que no he visto en diecinueve años está explotándome ahora en la cara.

—Cariño, qué cosas dices.

—Es culpa nuestra, Abby. La gente de la India no es así, pero es que están tan heridos que… —se interrumpió. Abby guardó silencio—.

Una vez mi padre mató a un sirviente a latigazos. Le había roto la pata a su caballo de caza favorito cuando lo llevó a hacer ejercicio. Yo estaba escondida en las caballerizas y lo vi todo. Desde ese día me avergüenzo de ser británica. —Abby cerró los ojos con fuerza, horrorizada por aquella historia—. Solo espero que, si los amotinados se quedan con la India, puedan hacer algo mejor de ella.

—No lo creo —sacudió la cabeza con fuerza—. Esos hombres son perversos; al menos los que andan por ahí, drogados, arrasando pueblos, matando mujeres y niños inocentes. No representan a los indios. Si se quedan, seguirá habiendo hambre y dominación. Puedes estar segura de eso.

—Quizás tengas razón —suspiró.

Se quedaron calladas un momento, mientras Nikhila filtraba el agua de beber con un sari limpio y doblado. La aya le brindaba cariñosos cuidados a su *laraki*. Ella le pedía en hindi que no se preocupara tanto y que cuidara también de sí misma.

—¿Y tú te arrepientes de haber venido a la India, Abby? —continuó Anna.

La joven no necesitó meditar demasiado la respuesta. Pensó en Simon y en cuánto le había cambiado la vida el solo hecho de haberlo conocido. Gracias a él había conocido el amor verdadero que no se parecía en nada a la ilusión juvenil que había abrazado desde hacía casi diez años.

Cuánto deseaba que estuviera a salvo, que hubiera logrado escapar de Gurjar y de los demás cipayos, que pudiera aparecer un día junto a un ejército de soldados fieles y que arrasara con aquel contingente de nativos endemoniados para salvar a todos los atrincherados.

Recordó un proverbio hindú que rezaba: “Cuando todo está perdido, aún queda la esperanza”. Abby soñaba con el momento en que toda aquella agonía viera su fin y se aferraba a sus esperanzas con fuerza.

—No, Anna. No me arrepiento de haber venido a la India —le susurró antes de que el doctor Harrison hiciera su aparición.

* * *

El aullido de los chacales que merodeaban fuera de las barricadas se confundía con los clamores y llantos que brotaban del interior. El olor a carne quemada los había llamado, como una siniestra invitación a un festín. Un cadáver tras otro ardía en la pira dispuesta en el patio donde hacía un par de semanas se habían celebrado reuniones, partidas de cartas y comidas familiares, mientras un círculo de abatidos espectadores aún lloraba sus muertes.

Los encargados de llevar a cabo el procedimiento eran dos cipayos brahmanes, familiarizados con las técnicas de cremación, que se habían mantenido leales a Wheeler. Entre sollozos y gruñidos, algunos británicos murmuraban que acabar de aquella manera, como vulgares paganos, sin derecho a la sagrada sepultura, había sido la más abominable de las maldiciones, una humillación sin cotejo alguno. Era necesario, explicaba el doctor Harrison con estoicismo, porque era probable que los cuerpos se convirtieran en focos de contaminación para la población sana.

Un tercio de la población había perecido a causa del cólera y se temía que, en cuestión de días, otro centenar terminaría igual. La peste se había propagado con una velocidad pavorosa, llevándose a niños y ancianos primero, a adultos y jóvenes después. Abby había visto morir a Laura Callthorpe; a pesar de su dolor no había tenido tiempo de llorarla ni de consolar a Geoffrey; otros enfermos necesitaban su ayuda. También se habían ido la señora Garnis, Rose Johnson, uno de los misioneros cristianos, el marido y la hija de Trudy Pemberton. Se hallaban en crítico estado, igualmente, dos de los hijos y la esposa del reverendo Catesby, Megan Radcliff, Trudy Pemberton, algunas jóvenes que había conocido en la *burra-khana* de los Erdington y Anna Wilcotts.

Muchos de los cuerpos que ahora ardían en aquella hoguera también pertenecían a los oficiales caídos durante los enfrentamientos, entre ellos el de Godfrey Wheeler, el hijo de sir Hugh, que había sido decapitado en un asalto a los cuarteles. Se decía que el general había gritado órdenes como un poseso, sumergido en su papel de jefe de la guarnición para defender el parapeto, aun con el uniforme salpicado de los sesos de su hijo mayor.

Con el ejército mermado a la mitad y las municiones terminándose,

al igual que el agua, los alimentos y las medicinas, estaba decretado que muy pronto Cawnpore caería. Después de eso, no habría nada más que hacer.

Abby se había consagrado al cuidado de Anna Wilcotts. El estado de la chica era cada vez más preocupante. Aunque mostraba buen ánimo y sonreía de vez en cuando, era evidente que soportaba los cólicos con estoicismo. Nikhila también había presentado un complejo cuadro de deshidratación, pero su fortaleza física le había permitido reponerse, a pesar de lo cual todavía se la veía pálida y decaída. Como consecuencia de ello, Abby había tenido que acompañar a Anna a los servicios y atenderla en su aseo personal. Muerta de vergüenza, la muchacha le rogaba que la dejase sola, que por nada del mundo la sometiera a semejante castigo, pero Abby se negaba a abandonarla. Le decía que aquello era lo que las hermanas hacían.

Por primera vez, la había oído quejarse de su imposibilidad para caminar, de lo que ella, con tanta crueldad, llamaba "su nulidad". Abby, que hacía todo con infinito amor y no porque le hubiese prometido a Henry cuidar de ella, trataba de tranquilizarla. Finalmente, Anna entendió a regañadientes que no se libraría de su nueva y obstinada hermana mayor.

A Abby, Anna siempre le había parecido bastante madura para su edad, pero aquellas últimas semanas había visto en ella un cambio inesperado. Su semblante frágil, que pedía a gritos ser protegido, había perdido protagonismo delante de su extraordinaria firmeza de carácter, que a veces se confundía con frialdad. Mientras otras chicas de su edad se la pasaban acurrucadas, sollozando de miedo o drogadas con láudano para no pensar, Anna estaba serena, preguntando si el Ejército de Rangún estaba cerca y si se sabía algo sobre Allahabad.

Aquella noche, sin embargo, cuando se cumplían diecinueve días del sitio de Cawnpore, se dieron licencia de charlar de temas triviales, pese a la implacable seriedad que las circundaba, como si acabaran de comprender que la única manera de ponerse a salvo fuera ignorando un rato la realidad. De vez en cuando reían, pero hacían pausas cada vez que los llantos de dolor estallaban a su alrededor, signo de que alguien más acababa de dejar el mundo. Las dos jóvenes se habían habituado al sonido de los disparos, al dolor y a la muerte con pasmosa facilidad.

Después de tomar la última dosis disponible del medicamento, la

hermana de Henry se había quedado muy quieta, tanto que Abby pensó que se había dormido. Como también estaba cansada, se echó a su lado en el catre y contempló la columna de humo que asomaba por los ventanucos del hospital, como un fantasma gris en la noche. Esperaba que, en cualquier momento, se iniciara de nuevo la lluvia de balas.

—Siempre lo he amado, Abby. —Su voz aguda resonó como el fugaz tintinar de una campanilla.

Aquellas simples palabras causaron revuelo en la mente y el corazón de Abigail, que no necesitaba preguntarle a quién se refería. Su mirada voló desde las volutas de humo de los cuerpos incinerados hasta el rostro melancólico de Anna. Sus ojos, ahora oscuros y opacos, soltaron un fulgor cuando se reflejó en ellos la luz de la vela que alguien acababa de encender.

—Siempre lo he llevado en mi corazón —continuó con un suspiro aletargado antes de mirarla, lánguida y solemne—. Y sé que no necesitas que te lo explique.

Abby estaba atónita. Aunque lo había sospechado, no era lo mismo escucharlo de boca de ella. No conseguía articular palabra. Anna, por su parte, se había dejado arrastrar por una ola de dulces recuerdos, como lo evidenciaba su rostro soñador.

—Una vez, en uno de nuestros viajes a Calcuta, se lo confesé. No me importaba que fuera inapropiado; no podía soportar guardarme eso por más tiempo. Aunque me rechazara, debía decírselo. —Sacudió la cabeza—. No lo podía creer. Me dijo que él no era nadie y que no merecía semejante privilegio; que él era rústico como un cardo y yo delicada como una flor. —Rio incrédula; Abby no pudo evitar hacer lo mismo, para su sorpresa—. Entonces le dije que esta flor se marchitaría sin su cardo. Yo estaba segura de que no podría amar a nadie más.

»Se puso muy triste —musitó—. Me dijo que no debía pensar así, que yo no lo conocía lo suficiente y que, si lo hacía, de seguro me decepcionaría. —Se encogió de hombros—. Yo era un poco dramática en ese entonces y le respondí que no le creía una palabra, que estaba segura de que me rechazaba por la misma razón por la que lo hacía todo el mundo: porque era una mujer incompleta, porque no podía correr ni andar a caballo como las otras chicas y que necesitaba ayuda hasta para ir al sanitario. Al fin y al cabo, era la verdad: soy una

inválida.

»Él me pidió que nunca más volviera a decir eso; que el mundo estaba lleno de gente que caminaba y que aun así no valía un chelín. Me aseguró que mi valía no podía pagarla ningún hombre. Pero yo, obstinada, seguí insistiendo y le dije que entonces no era una mujer atractiva.

Hizo una pausa, como si saboreara algún recuerdo agradable.

—¿Sabes qué hizo, Abby? —susurró al cabo de un momento.

Abby tragó saliva.

—¿Qué hizo?

Anna soltó una ringlera de risitas traviesas, que luego se apagaron cuando una expresión de plena felicidad tomó posesión de sus demacradas facciones.

—Se inclinó, me tomó del rostro y me dio el beso más maravilloso de todo el mundo. Y no fue cualquier beso —confesó al tiempo que las mejillas se le bañaban de un tenue rubor—. Fue uno con la boca abierta; con la lengua. Nunca creí que se pudiera besar con la lengua, así que no fue nada casto.

La otra soltó una risa sorda, dejando pasar el hecho de que estaba hablando del hombre que ella amaba. La miró con ternura, maravillada con la idea de que Simon la hubiera hecho feliz con aquel beso. No se sintió celosa esa vez, ni se detuvo a pensar en lo que él hubiera podido sentir en ese momento. Era como si estuviese viviendo aquel tierno momento a través de aquella chica. Y lo amó todavía más.

—Fue el momento más dulce de toda mi vida.

—Me alegra mucho que lo hiciera —le dijo rebosante de sinceridad, mientras le acomodaba un rizo rojizo tras la oreja—. ¿Qué pasó después?

—Nada —se encogió de hombros—. Ese beso fue suficiente; yo no esperaba que me dijera que me correspondía, solo necesitaba decirle lo que sentía. ¿En serio no te molesta que él me haya besado? —Abby sacudió la cabeza—. Tenía miedo de contártelo. Nadie lo sabe, además de Nikhila.

—Te agradezco que compartieras conmigo ese recuerdo. Fue tu primer beso.

Ella asintió.

—Y pensar que lo odiabas —sonrió—. Te dije que no era malo.

—Sí. —Abby suspiró, pensativa—. Hace tiempo que lo sé.

Anna cerró los ojos; soltó un bostezo profundo y se acomodó en la almohada, como una niña satisfecha tras un buen cuento para dormir, solo que esa vez había sido ella quien había relatado la historia.

Abby terminó de atenderla. Puso un beso en su mejilla antes de desearle buenas noches. Volvió a recostarse a su lado, con la mirada puesta en la columna de humo que escalaba el cielo ennegrecido de Cawnpore, deseando que todo terminara pronto, que Simon llegase triunfal y los condujera de nuevo a casa.

—Oh, Anna, olvidamos orar.

Abby se puso de pie para buscar la biblia que guardaba bajo el catre.

Cada noche, antes de dormir, leían algunos salmos antes de ponerse a orar por los enfermos y por la llegada de la tan ansiada ayuda a Cawnpore. Aquel se había convertido en un ritual que no desfallecía ni aun después de ver pasar filas de cuerpos consumidos por el cólera a cada momento.

Encontró lo que buscaba entre un montón de papeles que tenía allí guardados: cartas que nunca tuvo oportunidad de enviar, dibujos que le habían obsequiado los niños internados y uno que otro libro desvencijado que había pasado de mano en mano. Tomó un portavelas y lo acercó al rostro de la durmiente.

—¿Anna?

Esperó sin éxito una respuesta. La muchacha había demostrado tener un sueño bastante ligero, y ello fue lo que le indicó a Abby que algo no andaba bien.

—Anna.

Dejó el portavelas a un lado.

Le acarició el rostro, que aún conservaba la tibieza de la almohada. La agitó un poco para despertarla, pero, al ver que no lo hacía, se dispuso a zarandearla, presa del desespero, mientras el corazón comenzaba a latirle a un ritmo de vértigo.

El pánico la corroyó, como si fuese un pedazo de madera atacado por termitas. Sin querer, dejó caer la biblia en el pecho de la joven. Sus manos reptaron en un movimiento compulsivo por el cuello pálido de Anna Wilcotts, hasta dar con el lugar donde se concentraba su pulso. En lugar del palpitar de su sangre, la evidencia de su vitalidad, los dedos de Abby encontraron una quietud mortuoria que terminó por machacar su mundo.

—¡Anna! —sollozó con las entrañas contraídas por el dolor más lacerante que jamás había sentido.

Muerta.

—¿*Laraki*?

Nikhila avanzaba por el largo pasillo del hospital como un espectro.

Al ver el rostro mórbido de la muchacha, su adorada niña, la mujer india soltó un aullido solo comparable con el de una loba herida.

Allí mismo se desplomó.

Y, al igual que Anna, nunca más despertó.

Capítulo 15

La muerte de Anna la sumió en un estado de sopor del que no se recuperaría nunca. El dolor, la impotencia y la desesperación se instalaron en su pecho como una sanguijuela a la carne humana, succionando su escasa tenacidad, desmoronando sus defensas, hasta aquel momento incólumes. Abby se permitió llorarla; abandonó sus obligaciones con los demás enfermos para vivir su duelo en paz; se confinó al catre, privándose de los alimentos y rechazando todo gesto de compasión.

No supo cuánto tiempo pasó, hasta que una mañana, los combates entre los dos bandos alcanzaron un extremo de violencia inédito. Las explosiones se prolongaron más de lo habitual; el edificio comenzó a vibrar con mayor intensidad, hasta que un estallido fulminante hizo que uno de los muros del barracón se viniera abajo.

Impulsada por un mero instinto de conservación, Abby corrió bajo el catre, al tiempo que los gritos se propagaban por el caótico recinto. Cerró los ojos y se selló los oídos con los dedos, sin amortiguar el estrépito que reinaba: disparos de cañones haciendo añicos las defensas, toneladas de escombros lloviendo por doquier, los quejidos de los refugiados sepultos bajo las ruinas, militares gritando órdenes y haciendo frente con sus fusiles a los cipayos que intentaban aplastarlos como ratas.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se vio cubierta de polvo, rodeada de piedras y arena de ladrillo pulverizado; un chillido ininteligible la hizo estremecer. Se dio cuenta de que era su propia respiración; el corazón le golpeteaba el pecho como si buscase escapar de su cuerpo. Abby tosió ligeramente, pero no se movió de su escondite, aun cuando escuchó múltiples gritos de auxilio a su alrededor. Se asomó por un resquicio entre los escombros, guarnecida por el catre de hierro y vio a través de la nube de polvo que sumía el recinto en un velo parduzco. Podía observar el cielo, el sol indio acechaba como un dios vengativo. Habían volado el techo.

Escuchó más disparos, más llantos inconsolables, clamores de auxilio, gritos ásperos y pasos rápidos de botas militares. Por el pasillo

de piedra resonaron las voces desesperadas de un grupo de mujeres, que corrían sin saber adónde ir. Una de ellas, que le pareció que era Lydia Hillersdon, les contaba a las demás que los cipayos estaban intentando entrar; casi al instante, los disparos cegaron su voz y las demás mujeres chillaron, presas de la conmoción. Abby se tapó la boca con ambas manos; volvió a encogerse cuando una lluvia de balas arrasó con aquella deshecha zona del atrincheramiento.

Al cabo de unos segundos, escuchó unos pasos decididos avanzando por el suelo cubierto de escombros. Se asomó con el corazón desbocado y vio a una muchacha que sostenía una pistola. Era Eliza Wheeler. Abby la observó con los ojos brotados y un repentino acceso de admiración porque jamás había visto semejante despliegue de coraje como el que ostentaba la hija de sir Hugh. Resuelta y osada, como si fuera una Juana de Arco, se dirigía a la batalla.

De pronto, a su izquierda, surgió un cipayo blandiendo un mosquete. Eliza no le dio tiempo de que le apuntase. Apretó el gatillo y le perforó la sien de un certero disparo. La muchacha siguió su camino como si nada, perdiéndose de vista. Abby suspiró, pensando que no podía esperarse menos de la hija de un guerrero como el general sir Hugh Wheeler.

Se quedó inmóvil, contuvo incluso la respiración, hasta que el llanto ganó la batalla y escapó de su cuerpo.

* * *

Luego de una brutal incursión en el afianzamiento, los cipayos lograron el cometido: dejar a su merced a los habitantes británicos de Cawnpore y arrodillar a las tropas leales a Wheeler.

Los rebeldes se tomaron el tiempo para reunir a todos y cada uno de los sobrevivientes al ataque; los oficiales, vencidos y humillados, los ayudaron a contar unas casi trescientas personas, entre militares y civiles.

Abby auxiliaba a Sharmila, que había pasado las dos horas que duró el asalto refugiada en el área de los servicios. Un gigantesco escombro le había caído encima, lo que le causó una espantosa herida

en la cabeza. La joven la tumbó en el suelo y fue en la busca de la señora Rusch, la única enfermera sobreviviente, que se hallaba bastante atareada por la larga fila de heridos que aguardaban por su asistencia. Sin insumos médicos ni medicinas, la tarea era todavía más ardua.

Decidió quedarse junto a la muchacha india, en un rincón del abarrotado patio, mientras llegaba su turno de ser atendida. Paseó la vista por el calamitoso panorama: los sobrevivientes habían sido confinados al suelo, mientras los cipayos se paseaban de aquí para allá, con sus bayonetas en la mano. Distinguió a algunos conocidos que habían salido ilesos de los derrumbes, como Eliza Wheeler, que atendía a su padre, y Jack Greenway, que se hallaba cerca de ellos. El pobre chico estaba sentado muy quieto, como si su alma le hubiera abandonado el cuerpo. Más allá, su padre, el tambaleante Edward Greenway, daba un largo sorbo a una petaca de plata. No logró ver al reverendo Catesby, a Charles Hillersdon, al coronel Radcliff o a Geoffrey Callthorpe, lo que le reveló que ninguno había logrado salir vivo. El consuelo que se ofreció fue que Geoffrey se había reunido con su amada Laura.

Un caballero que tenía cerca le puso al corriente de lo que estaba sucediendo. El autor de todo aquel despiadado asalto no era otro que el autoproclamado *peshwa* Nana Sahib, quien había conseguido que las tropas rebeldes provenientes de Jhansi y Lucknow se unieran a él para restablecer la Confederación Maratha. Sahib se había valido de la confianza que Charles Hillersdon y sir Hugh habían depositado en él para conocer sus planes e idear una arremetida; había usado como señuelo los envíos de comida y remedios. Luego de la refriega, Wheeler había aceptado rendirse y entregar todas las piezas de artillería y otros valiosos bienes de la Compañía con la condición de que se les perdonase la vida a todos los británicos presentes.

Abby no tuvo tiempo de meditar aquel testimonio, ni de alegrarse por el hecho de que los dejarían vivir porque apenas paseó la vista por las compuertas del vencido atrincheramiento, ahora abiertas de par en bar, vislumbró a Tatia Topin, el jefe del ejército maratha, que hacía entrada con paso triunfal. El hombre se hacía acompañar por Bala Rao y Baba Bhutt, los hermanos de Nana Sahib y una tropa de cipayos del 1.er Regimiento de Infantería de Bengala, anexionados al ejército maratha.

—Estimados —vociferó Topin con un brillo demoníaco en sus ojos

negros—. Su alteza, el *peshwa* Nana Dondhu Pant Sahib les envía sus saludos. Como pueden darse cuenta los dioses no nos han fallado. La profecía se ha cumplido.

Abby recordó que era 24 de junio, un día después del centenario de la Batalla de Plassey. Tenía ganas de echarle en cara a aquel hombre que aún no habían vencido, que Cawnpore era solo un trozo del botín, pero prefirió morderse la lengua.

Tatia Topin echó un vistazo al derrotado Wheeler, cuyo uniforme lucía cortes y enormes manchas de sangre, propia y de sus hombres. Eliza le lanzó una mirada afilada al feroz maratha, que él atrapó con una sonrisa cínica.

—¿Le parece si discutimos a solas los términos de nuestro acuerdo, sir Hugh? —preguntó al jefe de la guarnición.

El militar, cuyo rostro fatigoso no reflejaba la más mínima emoción, aceptó de mala gana. Se perdieron de vista tras los barracones que más o menos habían quedado en pie, en compañía del magullado capitán Fitzralph y el coronel Miller.

Fue entonces cuando un llamado exaltado arrancó la atención de Abby de aquel luctuoso intercambio.

—¡Abby! ¡Abby! —gritaba Henry Wilcotts con la turbación vibrando en su voz mientras corría hacia ella—. ¡Oh, santo Dios! ¡Estás bien! ¡Estás viva!

Al ver a su otrora prometido con vida, la joven soltó un respingo de alivio y elevó una plegaria de agradecimiento. Corrió a su encuentro y lo abrazó. Henry tenía el rostro cubierto de sudor; su ropa de caballero estaba cubierta de mugre.

—Dios mío, Henry. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No bien me enteré del asedio a Cawnpore hice todo cuanto pude por salir de Allahabad. No fue sino hasta hace una semana que pude lograrlo; ese general Erich es un imbécil. —Sacudió la cabeza con irritación—. En fin, en el camino me ha sucedido de todo. ¡Ha sido la experiencia más angustiosa de toda mi vida! Ayer me topé con Tatia Topin y sus hordas de andrajosos. Por supuesto, supe de inmediato que él lideraba a los cipayos en nombre de Nana Sahib, ese hijo de puta —masculló—. Gracias a mi extraordinaria capacidad para

negociar hice un trato con ellos. Así que estamos a salvo, mi amor. ¡A salvo! Luego te explicaré con más calma. —Se puso a revisarla con impaciencia—. ¿Cómo estás? ¿Qué te han hecho esas bestias inmundas?

—Estoy bien, pero…

—¿Y Anna? ¿Dónde está mi hermana? —quiso saber mirando alrededor. Abby tragó saliva con fuerza. No creyó que viviría para revelarle a Henry que Anna había muerto de cólera. El dolor por la partida de la joven retornó a su pecho. Las palabras se le atragantaron, al tiempo que la mirada exaltada de Henry se fue apagando poco a poco, presa de la curiosidad—. Abby, ¿qué sucede? ¿Qué tienes?

—Henry, lo siento mucho —sollozó.

—¿Qué es lo que sientes? Dime dónde está Anna. ¿Está herida, acaso?

—No pudimos hacer nada por ella. Ha habido enfermedades graves —logró decir—. Muchos han muerto.

Él dio un paso atrás, trastabilló. Su rostro se oscureció por el inmenso dolor que se apoderó de él.

—¿Murió?

Abby asintió con la cabeza. Las lágrimas volvieron a empañar sus ojos.

Henry, por su parte, reaccionó del modo menos esperado. Su respiración se volvió irregular; las manos comenzaron a temblarle; sus hermosas facciones se debatían entre la furia y el dolor. Cuando Abby quiso acercársele para brindarle consuelo, le lanzó una bofetada brutal que la envió al suelo. El dolor la recorrió de lleno, quemándole el rostro. Cuando se tocó la nariz, justo en el lugar donde se concentraba el ramalazo, palpó la humedad. Vio un rastro de sangre en su mano.

—¡Te pedí que la cuidaras! —rugió aquel que una vez había creído era el hombre de su vida—. ¿Por qué eres tan incapaz, maldita sea?

Abby se abstuvo de replicar. Sentía la sangre congestionada en las fosas nasales; ya respirar se le hacía muy difícil. La garganta tensa solo podía emitir un ruidito tenue, el de sus jadeos desbocados, su llanto aturdido.

—Al final mi padre tenía razón —gimió—. Los Wilcotts no te importamos. Tan solo eres una zorra infeliz, ansiosa por ascender socialmente.

—¡Henry! ¡Henry! —Después de dar una carrera desenfrenada, Tess se lanzó en brazos del hombre que acababa de golpear a Abby, estrechándolo como si se le fuera la vida en ello—. Gracias a Dios sobreviviste. Has venido por mí, ¿verdad? Vas a sacarme de este maldito infierno.

Abby, que aún no se recuperaba del golpe y de las amargas palabras de Henry, los miró estupefacta.

—¿Ya sabes que Anna murió por culpa de esta inútil que no supo cuidarla? — La morena le lanzó una mirada cargada de odio, al tiempo que esbozaba una sonrisa cínica—. ¿Y te han dicho que es la amante del capitán Ballard, quien, por cierto, nos ha traicionado al unirse a esos malditos nativos?

Los ojos de Henry, que no podían crisparse más de ira, volvieron a taladrarla.

—De Ballard, ¿en serio?

—Sí —continuó Tess, a cuyo abrazo Henry no correspondía.

Abby, sumida en el silencio, le dio una confirmación. Él se quitó a Tess de encima y sorbió por la nariz para tragarse sus rudas lágrimas.

—Entonces, no te tengo buenas noticias sobre él —mascullό de pronto, con lo que Abby se incorporó rápidamente. El corazón le dio un vuelco; los ojos se le brotaron con expectación—. Ya sabía que era un traidor, Bala Rao se lo dijo a Topin cuando veníamos hacia acá. Sé que se ha unido a uno de los regimientos que han enviado para hacer frente al Ejército de Rangún por petición de su querida, la *rani* de Jhansi. —Ladeó la cabeza, disfrutando de la turbación creciente de la joven—. Por desgracia, los punjabíes de Nicholson los interceptaron cerca de Varanasi. Todos los hombres fueron colgados; dicen que uno de ellos fue precisamente Ballard.

Abby se negaba a creer aquello. Simon no podía estar muerto. Su plan era escapar de aquellos horribles hombres y buscarla. No, claro que no estaba muerto. Él vivía; aparecería en cualquier momento para llevársela lejos de ahí.

—¡No es verdad! —gritó con la voz estrangulada.

—Si no me crees puedes preguntarle a Topin o a los hermanos del nuevo *peshwa*. —Henry rebosaba de cinismo—. Estaban furiosos porque tenían puestas sus esperanzas en ese regimiento, que según ellos reunía a los mejores hombres de las provincias del norte al servicio de Bahadur Shah. Vaya final para ese malnacido. Me habría gustado verlo ahorcado.

La mente se le embotó con espantosas imágenes de Simon en la horca. Simon muerto, Simon fuera de su vida. Se sintió mareada, enferma. Sin darse cuenta, se dejó caer de nuevo, apoyando las manos y las rodillas en el suelo arenoso, caldeado por el inclemente sol.

Una sensación de sofoco, un dolor en las entrañas la hizo venirse abajo, como los muros de los barracones, mientras un líquido ácido le ascendía por la garganta. Se vino en un vómito abundante y convulso. Ni siquiera aquella reacción logró conmover a los demás ciudadanos británicos, que habían presenciado su discusión con Henry en medio del más absoluto estupor. Cada uno de los hombres y mujeres allí presentes se encontraban demasiado trastornados por los recientes hechos como para salir de su caparazón de indolencia.

Tess hizo un gesto de repugnancia mientras se acercaba de nuevo a Henry.

—Vamos, ¡díselo! —lo apremió—. ¡Dile que somos amantes! Es a mí a quien llevarás a Allahabad, no a esta perdida, esta traidora que mató a tu hermana.

Pero él no la escuchó. Henry se dio la vuelta, orgulloso; se marchó, ignorando las enfurecidas protestas de Tess y la convulsión de su antigua prometida.

* * *

A la mañana siguiente, una procesión de carruajes, *dolis* y elefantes, provistos por los hombres de Nana Sahib, abandonaba los maltrechos barracones rumbo al muelle de Sati Chaura Ghat.

La columna estaba presidida por el general sir Hugh Wheeler e iba

escoltada por componentes del ejército maratha y cipayos rebeldes. Luego de cederles un día de preparación para el viaje y permitirles enterrar a los cuerpos rescatados de las ruinas, los hombres del *peshwa* se habían mostrado insólitamente colaboradores. Habían ayudado a los militares y civiles a acomodar a los enfermos, a las damas a subir a los elefantes; incluso, habían jugueteado alegremente con los niños.

Los británicos partirían rumbo a Allahabad por el Ganges, como se había concertado con Tatia Topin. A cambio de abandonar toda una vida en Cawnpore, junto con todas sus pertenencias, los rebeldes les habían concedido el derecho de vivir y de buscar refugio en la ciudad cuyo control estaba en manos de los británicos.

A bordo de un doli, Abby no pudo evitar pensar en su primer día en Cawnpore; había llegado a creer que aquel había sido el más nefasto de toda su vida. Entonces, nada podía haberla prevenido de lo que se avecinaba, de que lo peor estaba por venir. Su vida junto a las de todos sus compatriotas habían dado un vuelco terrible.

Cuán distinta era de aquella chiquilla que había puesto un pie en la India con la ilusión de casarse con Henry Wilcotts. Pensó en Simon, y las lágrimas le escocieron los ojos. Su corazón se negaba a aceptar que estuviera muerto, pero su mente lo consideraba bastante racional. Si los hombres de ese tal Nicholson se habían cruzado con los rebeldes que él comandaba, lo más lógico era que él fuera el primero en morir.

Simon muerto.

¡No! No podía estarlo. No, Dios mío. Tenía que haber escapado; seguro habría convencido a ese hombre de que los rebeldes lo habían forzado o habría logrado escabullirse en la refriega.

Tiene que estar vivo.

Sus cavilaciones se interrumpieron cuando Edward Greenway, montado sobre un elefante, comenzó a cantar *Dios salve a la reina* mientras agitaba la petaca de plata. Greenway estaba borracho y parecía incapaz de estarse quieto sobre el *howdah*. Abby creyó que caería al suelo en cualquier momento. Su hijo Jack lo reprendía y amenazaba con quitarle el licor si no se comportaba. Cuando el industrial se detuvo, por fin, un silencio lúgubre se apoderó de la procesión.

Al llegar a Sati Chaura Ghat vieron a más soldados fieles a Nana

Sahib, pero el gran caballero de Bithur todavía no hacía acto de presencia. Otro representante suyo, Azimullah Khan apareció luciendo un *sherwani* dorado con detalles en rojo y un *pagri* carmesí. Su pecho estaba rodeado unas cuatro veces por un collar de perlas. El semblante de Khan era el de un hombre realizado. Tras saludar a la concurrencia con una burlesca reverencia, intercambió unas palabras con el coronel Miller.

Había al menos unos cuarenta botes con sus barqueros dispuestos para partir. Los primeros en abordar fueron sir Hugh y Eliza, los únicos sobrevivientes de la familia Wheeler. Tras ellos abordaron otros militares y sus parientes; Jack y Edward Greenway, seguidos por la esposa y los hijos del fallecido reverendo Catesby; la ahora viuda Megan Radcliff y su pequeño hijo, junto a un sirviente. Luego lo hicieron los empleados de la compañía, del ferrocarril, comerciantes de alfombras que Abby no había conocido personalmente, entre otros.

Cuando le tocó el turno a Abby de abordar una destartalada barca, su mirada tropezó con la de Tess. Había estado tan fuera de sí por las revelaciones de Henry acerca de Simon que no había tenido ocasión de pensar en las de ella. Así que había sido amante de su prometido. Estaba sorprendida de su poca capacidad de reacción ante aquella confesión. Era de esperarse, por supuesto. Ella siempre la había odiado y siempre había deseado lo que Abby tenía. Ahora lo sabía.

La muchacha morena la miró alzando el mentón, en un gesto desafiante. Abby vio rastros de lágrimas en sus ojos y supo que había llorado porque Henry no la había llevado con él. La astuta negociación de su exprometido con Tatia Topin y Bala Rao consistió en la entrega total de los clípers privados de los Wilcotts, repletos de opio y otras mercancías de gran valor que padre e hijo habían robado a la Compañía de Indias Orientales –como lo venían haciendo desde hacía años–, a cambio de un pasaje seguro a Inglaterra para toda la familia. Eso le había contado Allan Gordon, un joven secretario de la Compañía, esa misma mañana. Al parecer, Gordon había sentido la repentina necesidad de desahogarse y ventilar las argucias de sus jefes.

Finalmente, Abby se introdujo en la embarcación; uno de los cipayos la ayudó a acomodar a Sharmila a su lado. La muchacha india, herida y magullada, soltó un gemido cuando fue puesta en el suelo de madera. Tess se opuso a que la ubicaran junto a Abby; pidió obstinadamente abordar el siguiente bote.

Cuando casi todos los trescientos civiles y militares se encauzaban sobre sus embarcaciones por las aguas poco profundas del Ganges, Edward Greenway volvió a entonar el *Dios salve a la reina*. Tambaleando, se puso de pie, pese a las reprimendas de su hijo. Dio el último sorbo a su petaca, antes de lanzarla al agua, y luego sacó una pistola de su bota con la que apuntó a Azimullah Khan.

Los aturdidos cipayos, que no estaban preparados para semejante escenario, fueron en busca de sus mosquetes. Los británicos entraron en pánico y con gritos trataron de disuadir a Greenway de cometer una estupidez. Abby, que observaba el intercambio con los ojos crispados, pensó en el motín fracasado de Cawnpore y temió que aquella espantosa situación terminara igual.

Greenway, por su parte, sonreía como un demente. Tal parecía que el alcohol lo había dotado de una inusual temeridad.

—Esto es en nombre de Inglaterra —gritó enseñando los dientes al paralizado secretario de Nana Sahib—. Me cago mil veces en tu Alá.

El ebrio industrial efectuó un disparo contra Khan. Al segundo siguiente, una ráfaga de balas provenientes de las bayonetas de los cipayos, descargaron contra la población británica de forma indiscriminada.

Abby se encogió en un rincón de la barca; abrazó a la adormecida Sharmila, al tiempo que sus conciudadanos eran masacrados; niños, hombres y mujeres caían al río después de recibir los impactos de bala en medio de gritos de piedad.

El capitán Fitzralph se lanzó al agua y, con brazadas desesperadas, intentó llegar hasta la otra orilla. Un cipayo fue tras él: lo atravesó de lleno con la espada. Tess intentó hacer lo mismo, pero la lluvia de disparos la alcanzó. Cayó al río y se fue hundiendo hasta que su cuerpo se perdió en las profundidades del Ganges.

Entonces, Abby se dio cuenta de que el final era inevitable. Habían llegado a un punto sin retorno. Volvió a saborear sus recuerdos junto a Simon; pensó en su amado padre en Inglaterra. Cómo iba a dolerle aquello a su adorado viejo.

Cerró los ojos; con temple, esperó la muerte.

* * *

Durante toda su vida, Abby había creído que el infierno estaba más allá de los confines de la tierra, que era un lugar aterrador, reservado para la peor clase de pecadores que el mundo conocía. Ahora, sin embargo, había constatado que el infierno residía en la tierra y que, a diferencia de lo que su escrupuloso imaginario le había hecho creer, no discriminaba entre inocentes y culpables.

Morir habría sido un alivio, pero no; la muerte se burlaba de ella, reteniéndola en este mundo tanto como era posible, poniendo a prueba su cordura, minando su ya de por sí herida existencia. Rezaba para que el sueño eterno le calara muy pronto, de una vez y por todas. Se sentía tan deshecha que no podía ser de otra manera.

Simon. Quería que él fuera su último pensamiento, que sus labios susurraran su nombre antes que todo se apagara, pero sus labios estaban tan tullidos y su garganta tan estrujada que apenas si la sentía.

De pronto, recordó la historia que él le contó antes de que aquellos infames se lo llevaran. Maldición, se condenó en medio del sopor. Simon, Singh: ninguno había sido el nombre que su madre había elegido para él al nacer. Se iría de este mundo sin haberlo sabido. ¿Cómo había sido tan imbécil para no preguntárselo? Comenzó a lamentarse, allí, en su alucinación o en su coma. No sabía cómo llamarlo.

¿Me encontraré contigo, mi amor? ¿Te veré allá, adonde vaya?

Despertó con aquellas preguntas pendiendo sobre ella, antes de verse en medio de un mar de cuerpos gimientes. Mujeres y niños. Damas enfermas, heridas, inertes; unas llorosas, otras silenciosas, tan perturbadas que parecían inconscientes de la horrible realidad. Cómo las envidiaba; ella habría preferido la somnolencia. Debía de haber un centenar de civiles allí; lo calculó girando la cabeza a uno y otro lado.

Se hallaba en una especie de cobertizo rodeado por pilares estucados desde donde refulgían varias antorchas. Sobre su cabeza, se erigía un techo de bambú. No había hombres a la vista. Hizo esfuerzo por reconocer algún rostro entre las damas, pero jamás había intercambiado una palabra con aquellas lánguidas. Se dejó caer de

nuevo sobre el suelo rústico, cuando una punzada de dolor le azotó un costado. Debía de ser la secuela de algún golpe de los que había recibido durante el viaje a pie desde Sati Chaura Ghat a Bibighar. Entonces, los cipayos no se habían portado tan gentiles como cuando los escoltaron desde el afianzamiento militar.

No podía recordar el cuadro de muerte y desolación que habían dejado los seguidores de Nana Sahib sin sentir náuseas. Los hombres que sobrevivieron habían sido ejecutados, las mujeres y niños arrastrados fuera del agua. Los *ghats* estaban atestados de cuerpos inertes; un rojo carmesí teñía las aguas y los escalones de piedra. Después los habían hecho caminar hasta Savada House, la guarida de Nana Sahib; finalmente, los habían dejado languidecer en aquella casa, en Bibighar.

Vio pasar muy cerca de allí una fila de soldados recién llegados. Los observó con los ojos encogidos, tras el velo de sus pestañas para que creyesen que estaba inconsciente. Uno de ellos se dirigió a la única mujer de pie, voluptuosa y ataviada en un *chaniya choli* verde con adornos de bronce y numerosas joyas; sus ojos estaban pintados de negro con *kohl*.

Según pudo escuchar, la mujer se llamaba Hussaini y estaba a cargo de vigilar a los prisioneros.

¿Prisioneros?

¿Qué es lo que esperan? ¿Por qué no nos matan de una vez?, pensó Abby destilando toda la frialdad que no había mostrado en toda una vida. No alcanzaba a entender por qué seguían prolongando la agonía de aquellos pobres indefensos.

Pero entonces, vislumbró una cara conocida en medio de una fila de soldados. El dolor y la incredulidad volvieron a golpearla en lo más hondo. No, no podía ser, se dijo reteniendo un sollozo de conmoción. Parpadeó, aguzó la vista para comprobar que sus ojos no le habían mentido.

Él estaba con los rebeldes, cargando un mosquete sobre su hombro. Lo habían convertido en uno de ellos. Su pecho se agitó, consternado, adolorido. No quería ver aquella monstruosidad. El dulce chico de risa fácil y mirada despierta, también había sido reclutado, quizás a la fuerza, por aquella tropa de asesinos.

Se sorprendió al notar cuánto había cambiado su semblante, que antes era toda bondad, toda inocencia. Ahora, un velo de seriedad lo rondaba, haciéndolo ver más maduro, incluso mayor.

Cuando la mirada menguada de Bin Rao tropezó con la de Abby, sufrió un cambio repentino. Sus pupilas cobraron vida y, de pronto, fue el mismo de antes. El chico se detuvo muy lentamente, rompiendo filas, quizás sin advertirlo. Se acercó, arrastrado por un ligero trance de estupor. La aflicción relampagueó en sus facciones; en sus ojos negros, como el ónice, asomó el brillo de una pequeña lágrima. Abby también lo miró y, sin darse cuenta, una sonrisa triste y mal lograda le estiró los labios. Bin Rao respondió de la misma manera.

Al cabo de un segundo, el chico dio una vuelta violenta, todavía acuñando el fusil: tan efímero como había aparecido, se esfumó de su visión.

* * *

Pasadas unas horas, Abby se agitó, cuando su cuerpo fue arrancado del rudo suelo, donde había permanecido interminables horas, a merced de los bichos y la humedad.

Sus sentidos, menguados por la modorra, el hambre y el desconsuelo, no captaron claramente lo que sucedía a su alrededor: le pareció escuchar tan solo una ringlera de gritos incomprensibles, mientras la llevaban en brazos a alguna parte. Algunos hombres, soldados seguramente, se reían y hacían obscenas bromas. Decían algo sobre disfrutar la pesca. Abby estaba tan deshecha que no halló la manera de protestar o de abrir los ojos siquiera. Se preguntó si aquel sería su verdugo.

El viaje fue más largo de lo que esperaba. Una brisa húmeda le rozó las mejillas junto a los cabellos revueltos, teñidos de lodo y de sangre; escuchó cerca de ahí el canto de las cigarras y el revoloteo de un pájaro nocturno mientras los pasos del verdugo hacían crujir las ramas caídas bajo sus pies. Finalmente, percibió el borboteo del río, cada vez más cerca. Abby tembló al pensar que la arrojarían allí; los dientes le castañetearon de solo imaginarse entre las aguas hasta que dejase de respirar.

Fue depositada en el suelo con extremo cuidado; sintió en su espalda el roce de los matojos y la tierra húmeda. El brazo que la había cargado fue tras su cabeza para hacerle soporte mientras el hombre removía la maleza con una mano, buscando algo. Al cabo de un momento, sintió que una superficie dura y cálida le tocaba los labios. Sumisa, Abby permitió que la manipularan, como una muñeca de trapo inútil. Ni siquiera reunía las fuerzas para luchar. Se condenó por ello porque le había prometido a Simon que lucharía, que sobreviviría.

El objeto resultó ser el borde de un cuenco de leche; como si fuera una perra callejera, alentada por el instinto y el hambre, la sorbió con fruición. Luego, fueron trocitos de chapatis los que le introducían en la boca, todavía tibia por la dulce bebida. Los masticó y tragó con fuerza, sin abrir los ojos. No sabía cuándo fue la última vez que tuvo un trozo de comida en la boca.

—*Memsahib*. —Abby dio un respingo al escuchar la voz ansiosa de Bin Rao—. ¿Está bien? ¿Esos hombres no la maltrataron? ¿No le hicieron daño?

Se tomó el tiempo para recomponerse; parpadeó muchas veces seguidas, pero aun así no consiguió distinguir sus rasgos en la oscuridad. El chico era una silueta negra despuntando sobre el cielo cubierto de estrellas.

—Mataron a toda la gente que conocía —dijo al cabo de un momento con la voz carrasposa—. No pueden hacerme más daño.

El muchacho permaneció callado, mientras Abby terminaba de comer.

—¿Por qué estás con ellos, Bin Rao?

—Los hombres de Nana Sahib nos obligan. —Su voz estaba llena de pesar.

—¿Por qué no nos matan?

—Los soldados no quieren mancharse las manos con la sangre de las mujeres —explicó sucintamente—. Y dicen que las tropas británicas ya están cerca, *mem*.

—¿En serio? —inquirió sintiendo en su pecho un nuevo brote de

esperanza que la hizo incorporarse un poco—. ¿Nos rescatarán?

Bin Rao sacudió la cabeza, emitió un suspiro de tristeza.

—Nana Sahib ha mandado a llamar a los carniceros.

—¿A los carniceros? —repitió ella con el pecho encogido.

—Piensa barrer con todo antes del amanecer, para luego marcharse a las montañas. Los carniceros ya están por llegar.

Abby se puso de pie trastabillando; sacó fuerzas de algún recoveco de su cuerpo que había guardado una ración de energía para cuando la necesitase.

—¡Oh, Dios mío!

—Debe escapar ahora —soltó Bin Rao.

—Pero las otras mujeres…

—¡No puede hacer nada por ellas, *mem*! —arguyó—. Pero sí por usted misma. —Sus ojos brillaron en la oscuridad, tocados por un rayo de luna; se acuclilló para recoger un objeto del suelo. Se lo puso a Abby entre las manos. Era una piedra que abarcaba su palma. Estaba fría y cubierta de la primera capa de rocío. Con una postura relajada, el muchacho se paró frente a ella—. ¡Vamos, láncemela!

Los ojos de Abby se abrieron de par en par.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Les diré a los soldados que usted escapó cuando iba a hacer lo que ellos creen. No la perseguirán. Están muy ocupados para eso.

—¡No voy a golpearte!

—Debe hacerlo o no me creerán. Quizá me maten por haberla ayudado.

Abby jadeó, pinchada por la indecisión. Por nada del mundo deseaba que aquellos hombres hicieran daño a Bin Rao, pero tampoco deseaba desaprovechar la oportunidad de escapar. Podría cumplir su promesa de sobrevivir.

Miró la piedra en su mano. De pronto volvió a sentirse viva.

—¿Por qué no huimos juntos? Vendrías conmigo a Inglaterra. Te protegeré.

—No.

—Bin Rao, si los británicos vienen y ven lo que han hecho los cipayos, pagarás junto con ellos.

—Sé cuidarme solo, *mem* —susurró.

Abby sintió un acceso de ternura ante su respuesta porque era la misma que le había dado Simon aquella última noche en el bungaló. ¿Habría sido él como Bin Rao en su adolescencia? Estaba segura de que sí. Quizá por eso eran tan buenos amigos. Habían sorteado las mismas dificultades.

—Vamos —la apremió él echando un vistazo sobre su hombro—. Me han golpeado cientos de veces con cosas más grandes. Le juro que resistiré. Hágalo.

Abby se dio cuenta de que temblaba, a pesar del calor.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué ayudas a una *angrezi*?

—Usted no es como ellos, *mem* —susurró—. Usted no ve el origen de la gente, ni el color de su piel; toca sin miedo, ni asco; sonríe con bondad y ayuda sin pedir nada en retorno. —Tragó saliva para apaciguar su voz, plagada de sentimientos—. Además Singh *sahib* la ama; eso significa que mi lealtad con él también va para usted. Jamás dejaría que la mujer de Singh *sahib* fuera lastimada.

Abby sollozó. Corrió a abrazarlo: aunque Bin Rao era reacio al contacto físico con otros que no fueran *shudrás*, respondió al gesto. Lágrimas corrían por el rostro de ella, que aún no podía creer que perdería también a ese chico que se había colado poco a poco en su corazón. Estaba decretado que no volvería a verlo nunca.

Sorbió por la nariz cuando se separó de él.

—Eres un chico maravilloso —le dijo con una mano posada en su hombro delgado—. Por favor, cuídate. Rezaré por ti cada día.

Bin Rao sonrió; cerró los ojos, obligándola a hacer lo que debía. Abby susurró una disculpa mientras elevaba la mano armada con la piedra.

Y entonces la lanzó con arrojo, estrellándosela justo sobre la oreja izquierda.

El chico no soltó ni un gemido de dolor, no dejó que Abby se le acercara ni que continuase rezagando más la escapada. Se tapó la herida sangrante con una mano, la apremió a que huyese selva adentro, bordeando el río a contracorriente, donde se encontraría con los británicos en algún tramo de la travesía.

Abby se despidió agitando la mano, las lágrimas le empapaban el rostro de mejillas hundidas, ahora moreno y salpicado de pecas color café por la prolongada exposición al sol. Sus labios quebradizos pronunciaron un agradecimiento y sus dedos dibujaron un gesto vinculante sobre su pecho.

Entonces se dio vuelta y corrió como jamás lo había hecho, abrazándose fuertemente a la vida, luchando por emerger de aquel caos que, al no haberla matado, debería de haberla hecho más fuerte.

Abigail Fortescue corrió hasta que no tuvo conciencia de sus propios pensamientos, del miedo, de la extenuación, del dolor. Su existencia se redujo a un deseo ferviente por cumplir un juramento.

Sobrevivir a pesar de todo.

Capítulo 16

Londres, marzo de 1858.

—Pobrecita —suspiró la muchacha con sincera compasión. Su mirada estaba posada en la joven taciturna que se sentaba al fondo de la fila de banquetas, con las manos fijas en el regazo y la vista en cualquier otro lugar menos en el púlpito desde donde predicaba el reverendo Chauncey—. Es lo más triste que he escuchado.

La que estaba a su lado no daba señas de compartir el sentimiento.

—Mis padres han invitado a su familia a cenar a casa, ya sabes, para oír la historia completa y de primera mano, pero parece que la señorita no está interesada en recibir invitaciones después de su experiencia en la India —susurró, un tanto resentida—. No hay dudas de que solo pretende hacerse la interesante.

—¡Agnes! ¡Por amor a Cristo! —la reprendió la otra abriendo los ojos hasta más no poder—. Lo que le sucedió es una tragedia, no vulgar entretenimiento. Solo Dios sabe lo que tuvo que pasar la pobre en ese espantoso continente en guerra.

Agnes se encogió de hombros con desdén mientras volvía a mirar a Chauncey, pero sus ojos azules, vacíos, la delataban. Aún no se sacaba el asunto de la cabeza.

—Pagaría por escuchar esa historia —rezongó lo que dejó traslucir la frustración en sus rasgos finos y pálidos, los de una muñeca que nunca ha salido de la caja—. Imagina vivir todas esas aventuras en medio de la jungla y, al final, ser rescatada por oficiales —suspiró—. A nosotras nunca nos pasan cosas interesantes.

Abigail Fortescue levantó la mirada por primera vez desde que pisó la iglesia de St. Andrew y se fijó en Agnes Guilford. Sus ojos se clavaron en ella con tal intensidad que la hicieron tragar saliva y encogerse en la banqueta. Había escuchado su parloteo con Sophie Rowan y el de otros tres grupos de personas cerca de ahí, ayudada por

su aguzado sentido del oído. Asombrosamente y para su desdicha, aun después de cinco meses, todas las conversaciones seguían girando en torno suyo: la chica que había ido y regresado del infierno.

Nada había cambiado desde su regreso a Londres en el anterior octubre. La gente la miraba con la misma compasión, ternura y lástima no exenta de curiosidad. Las invitaciones de familias que antes habían pasado de ella ahora le llovían: todas envolvían la promesa de hablar de la India, de su desastrosa odisea por sobrevivir. Por ello, cada domingo llegaba a la iglesia una vez comenzada la prédica y se marchaba antes que terminara, buscando sortear los saludos de los fisgones, las preguntas imprudentes.

—¿Estás bien, Abby? —quiso saber Christiana, mientras caminaba a su lado, mirándola con aquella mueca de preocupación que se había vuelto habitual.

Ella asintió.

—Por lo menos esta vez no vimos a ese reportero —masculló Oliver Fortescue mientras se calaba el sombrero en su cabeza calva y redonda—. Juro por Dios que esta vez iba a patearle el trasero.

—Se ha cansado de insistir —conjeturó su prima con una sonrisa de alivio—. En cinco meses, Abby no ha hecho más que negarse declarar para su estúpido diario.

—Más le vale —continuó refunfuñando Oliver mientras miraba en derredor, como si esperara que el molesto hombrecillo surgiera de un arbusto en cualquier momento—, o tendré que darme una vueltecita por Bow Street.

El cochero les abrió la puerta del landó para regresarlos a casa. Abby se quedó inmóvil en los adoquines, como si no tuviera intenciones de entrar.

—Creo que volveré a casa caminando —dijo con voz casual.

Oliver y Christiana se miraron con cauteloso asombro. Desde su regreso a Londres nadie la había dejado sola más que para asearse y para dormir.

—Pero, mi amor, hace frío aún, y estamos lejos. —El rostro de su padre había adoptado una mueca de condescendencia, igual de

familiar y latosa que la preocupación de Christiana—. Te vas a enfermar.

—Estoy bien abrigada. —Abby se tocó la chaquetilla de lana. Oliver soltó un suspiro cansino, se acercó a ella al tiempo que Christiana se alejaba sigilosamente para dejarles hablar a solas—. Papá, voy a estar bien —insistió—. Son solo unas cuantas calles y necesito tanto respirar, estirar las piernas. Si sigo pasando el día entero en casa, van a pensar que me traje una rara enfermedad tropical.

—Abigail. —Ella hizo un esfuerzo por no sucumbir ante la mención de su nombre, tal y como lo decía él—. Pequeña, solo te estoy cuidando, como no lo hice en ese maldito lugar en donde estuviste; no quiero que nada malo te suceda.

—¿Te refieres a que un reportero me acose? —Rio con amargura —. Ya me han sucedido suficientes cosas malas para toda una vida, papá. Después de Cawnpore, ya no hay mucho que ver.

Cuando percibió el desconsuelo de su padre, se arrepintió de haber vertido aquel veneno que de vez en cuando le llenaba la boca. No debía hablar así, lo sabía; tampoco tenía derecho a atormentarlo a él, recordándole el hecho de que sus ojos habían visto la muerte tan de cerca en el refugio, en Sati Chaura Ghat, en Bibighar.

La expresión de extrema felicidad y gratitud de Oliver, aquella noche helada en Victoria Embankment, había quedado tatuada en su mente. Su padre se había echado a llorar como un niño apenas la vio descender de la plataforma del barco. La había abrazado con vehemencia, agradeciendo al cielo, a su esposa muerta y a todas las figuras divinas que conocía por que su pequeña había vuelto a casa. Por ello había empezado a ir a la iglesia, cuando nunca en la vida lo había hecho. Tengo una enorme deuda con Dios, mi vida, le había dicho la primera mañana en el templo. Él me ha escuchado y te ha traído de nuevo conmigo. Se enterneció de solo recordarlo.

—Lo siento mucho —dijo; dejó caer la cabeza, avergonzada.

—No te disculpes, querida —suspiró y después de pensárselo un momento, volvió a verla, vencido—. Tienes razón. Te hará bien un paseo al aire libre; no estás enferma, a Dios gracias. Ya has estado demasiado tiempo languideciendo en casa.

—Gracias, papá.

Christiana se despidió de ella con una sonrisa de complicidad.

—Te estaré esperando —dijo Oliver antes de subirse al carruaje—. Si ves a ese reportero, dile que estoy deseando hacerle tragar su mugroso pasquín.

El coche se marchó un minuto después. Abby sintió los hombros más ligeros, como si recién se hubiese deshecho de un molesto peso. Hacía tiempo que deseaba hacer aquello; estar sola. Se ajustó el sombrero, absorbió con fruición el aire de la incipiente primavera y emprendió la caminata.

Las calles aledañas a la iglesia eran estrechas y empinadas. Allí hacían vida distintos comercios en viejos edificios de ladrillo oscuro; tiendas de alfombras, marqueterías, librerías, que alternaban con viviendas ubicadas en las plantas superiores. Era un barrio muy bohemio, concluyó como si fuera la primera vez que lo visitaba, cuando en verdad lo observaba bajo otra perspectiva. Recorrió las calles sin prisa, viendo pasar los coches, los jinetes que se dirigían al parque, los niños tomados de las manos de las niñeras. Un oficial de policía hacía ronda a pie, balanceando la cachiporra en la mano; el hombre la saludó con una educada reverencia, y ella le respondió con una sonrisa automática.

Qué extraño, pensó al verse en aquel entorno tan seguro, tan controlado. Se había habituado inconscientemente a estar a merced del peligro, a esperar lo peor a la vuelta de la esquina. Apenas podía creer que estuviera de nuevo en la tranquila y civilizada Londres, cuando por algún tiempo estuvo convencida de que su vida acabaría muy lejos de allí. No pudo evitar comparar su ciudad natal con Cawnpore, aunque la sola idea pareciera absurda. A pesar de que aquel lugar donde el sufrimiento había alcanzado sus más altas cotas traía todas las de perder, debía reconocer que lo extrañaba con inusitado afán. Parte de su ser se había quedado allí, flotando en el Ganges, y ante semejante merma ya no volvería a ser la misma mujer.

Había aprendido a amar la India con todos sus vicios, a un nivel que ninguna experiencia, por más monstruosa que fuera, podía malear. Se había enamorado de un hombre al que había conocido y perdido en aquellas tierras.

Y aquellos amores la habían vuelto inmune a otra clase de apegos.

Abby se detuvo sin darse cuenta, estrujada por un dolor que se negaba a abandonarla, que poco a poco se había convertido en un sentimiento tan inherente como el hambre y el sueño, que la había convertido en un ser vacío, como la cáscara de un huevo roto. Se aferró a la verja de una casa, con denodados esfuerzos por contener las lágrimas. No, no podía llorar también en la calle; era suficiente hacerlo por las noches, cuando nadie la veía, cuando la dejaban en paz.

En el momento en que logró tragarse las lágrimas, se vio frente a una biblioteca pública de tres plantas. El edificio contaba con una docena de ventanas acristaladas tras las cuales se observaba a la gente leyendo en armonía. El corazón le latió más fuerte, cuando una idea le cruzó por la mente. Después de pensarlo un momento, se decidió a entrar.

Un muchacho con anteojos de monturas doradas y rostro amable la saludó. Ella le respondió con amabilidad, antes de solicitar un tomo en específico. El hombre parpadeó de asombro por el pedido, pero muy pronto se marchó con la orden.

Abby tomó asiento frente una pequeña mesa de haya en un rincón de la sala de lectura. Reparó en un globo terráqueo que estaba a su lado y con los dedos hizo girar la esfera que recreaba la Tierra a escala. A tan solo media vuelta de distancia, se halló de nuevo ante la India.

Contuvo un sollozo de reconocimiento.

No podía creer aquella delgadísima línea azul que partía el noreste de la India fuera el Ganges; parecía tan pequeño, tan inofensivo. Abby la recorrió con la uña del dedo meñique, abrumada por una extraña sensación de dolor y familiaridad.

Tras despedirse de Bin Rao, aquella noche húmeda y brumosa en Bibighar, se había marchado por la ribera del río durante, no estaba segura, dos o tres días. Se había alimentado con pequeñas raciones de frutas que encontró en el camino y trocitos de chapatis que el chico le había entregado para el viaje; había dormido entre los arbustos, bajo la bóveda frondosa de la jungla, en la más absoluta oscuridad, despertándose agitaba ante cualquier ruido: el chillido de animales salvajes que pululaban cerca de allí, el susurro de la hierba, el rumor del río. En un determinado momento escuchó voces que departían en hindi, pero no supo jamás a quienes pertenecían porque se había

escondido entre los mangles como una criatura asustadiza de los cazadores.

Era de madrugada; el color negro tintaba el horizonte, cuando, aun dormida, percibió el rugido de los rotores de una embarcación que se aproximaba. Había gritado y agitado las manos para hacerse ver. En un principio, había visto con horror cómo los cañones de al menos veinte rifles se dirigían a ella, alertados por una presencia desconocida, pero luego los soldados fueron conscientes de que ella era inglesa; una víctima que había escapado de los horrores de la guerra.

Aquellos soldados formaban parte de una pequeña avanzada del ejército comandada por el general sir Henry Havelock, cuya misión era hacer frente a las fuerzas de Nana Sahib en Cawnpore. Con profundo pesar, Abby les informó que era demasiado tarde, que los hombres comandados por el *peshwa* habían derrotado a los regimientos de Wheeler, arrasado con las barracas y masacrado en el río a los sobrevivientes. Les habló de las ejecuciones en Sati Chaura Ghat, de Bibighar y de la suerte que había tenido ella al contar con la ayuda de un muchacho nativo, gracias al cual se encontraba ahora con vida.

Cuando llegaron al infierno que Abby les había descrito, los oficiales apenas podían creerlo. El horror que experimentaron al ver los cuerpos descuartizados en Sati Chaura Ghat y luego en Bibighar dio paso a la ira, transformándose esta en sed de venganza. Muy pronto, Cawnpore pasó a ser una referencia citada con frecuencia para describir los horrores del “motín de los cipayos”, como se conocía ahora a los hechos violentos que habían tenido lugar en el norte de la India el año anterior. Cawnpore justificaba toda cruzada de odio y violencia que el Ejército de Bengala había emprendido contra los rebeldes indios.

Un enardecido pelotón se adentró en la ciudad para llevar a cabo una cruenta persecución contra los culpables, mientras que Abby fue enviada junto a un grupo de enfermeras a Calcuta, donde sería puesta a salvo. No supo que pasó después, hasta el día en que zarpó de la India, una noche de julio, junto con otros asustados ciudadanos británicos. Alguien había relatado que los carniceros de Bibighar habían sido atrapados por los hombres de Havelock que les habían hecho lamer la sangre de las víctimas en la Casa de las Damas –el lugar donde Abby había visto a Bin Rao–, que las habían sido vejados

de la manera más espantosa. Nada que una dama pudiera ni quisiera imaginar. Eso sin contar que algunos miembros del ejército rebelde de Nana Sahib habían sido capturados y humillados de un modo que los perseguiría incluso más allá de la muerte. Los cipayos fueron torturados y atados a la boca de cañones que, al ser disparados, los habían desmembrado. Eso, según rezaban las creencias de la religión hindú, impediría que reencarnasen. Los nativos habían llamado a la venganza británica "el viento del diablo".

Abby espabiló cuando el bibliotecario volvió con el libro solicitado, un grueso tomo forrado en cuero que depositó en silencio sobre la mesa. Necesitó parpadear y sacudir un poco la cabeza para obligarse a regresar al presente.

Antes de marcharse, el hombre la observó con una sonrisa picaresca, que ella recibió con el ceño fruncido. Le agradeció con voz monótona y se dispuso a abrir el libro. Por supuesto. Aquel hombre estaba convencido de que Abby buscaba un partido de la aristocracia a la carta. ¿Para qué otra cosa solicitaría una dama la *Debrett's Peerage*, la conocida guía de la nobleza británica?

Se olvidó del hombrecillo y se dispuso a hacer la búsqueda que le había llevado hasta allí, contra toda lógica. Sus manos ansiosas pasaron las páginas que esbozaban las largas líneas de sucesión de las familias más aristocráticas del Reino Unido. Cientos de apellidos notables y pomposos títulos nobiliarios, algunos recientes y otros más antiguos, desfilaban por orden alfabético.

No tardó en llegar a la sección indicada, la de los títulos extintos. Sus ojos se quedaron fijos en la primera imagen que saltó a la vista. El blasón de los Anglesey.

Abby miró aquel símbolo heráldico y se esforzó por combatir el acceso de nostalgia. Era el mismo escudo que había visto grabado en el anillo de sello de Simon, el que le había mostrado aquella última noche en su bungaló de Jajmau.

La lectura la llevó por la célebre historia de la familia Paget, donde figuraban notables militares que habían acompañado a los grandes héroes nacionales en sus batallas. El marquesado de Anglesey le había sido legado a Charles Paget, conde de Uxbridge, por primera vez en 1815, en gratitud por sus gestas durante la Batalla de Waterloo. Abby no se sorprendió de que los antepasados de Simon fueran guerreros y que aquel notable oficio hubiera pasado de generación en generación,

con unas pocas excepciones, como en el caso de su padre, el diplomático.

Anglesey, lord. William Paget. Nacido en Londres en 1797. Educado en Oxford. Hijo de Charles Paget y Gwendoline Hudson, casado con Catherine Bextor. Diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fallecido en India en 1832.

Aquella breve mención era la única que se hacía de William Paget. Ninguna alusión a Simon, ni a su verdadero nombre, fuera cual fuera.

Abby se sintió decepcionada. Cerró el libro con un sonido seco. Había llegado allí con la esperanza de sentirse más cerca de él, aunque fuera echando un vistazo a su pasado, a la vida que los *thugs* le habían arrebatado; sobre todo, había ido en busca de su verdadero nombre, aquel enigma que no la dejaba dormir.

—¿Encontró lo que buscaba, señorita? —inquirió el bibliotecario, que se había acercado sin que ella lo oyese.

—No.

—Oh, es una lástima. —Puso cara de tristeza—. Es la última versión de la *Debrett's*. Tal vez pueda ofrecerle otra guía.

—¿Sabe dónde vive la familia Paget? —lo interrumpió ella en un acceso de ímpetu que esperaba no fuera confundida con desvergüenza.

—¿La familia Paget? —repitió el joven.

—Sí, estoy buscando a lady… —Consultó las anotaciones que había hecho en una hojita de papel—. Lady Gwendoline. Es la madre de lord Anglesey. —Abby se refería a la abuela de Simon, pero de pronto pensó que quizás aquella mujer ya no existiera. Observó al bibliotecario con el rostro colorado—. Está viva, ¿no es así?

—Sí, señorita. —El joven se rio relajadamente—. De hecho, está de suerte. Lady Gwen es una de las benefactoras de nuestra biblioteca. Y sí, sé dónde vive.

Tras tomar nota de la dirección, Abby se puso de pie, agradeció al

empleado y tan pronto como se lo permitieron sus pasos abandonó la biblioteca.

* * *

Estaba cometiendo una imprudencia, lo sabía, pero se encontraba en un punto en el que ya no podía dar vuelta atrás. Aunque quisiera, ya no podía marcharse.

Tambaleándose entre la expectación y el nerviosismo, Abby se apeó del coche de alquiler frente a una espléndida mansión urbana de altas puertas de hierro. La propiedad, que coincidía con la dirección ofrecida por el empleado de la biblioteca, era una de las más impresionantes de St. James: el hogar de la marquesa viuda de Anglesey, la abuela de Simon.

En su fuero interno, Abby se preguntó por qué diablos estaba haciendo aquello. ¿Por qué estaba indagando a la familia Paget? ¿Qué sentido tenía? ¿Era el nombre real de Simon lo único que deseaba conocer? Era cierto que aquel vacío le causaba un dolor inconmensurable, un hueco profundo que le impedía olvidar y retomar su vida, pero ¿no se resolvía ello tan solo con mirar una versión anterior del libro que había consultado en la biblioteca? Los registros de Simon debían de estar en alguna parte, no hacía falta cometer la imprudencia de ir hasta Paget House y molestar a una mujer que ya había sufrido bastante.

Se quedó un rato más, vacilando delante de la puerta. Intentó imaginar a Simon de niño, que paseaba a caballo por aquella calle, sin figurarse el cruel destino que le esperaban a él y a sus padres en la India. Intentó imaginar el luto, el padecimiento, la tristeza de la familia que lo había dado por muerto durante muchos años, sin sospechar que él había crecido con sus verdugos, que se había hecho hombre y que, a pesar de la influencia de aquella espantosa cofradía que mataba para vivir, se había transformado en un ser noble, justo, maravilloso. Un soberbio guerrero.

—Bueno —susurró mientras levantaba la mano para tomar el aro de hierro forjado que colgaba de la puerta—, quizás no sea solo curiosidad.

Entonces, una lluvia helada se soltó sobre su cabeza. Había pasado por alto los manchones grises que comenzaban a opacar el cielo de Londres. Abby se quedó de pie frente a la puerta, sin saber qué hacer a continuación. Las gotas de agua, frías y poderosas, le golpeaban el sombrero como si se tratasen de granizos. En pocos segundos estaba completamente empapada.

—¡Ey, muchacha! —Una voz de mujer la llamó de alguna parte.

—¿Eh?

—Te estoy hablando, querida —insistió con tono de urgencia. Abby miró a todos lados; atisbó a una dama de edad madura que le hacía señas desde una de las numerosas terrazas de Paget House—. ¿Vas a quedarte allí aguantando el chaparrón? ¡Entra! ¡Entra de una vez! —la instó agitando una mano.

La mujer se dio vuelta y desapareció tras las puertaventanas acristaladas, cubiertas por dentro con suntuosas cortinas de terciopelo.

Abby empujó el portón, que estaba abierto, y se refugió de la lluvia bajo un pórtico de mármol que protegía la entrada de la casa. Al cabo de unos minutos, la puerta principal se abrió; la mujer que la había invitado a entrar reapareció. Era una dama delgada; el cabello liso plateado recogido a la altura de la mollera en un estilo conservador pero alegre. Su rostro, de líneas rectas e incipientes arrugas, era estricto y al mismo tiempo amable. Llevaba un vestido marrón oscuro de mangas cuadradas y cuello alto, además de un delantal de blanco impoluto.

La mujer la hizo entrar, tendiéndole una toalla con la eficiencia y tenacidad de una empleada de confianza. En un abrir y cerrar de ojos, se hizo con el sombrero y el abrigo de Abby, que dejó colgando en un perchero ubicado en un rincón del elegante vestíbulo. Aquella mujer debía de ser el ama de llaves de la mansión.

—Mira cómo has quedado. —La observó de arriba abajo, con las manos en la cadera que formaban una jarra: la actitud de una severa institutriz a punto de impartir un sermón—. Espero que no seas propensa a los catarros.

—No demasiado —respondió Abby mientras se secaba el cuello.

—Acompáñame a la cocina por una taza de té, ¿quieres? —

Comenzó a caminar por un pasillo, sin esperar respuesta. Abby la siguió en silencio; como la mujer avanzaba con prisa tuvo que correr para llevarle el paso—. Disculpa que no haya habido nadie para abrirte a tiempo. Las tres cuartas partes de los sirvientes tienen el día libre. Normalmente me las arreglo yo sola en días como hoy, pero lady Gwen lleva días con una horrible tos. Marcy Graham renunció apenas la semana pasada y yo me he hecho cargo como he podido. —Puso los ojos en blanco y suspiró nada más llegar a la cocina—. Y Dios sabe que es mucho qué decir.

Le hizo señas para que se sentara a la mesa, mientras ordenaba a una cocinera que preparara el té. Abby obedeció, incómoda y extrañada por la extrema consideración que el ama de llaves dedicaba a una completa desconocida.

—Oh, lo siento —se disculpó la mujer al recordar que no se había presentado—. Yo soy la señora Pott, el ama de llaves de Paget House. Y tú eres…

—Abby; es decir, Abigail Fortescue.

—Hermoso nombre. —Le sonrió con ternura; sacó una hoja de papel y una plumilla de una gaveta—. Dime una cosa, Abigail, ¿has trabajado antes?

—¿Disculpe?

—Lo siento, querida, pero no te ves como una muchacha trabajadora —confesó arrugando el ceño hasta que aparecieron dos pronunciadas olas sobre sus cejas; señaló las manos de Abby con el índice mientras hacía muecas—. Esas cositas no van a aguantar una palangana de agua.

Abby se las miró sin darse cuenta, pero no fueron sus manos lo que vio sino el lío en el que estaba metida sin querer. La señora Pott estaba buscando a una sirvienta y había asumido que Abby estaba allí por el trabajo.

—No, no he trabajado nunca. —Su voz sonó mecánica.

—Ya veo —dijo la señora Pott, sin concederle mucha importancia a su falta de experiencia—. Supongo que tienes alguna clase de apuro, eso lo entiendo. No es necesario que me lo cuentes, por favor. —Sacudió la mano, buscando callar la explicación que Abby no iba a

darle, por la sencilla razón de que no tenía ninguna—. Lo que sí quiero saber es si has cuidado antes a una persona impedida.

Su mente regresó fugaz al sitio de Cawnpore, a las barracas de Wheeler y los estrechos pasillos del hospital, formados por los catres militares apiñados donde descansaban los enfermos. Un dolor punzante la tomó desprevenida, nublándole los ojos de lágrimas sutiles. Claro que había cuidado de una persona impedida. Pensó de inmediato en Anna Wilcotts y en sus mohines de vergüenza cuando la aseaba, cuando la vestía, cuando debía acomodarla para dormir. Hubo una época en la que Nikhila había enfermado y Sharmila estaba demasiado ocupada con Laura Callthorpe, por lo que Abby había asumido el cuidado de la muchacha.

—Sí —susurró con los ojos clavados en la superficie de la mesa de haya—. A una joven que era como mi hermana.

—¿Era?

—Falleció.

—Oh, es una pena —suspiró el ama de llaves—. Entonces, supongo que te sientes en capacidad de atender a una mujer mayor en las mismas condiciones.

Se refería a lady Gwen. ¿A quién si no?

Abby tuvo una revelación que la golpeó de improvisto, como una pelota que alguien le hubiera lanzado para espabilarla. De la nada, el rompecabezas cuyas piezas habían estado flotando en su mente sin ningún orden, comenzó a tomar forma. Ella era una mujer de fe y creía en las revelaciones, en los designios divinos. ¿Por qué no pensar que la razón de todo era lady Gwen? La abuela de Simon la necesitaba. Estaba impedida, al igual que Anna, y Abby no tenía nada qué hacer, su vida se había quedado sin un propósito. Ella podía ayudarla y cuidarla.

—Sí. Estoy segura de poder hacerlo —dijo sin titubear.

La señora Pott le realizó numerosas preguntas, mientras tomaban el té. Abby respondía a cada una con absoluta sinceridad. Si no sabía hacer algo, lo decía de inmediato. Si no estaba segura de comprender alguna tarea, hacía preguntas. No iba a tomárselo como un juego. Si iba a hacer aquello, lo haría mejor que nadie.

—Bien. —La señora Pott esbozó una breve sonrisa mientras acomodaba unos papeles; miró a su alrededor para comprobar que estuvieran solas. Lo estaban, pero aun así se inclinó para hablarle en secreto a la joven—. Ahora, hay algo que debo hacer de tu conocimiento, querida. Lady Gwendoline no es ninguna dulzura andante, ¿sabes? El buen carácter no figura particularmente entre sus dones. Por fortuna tiene otros que lo compensan.

Abby elevó una ceja.

—¿Cómo cuáles?

Pott vaciló, antes de encogerse de hombros.

—Ya los irás descubriendo.

—Señora Pott, ¿quiere decir que tengo el trabajo?

—Me caes bien —confesó, mirándola con dejo reflexivo—, no pareces de esas chicas deslenguadas y oportunistas que solo vienen por el buen dinero que los Paget pagan por este servicio. Eso no es lo que lady Gwen necesita. Tú eres lista, ilustrada, le ofrecerías buena charla, y además eres dócil como una gatita. —Abby alzó las comisuras de la boca ante la extraña comparación—. Pero me temo que yo no tengo la última palabra. Tendré que echarte a los lobos.

—¿Cómo dice?

La mujer rio al ver la expresión azorada de la muchacha.

—Ven conmigo.

Se puso de pie, dejando la taza sobre la mesa. Abby apuró su té y la siguió por un pasillo para después ascender por las escaleras de la mansión.

Al cabo de un momento, se halló en una galería repleta de retratos masculinos, un espacio que elevaba el orgullo ancestral de los Paget. Repasó con atención la hilera de hombres uniformados, gallardos y en poses erguidas que la observaban desde la atalaya de sus marcos de pan de oro. Tuvo la sensación de que se hallaba en un territorio sacrosanto para la familia. Al notar su curiosidad, el ama de llaves le fue hablando de cada uno de los caballeros allí representados.

Y entonces lo vio a él.

Abby se quedó de piedra, mientras su corazón daba un vuelco violento. Al fondo de la galería, un hombre ataviado en un uniforme escarlata y una capa de piel auténtica con joyas incrustadas, de mirada fiera y decidida, como la que había visto en los caminos de Cawnpore, la saludó silencioso. Los tonos oscuros a su alrededor resaltaban su gloriosa belleza, la airosa apostura del guerrero. Una lustrosa bota militar descansaba sobre una piedra y una mano rozaba la empuñadura de la espada envainada. En sus ojos verdes, como gemas bruñidas, se leía una tenaz disposición a defender con la vida lo que más se ama.

La visión la arrancó de la realidad por completo. Abby reconoció el aura esotérica que lo envolvía y al que una mujer con sangre en las venas no podría resistirse; supo de inmediato que aquel rasgo era inherente a los Paget.

Por un largo minuto, no hizo más que mirarlo, amén de luchar contra sus emociones desbocadas. Era Simon. Era él, aunque estaba segura de que su amado jamás posaría para una pintura con semejante indumentaria que desbordaba en pompas. Sonrió para sus adentros porque sabía que él era un hombre austero, sin un gramo de vanidad, y eso no hacía sino acrecentar su glorioso atractivo.

Era Simon.

—Era el primer marqués de Anglesey —la corrigió el ama de llaves, como si pudiera escuchar sus cavilaciones—. Lord Charles, el esposo de lady Gwen. Murió en el frente, hace un buen tiempo.

El abuelo de Simon, pensó Abby, que apenas podía creer que dos personas pudiesen parecerse tanto. Se quedó mirándolo un rato más, obligada a hacer un comentario que justificara tanto embeleso.

—Debió de haber impresionado al artista.

La señora Pott rio comprensiva.

—Vamos, Abby. —Le dio una pequeña palmada en la mano—. Las dos sabemos que era un hombre muy bien parecido. Demasiado quizás.

Se vio obligada a apartarse de la galería y seguir a la mujer por otro pasillo. Se detuvieron frente a una reluciente puerta de doble hoja de roble, a la que Pott llamó golpeando con las uñas, una acción

que parecía más bien un ritual. Una voz femenina le invitó a pasar.

Por órdenes del ama de llaves, Abby se quedó fuera hasta que ella pudiera poner en contexto a la viuda marquesa, lo que intensificó su nerviosismo. No pasó mucho tiempo antes de que la mujer la llamase para presentarla.

—Eres muy bonita para ser una sirvienta —le soltó lady Gwen, sin delicadeces ni medias tintas, apenas culminó su abierta y fugaz observación.

La abuela de Simon inspiraba respeto y temor en la misma medida. Para estar en una silla de ruedas no lucía desvalida ni enferma; parecía más bien una mujer indemne, dueña de sí misma, capaz de hacer su voluntad aun en la peor condición de salud. Abby se preguntó si aquella fortaleza que exudaba le era natural o si la había adquirido por haber sido la esposa de un militar.

La piel arrugada de lady Gwen estaba moteada por manchas cafés producto de la edad; llevaba el pelo cano recogido en una cofia con delicados ribetes de encaje. Su rostro tenía la forma de un corazón, lo que le hizo pensar que en una época había sido muy bonita. Sus ojos eran azules, enormes y meditabundos, surcados por párpados caídos; la nariz pequeña y arrogante denotaba un carácter rayano en la severidad. Su boca, pálida y rígida, esbozaba una mueca de inminente desaprobación. La mano derecha, curtida y surcada por venas azules, empuñaba un maltratado pañuelo que usó para taparse la boca al toser.

A sus pies descansaba un gato gris y mofletudo que se lamía una pata con aire satisfecho. El animal miró a Abby con la más absoluta indiferencia.

—¿Por qué quieres cuidar a una vieja enferma en vez de buscarte un marido? —continuó lady Gwendoline con dejo inquisidor.

Abby tragó saliva fuertemente. Miró a la señora Pott, quien le dirigió un silencioso gesto de disculpa.

—Mi prometido falleció —confesó.

Era cierto.

Un día antes de salir de la India, la esposa de un coronel que

habría de zarpar en el mismo barco que ella le había contado que los marathas habían traicionado a Henry Wilcotts. En lugar de conducirlo de vuelta a Allahabad, el día en que Abby lo vio por última vez, lo habían asesinado en el camino, quedándose con todos los clípers y otros bienes propiedad de la familia Wilcotts que él les había ofrecido en un trato. Los padres de Henry se marcharon a Irlanda al conocer la noticia.

Lady Gwen entrecerró los ojos. Algo en ella había cambiado de repente. Volvió a observarla con detenimiento, como si estuviera evaluándola desde cero, pero esta vez lo hacía con menos hostilidad.

—Hay otros hombres —le recordó.

—Es verdad. —Abby se encogió de hombros antes de comunicarle algo que antes no había dicho en voz alta—. Pero honestamente no pienso casarme.

La anciana viuda chasqueó la lengua.

—A tu edad esa es una decisión muy osada, señorita Fortescue —sentenció haciendo un ademán de desdén—. Una no puede simplemente decidir no casarse. Nadie puede darse ese lujo, aunque seas una emperatriz.

—¿Por qué, milady? ¿Por la seguridad? —Abby rio sin humor—. En ocasiones, la soledad puede ser el estado más seguro para una mujer.

—Hablas desde el idealismo fantasioso, muchacha. —La anciana, que se sabía más entendida en la materia, sacudió la cabeza—. Me recuerdas a mí con unas cuantas décadas menos. Gracias a Dios alguien te va a sacar ahora mismo de esa ceguera.

La primera conversación que sostuvo con lady Gwendoline versó sobre el matrimonio, lo que le pareció bastante curioso.

Muy pronto, la anciana la invitó a sentarse y pidió al ama de llaves que trajera té y refrigerios. La charla se fue volviendo más vehemente, sin que ninguna de las dos fuera consciente del grado de convicción que imprimía a cada comentario. La abuela de Simon era una dama tradicional, pero sus ideas estaban sustentadas en la practicidad y el buen juicio, no en la vana costumbre de la aristocracia a la que pertenecía o en la mera sensiblería. A Abby le pareció que era

equilibrada en sus puntos de vista, brillante, lúcida e incluso graciosa y sarcástica cuando la ocasión se lo facilitaba. Al parecer, las dos mujeres tenían algo en común: decían lo que pensaban sin temor a la censura.

Le gustó saber que lady Gwen fuera tan tolerante, pese a su carácter, y que supiera escuchar. Se sintió honrada de gozar de sus consejos porque le demostraba que de algún modo le había caído bien. Ella también había sido consciente del vínculo instantáneo que había surgido entre las dos, como si hubieran sido amigas en una vida anterior, eso habría dicho Sharmila. Muy pronto, Abby descubriría que tenía más semejanzas con lady Gwen de lo que se había atrevido a sospechar.

Cuando regresó a su casa, situada en el mismo edificio de la sastrería de su padre en Hanover Street, se percató de que Oliver la estaba esperando, más preocupado que si Abby fuera una niña de cinco años que se hubiera extraviado en el parque. No faltaron las reprimendas y los interrogatorios, dado que había pasado las últimas seis horas fuera de casa. Ella ni siquiera lo había notado.

Abby le contó que había ido a la biblioteca y después a visitar a una amiga, sin caer en el dramatismo que su padre había decidido imprimir a la conversación. Por suerte, Oliver recobró la calma y aceptó el hecho de que Abby podía salir si le apetecía, porque no estaba enferma ni era una desvalida. Más bien debería haberse alegrado de que su hija hubiera decidido abandonar su habitación y buscarse una vida, pero era padre y ello significaba que jamás iba a dejar de preocuparse.

El asunto se zanjó, pero solo por un fugaz momento.

—Papá, por cierto —le dijo apenas puso un pie en la escalera, antes regresar a su alcoba—. Tengo trabajo.

* * *

Tal como Abby esperaba, la noticia de su nuevo empleo como sirvienta de una anciana marquesa no fue bien recibida por su padre. Oliver dedicó lo que quedaba de día a intentar disuadirla, a

convencerla de que ella no necesitaba trabajar, y mucho menos como doméstica, pero Abby se mantenía firme en su decisión. Había adquirido un compromiso con la señora Pott y con lady Gwen; también había asumido uno consigo misma.

La vida la había puesto frente a la abuela de Simon –aunque ella había hecho otro tanto– y se le había presentado la oportunidad de cuidarla, de ayudarla, de compartir sus tristezas, que eran muy similares a las propias. Se sentía en la responsabilidad de hacerlo, pero no solo eso: también sentía el deseo de hacerlo. Aquella mujer llevaba en sus venas la sangre del hombre que todavía amaba, lo había visto crecer, y, como Abby, también lo había perdido.

Pero aquello no era algo que pudiera explicarle a su padre. Y Christiana, que había escuchado la historia que Abby le había contado nada más poner un pie en Londres, se había negado a apoyarla en aquella empresa.

—Has perdido la cabeza completamente —la riñó nada más enterarse de la noticia. Christiana hablaba en susurros furiosos en el jardín donde de niña jugaban, mirando a ambos lados para asegurarse de que no eran oídas—. ¿Qué sabes tú sobre cómo cuidar a una abuela en silla de ruedas? Y además esa mujer es la abuela de Simon. —Sacudió la cabeza con incredulidad, pero también con enfado—. ¿Te das cuenta de que esto no tiene ningún sentido, prima?

—No pretendo que entiendas mi decisión, Christiana —se defendió evitando la mirada acusadora—. Ni siquiera yo misma puedo explicármelo.

—A mí sí se me ocurre una explicación: en el fondo piensas que esto va a devolvértelo —agregó la otra con necesaria acritud. Abby sintió que su mandíbula se enervaba y su garganta era oprimida por un furioso agarre, el que le provocaba la cruda sinceridad de su prima. Una tristeza descorazonadora volvió a tomar posesión de todo su ser, la misma que llevaba arrastrando desde la despedida frente a las barricadas—. Nada de lo que hagas va a hacer que ese hombre regrese de la tumba. No va a volver solo porque hurgues en su casa y le des la medicina a su abuela antes de irse a dormir. Está muerto.

La otra negó con la cabeza, un gesto que pareció más impulso natural y obstinado que una verdadera negativa. Aun después de tantos meses, se negaba a pensar en Simon como algo que se hubiera extinguido. Aquel juramento hecho en el bungaló de Jajmau había

quedado grabado a fuego en su piel y había sido tan real que dudaba que algo en el universo pudiera torcerlo, aunque las circunstancias demostrasen lo contrario.

—¿Tú qué sabes?

Christiana la miró con una incredulidad un tanto teatral. Si aún no había dado por hecho que Abby estaba loca, ahora sí empezaría a creerlo seriamente.

—No puedo creer esto —resopló con ambas manos a las caderas—. Ni siquiera admites que pereció. Esto es lo más ridículo que he escuchado.

—¡Su nombre no está en las listas que llegaron de la India!

—¡Porque es un forajido! —arguyó alzando la voz—. Es una mala idea, Abby. Esto no va a terminar bien para ti ni para esa señora. Espero que no te arrepientas de lo que estás haciendo —le advirtió antes de dejarla sola en la penumbra del jardín.

Capítulo 17

Al día siguiente por la mañana, comenzó su labor como asistente de lady Gwen, un trabajo que, fundamentalmente, consistía en atender las necesidades de la viuda desde que se levantaba hasta que se iba de nuevo a dormir y en entretenerla mientras tanto con buena conversación. Al principio, cumplir con todas las demandas de su patrona había sido una tortura: lady Gwen era exigente y pertinaz, al punto de resultar intragable en ocasiones, pero Abby había descubierto que aquella actitud tan solo perseguía ataviar una marcada vulnerabilidad tintada de soledad. Pese a su condición, lady Gwen valoraba la independencia y se negaba tenazmente a que la considerasen una lisiada, o una pobre anciana desvalida. Cuando comprendió esto, el cuidado de la mujer se volvió mucho más manejable.

Por las mañanas, Abby le leía el periódico, incluyendo la sección de chismes, con la que se entretenían un buen rato. Lady Gwen contaba entre sus conocidos a los nobles más influyentes de Inglaterra y también estaba al tanto de algunos de sus más oscuros secretos, de modo que no era de extrañar que hiciera cáusticos comentarios sobre la vida de aquellos aristócratas encorsetados cada vez que las notas de sociedad los mencionaban. Gracias a su patrona, conoció un buen número de indiscreciones cometidas en el pasado por personajes que eran considerados muy virtuosos en el presente.

Lady Gwen también tenía mucho que decir en política. A diferencia de las damas de su misma clase opinaba sin ambages sobre cada bando, censuraba y elogiaba a los líderes actuales y de otrora de acuerdo a sus acciones y no de acuerdo a sus discursos, mostrando un amplio conocimiento en la materia y obligando a Abby a ilustrarse un poco más a fin de estar a la altura de su conversación.

Por las tardes, daban largos paseos por Hyde Park. Abby procuraba que la anciana estuviera bien abrigada y cómoda, mientras hacía rodar la silla por las amplias caminerías bordeadas de hayas. Al final del recorrido descansaban a la sombra de un almendro en flor, que cundían en el anchuroso vergel citadino, y sus charlas continuaban imperturbables hasta el final del día. En aquellas conversaciones,

disfrutadas por cada una en partes iguales, Abby había descubierto que lady Gwen desaprobaba el oficio de su difunto esposo, aunque hubiera pasado una vida haciéndole sentir lo contrario. Por momentos, le daba la ligera impresión de que la anciana se culpaba por ello.

—La guerra ha sido el negocio y la perdición de esta familia —murmuró en una ocasión mientras le daban de comer a los gansos frente a la Serpentine.

Se hallaban dialogando sobre los vaivenes de la carrera militar, un tema que surgió tras el paso de un grupillo de oficiales muy cerca de allí. Los hombres, ataviados en rojo granate y negro, habían capturado la atención de Abby; le había parecido distinguir a Simon entre ellos, por más absurda que fuera aquella idea.

—¿Por eso educó a su hijo para que tomara la carrera diplomática? —inquirió la joven, a riesgo de sonar entrometida.

Lady Gwen hizo un prolongado silencio, al punto que Abby creyó haberla fastidiado con su curiosidad. Estaba a punto de pedir disculpas cuando la anciana volvió a hablar sin desatender su tarea de alimentar a las aves.

—William siempre fue más dado a resolver los problemas empleando la razón y el diálogo. No me extrañó que se decantara por la profesión de diplomático en lugar de la de guerrero, como sus ancestros. Pero sí —reconoció tras otra pausa, mirándola con un brillo de orgullo en las pupilas, de un azul insondable—, tal vez yo lo haya influenciado un poco para que no se dedicara a lo mismo que su padre.

Abby la observó al tiempo que se mordía la lengua, conteniendo las ganas de decirle que su nieto también era justo y conciliador, pese a su oficio de guerrero, y que, inclusive, se había esforzado para evitar una guerra, pero sin conseguirlo.

Por las noches, Abby llevaba la cena para ambas. Tras el banquete comentaban algún libro en la sala privada de la anciana, después jugaban una partida de ajedrez o damas chinas. En ocasiones especiales, Abby la acompañaba al teatro, a la ópera o a algún recital. De la noche a la mañana, la joven de cabellos claros y mirada extraviada se convirtió en el brazo derecho de la viuda marquesa de Anglesey, para asombro de la señora Pott y los demás miembros del

servicio, quienes comenzaron a respetarla y a considerarla como si de miembro más de la familia Paget se tratase.

—Me gustas para mi nieto, Grayton —soltó una tarde mientras tomaban una merienda en la terraza. El comentario casi había hecho a Abby saltar de la silla—. Necesita una esposa que lo endulce; el pobre es más agrio que un limón con sal.

—Milady, ¿qué está diciendo?

—Oh, no te asustes, querida. Aparte de ese detalle es un verdadero monumento. Las mujeres no lo dejan en paz. Lo heredó de mi difunto marido.

—Lady Gwen, soy una sirvienta —repuso Abby, que se había puesto colorada—. ¿Qué le hace pensar que un nieto suyo va a fijarse en mí?

—Por el amor de Dios, chiquilla —mascculló la anciana—. Estas canas no me salieron ayer. No eres ninguna sirvienta, Abigail. Eres inteligente, instruida, sabes todo lo que una dama debe saber y, si estás aquí, es gracias a un apuro económico, no porque no tienes otras opciones, ¿o me equivoco?

—No le niego que me hace falta el dinero. —Abby no estaba mintiendo—. Pero usted sabe de qué le hablo. Ya le dije que no voy a casarme. Nunca.

Entonces, la anciana había recibido aquella repetitiva declaración con ojos en blanco.

Los primeros días, lady Gwen insistió en que Abby se mudara a Paget House, pero ella se opuso, porque imaginaba la reacción de su padre cuando le dijera que se marcharía de casa. El pobre Oliver no conseguiría reponerse de semejante desafío, y Abby no deseaba causarle más desazones. A menudo, la joven debía esforzarse en hallar tiempo para compartir con su padre, que seguía molesto con ella por haberse empleado como dama de compañía. La relación con su padre se había vuelto tensa a causa de la terquedad que aún no se atrevía a reconocer.

Al final, lady Gwen tuvo que conformarse con ofrecerle a Abby una habitación de la que podía disponer cuando quisiera. La joven la usaba de vez en cuando para descansar o simplemente cambiarse de

ropa.

—Milady, ¿sus hijas viven fuera de Inglaterra?

La pregunta surgió cierta noche, mientras arrebujaba las colchas sobre las descarnadas piernas de la anciana, una vez estuvo preparada para dormir.

Abby se preguntó dónde rayos estaban los parientes de aquella mujer y por qué en las seis semanas que llevaba atendiendo sus asuntos ningún ser querido la había visitado, ni siquiera sus hijas. Tan solo había visto un esporádico desfile de mujeres de sociedad que venían a saludarla brevemente, con las miradas embelesadas por el lujo de Paget House, y cuyas intenciones distaban de ser amistosas. Abby terminó creyendo que no eran más que chismosas de oficio en la busca de una fe de vida de la anciana lady Gwen.

—Augusta vive en Richmond con su marido, el conde borracho —declaró con cierto aburrimiento—, y Ellen en Somerset, con su marqués holgazán y juerguista. A veces vienen a visitarme, aunque yo prefiero que no lo hagan, dado que lo único que hacen es criticarme. ¡Bah! Como si sus vidas fueran ejemplares.

—¿Está peleada con sus dos únicas hijas? ¿Cómo es posible? —inquirió Abby con el ceño fruncido; recibió un encogimiento de hombros, sin un gramo de culpa, por toda respuesta—. ¿Y sus nietos?

—Esa es otra historia —refunfuñó—. Ya sabes cómo son los jóvenes. Viven en sus propios asuntos, y una vieja como yo, que está a un paso de la tumba, no figura ni en la última página de sus prioridades. ¡Que se vayan al demonio!

Abby tragó saliva fuertemente. Sintió honda pena por la anciana, que a todas luces fingía no sentir ninguna aflicción por el desdén de sus nietos.

—Si me permite decirlo, creo que son una partida de egocéntricos —repuso con la irritación que le producía el cariño que ya se había forjado.

—No. Es mi culpa —suspiró la otra—. Jamás me ocupé de ellos después de la muerte de William y de su familia. Dejé todo de lado para sumirme en mi miseria, incluyendo a mis hijas, que terminaron casadas con ese par de rufianes que solo les dan quebraderos de

cabeza; para sus hijos fui siempre una extraña. Ellos no me ven como a una abuela, Abby, sino como a una anciana rezongona que los hará más ricos cuando muera. ¿Quieres saber algo? Me lo merezco: por eso estoy sola, y por eso mi familia está distanciada por completo.

—Pero seguramente la extrañan.

—No estoy tan convencida.

—Supongo que fue una pérdida muy dolorosa; es decir, no soy madre, pero debió de haber sido devastador lo que tuvo que sufrir tras la muerte de su hijo, su nuera y su nieto. —Fue todo lo que Abby alcanzó a decir.

—Ni mil torturas se compararían a la pérdida de mi Will y… —Su voz se fue apagando hasta que el nombre de Simon, su verdadero nombre, quedó enmudecido en los labios marchitos de la anciana. Lady Gwen prefirió callar antes de dejar al desnudo toda su lasitud. Abby sospechó que en aquel niño, que todavía no había sido nombrado, recaía una buena parte de sus amargores—. Catherine también era como mi hija; William no pudo encontrar una mejor esposa. Escogió bien entre aquel montón de niñas bobas que lo velaban como moscas.

Abby se estremeció ante la mención de la madre de Simon, aunque hubiera salido a relucir tan solo para solapar el dolor que aquejaba a lady Gwen. Ella tampoco la presionaría para que satisficiera su curiosidad.

Luego se despidieron. Abby la dejó a solas para marcharse a bordo del carruaje que, como cada noche, la llevaba a casa y la devolvía al día siguiente por la mañana. En el camino, no pudo evitar preguntarse qué diría lady Gwen si ella le contase que su adorado nieto no había muerto en el desierto, que se había hecho un hombre valeroso y que ella lo había amado con todo su ser. ¿Se sentiría mejor al saber que la vida de aquel niño innombrable no había terminado de la manera que creía?

De inmediato desechó la idea. ¿Qué consuelo podría ser aquel si ahora mismo Simon se hallaba desaparecido, con la condena del ejército a sus espaldas y una enorme probabilidad de que ya lo hubiesen castigado injustamente? ¿Qué crédito daría la anciana a sus palabras? La historia de los Paget parecía salida de un disparatado imaginario, el más sanguinario de todos; ella misma no lo habría

creído si Simon no se lo hubiese contado con el corazón en un puño, si no hubiese visto ese mismo rostro en aquella pintura que personificaba al primer marqués de Anglesey, su abuelo, el brioso guerrero.

Abby sabía que lady Gwen no se conformaría con lo que ella quisiera revelarle. Entonces habría tenido que contarle cómo murieron realmente lord William y lady Catherine, cómo los *thugs* truncaron sus vidas del modo más cruel.

No. Ahora sabía que jamás podría contarle la verdad. Su maldición seguía campante, imposibilitándole compartir lo que sabía. La verdad supondría un dolor con el que la viuda marquesa no estaría en condiciones de lidiar.

También eso se callaría, por el bien de todos.

* * *

Era una mañana soleada de principios de mayo; las calles de Londres bullían de actividad. Abby se disponía a recoger un encargo de quesos para Paget House en Paxton & Whitfield, un afamado establecimiento situado en Jermyn Street. Aunque los mandados domésticos, naturalmente, no formaban parte de sus labores, se había ofrecido a buscar la mercancía en vista de que los lacayos estaban en su día de descanso, amén de que la tienda se hallaba a escasas calles de la mansión.

Paseó sin prisa por los predios de aquel barrio elegante, repleto de clubes de caballeros, sastrerías, tiendas de puros y joyerías; todos los enseres que un caballero elegante podría requerir para satisfacer sus refinados gustos.

—Solo falta que funden un prostíbulo en la esquina, entonces ya tendremos un paraíso masculino en un solo bloque —había mascullado lady Gwen en una ocasión, cuando pasaban por allí en el carruaje.

Abby se había desternillado de la risa entonces. Ahora no podía evitar esbozar una sonrisa divertida al recordarlo. Su patrona era una

mujer que le otorgaba al sarcasmo un nuevo significado. Abby había aprendido a apreciar todos los rasgos de ese carácter, incluyendo los que no caían bien a todo el mundo.

Era sorprendente cuánto se había vinculado a aquella anciana que, al principio, le había infundido tanto temor. La señora Pott reconocía que lady Gwen había mejorado su salud encomiablemente desde la llegada de Abby; podía decirse que los ataques de tos habían casi desaparecido de su lista de achaques, al igual que otras dolencias que antes habían sido muy comunes. El humor, por otra parte le había cambiado para bien, o al menos así lo afirmaban los empleados de Paget House que la conocían desde hacía años. Abby se sentía satisfecha de contribuir en la mejora de su empleadora. Sentía que su propósito se cumplía con cada día que transcurría.

—Señorita Abigail Fortescue —la saludó de pronto una voz tintada de espuria caballerosidad—. Qué extraordinario placer verla de nuevo.

La piel se le encrespó apenas se percató de su mala suerte; toda la diversión se evaporó en un suspiro. Deuce Smith, el reportero del diario *The Daily Telegraph*, se hallaba a escasos pasos detrás de ella, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón de lana oscura, en una postura que pretendía parecer relajada, cuando Abby estaba segura de que aquel rapaz la perseguiría por toda la calle en caso de que se decidiera a huir de él.

Smith era un hombre al final de su treintena; escuálido, blanco como la cal y de mejillas hundidas, coronadas por un par de anteojos diáfanos, un aspecto intelectual que se contraponía con su mirada puntiaguda, como la de las aves de rapiña; una mirada avara y hambrienta que reflejaba un espíritu equivalente.

Aquel hombre infame, que la había perseguido con porfía desde que había puesto un pie en Londres para escudriñar en su espeluznante experiencia durante el sitio de Cawnpore, volvía a cruzarse en su camino, por desgracia.

—Siento no poder decir lo mismo, señor Smith —repuso con el ceño arrugado.

—Cuánta hosquedad. —El reportero hizo un gesto de inocencia—. ¿Acaso he hecho algo para molestarla? ¿Merezco semejante trato de parte suya?

—Su cinismo es extraordinario —mascullό Abby agitando sin querer los paquetes de queso—. ¿Le parece poca cosa el haberme acosado por meses?

—¿Acosarla yo? Nada más lejos de mi intención —repuso indignado—. Soy un profesional y tan solo pretendo hacer mi trabajo. No me vea como el villano de esta historia, se lo ruego. Usted sí que ha visto villanos, ¿no es verdad? Horribles cipayos sedientos de sangre británica, galopando enloquecidos, deshaciendo todo a su paso.

—¡Basta! —gritó.

—Disculpe —musitó él, poco sincero.

—Le he dicho en incontables ocasiones que no deseo hablar de mi vida privada —gruñó—; y llegué a creer que lo había entendido.

—He estado ocupado con mis investigaciones. —El caballero se ajustó el sombrero con un ademán de eficiencia—. Hay ciertos datos que han captado mi atención últimamente. Verá usted, soy un apasionado de mi labor, un sabueso obstinado cuando de descubrir la verdad se trata. Apenas tengo la presa deseada entre mis fauces no la suelto.

Abby sintió que un escalofrío de anticipación le viajaba por la columna vertebral. Smith siempre la había puesto nerviosa con esa actitud fisgona, pero aquella vez sintió verdadero miedo. Debía acabar con esa conversación cuanto antes.

—Dios quiera que esas investigaciones no tengan que ver conmigo. Lo dejaré para que continúe con su presa, sea cual fuere. Buenos días. —Se dio la vuelta para marcharse; sin embargo, Deuce Smith la retuvo.

—Espere, señorita Fortescue. Se equivoca, preciosa. Tiene que ver con usted, y mucho. —Sus labios se curvaron en una sonrisa diabólica —. Usted es esa presa.

Abby se soltó.

—Déjeme en paz.

—No. Imposible. No puedo. —Negó agitando la cabeza, con la obstinación de un descocado demente—. Eso sería privar al mundo de una historia magnífica de heroísmo femenino. Usted quedaría muy

bien, querida. Podría pasar a la historia como la rosa inglesa que enfrentó a los indios.

Cargada de insolencia y nerviosismo, la joven soltó una risotada.

—¿Por qué no escribe novelas de aventura, señor Smith? Su imaginación parece ser muy fecunda.

—Tal vez lo haga. Podría crear un personaje inspirado en usted —dijo lisonjero—: Una heroína disfrazada de doncella en apuros.

—No soy una heroína; tan solo he tenido suerte.

Smith rio complacido.

—Espléndido titular. —Abby lo contempló con repulsión. Aquel hombrecillo era perfectamente capaz de convertir la tragedia en un espectáculo circense tan solo para vender diarios—. Usted ha estado en Bibighar: el averno en la tierra. Ha sido la única sobreviviente de la masacre más atroz de la historia reciente de nuestro país. De solo imaginar lo que vivió se me acelera el pulso de terror y ansiedad.

—¡Creo que un hombre como usted se habría ensuciado los pantalones!

Smith sopesó el comentario airado de Abby. Lejos de mostrar temor, parecía que aquella aseveración había azuzado su sádica curiosidad, como un chorro de brandy azuza las llamas de una fogata.

—Le ofrezco un trato. —Se acercó más a ella, con lo que Abby retrocedió instintivamente—. Esto ya no tiene que ver con el diario. Me he propuesto escribir un libro sobre los hechos de Cawnpore. Le pagaré para obtener la exclusiva de su historia, que es la más atrayente de todas.

—¿Qué le hace pensar que aceptaré? —quiso saber ella con ojos brotados.

—Bueno, su situación financiera no es precisamente de envidiar. De lo contrario no estaría trabajando como sirvienta después de ser la prometida de un rico funcionario de la Compañía. —Señaló con la mandíbula los paquetes de queso de Paxton & Whitfield, los que había comprado para su patrona.

Abby inspiró con fuerza.

—No voy a hablarle de mi vida a un periodista carroñero.

—No tiene por qué ser algo malo. A menos que usted haya sido violentada durante su odisea en la India. —Su tono se suavizó repentinamente, trasluciendo una pizca de compasión—. Y que eso afecte su reputación.

—¡Cierre la boca! ¡No sabe lo que está diciendo!

—Omitiré los detalles desagradables si ello la ayuda a cambiar de opinión.

—No voy a cambiar de opinión —zanjó—. ¿Por qué hace esto?

—Ya se lo dije, soy un profesional. —Smith se envaró, ataviando su escuálido semblante de un orgullo irracional.

—Me parece que es más bien un oportunista desvergonzado e insensible.

Hizo un nuevo intento de marcharse, pero Smith no se rendiría tan fácilmente. Ahora lo sabía. Esta vez su mano se cerró con más fuerza sobre el codo de Abby.

—A su jefa no le gustará saber que usted estuvo vinculada sentimentalmente a un oficial que traicionó a Inglaterra, que se pasó al bando de los cipayos —soltó sin piedad, lo que sumió a la joven en un estado de absoluta estupefacción—. Es decir, lady Gwendoline es la orgullosa viuda de un héroe de guerra y no tolerará la cercanía de alguien con semejante historial. La echará a la calle sin contemplaciones, Abby.

Trató de emitir palabra, sin ningún éxito. Su garganta se cerró como si un puño la estrangulase desde dentro, tupiendo el paso hasta de los sollozos.

Miserable. Pensaba chantajearla usando su relación con Simon, de la que todos los ciudadanos británicos cautivos en el atrincheramiento militar estaban enterados. Debió de haber obtenido aquel dato de uno de los tripulantes de la única barca que había logrado escapar de Sati Chaura Ghat.

—No voy a preguntarle por su vida amorosa, querida —añadió con inflexión sombría—. Nos centraremos en los acontecimientos que sucedieron mientras usted estuvo en las barracas, las negociaciones

con Nana Sahib, la refriega en Sati Chaura Ghat, el cautiverio en Bibighar, los detalles de cómo logró usted escapar de la prostituta Hussaini Khanum y los campesinos que ayudaron a los marathas. —Hizo una pausa para observar la expresión descompuesta de la joven con sobrada satisfacción—. Esto último es lo que más necesito de usted dado que cuento con otros testimonios. Nadie que siga con vida vio lo que fue Bibighar antes de que los carniceros desmembraran a las mujeres y a los niños prisioneros. ¿Sabía que antes de matarlos, violaron a todos y cada uno de ellos?

El rostro de Abby era una máscara de profundo horror y fiereza. Cerró los párpados, con lo que sus lágrimas se derramaron finalmente. Recordó la marea de lamentos que había sido Bibighar con el corazón frenético; el llanto de las mujeres, de los niños asustados. Los soldados que había conocido en aquel recodo del Ganges habían visto lo que había sido de ellos tras la arremetida de los carniceros. Ella habría corrido la misma suerte de no haber sido por Bin Rao.

Dios mío, cuánta perversidad.

—Usted no tiene alma —logró decir con la voz entrecortada.

—¿Por qué lo dice? —susurró—. Yo no he sido quien ha blandido el machete para cortar las cabezas de esas mujeres. Solo quiero reseñarlo. Mis intenciones carecen de malevolencia, Abby, persigo una causa ilustrativa y nada más.

—No obtendrá nada de mí —dijo al tiempo que otra lágrima resbalaba por sus mejillas enrojecidas.

Smith apretó los dientes.

—Entonces me encargaré de que la anciana que parece haberle tomado tanto cariño se entere de su vínculo con el delincuente del capitán Ballard.

La sola idea de que lady Gwen conociera su viacrucis en Cawnpore la hizo sentir mareada. Smith tenía razón, por desgracia. La viuda no dudaría en despedirla, porque se había relacionado con un hombre acusado de traición. Eso sería tremendamente paradójico porque Simon, su nieto, no era nada de eso.

—Queda de usted decidir qué costado de su vida desea que todo Londres conozca, Abby. Puede ser el épico e inspirador; o puede ser el

más vergonzoso. Eso sí, tiene que estar segura de que conocerán uno de ellos. Piénselo.

Tras aquel doloroso petitorio, Deuce Smith le dedicó una escueta reverencia, colmada de insolencia y satisfacción por la tarea cumplida. A continuación, se escabulló por una callejuela colindante, como un carterista que hubiera acabado de robarle alguna posesión de gran valor. Así había sido.

Le había robado la calma.

Abby retomó la marcha hacia Paget House todavía con la sensación de zozobra que Deuce Smith, aquel truhán inhumano y manipulador, le había provocado con sus amenazas. El reportero no parecía estar bromeando cuando le aseguró que le contaría a lady Gwen que ella había sido la amante de un militar acusado de traición si se negaba a brindar declaraciones para su nefasto libro.

Naturalmente, permitir que su patrona se enterara de todo aquello no era una opción. No había modo alguno de explicarle que se había enamorado de Simon estando comprometida con Henry Wilcotts sin quedar como una coqueta licenciosa; tampoco veía probable que la viuda creyera que una horda de *sowars* había venido a buscar a su amado para obligarlo a comandar las tropas rebeldes. Ella acabaría, seguramente, contándole quién era Simon Ballard y qué había sucedido realmente con lord William y lady Catherine en aquel inhóspito desierto indio.

La joven reaccionó un segundo antes de que casi la embistieran. Con un grito de espanto, regresó a los adoquines, agradecida de haber recobrado los sentidos en el último instante. Procuró, con su escasa calma, apaciguar sus nervios. Debía pensar fríamente, aunque la situación la rebasara. Avanzó con más prudencia por el congestionado barrio de St. James; su cabeza trajinaba al igual que aquellas calles; el llanto pujaba por salir de su pecho y desbordarse sin tregua.

Cuando llegó sana y salva a la mansión, por fortuna, había tomado una decisión. No estaba segura de si era la más sabia, pero, al menos, estaba convencida de que esta traería paz a su corazón y al de las personas que apreciaba.

Sus días al servicio de la viuda marquesa de Anglesey habían llegado a su fin. Al día siguiente le explicaría a lady Gwen que debía dejarla para siempre.

Amén de aquello, renunciaría de una vez y por todas a su estúpida ilusión de volver a ver a Simon con vida. Christiana estaba en lo cierto: había abrigado, sin pretenderlo, la absurda idea de que los Paget se lo devolverían. Aquella experiencia tan solo le había servido para alimentar un deseo irracional y la había separado de sus seres amados, los que sí vivían y requerían de su atención. Pensó en su padre, en su propia prima: no había sido justo para ellos quedarse a un lado, mientras Abby soñaba, como una imbécil, con recuperar a un hombre que ya no volvería nunca.

Un hombre que estaba muerto.

Henchida de resolución y con denodados esfuerzos por arrancar cada lágrima de sus ojos, Abby se juró olvidar a Simon Ballard y todo lo que tuviese que ver con él.

* * *

Una noche manchada por el hollín del buque a vapor lo recibió en sus trémulos brazos, como una madre dolida por la prolongada partida del hijo pródigo. El vaivén de la embarcación, ya encauzada por las aguas del Támesis, y el parpadeo de las luces de la vetusta ciudad de Londres lo despertaron de su estado de duermevela, el único que podía permitirse un hombre que ha vivido al acecho, como un animal salvaje, por demasiados años.

Abrió los ojos, cansados y enrojecidos, divisando un dosel de humo verdoso que enturbiaba la visión del cielo sobre su cabeza. Necesitó un instante más para orientarse y despegar la cabeza del frío suelo de la proa que, en ese momento, le servía de cama. Tras escuchar los gritos de reconocimiento de los marineros, echó un vistazo al hogar que había dejado atrás hacía más de veinticinco años, con la curiosidad del niño que para entonces había sido. Allende el velo delgado y apestoso de los vapores de cabotaje, que flotaban sobre las mansas aguas del río, oteó la peor cara del Londres que recordaba: molinos que tosían torrentes de hollín de las fábricas, desembocaduras de cloacas y las siluetas de edificios castigados por el paso del tiempo, sumidos en un mar de inmundicias.

Se puso de pie, impelido por aquella visión decepcionante a simple

vista, pero que, para él, implicaba demasiadas cosas: el término de su premiosa travesía, la posibilidad de hallar por fin lo que, por tantas noches, en medio de la soledad, el hambre y la tortura, había anhelado. La tabla de salvación a la que se había aferrado.

Observó el paso de la ciudad desde la balaustrada mientras intentaba dar forma a sus ideas. Los marinos se apresuraban a soltar las anclas y a prepararse para un fondeo que no tendría lugar, dado el carácter clandestino de aquella embarcación.

Una vez llegados a un muelle fétido, el capitán del carguero, un irlandés fortachón dedicado a traficar whisky, enseres y, algunas veces, inmigrantes ilegales del continente, se sacó un saquito con monedas de la pelliza y se la entregó al adusto guardia que le había solicitado las patentes de corso. Contento con su ganancia, el hombre palmeó la espalda anchurosa del irlandés y los dejó bajar la mercancía con actitud amistosa. Luego, lo hicieron los hombres que venían con él, a los que no les fue solicitada la documentación de rigor.

Minutos después, tras despedirse de aquellos forajidos que había conocido en las cantinas de Plymouth, Simon Ballard vagaba en silencio por las calles más negras que hubiera pisado nunca. El rumor de la ciudad lo envolvía y lo guiaba en una caminata sin rumbo, pero a la que no concedía un minuto de tregua. Cojeaba de una pierna, la secuela de un disparo cuya bala había extraído él mismo, usando tan solo un cuchillo caliente y una botella de aguardiente. Aquella, sin embargo, estaba lejos de ser su única herida. La sencilla ropa de la que lo habían provisto sus compañeros de travesía escondía numerosos cortes de espadas y cuchillos, algunos de los cuales ya habían cerrado y cicatrizado. No así la experiencia del dolor y de la tortura, que seguía vívida en su cabeza, a la espera de la tan anhelada recompensa.

Tenía la sensación de que había llegado a un sumidero y no a la ciudad pomposa que los ingleses mentaban con suficiencia. Podía escuchar los gemidos de las prostitutas que eran tomadas en los oscuros callejones, las discusiones entre pendencieros, las risas destempladas de los borrachos que abandonaban los tugurios donde habían ido a beber. Estaba claro que se encontraba en el lado más sórdido de Londres y que precisaría de ayuda para encaminarse al lugar a donde se dirigía, que debía de estar bastante lejos de aquella cloaca. Maldijo por lo bajo.

Llegado a una calle estrecha, medio iluminada por una alta farola,

distinguió a un trío de desarrapados que murmuraban en una esquina. No parecía el tipo de lugareños amistosos y dados a orientar a los forasteros extraviados, así que Simon prefirió pasar de ellos. No obstante, al verlo atravesar la nauseabunda callejuela, los hombres interrumpieron su conversación para seguirlo con miradas curiosas y amenazantes. Uno de ellos, el más bajo de los tres, le habló en tono agresivo.

Simon no logró descifrar más que dos palabras: “pasear” y “hueso”, como si el extraño le hubiera hablado en otra lengua. Sin dudas se encontraba frente a lo que los marineros llamaban la jerga *cockney*. Para adivinar el significado de aquel extraño babel, debía crear alguna relación entre la palabra dicha y otra que rimara, o algo así había dicho el capitán. No obstante, ahora mismo no estaba como para ponerse a jugar a los trabalenguas con los del bajo mundo. Siguió caminando sin hacer caso de los llamados coléricos del hombre.

Furioso por la displicencia del forastero, el *cockney* se le acercó con aire intimidatorio, seguido por sus dos prosélitos. Sin dejar de murmurar incoherencias, logró acorralarlo contra un muro de ladrillos. Simon lo miró con escaso interés, maldiciendo aquel inesperado estorbo que tan solo lo retrasaría más.

El hombre era moreno, corpulento y tenía la nariz torcida, el resultado de una vieja pelea, probablemente. Vestía una arremangada camisa de lino, amarilla a la luz de las farolas, y un ajado chaleco oscuro, como sus pantalones. Simon le sacaba una cabeza de estatura, pese a lo cual, se le notaba bastante seguro, como un perro en su patio. Quizás había notado su dificultad para caminar, eso lo había envalentonado.

—¿Quién diablos eres, rata callejera? ¿Y qué haces en mi zona? —quiso saber el hombre echándole un vistazo despectivo desde los pies hasta la coronilla.

Simon entrecerró los ojos; una furia incipiente lo poseyó.

—¿Esta es tu zona? Deberías limpiarla, cuando menos —ladró.

Los hombres se debatieron entre responder con puños a la insolencia del forastero o mostrar su aspaviento ante semejante muestra de arrojo. De pronto, Simon comprendió que no estaba frente a cualquier raterillo; este en particular parecía gozar de cierto estatus en aquel repugnante submundo.

El líder ladeó la cabeza, divertido, y finalmente soltó una risotada que contagió a los otros dos.

—¿Lo oyeron, muchachos? —graznó—. No sé de dónde diablos viene este infeliz, pero por mi vida que jamás había escuchado un acento más feo. —Cuando las carcajadas se apaciguaron, observó a Simon con mayor curiosidad—. Acabas de bajarte de un barco, ¿no es así? ¿De qué pútrido antro del mundo has salido?

—Caballeros, tengo algo de prisa —rezongó con el tono sombrío que solía emplear para advertir y amedrentar a sus subordinados—. Estoy seguro de que ustedes no desean iniciar una pelea sin sentido. Si me disculpan, me tengo que ir.

—Oh, lo siento mucho, milord —dijo el otro haciendo una sarcástica floritura manual, sin dejar de mirarlo con perversa diversión —. Puede usted seguir su camino hasta el carruaje que lo espera tras aquella pila de basura. Adelante.

Se apartó para dejarlo pasar con un coro de risas. Pero Simon, que no era ni mucho menos un ingenuo, sabía que aquello terminaría mal. Apenas le dio la espalda, el rufián *cockney* le lanzó un puñetazo a traición que magulló su ya de por sí herido costado. Él, no obstante, estaba preparado. Respondió con tres enérgicas y rápidas trompadas que hicieron crujir la mandíbula del tipejo como si de un puñado de nueces machacadas se tratase. El hombre tambaleó hasta perder el equilibrio por completo.

Pero entonces, los otros dos reaccionaron lanzándose sobre Simon con puños y patadas frenéticas. El capitán se defendió con codazos, repartió golpes en las nucas, los abdómenes y las narices de sus atacantes. Se zafó de uno que pretendía estrangularlo: lo tomó por las solapas de la sucia cazadora y lo lanzó con todas sus fuerzas contra un apiñamiento de cajas. El individuo, sin embargo, terminó estrellándose contra una pared de ladrillo. El sonido de su cabeza al golpear contra el muro macizo se asemejó al de una bola de cemento que caía desde el techo. No se recuperó del golpe.

El otro logró dar con el talón de Aquiles del capitán: la pierna mal curada. Le propinó un puntapié que lo derribó con un gruñido de dolor. La vieja herida volvía a ponerlo en desventaja, pensó, como había hecho los últimos meses desde que un soldado sij se la había propinado con un fusil. Luego, una ráfaga de patadas logró doblegarlo por completo, espoleando antiguas heridas y creando otras nuevas.

Tumbado en el suelo y bajo el manto de la noche vaporosa de Londres, percibió una ristra de susurros, respingos y murmullos a lo largo del callejón. Cuando sus pupilas se aclimataron a la oscuridad, divisó en los balcones de los edificios, junto a las hileras de ropa limpia tendida, las siluetas de cabezas curiosas que asomaban con cautela para observar la pelea. En los rostros sucios, desdentados y demacrados que pudo distinguir a la luz de las velas y lamparillas de mano, advirtió la inconfundible faz de la pobreza. Niños, mujeres y ancianos, observaban con aprensión el violento intercambio.

De pronto, el sonido de una botella aniquilándose contra el suelo lo espabiló. El líder de los desarrapados apareció ante él; le mostraba el pedazo de vidrio resultante a modo de arma. Con el rostro ensangrentado en una máscara colérica, el hombre se rio de él, de su cojera, de su acento indio. Repartió más patadas, insultos y amenazas de muerte en altavoz, para que la improvisada concurrencia lo escuchase desde sus escondrijos. Podía jurar que ese mismo era el que mantenía aterrorizados a los habitantes de aquellas miserables madrigueras verticales.

—Vas a decirme ahora mismo quién te ha enviado a mi zona, rata apestosa —lo amenazó acercando el filo de la botella a la vena palpitante de su cuello—. ¿Ha sido Jackie Blade? ¿Acaso ese malnacido todavía está buscando hacerse con mi territorio?

—¡Mátalo ya, Donny! —gritó una voz a sus espaldas.

—Vamos a darte una tunda —masculló el aludido que le mostraba los pútridos dientes, manchados de sangre—. Pero no te preocupes, saldrás vivo, aunque solo para que le digas a Blade que Gresham es de Donny. ¿Lo harás, ratita inmunda?

—No conozco a Blade —repuso Simon con insolencia, conteniendo el gesto de dolor que le producían las múltiples heridas—. Dudo de que tengamos conocidos en común. Usted lo ha dicho, acabo de bajarme de un barco.

El bandido frunció el ceño sudoroso al tiempo que se limpiaba la boca con la manga de la camisa.

—¡Entonces eres tú quien anda en la busca de mi zona! —ladró impaciente.

Había empezado a ver a Simon como una potencial competencia

por el poderío de aquella inmunda comarca.

—Aquí no nos gustan los extranjeros —terció el otro *cockney*.

—No soy extranjero —repuso Simon, ahora un tanto aburrido.

—¿Cómo que no? —gruñó Donny, acercándole más el borde afilado de la botella—. ¿Qué me dices de ese acento extraño? ¿De dónde carajo has salido?

Simon Ballard jamás había sido un arrogante, pero, en aquel momento, recordó quién era: un guerrero tenaz, fuerte, invencible. Su destreza era conocida más allá del océano; había luchado contra los ejércitos más sanguinarios de la tierra, lo que incluía a una banda de asesinos como los *thugs*. Y los había hecho polvo.

Un trío de malandrines de poca monta no eran rivales para él, aunque tuviera las manos atadas tras la espalda. Aunque se hallara lisiado. Ya estaba cansado de aquel estúpido intercambio sin sentido. Necesitaba cumplir con su propósito, el único que lo había llevado a aquellas tierras a las que jamás creyó poder volver.

Su mandíbula crujió con maliciosa voluntad.

—Oye, zopenco, Donny te hizo una pregunta —exigió el maleante que lo había enviado al suelo—. ¡Responde!

—¡Sí, responde! —gritó alguien más en la lejanía.

Con ojos fieros, el capitán miró al líder de los bandidos antes de responder.

—Vengo de donde los hombres como tú lloran como niñas cuando caen en manos de hombres como yo.

No le concedió a Donny ni una sola fracción de segundo para procesar sus palabras. Tomó la muñeca que sujetaba la botella y, alejándola de su cuello, la doblegó hasta que los huesos traquetearon como una rama de nim. Donny chilló de dolor; soltó la botella. Casi al mismo tiempo, la pierna sana de Simon lanzó una patada descomunal al otro maleante, para acertarle en las partes más nobles, si es que aquel adjetivo aplicaba para aquel repugnante esperpento.

En un intento por aprovechar la conmoción de sus dos rivales, Simon se puso de pie de un salto y, con la agilidad propia de un

hombre entrenado en el Ejército de Bengala, les propinó una rápida paliza que dejó mudos a los espectadores. Nadie osó ayudar a Donny ni a su secuaz, ni siquiera se atrevieron a atacar verbalmente al forastero. Las miradas que recibió en retorno fueron de asombro rayano en el aturdimiento y, quizás, otro tanto de admiración.

—Bien —bramó con la vista puesta en los edificios donde ahora asomaban muchas más cabezas—. Ahora, ¿alguien puede decirme donde vive un sastre llamado Oliver Fortescue?

Capítulo 18

Estaba decretado que aquella sería la última jornada de trabajo de Abby en Paget House, pero, aunque se lo repetía una y otra vez, no conseguía acostumbrarse a la penosa idea. Había tomado cariño a lady Gwen, quizá mucho más de lo que una acompañante o una empleada doméstica debía permitirse, de solo pensar que la abandonaría le causaba un ramalazo en la boca del estómago.

Estaba segura de que nadie podría hacerse cargo de los asuntos de la viuda con el mismo esmero que ella, amén del hecho de que no demasiadas muchachas estarían dispuestas a tolerar el temperamento de la anciana, su lengua afilada y su disposición a criticar sin miramientos, con la entereza teñida de resignación con que lo había hecho Abby. ¿Por qué si no las otras asistentes habían huido despavoridas? A decir verdad, toda una legión de chicas había desfilado por aquella casa sin permanecer más de dos semanas, según le había contado Pott.

Pero entonces recordó las amenazas que Deuce Smith, aquel mezquino reportero, le había soltado el día anterior: su lado racional se impuso de golpe. No podía hacer otra cosa más que alejarse de la vida de lady Gwen para evitarle un mal rato, un disgusto que podría poner en peligro su paz. No tenía elección.

Había arribado a la cocina de la mansión, después de dejar su muda de ropa para la tarde en la habitación asignada, cuando advirtió la presencia de una dama alta y pulcramente vestida. Jamás la había visto en Paget House, por lo que no supo qué hacer al toparse con ella. Esperaba que no fuera una de aquellas fastidiosas que venían a curiosear con la excusa de interesarse por la salud de la viuda.

Apenas la vio, la mujer giró con un susurro de faldas; fue a su encuentro dando pasitos presurosos y desenvueltos por el suelo enlosado, los de alguien que se sabe en sus propios dominios. Abby reconoció en ella los rasgos de lady Gwen, aunque mucho más frescos y perspicaces, lo que le permitió colegir que se trataba de una Paget. Una de sus hijas, ¿pero cuál de ellas?

El cabello de la dama era de un negro brillante sin rastro de canas, elevado en un peinado a la última moda con finas horquillas. Su rostro, pálido y aristocrático, mostraba tenues líneas de expresión, delatando unos cincuenta años bien llevados. Vestía un hermoso traje de paseo con franjas blancas y violetas que destacaban sus ojos, de un azul violáceo oscuro, que la observaban con manifiesta curiosidad.

—Tú debes ser Abby —infirió sin llegar a fruncir el entrecejo, una costumbre que debía de haber adquirido para no ganarse sus arrugas.

—Sí —concedió la joven.

—Oh —respiró con un incomprensible alivio—, qué bueno es conocerte al fin. Soy lady St. Quintin, Augusta. Pott me ha hablado de ti. Estaba esperándote.

Abby no entendía por qué la hija menor de lady Gwen susurraba, pero terminó haciendo lo mismo. Semejante encuentro le pareció de lo más raro. ¿Ella la esperaba?

—El placer es todo mío, milady. —Le obsequió con una reverencia —. No vi su carruaje afuera cuando llegué, por eso no imaginé que estuviera en la mansión.

—Mi cochero vendrá a buscarme más tarde. Escucha, te agradezco mucho lo que haces por mi madre. Está irreconocible —concedió abriendo de par en par aquellos ojos muy parecidos a los de lady Gwen—. Todo gracias a ti. No habría creído que el viejo dragón pudiera aplacarse de la manera que lo ha hecho.

Abby hizo un gesto de confusión.

—Descuida, le decimos así en forma cariñosa. —Lady St. Quintin sonrió y después zanjó el tema con un refinado movimiento manual—. No quería irme sin antes hablar contigo de cierto asunto. —La tomó por el brazo, la llevó a través de los corredores de la mansión con una delicadeza un tanto impositiva—. Verás, querida, mi hermana y yo estamos planeando una fiesta de cumpleaños para mi madre.

—¿Lady Gwen está cerca de su cumpleaños?

Abby se frenó bruscamente: temía haber pasado por alto una ocasión tan importante. A decir verdad, ni siquiera estaba enterada de que estuvieran en la víspera del cumpleaños de su patrona. Se culpó

por cometer semejante despiste.

—No. Bueno, no aún —aclaró la condesa retomando la caminata en dirección al vestíbulo—. Pero queremos festejarla. Son sus ochenta. No puedo imaginar a alguien mejor que tú para ayudarme con todo.

—¿Yo?

—Naturalmente. Mi madre me ha dicho cuanto te aprecia; no se me ocurre una mejor cómplice para este plan —susurró—. Verás, se trata de una fiesta sorpresa.

Abby volvió a detenerse. Un tropel de sentimientos encontrados bullía en su interior. Se había prometido no quedarse un día más. Con cada minuto que transcurría, la amenaza de Deuce Smith se volvía más latente.

—Lady Sr. Quintin, me siento muy honrada de que haya pensado en mí, pero es que hoy es mi último día de trabajo en Paget House.

La mujer la observó de hito en hito.

—Vaya, mi madre no me dijo nada de eso.

—Ella aún no lo sabe. Pensaba decírselo esta mañana.

—¿Pero cómo? ¿Vas a abandonarla así, de un día para otro? —inquirió la condesa en cuyos ojos habían brotado de incredulidad—. No puedes hacer eso.

—Milady, no tengo alternativa.

—¡No, nada de eso! ¡No puedes irte! —El tono de voz de la dama se elevó unos cuantos decibeles, lo que estremeció a Abby—. Mi madre te necesita, ¿tienes idea de cuánto ha cambiado desde que tú estás aquí? No importa lo que mi hermana y yo hagamos. Jamás lograremos lo que tú; ni en un milenio. Te ha tomado un cariño especial, como a nadie que yo haya conocido antes.

—También yo se lo he tomado, pero no puedo quedarme, milady.

—¿Es por el dinero? —exigió la otra—. Doblaré la cifra en este instante.

—¡No se trata de dinero!

—¿Entonces?

Abby no podía compartir con lady St. Quintin la verdadera razón de su marcha. Prefirió quedarse callada, mientras la inquisitiva y exigente hija menor de lady Gwen esperaba una respuesta.

—Está bien —resopló la dama al fin—. Mira, quédate solo el fin de semana. La fiesta de cumpleaños es el sábado. No te pediré más que eso, aunque es una desconsideración de tu parte abandonar a una anciana tozuda y enferma que se rehúsa a dejarse cuidar por su propia familia.

—Puedo asegurarle que no lo hago por gusto. Tengo mis razones.

—Y no me vas a revelar esas razones, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—No; prefiero guardármelas, si no le importa.

La condesa suspiró pesadamente antes de volver a insistir.

—¿Aceptarás mi oferta? Por favor, Abby. Quizá sea su último cumpleaños.

La joven empezó a notar cómo una vacilación cada vez más potente comenzaba a quebrantar su resolución. Lady St. Quintin tenía razón, aunque sus argumentos sonaran a manipulación: quizá su patrona no volvería a celebrar otro cumpleaños.

¿Qué de malo había en quedarse hasta el sábado que estaba a escasos dos días? No creía que pudiera haber peligro alguno en ayudar a planear una fiesta para lady Gwen, en acompañarla en aquel momento tan especial y festejarla como merecía. La viuda marquesa necesitaba muestras de afecto de su familia, ver a sus nietos reunidos, saberse amada por sus hijas. Y sí, también la necesitaba a ella. Sin caer en presunciones, Abby estaba segura de que a lady Gwen le agradaría contar con su presencia y apoyo en aquella ocasión.

Por ningún motivo ella iba a fallarle.

—Bien. Lo haré —concedió finalmente.

—Oh, eres un verdadero ángel, Abby. ¡Muchas gracias!

Minutos más tarde, el coche de la condesa arribó a Paget House para recogerla. Desde la ventana, Abigail logró entrever que alguien ocupaba un lugar dentro del landó: una joven que probablemente era una de las hijas de lady St. Quintin. Vaya, ¿aquella maleducada no iba a bajarse para saludar a su abuela?

Contrariada por aquella visión, Abby comenzó a albergar dudas acerca de si aquella sorpresa le haría bien a la anciana. ¿Para qué iba a querer ver a un montón de jovencitos egocéntricos, sus nietos, que ni siquiera podían hacer el esfuerzo de bajar sus traseros de un carruaje para comprobar que su abuela seguía con vida? Estúpidos niñatos, gruñó en su fuero interno.

La señora Pott, que ya había sido informada previamente de la intención de las hijas de lady Gwen de llevar a cabo una celebración de cumpleaños, se acercó a Abby con los brazos cruzados a la espalda y una expresión satisfecha. Las dos contemplaron el coche de dos caballos que iniciaba su movimiento por St. James.

—No puedes negar que es una idea encantadora.

—Una fiesta sorpresa —musitó dubitativa—. Señora Pott, ¿no está lady Gwen muy vieja para eso? ¿Cree que su corazón tolere semejante conmoción?

—Oh, cariño, ¡claro que sí! —El ama de llaves soltó una risotada—. Tú eres quien me preocupa. ¿O aún no caes en cuenta de que lady St. Quintin acaba de envolverte para dejarte toda la responsabilidad en tus manos? Así que buena suerte.

* * *

Por suerte, la señora Pott estaba bromeando. Abby jamás podría planificar por sí sola un evento social de semejante magnitud; a decir verdad, ni siquiera se sentía en capacidad de organizar un picnic. El ama de llaves, que estaba enterada mucho más que lady St. Quintin del nulo historial laboral y la inexperiencia de Abby en lo que se refería a llevar las riendas de un festejo para una familia de la aristocracia, tomó el mando de la situación. La joven solo se limitó a apoyarla en todo lo que necesitara y a mantener a la agasajada

felizmente ignorante.

Ese día y el siguiente se volcaron a la organización de una cena pensada para agradar a lady Gwen. No había tiempo para un baile, ni para algo más aparatoso. De hecho, ambas tendrían suerte si conseguían que todo estuviera dispuesto el sábado por la noche, sin contar con que debían cuidarse de mantener todo en el más estricto secreto para que la señora de la casa no sospechase lo que se estaba tramando.

Discutieron el menú más idóneo para la ocasión, dado el escaso tiempo disponible, hicieron un inventario de la vajilla, la cubertería y la mantelería; inspeccionaron el contenido de la despensa, la bodega y las neveras de la mansión. Abby llamó a los proveedores de alimentos y realizó los encargos necesarios; contrató a un conjunto de cuerdas al que debió convencer con pucheros para que accedieran a cancelar sus compromisos posteriores. Además de ello, encargó a los jardineros que cortasen las flores más hermosas del jardín, además de que elaborasen arreglos para ornar la mesa y las repisas de la chimenea.

Todos los sirvientes de Paget House colaboraban con gusto, emocionados ante lo que sería la primera celebración en muchos años. Muy pronto, Abby también se dejó absorber por el divertido reto que suponía planear una fiesta de cumpleaños; más aún, una fiesta para su adorable lady Gwen. Muy pronto se sintió en la facultad de asumir mayores responsabilidades para descongestionar a la señora Pott. Terminó obsesionándose con lograr un evento sencillo, pero perfecto.

Semejante distracción le hacía mucho bien a su cabecilla extraviada; le permitía olvidarse –aunque fuera por un rato– de su decisión de alejarse de todo lo que tuviera que ver con Simon, de las amenazas del reportero de *The Daily Telegraph* y de su perenne tristeza.

* * *

Simon contempló con escaso interés la tienda de Hanover Street a la que acababa de entrar, la misma que había estado buscando denodadamente los últimos dos días y que, por fortuna, había encontrado después de hablar con medio Londres y de estirar hasta

más no poder sus últimas provisiones de dinero.

El espacio estaba colmado de creaciones del señor Fortescue; trajes terminados y otros en proceso de confección que ataviaban a maniquíes y variadas armazones de madera que asemejaban cuerpos humanos. Un cuaderno de bocetos se hallaba abierto sobre un mesón; una cinta métrica y un par de tijeras descansaban en un taburete, al lado de un perchero. Más allá atisbó una chimenea de piedra caliza; a su lado, una mesita chippendale con los periódicos del día y dos elegantes sillas revestidas de terciopelo rojo, donde los clientes esperaban ser atendidos.

Con una palmada impaciente, el capitán hizo sonar una campanilla dorada que reposaba sobre el mostrador de madera. Al instante apareció un muchacho rubio y bajito, vestido con un traje azul marino de finas rayas horizontales. El chico, que lo había visto incluso antes de que hiciera el llamado, sonreía a regañadientes al tiempo que oteaba al visitante como quien se percata de un preocupante brote de telarañas en el techo. Aquel hombre de aspecto enfermizo, barba desaliñada y harapos indigentes, no encajaba precisamente en el prototipo de clientes de la tienda.

Simon no estaba muy familiarizado con los aparejos de una sastrería, pero supo que el petimetre, que lo observaba como a un mosco que debía aplastar, debía de ser el ayudante del señor Fortescue.

—¿Puedo ayudarlo, señor? —quiso saber el chico sin deshacer el falso gesto que poblaba sus facciones.

—Espero que sí. Estoy buscando a la señorita Fortescue.

El dependiente cambió su penosa sonrisa por una mueca de escepticismo. Alzó una ceja y volvió a echarle un vistazo abiertamente desdeñoso antes de responderle con una pregunta cargada de menosprecio.

—¿Conoce usted a la señorita Fortescue?

—Desde luego que la conozco —masculló Simon achicando los ojos con aire amenazante—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Aquí no.

Los maxilares del capitán se apretaron hasta emitir un crujido animal.

—¿No es el señor Fortescue el padre de ella?

—No estoy autorizado a revelarle esa información. —La voz del muchacho comenzaba a flaquear.

En ese preciso instante, las campanillas de la puerta principal tintinearon; un caballero hizo entrada al establecimiento con paso menguado. Después de mirar a Simon con manifiesta aprehensión, el hombre intercambió algunas palabras con el tenso dependiente. Era un cliente que venía a buscar un traje, se percató al instante. El encargado se quedó conversando una eternidad con él, mientras Simon ardía en impaciencia.

No deseaba iniciar una trifulca en la tienda del padre de Abigail, pero aquel mequetrefe relamido se la estaba poniendo muy difícil. Simon se recordó que ya no estaba en India y que debía controlar su temperamento si no deseaba acabar en un calabozo, sin documentación, sin contactos, sin haber visto a Abigail.

Tomó una bocanada de aire y esperó pacientemente a que el caballero que había entrado hacía un momento terminara de marcharse. Cuando finalmente lo hizo, Simon clavó su mirada en el chico, como un águila lo hace en su presa, aunque por dentro estaba deshaciéndose en ansiedad.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —respondió el otro.

Cálmate, Ballard. Cálmate. Esto no es India. No puedes dispararle a este infeliz, aunque te mueras de ganas.

Tras mesarse el cabello con ansiedad y apoyar ambas manos sobre el mostrador pronunció palabra por palabra con excesiva gesticulación.

—Dígame dónde está Abigail Fortescue.

—Señor, le ruego que se marche de inmediato de la tienda —repuso el joven nervioso y balbuciente, dando un paso atrás.

—¡Lo haré cuando me diga lo que le estoy preguntando!

—¿Acaso no se ha visto? Su aspecto inquieta a nuestra clientela. Si lo desea, puede dejarle un mensaje; yo se lo entregaré cuando vuelva a verla.

—¡No voy a dejar ningún mensaje! —gruñó con los dientes apretados—. Si no está ella, entonces busque al señor Fortescue.

—Mi jefe —titubeó al tiempo que se secaba la frente perlada de sudor con un pañuelito blanco— está fuera en este momento.

—Lo esperaré.

—¡Señor, le digo que se vaya o haré venir a un agente de Bow Street! ¡Dudo de que la señorita Fortescue esté en buen ánimo de recibir a un mendigo!

Entonces, Simon perdió todo vestigio de paciencia. Agarró al petimetre por las solapas de su bonito traje y lo levantó por encima del mostrador. El rostro del chico, rojo como la grana, se convirtió en una perfecta máscara de pavor.

—Mira, infeliz —gruñó con aquella voz que le helaba la sangre hasta al enemigo más valiente—, me gustaría ahorrarle al señor Fortescue la molestia de tener que buscar a otro tendero, pero me la pones muy difícil. Estoy a punto de dejarte incapacitado. ¡Dime lo que quiero saber ahora mismo!

—¡Suéltelo! ¡Suéltelo o no respondo!

Simon siguió el sonido de una aterrorizada voz femenina. En el quicio de una puerta lateral, donde de seguro solo tenía acceso el personal autorizado de la tienda, una muchacha rubia sostenía una pistola con la agitación y la torpeza de quien empuña un arma por primera vez. El capitán se negó a soltar al dependiente mientras mantenía un duelo de miradas con aquella chica que lucía desmadejada de temor. Intentó adivinar de quién se trataba.

Era tan bonita que bien podía ser pariente de Abigail.

—¿Está segura de que no va darle a él en vez de a mí? —la incordió mientras señalaba al chico con la mandíbula; su intención era disuadirla de cometer la estupidez de usar el arma. La muchacha se humedeció los labios con la lengua, signo de que quizás estaba pensándolo mejor—. Tiembla más que un pudín.

¿Cómo se llamaba aquella chica? Christa, Christina…

—¡Señorita Blennerhayset, baje ya esa pistola, por el amor de Dios! —chilló el muchacho con un sobresalto que rayaba en lo patético.

—¡Oh, cállate ya, Percy! —le gritó la otra. Luego, con un acopio de valor, se dirigió a Simon—. Y usted, canalla desalmado, ¿no le da vergüenza robar una pobre tienda? ¿Por qué no va a una de esas mansiones aristocráticas? ¿O por qué mejor no se busca un empleo?

—Christiana, estoy aquí por tu prima —susurró Simon.

Lanzó al chico a un rincón y se olvidó de él por completo.

Un sinnúmero de gestos cruzó por la faz de la rubia prima de Abigail. Primero fue el asombro, luego incredulidad y, después de un largo minuto, la certeza. La chica se negaba a bajar la pistola, más por el embebecimiento que la había poseído que por una verdadera intención de disparar.

—¿Mi prima? —balbució—. ¿Se refiere a Abby?

—Sí. He venido desde la India para buscarla.

Simon se disponía a explicarle de dónde venía, quién era y por qué estaba allí; Christiana no se lo permitió. Lo interrumpió con una aseveración que dejaba ver cuánto sabía de él sin necesidad de escuchar ningún discurso.

—Usted es Simon Ballard. ¡Está vivo!

—Sí —convino él señalando el arma—. Lo estoy por ahora, a menos que quieras cambiar eso.

Christiana dejó la pistola a un lado para asombro de Percy y del propio capitán con la risa nerviosa y alegre de alguien que acaba de presenciar un milagro.

—Capitán Ballard, ¿dónde diablos ha estado?

* * *

Aquella noche, una engalanada Paget House recibió a un grupo de selectos invitados, todos ellos maravillados ante el feliz hecho de que la familia hubiera decidido celebrar una fiesta, después de tantos años, en aquella casona olvidada.

El suntuoso comedor, donde una vez se oficiaron entrañables banquetes, recibió las atenciones de las que había carecido por muchísimo tiempo. La mejor vajilla y cubertería fueron dispuestas sobre la mesa de caoba; los candelabros de plata, relucientes tras horas de meticulosa lustración, se ubicaron en lugares estratégicos para traer luces a lugares que habían estado sumidos en sombras por largos años; los empleados, vestidos con solemnes uniformes con los colores del blasón familiar, se paseaban de aquí para allá para cuidar que cada cosa estuviera en su lugar. Sin pretenderlo siquiera, el imperio de una familia que una vez había sido temida y envidiada en igual medida se preparaba para un resurgir, solo que ello nada tenía que ver con la celebración que estaba a punto de tener lugar.

Una media hora después de la llegada de los convidados, Abby ingresaba por la puerta principal empujando la silla de ruedas de una taciturna lady Gwen. Como parte del plan para mantenerla alejada de los preparativos de su octogésimo aniversario, la había llevado a ver una representación de danza que, desafortunadamente, no había resultado ser demasiado impresionante.

Apenas traspasó la puerta de la mansión, la anciana se estremeció de júbilo al reconocer a tantos buenos amigos –muchos de los cuales llevaba años sin ver–, que se paseaban por su casa con copas de champaña en mano. Lady St. Quintin había hecho un trabajo admirable al reunir en una misma habitación a una docena de damas contemporáneas con la agasajada: amigas de la infancia, compañeras de correrías en la adolescencia y vecinas excepcionales. Abby no perdió detalle del rostro de la dama, cada vez más conmocionado con cada vejestorio que aparecía ante sus ojos con besos dobles, cháchara s y buenos deseos. Jovial y mordaz, como era la mejor versión de su temperamento, lady Gwen se atrevió a asegurar que las cuatro paredes de su salón, en aquel preciso momento, albergaban más años que el mismísimo Partenón.

Pero su felicidad alcanzó el grado de paroxismo al ver a sus cinco nietos bajo el mismo techo. Los tres hijos de lady Grendon, Ellen, eran los más circunspectos. Grayton, el mayor de todos, saludó a su abuela con un beso en el dorso de la mano, breve y desprovisto de

sentimentalismo. Abby no perdió pista de los gestos que hacía aquel joven de mirada fría, como si estuviese saludando a una extraña y no a la mujer a la que lo unía un nexo de sangre. No encontró ningún parecido entre aquel petimetre de cabello rubio acicalado con Simon. Su hermano y hermana, quienes tampoco eran demasiado emotivos, tuvieron al menos la delicadeza de conversar con lady Gwen y de responder a sus vehementes preguntas.

Por su parte, los hijos de lady St. Quintin se mostraron más relajados y obsequiosos. Melissa, una clásica belleza inglesa de piel aporcelanada y cabello rubio oscuro ensortijado, sonreía con los colores palpitando en el rostro, mientras lady Gwen le preguntaba por sus pretendientes. Alex, el hermano menor, se ponía de cuclillas frente a la silla de ruedas y, mientras le tomaba la mano a su abuela, bromeaba insistentemente, como si fuese un enamorado no correspondido a los pies de su cruel amada. La broma le arrancó a la viuda varias carcajadas.

No faltaron los incorregibles yernos, que pululaban por el salón entre los invitados, con sus rostros de aburrimiento y un uso excesivo del alcohol para olvidarse de dónde se encontraban.

Tras saludar a sus invitados y dejarlos disfrutando de la música del conjunto de cuerdas, la festejada llamó a Abby para hablarle a solas. En sus ojos azules brillaba una devoción que muy pocos mortales habían visto en más de veinticinco años, como si se tratase del paso de una estrella fugaz o un cielo bañado de aurora polar.

—Abby, supongo que esto debo agradecértelo a ti.

—Me gustaría mucho tomar el crédito, milady —replicó sonriente—, pero no sería más que una espantosa injusticia. Ha sido su hija, lady St. Quintin, la artífice de todo esto. La señora Pott y yo solo hemos colaborado en cuidar los detalles.

—¿Augusta? ¿En serio? —La anciana se volteó con extrañeza para mirar a su hija pequeña, que le arrancaba una copa de licor a su achispado marido en ese preciso momento—. No lo habría imaginado —susurró maravillada—. Ahora entiendo su prisa para hacerse con la dirección de mis compañeras de colegio.

—Su otra hija también ha ayudado, y no dudo de que sus nietos hayan intervenido. —Abby la observó con intensidad; tomó asiento a su lado—. ¿Se da cuenta, lady Gwen? Su familia se preocupa por

usted. La quiere, la extraña, la necesita como usted a ellos. Por favor, deles una oportunidad. Disfrútelos mientras Dios la tenga a bien en este mundo; deje que ellos la disfruten a usted. No los aleje con su testarudez y con su afán de vivir el pasado como si no existiese el presente.

Abby hablaba con una convicción y un denuedo que no pasó por alto a los oídos de la anciana. Si iba a marcharse para siempre de su vida, deseaba al menos dejar una huella en ese lacrado corazón, lograr que se abriera, que ya no la necesitase, que fueran sus propios parientes quienes compartieran largas charlas y paseos por el parque con ella. Anhelaba sacudirla por los hombros y hacerle entender, aunque la odiara por ello, que debía olvidar lo que le sucedió a su hijo, a su nieto y a su nuera, para concentrarse en las personas que seguían en su vida. Deseaba que lady Gwen despertara, tal como Abby intentaba hacer con desespero.

Consciente de la profunda verdad que guardaban las palabras de aquella muchacha lenguaraz, la mujer soltó un suspiro pesaroso. Tardó unos minutos en hablar, porque su mente, aún conmovida por la sutil ofensiva de su dama de compañía, se aferraba con fuerza a las seguras defensas de una vida fundada en los recuerdos. No sería fácil renunciar al dolor, cuando el dolor se había introducido en su alma como una sanguijuela lo hace en la carne fresca: hasta que empieza a formar parte de ella.

—¿Te refieres a la muerte de mi hijo y su familia?

—Por supuesto.

—Abby, no lo entiendes.

—Sí que lo entiendo —insistió ella tomándola de la mano, con los ojos a punto de desbordarse en lágrimas—. A veces nos concentramos tanto en las cosas que no tenemos, que obviamos lo que sí tenemos. Usted tiene una familia, que quizá no sea ejemplar, pero es suya, es la única que tiene. Ya no la haga a un lado. La gente que ya no está con nosotros se encuentra en las manos del Señor. Ya no son nuestros.

—Tú también has perdido a alguien que amas.

—Sí —reconoció con los hombros caídos y la vista nublada por la humedad del llanto.

—Tu prometido —quiso adivinar, sin conseguirlo—. Vaya, cariño. Me estás dando una lección en mi cumpleaños número ochenta. No puedo imaginar un peor ridículo para una vieja. —Dejó escapar una risa amarga, mientras Abby se enjugaba una lágrima—. Cuánta razón tienes. Cuánta razón, querida mía.

Se observaron por un momento conmovedor, que luego fue interrumpido por el llamado del mayordomo que anunciaba que la cena estaba lista para ser servida. Lord Grayton apareció; solícito, llevó a lady Gwen al comedor empujando la silla de ruedas. Aquel gesto le hizo pensar a Abby que, quizá, no era el huraño engreído que había creído en un principio.

—Señorita Fortescue. —Peter, el chico de los mandados, que ahora vestía un elegante uniforme azul apropiado para la ocasión, se acercó a ella para hablarle en voz baja, mientras los invitados tomaban lugar en la mesa—. Hay un hombre allá afuera preguntando por usted.

—¿Quién?

—No me dijo su nombre. —Abby miró a Peter al tiempo que un temor punzante y progresivo comenzaba a brotar en su pecho—. Pero con todo respeto, señorita —continuó el chico apretando los dientes—. Se trata de un bravucón insoportable. Se ha atrevido a exigirme que la busque y, por su tono, creo que poco le faltó para aporrearme a golpes en la calle.

Abby contuvo el aire en los pulmones sin darse cuenta.

¿Era posible que aquel infeliz hubiera ido a buscarla a Paget House para seguir atormentándola? ¿Cómo se atrevía a molestarla allí?

Soltó un pesado suspiro mientras, aturdida y confundida, intentaba tomar el control de sus emociones, ahora desbocadas. Jamás habría contado con que Deuce Smith osara acosarla también en su trabajo. Aquel hombre era peligroso, ahora lo sabía, y no escatimaría sus esfuerzos con tal de lograr que ella accediera a declarar para su grotesco libro. El reportero le había dado un ultimátum y venía a buscar la respuesta. Pero, ¿por qué tan pronto? ¿Por qué justo allí y ahora?

¿Debía ir a hablar con él y exigirle que se marchara? O, quizá, ¿debía darle una respuesta que lo satisficiera para que la dejase en paz de una vez por todas?

Abby comprendió que se hallaba en las manos del reportero, y que su decisión, fuera cual fuera, terminaría perjudicándola. Lo último que deseaba era que la tomasen como la pobre chica que había visto morir a cientos a merced de las balas de los cipayos; lo último que deseaba era hacerse con la lástima colectiva de todo el país; ya resultaba bastante malo que sus vecinos y conocidos la viesen de ese modo. Sin embargo, tampoco quería que la condenasen, ni que convirtieran al capitán Simon Ballard en un blanco de odio tras los sucesos de Cawnpore, cuando él tan solo había sido una víctima más.

Paseó la vista por la hilera de invitados, entretenidos y ya situados en sus respectivos puestos. Lady Gwen, a la cabeza de la larga mesa de caoba adornada con discretos y preciosos centros de mesa florales, sonreía, mientras una dama regordeta a su lado alababa el buen gusto de la anfitriona para elegir la cubertería de plata rococó.

Debía hacer algo para evitar que Smith echara a perder aquel momento.

—¿Qué le digo, señorita? —inquirió Peter, impaciente.

Abby soltó el aire que estaba conteniendo. Su mente se debatió entre ir afuera y gritarle a aquel mequetrefe para que la dejase en paz o quedarse y hacer su trabajo, que no era otro que procurar el bienestar de lady Gwen y sus invitados.

—Échelo de inmediato —susurró furiosa finalmente, al punto que su propia voz le sorprendió—. Si necesita ayuda, pídasela al señor Brown o llame a la policía, pero no dejo que se hombre entre a esta casa, por favor. ¡Lo quiero fuera de aquí!

—Será un placer, señorita Fortescue.

Peter se marchó con el pecho brotado, dispuesto a cumplir la orden, mientras Abby se quedaba insegura y paralizada en el comedor. Echar a Deuce Smith de Paget House era un desafío que podía pagar muy caro a la larga, pensaba mientras, aterrorizada, veía al chico alejarse en dirección a la puerta principal.

¿Y si Smith decidía esa misma noche escribir un artículo revelando su relación con Simon Ballard? ¿Y si exageraba toda la información de la que disponía con el único propósito de perjudicar a ambos? Por suerte, para cuando todo saliera a la luz, Abby ya no sería empleada de lady Gwen y no tendría que rendirle cuentas a la viuda sobre lo que

ella consideraría un comportamiento vergonzoso. Afrontaría sola las consecuencias, se defendería afirmando que Simon había actuado bajo amenazas. Defendería su nombre, aunque no contara con más evidencias que sus recuerdos, porque incluso la carta que le escribió después del motín de Meerut había quedado sepultada bajo los escombros del atrincheramiento de Cawnpore.

Se llevó los dedos a las sienes porque percibía un enloquecido palpitar que probablemente muy pronto derivaría en una jaqueca. Había cometido un error, se lamentó convencida. Sintió cómo aquella sensación de intranquilidad, similar al golpeteo de un tambor en su interior que le hacía zumbar los oídos, empezaba a extenderse por todos sus miembros con dolorosa urgencia. De pronto, sin advertirlo siquiera, se había instalado en ella una necesidad instintiva, un llamado apremiante, inexplicable, que le imploraba que saliera.

¿Por qué tenía que suceder todo aquello? ¿Por qué era más importante para ella resguardarse de la lástima que defender la reputación del hombre que amaba? Bien podría darle a Smith la heroína que tanto buscaba. Podía hacerlo para evitar que las calumnias y su malintencionada investigación terminaran provocando injustas condenas, un aborrecimiento que ninguno merecía. Declarara o no para el libro de Smith, su propia vida ya no sería igual. De algún modo, Abby estaba segura de que, a partir de esa noche, algo en ella cambiaría para siempre.

Presurosa y decidida, se encaminó a la entrada de la mansión; rogaba para que no fuese demasiado tarde para enmendar su error. Sorteó a los meseros que traían en sus manos enguantadas grandes bandejas de comida y a doncellas con delantales que la miraron con curiosidad. Abby no las miró: el único pensamiento que la acompañaba era el de lograr detener a Smith a como diera lugar.

Cuando llegó a la puerta principal de Paget House, la joven buscó al reportero con la vista, giró en torno a su propio cuerpo para encontrarlo entre el cúmulo de lacayos y cocheros que habían llegado a la mansión con sus patrones y que ahora descansaban en los adoquines a lo largo de la calle o simplemente conversaban apoyados en los muros.

Descubrió a Peter riendo tras una broma compartida con varios hombres, que, al verla, cerraron la boca de golpe. Uno de ellos, que estaba fumando, retrocedió un paso al ver que Abby se acercaba al

chico visiblemente alterada.

—¡Peter, Peter!

—Señorita Fortescue, ¿qué sucede? —preguntó el aludido apartándose del montón.

—El hombre que viste, ¿dónde está? —En su afán de encontrar a Smith siguió buscando aquel rostro desagradable—. ¿Se ha marchado?

Peter la observó con una sonrisa de oreja a oreja, rebosante del orgullo masculino que sucede al triunfo obtenido en una lucha territorial.

—Tranquilícese —dijo—. Lo hemos echado. Ese tipo no va a molestarla más.

Ella suspiró, pero no alcanzaba a definir si era por causa del alivio o la decepción. Seguía creyendo, sin embargo, que por el bien de la memoria de su amor y de su propia tranquilidad, debía hablar con Smith y contestar a todas sus malditas preguntas hasta que tuviera la decencia de dejarla en paz.

—Está bien —murmuró sin verlo.

—Aunque no estuvo fácil, señorita —añadió Peter mientras se sobaba la frente y luego señalaba a los cocheros que tenía detrás—. Estos hombres me han ayudado a controlarlo. El muy infeliz tenía ganas de pelea.

Abby lo observó incrédula. ¿Hicieron falta cinco hombres para controlar a Deuce Smith? Aquel tipejo parecía tan blandengue que estaba segura de que Peter podía hacerse cargo de él sin problemas.

—¿Tenía ganas de pelea? —repitió sin darse cuenta.

—Sí. —Peter se pasó la mano por la nuca en ademán avergonzado —. Por suerte, arrastraba una pata, porque si no nos habría dado una tunda.

Los cocheros bajaron la vista, igual de abochornados.

El ceño que partía la frente de Abby se acentuó hasta formar una zanja profunda y sudorosa. Una cojera. No conocía a nadie que tuviera una cojera. Sacudió la cabeza, que ya comenzaba a latir con un

incipiente dolor. De pronto, no se sintió bien, físicamente. Ya no tenía ganas de acompañar a lady Gwen, ni de hacer nada que no fuera descansar. Cerrando los ojos para obligarse a ignorar aquel confuso instante; giró para regresar adentro, pero Peter la detuvo.

—¡Ah! ¡Casi lo olvido! Ese infeliz me pidió que le diera un mensaje.

Abby miró al muchacho con ojos abiertos hasta el extremo del dolor; su corazón estaba hecho un insecto con alas gigantescas que le apaleaban el pecho con una fuerza demoledora, como si intentara escapar volando de su cuerpo. La noche fresca de abril se había tornado fría y despiadada, al punto que sus manos, aun al resguardo de los guantes de encaje, temblaban como frágiles tallos de flor.

—¿Qué mensaje? —preguntó, desprovista de voz.

—"Dile a la señorita Fortescue que Simon Ballard estuvo aquí".

Capítulo 19

Abigail Fortescue recuperó la conciencia, cuando la señora Pott le acercó un saquito de sales a las fosas nasales, y el picante aroma del gas amoníaco la instó a inhalar espontáneamente. Pasaron unos segundos más hasta que su nublada visión se enfocó y los últimos engranajes de su mente turbada lograron ajustarse.

Entonces se vio en su habitación de la mansión Paget, rodeada por tres doncellas que la miraban con manifiesta preocupación. Sentada a su lado, aún sosteniendo el bálsamo en la mano, el ama de llaves no era la excepción. La mujer le acariciaba el cabello y susurraba palabras de aliento que ella apenas podía escuchar, en tanto que el zumbido en sus oídos seguía imperturbable, como una alarma que nadie hubiera conseguido apagar por completo.

“Simon Ballard estuvo aquí”.

Las palabras de Peter golpearon su memoria como un mazo contra el parche de un tambor, estremeciéndola hasta niveles insospechados. Abby reaccionó ante ellas con violentos y retardados reflejos, con un clamor desprovisto de palabras coherentes, porque ninguna palabra que conocía lograba exteriorizar los sentimientos que la habitaban en ese preciso instante, tan imperiosos y feroces que le producían un dolor físico: el amor desbocado, el escepticismo revestido de esperanza en su estado de paroxismo, la urgencia por volver a la calle y buscarlo en cada rincón, el temor de que todo aquello no fuera más que una burla cruel.

Y el peor de todos los miedos: el de estar volviéndose loca finalmente, después de meses de sordo martirio. La posibilidad de que todas las hecatombes sufridas, aún guardadas en su memoria, hubieran erosionado silenciosamente su cordura comenzaba a ganar sentido.

Todo ello se conjugó para que Abby perdiera los estribos de un modo insólito. Muy pronto, se vio luchando para que la dejasen abandonar la cama, lanzando gritos, arañazos, mordiscos y patadas

como una loca desquiciada. Las doncellas corrieron para tomarla por brazos y pies, mientras que la señora Pott llamaba al médico. Los gritos y los ruidos provocados por el forcejeo inundaron la habitación, que se había transformado de pronto en la sala de un manicomio, alertando a los invitados que aún cenaban en el piso principal. La habitación se llenó de curiosos, de alarmados sirvientes y de preguntones, hasta que el joven médico de lady Gwen apareció y echó fuera a todo aquel que le estorbaba.

No recordaba cómo el médico la había hecho dormir de nuevo. Más allá de sus ojos, cegados por los efectos de las sustancias administradas, sonaban gimoteos de angustia, los parloteos profesionales del doctor y el tintineo de sus instrumentos en uso; el líquido de una botella vertiéndose en un cuenco, el susurro de la ropa cambiada por otra más confortable, el de una sábana cubriéndola con solicitud y el de las manecillas de un reloj implacable.

Abby no fue consciente de las horas que subsiguieron a su enloquecido ataque de nervios. Su mente se vio arropada por un velo blanquecino, frío y silencioso, que la mantuvo en el coma de locura que adoptan las almas que tocan fondo para ausentarse voluntariamente de la abominable realidad que habitan. El tiempo hizo un alto más allá de sus párpados sellados y el dolor le brindó la ansiada tregua.

Así entonces, los sucesos a los que había sobrevivido el último año de su vida desfilaron ante ella como una hilera de recuerdos eslabonados, pero, en vez de contemplarlos con horror, como lo había hecho en pesadillas, lo observó todo con inusitada calma, como si se tratase de la vida de alguien más o un montaje teatral de baja calidad. Cuando abrió los ojos, tenía de frente a una chica sucia y asustada: el cabello enmarañado, la mirada trastornada tras ver cosas que un inocente no debería haber visto, el rostro atezado y cubierto de pecas de sol, las mejillas hundidas por el hambre prolongada, el vestido mugriento y deshecho. La sangre de otra gente empapando sus sienes, tiñendo su ropa de escarlata.

Pero, ¿cómo podía aquella pobre desdichada seguir en pie después de ver morir y agonizar, del modo más atroz, a todos a quienes conocía? ¿Cómo conseguía respirar si había perdido al único hombre que había amado de verdad? Aquella obstinada capacidad para mantenerse en pie no podía obedecer al coraje sino a una extraña tolerancia a la desgracia: a una propensión natural al sufrimiento.

Abby la compadecía, como la buena cristiana que era; ni por un momento deseó estar en sus zapatos. Sintió pena por aquella chica y quiso reconfortarla de algún modo. Le enjugó una lágrima con los dedos, prometiéndole que todo iría bien, que el Señor aliviaría todas sus penas si se las entregaba con fe.

Entonces, extrañamente, una chispa centelleó en los ojos oscuros de la chica; en sus cuarteados labios comenzó a crecer una sonrisa lenta, como si acabara de ver algo de lo que Abby aún no se había percatado. Ella la observó confundida y se preguntó preocupada si no estaría un poco loca. Se volvió en el momento justo cuando una voz ronca, íntima y tan familiar como la propia hizo vibrar el aire hasta que todos los vellos de su cuerpo reaccionaron con ávido reconocimiento.

Memsahib.

Arrancada de su breve ensoñación, Abby se agitó como una mariposa capturada; la conciencia y el sopor se la peleaban, como si fuera una miga de pan en las agallas de dos peces hambrientos. Ansiaba despertar del todo, pero los restos del láudano que el médico había usado para adormecer sus nervios aún le viajaban por la sangre, sometiéndola a una forzada duermevela. Se sentía flotar en un estado impreciso, donde no sabía decir dónde quedaba el cielo y dónde el suelo; qué era real y qué no lo era; dónde empezaba la locura y dónde terminaba la cordura.

Memsahib.

Seguía soñando, se dijo, haciendo uso de las facultades que a pasos muy lentos empezaban a funcionarle de nuevo. Con el corazón cansado de tantas contracciones exaltadas y el pecho herido por la esperanza apaleada, Abby se permitió disfrutar de aquella ilusión, como un condenado a muerte disfruta del último bocado de comida. Se lo imaginó tal cual era, alto y guapo hasta dejarla sin aliento; su voz como una canción que despertaba los deseos más privados de una mujer. Lo recordó a la orilla del Ganges, cuando le preguntó por qué lloraba y ella no había querido responderle; en su espartano bungaló de Jajmau, donde lo besó por primera vez; durante la última *burra-khana* que Cawnpore había visto.

Eres mi *dharma,* le había dicho entonces.

Con esa declaración, había echado abajo sus débiles murallas,

dotándola del coraje necesario para ir en su busca en medio de la noche lóbrega y peligrosa. El *dharma*: el destino, la razón de ser. Eso era Simon Ballard para Abigail Fortescue, y nunca dejaría de serlo, aunque desapareciera; aunque estuviera muerto, aunque la hicieran beberse todo el láudano del mundo o la exorcizaran.

Voy a acabar con esto y después vendré por ti.

Cómo había abrazado la promesa de sobrevivir. Había dejado la carne en el atrincheramiento de Wheeler, en Sati Chaura Ghat, en Bibighar, con tal de seguir viva para él. Lo había esperado en Calcuta, sin saber siquiera si volvería vivo, sin saber qué hacer; hasta que zarpó a Inglaterra, porque la Compañía ya no podía responder por la seguridad de los ingleses y optaban por regresarlos a casa. Toda la travesía había llorado por su causa, porque no sabía si volvería a saber de él.

Te encontraré como sea y nada en esta vida volverá a separarnos.

Le pareció estar percibiendo el aroma de su sudor masculino; la cacofonía de su respiración, agitada pero reconfortante; la cercanía de sus brazos fuertes y cálidos, suaves brasas de pasión y ternura en las que una vez había ardido. Se retorció ligeramente, inmersa en su vívida reminiscencia. Incluso, un pie evocó una caricia suya con una fidelidad alarmante; los dedos se le encogieron ante el contacto de los dedos ásperos y seductores, los de un hechicero obrando en aquellos miembros inertes para devolverlos a la vida.

El pie que había construido de la nada la reconfortante caricia recibió un beso; después otro y otro. Luego, fueron las dos manos las que, con una dulce presión, viajaron por su pantorrilla hasta alcanzar las rodillas, los muslos, el vientre y el pecho sobre la tela del camisón. Abby recibió todo cuidado como una flor a punto de marchitarse recibe las gotas de una lluvia tardía.

Memsahib.

—Simon —susurró todavía adormitada, con la voz pringosa y soñadora por la afectuosa intrusión.

En respuesta silenciosa, su mejilla recibió otra caricia que la acercó un palmo más al mundo de la conciencia.

Ojalá aquello no fuera una alucinación, pensó amoldándose a la

callosidad de aquella mano que se había quedado estacionada en su rostro. Ojalá estés aquí.

Entonces, el colchón empezó a hundirse con lentitud bajo el peso de un cuerpo grande y masculino. Sus sentidos reconocieron el olor que le era tan familiar y se atiborraron de él, cuando se tumbó completamente, sin abrir los ojos para retener el sueño por más tiempo. El calor que emanaba aquel cuerpo era beatífico, aunque fuera tan solo la invocación de un alma desesperada; su cercanía podía aliviar cualquier dolencia.

Simon se ubicó tras ella, amoldándose a las delicadas formas de su cuerpo; con instinto posesivo y protector le rodeó la cintura con un brazo. Abby no protestó, ni se agitó cuando una barba abundante le hizo cosquillas en el cuello. Un pecho desbocado, como el suyo, le servía de soporte a su espalda vencida; una tibieza conocida la abrazaba desde la punta de los pies hasta la frente.

—Simon.

—Sí —le contestó la voz que había construido su imaginación con admirable fidelidad—. Soy yo. Ya estoy aquí.

Las sienes se le humedecieron, sin darse cuenta, al paso de las lágrimas. Todo parecía tan real que debería estar horrorizada, pero, en lugar de eso, estaba feliz.

Miserablemente feliz.

—Simon, me he vuelto loca —reconoció Abby al fin.

Una risita suave y melancólica hipó tras su oreja, bañándola de calor. No era la respuesta que cabía esperar tras semejante declaración. Que una persona perdiera la razón no era motivo de risa, ni mucho menos.

—¿Tú, *memsahib*? —susurró—. Eres la persona más cuerda que conozco. Si tú estás loca, los demás no tenemos ninguna esperanza.

Obstinada, Abby negó con la cabeza.

—Pero te oigo y te siento. Y no debería. No deberías estar aquí.

Silencio.

—¿Quieres que me vaya? —Habló otra vez la voz, con tristeza derramada y algo de temor ante la que podía ser su respuesta.

—No —sollozó ella con desespero—. No. Quiero que te quedes conmigo.

Abby percibió un suspiro pesado y agónico que chocó contra su nuca. El brazo que la rodeaba se ciñó más a ella, como un ancla a la tierra firme. Le siguió otro silencio que se prolongó más de lo que podía soportar. Cuando él habló otra vez, lo hizo desde la culpabilidad, con el llanto apenas contenido.

—Cuánto lo siento, Abigail —se lamentaba—. Siento no haber estado ahí para luchar como un hombre de verdad, como un soldado. No hay día en que no me condene por haberte fallado a ti y a Cawnpore.

—No tenías elección —repuso ella con calma—. Ellos te obligaron. Eran cientos.

—He luchado contra más hombres y he salido vivo.

—No hay nada que hacer. Nada puede devolverle la vida a ninguno de ellos. Ni siquiera a ti; no importa cuánto te sueñe —gimió—: nunca volveré a tenerte, ni podré hacer que te vuelvas real, porque estás muerto.

Simon frunció el ceño al tiempo que meditaba sus palabras. La turbación que lo poseía reculó ante el peso de la confusión. Comprendió que Abigail estaba inconsciente, sumida en un sueño demasiado profundo o dopada por alguna sustancia que le impedía distinguir la realidad de la fantasía.

Estaba convencida de que él había muerto.

Dejó a un lado sus propias pesadumbres, la acarició con devoción, respiró la inocencia de su duermevela, besó cada rastro de piel accesible desde su postura, se empapó de sus lágrimas. Cuánto había sufrido en aquel tiempo. Quizá más que él. Simon había soñado con ese instante desde la soledad de una mazmorra, pero siempre supo que volverían a estar juntos. No lo dudó ni siquiera un momento.

Ella, en cambio, lo había creído muerto.

—Mírame —suplicó desde el dolor.

Ella no hizo nada. No deseaba abrir los ojos y encontrarse con una cama vacía, con la devastadora certeza de que todo había sido un invento de su cabeza loca. Lo único que anhelaba era prolongar el delirio hasta que dejara de serlo y demudara en una locura perenne, incurable, si es que eso podía devolvérselo. No deseaba despertar jamás.

—Mírame —insistió él.

—No —se rehusó como una niña mimada, enterrando la cara en el hueco que se abría entre el cuello y el hombro de él.

—¿Qué sucede? —quiso saber él, acunándola.

—Simon, te amo tanto que no consigo olvidarte. No puedo aceptar que moriste, como Anna y como los Callthorpe. Si despierto y no te veo volveré a perder los nervios —sollozó, con lo que el corazón de Simon se partió en mil pedazos—. No sé si esta vez lo soporte. Siento que debí haber muerto también, porque esto que soy ahora no tiene sentido alguno.

Simon se apartó un poco para buscar su rostro, de párpados resolutivamente apretados, enganchados al sueño frenético que creía estar teniendo.

—No digas eso, Abigail. —La cubrió otra vez de besos—. Estoy vivo. Estoy aquí, mi amor. Vine por ti. Cumplí mi promesa, así como tú cumpliste la tuya.

—¡No, no es verdad! ¡Vas a desaparecer!

—Por favor mírame, *memsahib*. No me iré a ninguna parte. Te lo juro.

Abigail no obedeció, y él suspiró frustrado. No tardó, sin embargo, en recobrar la resolución que lo había llevado hasta allí, a través de desiertos y mares adversos, con el único anhelo de volver a verla.

—Entonces tendré que demostrarte cuán vivo estoy.

El beso que le dio no se pareció a ninguno que Abby hubiera recibido antes. Su boca la asaltó, virulenta y viciosa, como si deseara comérsela viva, como si hubiera nacido para ese preciso instante.

Abby se estremeció ante el vívido contacto: paladeó el sabor

indescriptible de aquella íntima posesión. En sueños, Simon la había besado insistentemente, pero sin que su mente llegara a recrear con justicia la gloria de su esencia. Ahora lo sentía muy real, como si su anhelo hubiera sido capaz de volverlo de carne y hueso.

Recibió con el mismo ardor la suave e insistente lengua en boca, el roce de una barba que jamás había tocado, pero que, incomprensiblemente, asociaba a él. Se deleitó en el contacto de sus manos que comenzaban a tantear bajo el camisón con un ansia precipitada. Su instinto reaccionó. Al cabo de unos segundos, su cuerpo estaba preparado para él, rogando al cielo no despertarse jamás.

¿Se sentía así la locura total? ¿Estaba refugiándose en un mundo inventado por ella donde sus ganas de estar otra vez con Simon Ballard eran soberanas? Si así era, no le importaba perder la cabeza. Abrazaría la locura con todas sus fuerzas.

Estaba loca por él.

Simon interrumpió el beso el tiempo justo para sacarle por la cabeza la solitaria pieza de ropa. Al instante, ella estuvo desnuda debajo de él. Su cuerpo, plateado por el pálido fulgor de la luna, lo llamaba; pero sus ojos en lugar de mirarlo con amor, como aquella lejana vez, seguían sellados por el temor a despertarse.

—Si me miraras a los ojos sabrías cuánto te deseo —pronunció zalamero mientras iba regando besos por ese vientre marfileño—. Mira cómo te beso, Abigail. Mira cómo disfruto de ti.

Abby gimió, pero no dijo nada, mucho menos abandonó la plácida ceguera. Sus manos acariciaron los hombros rígidos de Simon, el cuello y el cabello sedoso, más largo de lo que recordaba, mientras él besaba y recogía con la lengua la húmeda evidencia de su deseo. Curiosa y excitada, tanteó la barba punzante, que dejaba estelas deliciosas de dolor y placer por donde pasaba. Se concentró en disfrutar de las atenciones, en sentir sin pensar demasiado, porque pensar la extraía de esa locura celestial. Dejó que aquel delicioso sueño, con matices de realidad, se la tragara por completo.

Él no abandonó, no obstante, sus intentos por peleársela a la inconsciencia. Se deshizo también de la ropa que lo aprisionaba, arrancándosela como si le quemara, y se posicionó sobre los suaves muslos, hasta quedar sobre ella. Rozó la humedad del cuerpo

femenino con la punta de su miembro erecto. Suspiró de deseo y anticipación, antes de reanudar la invasión a los labios de Abigail, pero sin dejarla de aguijonearla bajo la cintura con delicados envites.

Ella absorbió todo de él mientras trascurría el beso. Lo abrazó y se frotó contra su cuerpo buscando la máxima cercanía, la más absoluta entrega. Su espalda estaba cubierta de extrañas zanjas que la desconcertaron, pero no dejó de acariciarlo en ningún momento. Las últimas trazas de las sustancias que le corrían por la sangre se fueron diluyendo, eclipsadas por aquellos arrebatos. Las caricias se volvieron más escrupulosas, más exigentes, hasta que ambos cuerpos ardieron a fuego vivo.

La contención de Simon se vino abajo cuando Abby, presa de un deseo agonizante, le rodeó las caderas con ambas piernas. Con una enérgica y larga embestida, se introdujo al fin en ella. Su cuerpo le dio la mejor bienvenida de todas: el abrazo de su tirantez. La calidez y entrega que le brindó fue un bálsamo para todas sus dolencias. El merecido premio después de una larga serie de descalabros. El dolor en la pierna pasó a un segundo plano. El goce total ganó la partida.

Sin más dilación, le dio lo que ella deseaba, lo que él necesitaba.

—Mírame, por favor —rogó sin dejar de moverse sobre y dentro de ella con exquisita sensualidad—. Necesito que me mires, Abigail.

Con temerosa lentitud Abby abrió los ojos. Sus pupilas tardaron un tanto en aclimatarse al resplandor plateado que entraba exuberante por la puertaventana entreabierta. Después de recortar el fondo iluminado, divisó una silueta oscura moviéndose sobre ella en un delicioso vaivén. Un poderoso halo rodeaba el ancho cuerpo que, a medida que se agitaba, enviaba aludes de placer a sus entrañas.

La joven suspiró de pura admiración, como una afanada amante del modelado suspira al contemplar una pieza bellamente lograda. Sus manos, movidas por puro instinto, recorrieron el cuerpo a trasluz que tenía sobre ella, el cabello revuelto, el rostro contraído por el placer, cuyos detalles iban apareciendo a medida que la visión se le aguzaba y la conciencia despertaba del letargo.

Emitió un respingo. Su corazón dio un vuelco cuando los rasgos de Simon Ballard, sublimes y acabados, se hicieron irrecusables al amparo de la escasa luz de luna. Las manos inquietas de la joven volvieron a palparlo al grado de la compulsión, desesperadas por

comprobar su autenticidad. Recorrieron sus costados, su frente, su pecho y su cuello tenso por la postura.

No, no era un sueño. Era él.

Estaba allí. Había burlado a la muerte. Había venido por ella, escabulléndose en la alcoba como un avezado y maravilloso ladrón en medio de la noche.

—Simon —susurró sin dejar de mirarlo—. Eres real.

Contempló los labios rodeados por una barba que endurecía su rostro; le sonreían con maliciosa satisfacción al leer en los ojos de Abby la certidumbre, el placer y una felicidad demencial.

—Sí, mi adorada *memsahib*. Soy real.

Mientras le ofrendaba su cuerpo y alma, Abby lo veneró, como una mujer devota venera a un dios hindú. Se retorció bajo ese cuerpo con una sonrisa de loca, mientras Simon seguía amándola a un ritmo rápido e pertinaz.

Un giro súbito la puso a ella al mando. Abby quedó sentada a horcajadas sobre él, que aún se hallaba sumergido en su interior. La posición la desconcertó y la excitó en la misma medida. No sabía qué hacer, salvo moverse, como se lo sugerían la intuición y las ganas. Se ayudó con rodillas y pies, apoyó las manos en esos pectorales rígidos y bien formados. Se movió arriba y abajo, adelante y atrás.

Su cuerpo se deleitó con aquel nuevo descubrimiento. La expresión de éxtasis de él, ahora bañada por el claro de la luna, le confirmó que lo estaba haciendo bien. Se atrevió a inclinarse hacia adelante y darle besos sin interrumpir el movimiento.

La convulsión del placer llegó pasados unos minutos. Abby repitió el nombre de Simon, mientras su cuerpo se agitaba en un regodeo compulsivo. Él le siguió un segundo después, tomándola de las caderas con fuerza, acoplándola al ritmo rudo que le complacía y repitiéndole una y mil veces que la amaba.

Cuando la tormenta pasó, ella se dejó caer sobre su amante con la respiración acelerada y el pecho ahogado de satisfacción. Se acurrucó en él mientras elevaba una plegaria silenciosa de agradecimiento.

—Simon, ¿cómo? ¿Qué ha pasado?

—¿Todavía crees que es un sueño? —jadeó él, apenas capaz de hablar—. De ser necesario, pasaré la noche entera tratando de despertarte.

Abby despegó la cabeza de la almohada que había construido en su pecho para mirarlo, con las pupilas todavía vidriosas por el orgasmo. Lo besó al borde del llanto, un llanto de pura felicidad y gratitud.

—Nos hicimos un juramento, ¿recuerdas? —Simon le acunó el rostro, trayendo de nuevo aquella promesa que ambos habían atesorado—. Si tú has cumplido tu parte, ¿por qué no habría yo de hacer lo mismo?

—Pero… pero…

—¿Qué, amor mío?

—Me dijeron que habías muerto —sollozó para dejar que brotara un torrente de lágrimas tardías—. Oh, Simon, he llorado tanto. Creí que te había perdido. Creí que los hombres de Nicholson te habían colgado. Creí que nunca más te vería.

—Abigail, basta. No fue así. Ya estoy aquí.

La ciñó contra su pecho para reconfortarla, hasta que Abby comprendió que no tenía mucho sentido llorar por algo que podía haber sucedido, pero no sucedió.

—Sí; estás aquí —dijo secándose las lágrimas—. Pero, ¿cómo?

Simon suspiró pesadamente. Se tomó su tiempo antes de hablar.

—Nos atraparon en una pequeña aldea cerca de Varanasi. La gente de ahí, como en todos los poblados que tocábamos a lo largo del camino, nos dio cobijo y comida. Nos ocultaron de los británicos, nos pedían que les relatásemos lo que habíamos visto en nuestro paso por las ciudades tomadas. —Rio con escaso humor—. Algunos muchachos nos alababan como a sus héroes y querían unírsenos. Se notaba que la violencia los había inspirado.

»La noche antes de partir, los hombres del 60° Regimiento de Rifles, que luchaban con los sijes y los pastunes nos tendieron una emboscada. Tenían semanas dándonos caza. Alguien les había revelado que los hombres más peligrosos de toda la India estaban siendo reunidos para esperar al Ejército de Rangún y enfrentarlo antes

de que pudiese actuar. Esos éramos nosotros. Entraron mientras todos dormían, disparando, blandiendo las espadas. Gurjar y los demás fueron colgados junto con los aldeanos, las casas fueron reducidas a cenizas.

—¿Qué pasó contigo? —quiso saber Abby al tiempo que su mano le acariciaba el abdomen liso y fuerte.

—Nicholson tenía otros planes para mí —susurró sombrío—. Me llevó como prisionero a su estación para interrogarme; suponía que yo conocía cada movimiento de los rebeldes. Le conté cómo me había unido a ellos. —Hizo un breve silencio, como si estuviera repasando con cuidado lo que diría—. Pero no me creyó.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Abigail, no fui el único inglés que se unió a los cipayos. Algunos lo hicieron por dinero y poder. Nicholson pensó que yo lo había hecho por la misma razón.

—¿Le hablaste de mí? ¿De nosotros?

—Jamás mencioné tu nombre. No era justo para ti.

—Pero Simon —protestó; él cortó sus palabras.

—Fue lo mejor. ¿Con qué fin iba a involucrarte?

Abby levantó la cabeza para mirarlo, hermoso bajo el resplandor de la luna, diferente con su barba de meses y, a la vez, igual que como lo evocaba. Tenía la mirada absorta en los recuerdos que quizás no habría de compartir con ella. Por cuántas cosas aterradoras habría pasado, había vivido su propia odisea a merced de la brutalidad de los rebeldes indios.

—¿Qué pasó después? —continuó sin dejar de mirarlo.

—Me encarcelaron. Creyeron que tarde o temprano les revelaría los planes de los marathas, como si esos malditos planearan algo. Creyeron que les diría dónde estaba Nana Sahib. Para eso emplearon procedimientos especiales.

—¿Quieres decir que te torturaron? —chilló; se llevó los dedos a los labios.

—Un poco. —La miró con ojos cansados, abatidos, pero resueltos a no dejar que aquello la perturbara. Él había aprendido a tolerar el dolor desde hacía mucho tiempo, y no solo el dolor físico. Estaba curtido en la materia—. Tengo suerte de tener el cuero muy duro.

Abby no sonrió ante la broma. Sacudió la cabeza y hurgó compulsivamente en aquel cuerpo maravilloso que alguien había lacerado de manera injusta. Encendió la luz de la lámpara junto a su cama, pese a las protestas, y palpó la espalda cruzada por latigazos, las uñas todavía amoratadas, los rastros de una ruda soga que había aprisionado sus muñecas y tobillos. Vio la pierna todavía herida. Recordó lo que Peter había mencionado: estaba cojo. La piel se le erizó de puro horror.

Dios mío, cuánta maldad, pensó con los dientes apretados. No quería preguntarle cómo le habían provocado todas aquellas heridas. No sabía si podía soportar imaginarlo en manos de los ejércitos vengadores, tratado como un delincuente cuando tan solo había sido una víctima.

—Debería verte un médico —sollozó con gesto desolado.

—Después.

Simon la atrajo de nuevo a él, para deshacer las lágrimas que volvían a manar. La observó a la luz de la lámpara. Cuán hermosa era cuando acababa de hacer el amor; tenía el cabello rubio oscuro que caía en cascada sobre sus hombros de porcelana. Le acarició los contornos del rostro, la mandíbula trémula, los labios todavía hinchados por los besos. Cuánto la había echado de menos. No deseaba hablar de cosas tristes. La tristeza para ellos debía ser agua pasada.

—Todo esto es mi culpa —soltó de pronto, apartándose de él.

Él frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

—Todo por lo que has pasado es mi culpa, Simon. Si no te hubiera buscado esa noche, quizá no te habrías visto en la obligación de protegerme y de seguir a esos hombres. No he hecho más que causarte todas estas desgracias.

—¿No lo entiendes, Abigail? —replicó agitándola por los hombros para hacerla entrar en razón—. Estoy vivo gracias a ti.

Ella lo miró abatida.

—¿A mí?

—Es lo contrario de lo que crees, mi amor. Si no hubieras estado conmigo en el bungaló, allí habría terminado mi vida, porque jamás habría aceptado comandar a esos bastardos sanguinarios. Tú me has salvado. —Abby lo observó como si él estuviera hablando en otra lengua—. ¿Sabes cómo conseguí estar aquí hoy?

—¿Cómo? —quiso saber, temerosa, mientras se sentaban al borde de la cama.

—Cuando todos creían que ya no aguantaría más, Nicholson se compadeció de mí y mandó al médico para que me curara. Por eso es que las heridas que me hicieron no se ven peor. Me había observado los últimos días; me dijo que jamás había visto a un hombre soportar tanto sin confesarlo todo o al menos suplicar la muerte, pero que yo, inexplicablemente, me sujetaba a la vida, como si me creyera invencible. Me preguntó por qué lo hacía. Le dije la verdad. —La tomó de las manos—: Le dije que una *memsahib* me esperaba y que no iba a decepcionarla. Se rio de mí, pero tal parece que mi respuesta lo puso a pensar porque solo entonces se decidió a escucharme otra vez. Le conté todo tal cual ocurrió, pero sin decir tu nombre.

»Después de pensarlo un tiempo, motivado porque sus brigadas habían recuperado algunos territorios del poderío de los cipayos, Nicholson decidió que ya no tenía objeto retenerme. Cuando las tropas se movilizaron, me dejó abandonado en el desierto. Puede que creyera que no sobreviviría o, quizá, se había compadecido de mí.

Hizo una pausa para sentarla en su regazo y tenerla así más cerca de él.

—Me enteré de lo que sucedió en el atrincheramiento. —Hizo un gesto de pesar—. Después me dediqué a buscarte. Llegué a los registros de los puertos de Calcuta y supe que habías zarpado a Inglaterra. Desde entonces he vagado por el mundo como lo hice cuando hui de los *thugs*, con el único fin de encontrarte, Abigail, con la urgencia de decirte que te pertenezco. Si eres culpable de algo, es de hacer que este imbécil testarudo te ame más que a su propia vida.

Con los ojos obnubilados por las lágrimas de amor, Abby volvió a abrazarlo o, más bien, a fundirse en él con alegría renovada. Dudaba de que en alguna parte del mundo, en aquel preciso momento, existiese una mujer más sorprendida, más bendecida o más dichosa que ella.

—Oh, Simon. Te amo tanto. Estás vivo. Eres el regalo más maravilloso. Dios lo ha hecho posible —le decía mientras besaba su rostro con compulsión—. Quiero que sepas que tú también me has salvado.

* * *

La madrugada avanzó a través de una mansión todavía perpleja y conmovida por los acontecimientos de los que había sido testigo silente, de las emociones que habían confluido a través de sus fastuosos rincones, a los ojos de curiosos invitados y en la intimidad de un dormitorio.

Tras una celebración que había culminado imprevistamente, tras el reencuentro de dos amantes descaminados, el hogar de los Paget se hallaba silencioso y casi por completo inmerso en la negrura. Tan solo una luz áurea y parpadeante permanecía encendida, símbolo inequívoco de que no todo estaba dicho y de que, por el momento, había más círculos por cerrar para aquella familia.

Aún quedaba algo por hacer antes del anhelado descanso.

Tumbado en la gran cama, Simon miró la puerta de la habitación de Abigail, en aquella casona que había sido su hogar hacía tantos años, y de pronto recordó que no le había preguntado la razón por la que se encontraba allí.

Cuando Christiana le reveló que se había convertido en la acompañante de lady Gwendoline, no cabía en su asombro. La muchacha le había contado que la decisión de su prima respondía a un ansia incomprensible por seguir adherida a su memoria, que luego había derivado en una necesidad genuina de cuidar de la viuda enferma, o al menos esa había sido su conclusión.

Simon sacudió la cabeza; se debatía entre el amor y el reproche.

—Que cosas locas se te ocurren, Abigail —susurró.

Se puso de pie con el remanso propio de un ser atemorizado. Caminó hasta la puertaventana por la que se había escabullido luego de trepar las hiedras que crecían abrazadas a los muros, como cuando era un niño y su exceso de energía lo obligaba siempre, por pura diversión, a buscar el camino más difícil para todo.

La mirada endurecida recorrió el jardín bañado de sombras donde, hacía muchos años, había jugado con tres bull terrier. Un recuerdo al azar acudió raudo a su mente: una mañana había dado quebraderos de cabeza a su madre, a su abuela y a los sirvientes al subirse al techo para buscar a su lechuza, que se había escapado la noche anterior. Le pareció estarlas viendo ahora, en aquel mismo vergel, haciéndole señas histéricas y promesas de toda clase para convencerlo de que bajase.

Simon nunca creyó que regresaría al hogar de sus padres, al lugar donde una vez, inocente de las miserias del mundo, había sido un niño amado y feliz. Se había obligado a creer que aquel episodio se había cerrado para siempre. Su vida antes de viajar a la India parecía tan lejana que apenas podía creer que una vez le había pertenecido. Había llegado a creer, incluso, que Richard Paget jamás existió.

Pero ahora se veía en aquella incómoda posición que lo obligaba a abrir la puerta de su pasado y atravesarla. Y por todos los dioses que no lo deseaba.

Debía reconocerlo. Tenía miedo.

¿Granny le habría hablado de él a Abigail? ¿Abigail le habría contado lo que sucedió aquella noche en el desierto, cuando los *thugs* aniquilaron a su familia? ¿Le había contado que él no había muerto? No. No creía que fuera capaz de causarle a la anciana semejante conmoción. Y su abuela, ¿se habría olvidado de él?

Sacudió la cabeza, en un intento por evitar los dilemas y los pensamientos perturbadores que lo asolaban. Naturalmente, le exigiría respuestas a Abigail. Le diría que en Paget House no había nada de él y que se había equivocado al creer que allí encontraría el consuelo que tanto precisaba tras creerlo muerto. Aquel lugar le era tan ajeno que se sentía como un ladrón de casas, un forastero amenazador, tal como

lo habían visto los lacayos que lo habían echado a patadas hacía escasas horas.

Se disponía a regresar a la cama en el preciso instante en que la puerta del dormitorio se abrió con prudencial lentitud. Pensó que Abigail había regresado con las medicinas que, en su adorable afán por cuidar de él, había ido a buscar, pero al segundo siguiente habría de comprender su error.

Miró con desconcierto la silueta bajo el quicio de la puerta. En lugar de su amada *memsahib*, una mujer en silla de ruedas cruzó la habitación.

El corazón le dio un vuelco doloroso.

No hubo tiempo para esconderse, ni para hilvanar un discurso más o menos coherente que explicara su presencia allí. Tan solo hubo tiempo para tragar saliva y observar con terror y curiosidad a la anciana que lo acababa de vislumbrar. Su rostro era una máscara de pavor y confusión, un reflejo del propio Simon.

No tardó demasiado en reconocerla, pese a que los años y, quizás, una tristeza demasiado prolongada habían surcado sus carnes. En el pasado, había dormido rodeado por aquellos brazos, ahora enjutos y moteados, había descansado la cabeza sobre ese pecho mientras escuchaba algún cuento. En un tiempo muy lejano, se había sentido más amado por aquella mujer que por nadie en todo el mundo.

Lady Gwen llevaba todavía la ropa de cama y una cofia de ribetes que le cubría la canosa cabecita. Simon reconoció la vulnerabilidad en sus ojos azules, brillantes y plenos de sabiduría, de amor incondicional, mientras él, al resguardo de las sombras, se había paralizado.

La anciana echó un vistazo a la cama de Abigail, vacía. Luego, sus ojos regresaron a él.

Creyó que la abuela se pondría a gritar; sintió una ola de pánico ante la idea de causarle una conmoción. El latido frenético de su corazón le hizo zumbar los oídos hasta marearlo ligeramente; sus rodillas se sacudieron con estrépito.

—¿Quién es usted? —quiso saber ella con tono de voz severo—. Le exijo que me diga qué hace en mi casa y en el dormitorio de mi dama

de compañía.

Él quiso decir algo, lo que fuera, pero las palabras se le quedaron estacionadas en la garganta, atenazadas por un sentimiento que había estado dormido por años y que empezó a zarandearse en su interior en ese mismo instante, reviviendo viejas dolencias, como una herida mal curada.

Un sentimiento que pujaba por ser liberado al fin.

Vacilando, Richard dio un paso al frente.

Entonces la luz de la lámpara del dormitorio develó sus rasgos patricios, los mismos que delataban el linaje del que era legatario.

—Soy yo, Granny.

La expresión de la anciana demudó en un latido de corazón. El desconcierto tomó posesión de todo su ser.

—¿Eh? —pronunció; en un esfuerzo por aguzar la visión, despegó la cansada espalda del respaldo de la silla.

—No estoy muerto —insistió él.

Lady Gwen lo observó con ojos desmesuradamente abiertos, la viva imagen de la estupefacción. En su interior tenían lugar un millar de sentimientos que, quizá, su pobre cuerpecito no estaría en condición de tolerar.

Pero, a decir verdad, lo estaba.

—Dios bendito, ¿qué es esto? —gritó con la voz rota por la vehemencia del llanto, de la certeza y la felicidad explosionada—. ¿Richard?

Él dio otro paso, y luego se acuclilló ante ella.

—Sí —susurró—. Sí, abuela. Volví.

Epílogo

Nada podía haber preparado a la familia Paget para asumir lo que supuso la insólita aparición del hijo de lord Anglesey.

En un principio, la incredulidad, e incluso la indignación, dominaron las emociones de las hijas de lady Gwen, quienes, pasando por alto el notable parecido entre el recién llegado y el viejo coronel, se negaron a reconocerle legitimidad. Ellen proclamó que se trataba de un talentoso impostor, un despiadado oportunista; Augusta, que fue más aventurada, supuso que podía tratarse de un hijo bastardo de su hermano William. Lady Gwen, por el contrario, no dudó ni un instante que aquel joven con voz ronca, que caminaba con el garbo olímpico y amenazador de su marido, no era otro que su amadísimo Richard, su pequeño; el niño por el que, al haberlo creído muerto, había llorado hasta secarse por dentro.

Aquella misma mañana, en la intimidad del saloncito de la viuda, Simon le había contado la verdad sobre la muerte de sus padres y sobre el destino que habría de vivir él mismo en manos de los *thugs*. A continuación, hizo un resumen de lo que fue su vida en India, su ingreso al ejército y los sucesos violentos que casi le cuestan la vida, pero que habían de llevarlo de nuevo a Inglaterra. Lady Gwen escuchó el larguísimo relato con admirable entereza, sin perder tiempo fabricando nuevas lágrimas por el destino de su hijo y nuera. Creyó en su palabra cuando le aseguró que había accedido a dirigir a los cipayos cuando lo amenazaron con hacer daño a Abigail. Compartió sus tristezas, como lo había hecho, cuando él era un niño que se quejaba por el poco tiempo que su padre pasaba con él, cuando él lloró tras haber perdido irremediablemente a su lechuza.

Ni por un segundo pasó por su mente condenarlo por no haber tratado de regresar con su verdadera familia. Tampoco estaba sorprendida por el hecho de que su nieto fuese un militar, tan solo se limitó a sacudir la cabeza, melancólica, y a murmurar algo sobre el llamado de la sangre.

Naturalmente, las emociones encontradas desataron discusiones y polémicas en las que los maridos de las hermanas y algunos hijos

quisieron tomar parte: no precisamente para solidarizarse con el presunto heredero. Ninguno de ellos había conocido al coronel más allá de las anécdotas familiares y de los pomposos retratos que adornaban la galería de la mansión, por eso difícilmente podían ver las similitudes temperamentales entre los dos hombres. Lady Gwen les hizo saber ello; fue suficiente para que cerraran la boca durante el resto de la reunión.

Todas las dudas, sin embargo, se disiparon en cuanto Simon, hastiado de aquel alboroto que no había pretendido provocar y de aquella familia que jamás había tenido intenciones de encontrar, se puso de pie y dejó sobre la mesa en torno a la cual se habían reunido, el anillo de sello de su padre y un pendiente cuarteado de su madre. Los había escondido debajo de unos tablones de su bungaló, que hacía meses había ardido en llamas a manos de los rebeldes. Luego de su cautiverio había regresado a Jajmau, para encontrarse con una vivienda saqueada, como era de esperarse, y solo aquellos tesoros sentimentales, enterrados en un lugar seguro, habían conseguido sobrevivir al embate del fuego.

Lejos de desear ganarse la aprobación de sus hostiles tías y primos, Simon lo había hecho por orgullo, por rebeldía y, quizá, por otra razón que empezaba a ganar sentido una vez que su mirada se cruzó con la de Abigail. Sentada a su lado, su *memsahib* lo observaba rebosante de amor e indulgencia. Ella también había sido señalada por haberlo llevado a la mansión; había incluso quien la culpaba de ser la artífice del supuesto fraude que pretendían cometer en contra de los Paget.

Ellen, Augusta, sus maridos e hijos se levantaron estupefactos de las sillas y se inclinaron para mirar aquellas piezas de joyería que no dejaban lugar a las sospechas. La menor de las hijas de lady Gwen rompió en llanto y la otra se quedó observando a su sobrino con ojos desorbitados. La viuda sonrió ampliamente; asintió con satisfacción. Por su parte, los nietos no sabían cómo reaccionar.

Y todo ello sucedió mientras la atención plena de Simon, arrancada de aquel lugar que todavía lo trastornaba, se hallaba posada en Abigail.

Una vez que los Paget lo acogieron como uno más de ellos, Simon –o Richard, como empezó a ser llamado desde entonces– tomó su lugar en medio de repentinos desafíos y una colosal incertidumbre.

Demostrar su identidad como heredero del extinto marquesado de Anglesey ante los parlamentarios sería una tarea poco menos que imposible. Llevaría tiempo, gestiones engorrosas y la presentación de una gran cantidad de pruebas, mucho más contundentes que las viejas pertenencias de sus padres. Lady Gwen era consciente de ello; como no tenía ánimos ni tiempo suficiente de vida para dejar que los trámites burocráticos privaran a su nieto de sus legítimos derechos, decidió apelar a sus contactos para saltarse el protocolo. Algunos días más tarde, visitaría a su buen amigo, lord Derby, en el número 10 de Downing Street, con el único objetivo de solicitar su ayuda para recuperar el marquesado de Anglesey para Richard, sin sacar a flote su pasado en la India.

Desde luego, ni Richard ni Abby supieron jamás que aquella vieja astuta estuvo todo el tiempo moviendo fichas con la maña de una curtida jugadora de póker, utilizando sus contactos y, a menudo, ofreciendo ingentes sumas de dinero, para procurar un futuro prometedor, limpio, a su nieto y a Abigail, la mujer que habría de convertirse muy pronto en su esposa.

Después de todo, aquel pobre soldado que había servido en la guarnición de Cawnpore, el mismo que respondía al nombre de Simon Ballard, hijo bastardo pero reconocido tardíamente por el mayor Ballard y de una india anónima, había muerto en Varanasi, a manos de los hombres de Nicholson, luego de cometer traición. Este muchacho, por el contrario, había vivido en las zonas más inhóspitas de la India, alejado de la civilización, de sus verdaderos afectos y de la mano de Dios, sin recordar apenas quién era y adónde pertenecía, tras vivir la abominable experiencia de perder a sus padres a merced de los paganos asesinos *thugs*. Hasta que un accidente lo devolvió a la realidad y a la conciencia de su identidad.

No había relación entre uno y otro hombre. Fin de la historia.

Un plan absolutamente perfecto, pensó lady Gwen con una perpleja sonrisa, apenas terminó de leer la carta de Derby, en la que le prometía toda la ayuda que le permitiese su investidura para llevar a cabo aquel necesario ardid. Después de conocer a la mismísima reencarnación de Charles Paget, de despejar sus dudas y hacer sus propias pesquisas, el recién electo primer ministro accedió a abogar por el joven a fin de saldar algunos favores políticos que debía al primer lord Anglesey.

A continuación, Gwendoline dejó la hoja de papel en el secreter y se dirigió a la ventana. Hizo rodar la silla con sus manos, para mirar a su taciturno nieto.

—William, Catherine —dijo dirigiéndose a los fantasmas de su pasado—, creo que ha llegado la hora de descansar, mis queridos.

Richard, a su vez, contemplaba embelesado el legendario lago de Uxbridge Cottage, la finca de los Paget. Sus ojos estaban posados en la forma en que el sol vertía su brillantez sobre las serenas aguas, en los árboles reverdecidos que asomaban en la orilla opuesta, en el cielo que cedía el paso a las catervas de nubes que viajaban como torzales de algodón movidos por el viento.

La visión que tenía delante le hacía pensar en el Ganges, aunque las similitudes fueran ilusorias. Cuánto extrañaba aquel sagrado caudal, cuánto necesitaba volverse incivilizado, aunque fuera un momento, y echarse a nadar. Los devenires de su nueva vida eran más tolerables de lo que hubiera creído en un principio, pero, en momentos como aquellos, en que la ropa elegante le picaba y el calor no daba tregua, sentía que era capaz de mandar todo al demonio y volver a ser él mismo.

Suspiró al pensar en el viejo hogar y se preguntó si volvería algún día.

Regresó a la realidad apenas notó unos brazos delgados y suaves que le rodearon la cintura. Reconoció el suave perfume de Abigail. La había sentido, de algún modo, mirándolo a lo lejos y acercándose con pasitos de gata malcriada; había sentido en el cuerpo el dulce estremecimiento de su cercanía, como si su carne y su alma pudieran descubrirla incluso cuando sus ojos no eran capaces de verla.

Respondió a ese gesto repartiendo caricias y besos en el dorso de una mano.

—¿Cómo estás? —quiso saber ella con la voz amortiguada por la espalda de él.

Se tomó un largo momento para contestar.

—Creo que estoy hecho un lío —confesó.

Los dos suspiraron al unísono; después rieron sin razón alguna.

—No consigo imaginar cuán raro es para ti todo esto —susurró Abby al cabo de un momento—. Nunca lo pensaste, ¿verdad?

Simon le pasó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hasta su pecho. La miró a los ojos, ladeando la cabeza en gesto sarcástico.

—Usted conoce la respuesta a esa pregunta, *memsahib*.

Abby hizo un mohín. En efecto, lo sabía.

—Tu abuela está feliz. Antes de ti era una mujer muy distinta. Le has traído una enorme bendición.

—¿Eso te ha dicho?

—Lo he notado. No necesito que me lo diga.

—Parece que conoces muy bien a esta familia.

—Esta familia es tu familia —lo sermoneó cariñosamente—. Te necesitan, y tú los necesitas a ellos, aunque te parezcan gente extraña. Necesitas aprender a sentirte amado por los de tu sangre. El dolor y las desgracias no pueden alejarte del lugar adonde perteneces, Simon.

—Te pertenezco a ti.

Le dijo antes de ponerle un pequeño beso en los labios. Abby rio cuando la barba castaña, en forma de candado, le hizo cosquillas en las comisuras de los labios.

—¿Te he dicho cuánto me gusta esa barba? No dejaré que te la quites nunca.

—Eso es un alivio —suspiró él—. Debo usarla para que nadie me reconozca.

Ella parpadeó.

—¿Es eso posible? ¿Podría haber en Londres alguien que todavía te busque?

—Es poco probable, pero prefiero no arriesgarme.

Abigail se tensó en sus brazos.

—¿Qué tienes?

Se sentaron en un banquito de madera junto a un alerce.

—Solo estaba pensando en ese reportero del que te hablé. Me preocupa que empiece a indagar y que ponga su mira en ti. Si llega a saber quién eres, las cosas podrían complicarse.

—No te afanes en eso, Abigail. No lo hará.

—¿Estás seguro?

—Como que me llamo Richard Paget —declaró con una floritura sarcástica mientras extendía los brazos al filo del espaldar del banco. Se llevó las manos tras la cabeza, con los dedos cruzados en la nuca, como lo opuesto de un caballero.

—¿Qué es lo que has hecho, Richard Paget? —Abby repitió su nombre con el mismo sarcasmo jocoso.

Simon apartó la vista y se regodeó en los recuerdos recientes. Tres días atrás había emboscado al gusanillo llamado Deuce Smith cuando salía de una taberna de tercera. Lo había golpeado y arrastrado a un callejón; lo había amenazado con arrancarle la lengua si publicaba una sola palabra que pudiese considerar alusiva a la señorita Fortescue y con molerle las costillas a palos si se le acercaba a menos de un kilómetro a la redonda ella o a la familia Paget.

Smith había chillado como un lechón al oír sus amenazas y había jurado por todos sus ancestros que jamás volvería siquiera a pensar en la dama en cuestión mientras suplicaba a Simon para que lo dejara. Una vez que el capitán estuvo satisfecho con su palabra, lo dejó ir, no sin antes disparar un par de veces cerca de los pies del hombrecillo que se movían con una rapidez imposible en el fragor de la huida. Fue solo para estar seguro.

Como en los viejos tiempos.

Pensó en eso mientras se pasaba la palma de la mano por la barba. Luego había devuelto la pistola a la armería de su abuelo, donde se había sentido como un niño en Hamleys.

—¿De qué te ríes? —exigió ella.

—Abigail, Smith no te molestará jamás. Lo he convencido amigablemente de que no conviene a nadie iniciar una polémica en torno a ti. Es poco caballeroso.

—Oh —musitó ella, inocente de todo—. Eso suena muy bien. Gracias.

—No hay de qué, mi amor.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y le hizo bajar los brazos para estrecharla. En el fondo, sabía que el muy sinvergüenza había puesto a Smith en un apuro, lo que le causaba una lejana satisfacción que la hizo sonreír.

—Llegará el momento en que podamos estar en paz —le dijo reflexiva, al cabo de un momento—, en que no haya sombras alrededor.

—¿Y si no? ¿Y si las sombras continúan acampando cerca de nosotros?

Abby se encogió de hombros.

—Entonces aprenderemos a sobrellevarlas, no le tengo miedo a la oscuridad —le tomó de la mano, que él apretujó gustoso—. No mientras tú estés conmigo, ayudándome a ver lo que hay adelante, como un faro.

Simon asimiló esas palabras con un nudo en la garganta.

—¿Sabes por qué accedí a todo esto, Abigail? A aceptar de nuevo esta identidad, a venir a vivir aquí, a reencontrarme con este pasado que todavía encuentro ajeno, como si no me perteneciera. —Abby se volvió para mirarlo con ojos muy atentos—. No puedo darte todo lo que mereces siendo Simon Ballard, un perseguido, un paria de esta sociedad. Preferiría morir antes que someterte a eso.

—Espera —lo frenó ella con un dejo de amonestación, al notar que hablaba desde el resentimiento—. Simon, ¿crees que necesito esto?

—Necesitas un hombre que te brinde seguridad —replicó él tajante —. Necesitas un hogar a tu altura, comodidades y la certeza de que estás con alguien a quien no enviarán a la horca de un momento a otro. Es lo mínimo que deberías tener. Y hasta que no pueda garantizarte todo eso no te pediré que te cases conmigo.

Abby estaba tan aturdida que casi se resbala del banco. Simon deseaba casarse con ella, eso la hacía feliz, pero sus condiciones eran extremadamente rígidas, dependían de terceros; eso a su vez, le partía

el corazón. Creía que ella precisaba de todas las cosas que había mencionado, cuando en realidad habría sido inmensamente dichosa con solo estar con él, escondidos si era necesario, cerca de la bendición del Ganges, abrazados por el sortilegio de la jungla india.

Tragó saliva y se humedeció los labios antes de hablar, porque no quería que el temblor en su voz le impidiera decirle lo que debía escuchar.

—Te necesito a ti. —Le habló en un hindi que le erizó los vellos de la nuca, porque lo hacía sentir de nuevo en casa—. No a tu apellido ni la seguridad que tu posición me pueda brindar. Habría vivido contigo en ese bungaló en Jajmau, como mi madre vivió en el piso superior de la sastrería de mi padre por quince años, hasta que la enfermedad se la llevó. —Una lágrima solitaria surcaba la redondez de su mejilla—. Por Dios que lo habría hecho, Simon, porque ahora es cuando comprendo lo bendecida que fue ella, y ahora yo por sentir esto que tú me haces sentir: lo más hermoso y lo más raro. Yo me equivoqué al elegir a Henry, pero te juro que la vida no se equivocó al elegirme a mí para ser tu *dharma*.

Él vio los reflejos ambarinos del sol de final de la tarde en los ojos marrones de Abigail. Percibió la rotundidad de su voz, la sinceridad de sus palabras. El corazón se le encogió violentamente.

—Te amo —continuó ella.

Él le recorrió el rostro con los pulgares, buscando borrar con ellos las lágrimas, rogando para que su ingenio, su testarudez y, quizá, también el destino pudiera borrar las nubes grises que tiznaban el cielo sobre ellos. Lo que ellos no sabían, por el momento, era que una anciana pertinaz ya empezaba a hacer que el sol se moviera con más velocidad y que el viento alejara la tormenta.

—Yo también te amo, Abigail, como jamás llegarás a comprender —soltó él con la misma vehemencia con la que le había jurado una vez que nada en esta vida podría separarlos—. Y, si no hay esperanza aquí —alzó una ceja, en ademán menos solemne—, bien está la India. Dicen que muy pronto regresará la paz.

Abby sonrió, porque la idea de volver a la India, lejos de horrorizarla, le insuflaba el corazón de alegría.

—Sí —jadeó—. Sí; algún día volveremos a casa.

Nota de la autora

La India es un hervidero de historias contadas y por contar, por ello la he elegido como el escenario de esta nueva aventura.

Los crímenes de la secta Thuggee, el motín de los cipayos de 1857, la masacre de Sati Chaura Ghat, cerca de Cawnpore, y de la Casa de las Damas –Bibighar–, son hechos verídicos que describen a la India colonial de mediados del siglo XIX. Del mismo modo, algunos de los personajes aquí mencionados fueron reales. Tal es el caso del general sir Hugh Wheeler, el jefe de la guarnición de Cawnpore; sus hijos Godfrey y Eliza; Nana Sahib, el regente maratha de Pune y sus hermanos Bala Rao y Baba Bhutt; el jefe del ejército maratha, Tatia Topin; la *rani* de Jhansi, Lakshmi Bai; Azimullah Khan; el señor y la señora Hillersdon, entre otros.

Sin embargo, tuve que echar mano de mi imaginación para hilvanar una historia que reflejara el tamaño de la crisis que se vivía en la India. A decir verdad, nunca hubo un conato de motín en Cawnpore previo al inicio de la rebelión. El que describo en esta obra está inspirado en los que acaecieron en Barrackpore y luego en Meerut, donde los cipayos subversivos fueron humillados y encerrados para luego ser rescatados por los soldados de otras estaciones, sedientos de venganza.

La rebelión de los cipayos no logró, sin embargo, su objetivo. Una vez recuperada la India por Gran Bretaña, un año después, la reina Victoria I de Inglaterra retiró la concesión a la Compañía para administrar el subcontinente, nombró un virrey y se autoproclamó emperatriz. Los indios debieron esperar noventa años para ver materializado su sueño de ver a una India libre, gracias a la intervención de un legendario líder que predicaba la no violencia: Mahatma Gandhi.

Muchísimas gracias por leer.